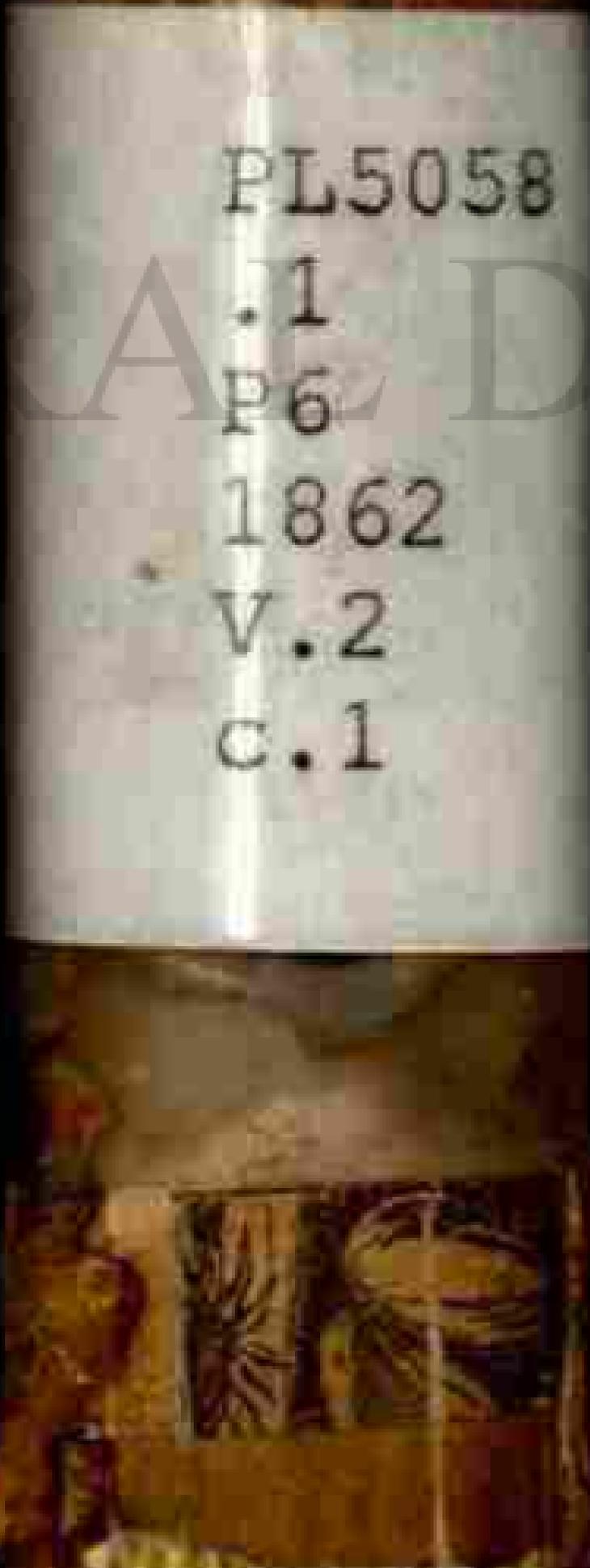


158

CIÓN C



PL5058

.1

P6

1862

V.2

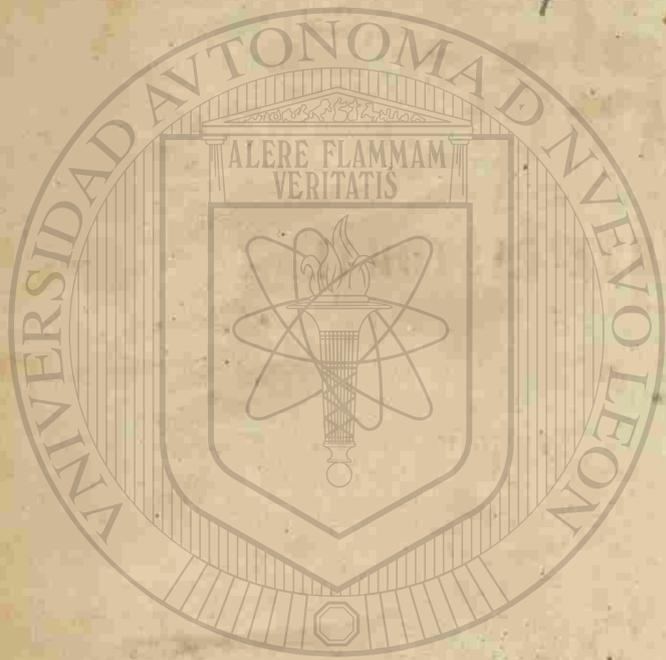
C.1



1080042805



251



ARTE PASTORAL

PRIMERA EDICIÓN CORREGIDA DE UNA PARRAFOJA

E#26#36

R. P. L. Juan Plana

**ARTE PASTORAL.**

TOMO II.

UANL

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



IMPRESA DE PAUL HERRA

# ARTE PASTORAL

6

MÉTODO PARA GOBERNAR BIEN UNA PARROQUIA:

OBRA ESCRITA EN OBSEQUIO

DE LOS SEÑORES CURAS PÁRROCOS,

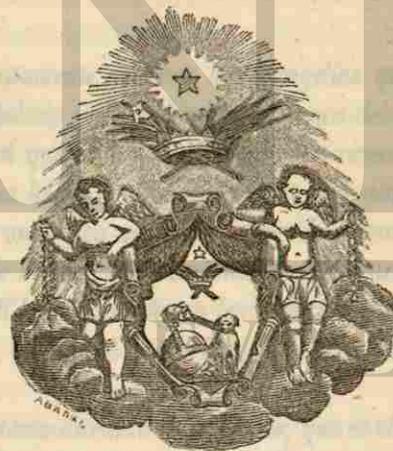
POR EL

**R. P. L. Juan Planas,**

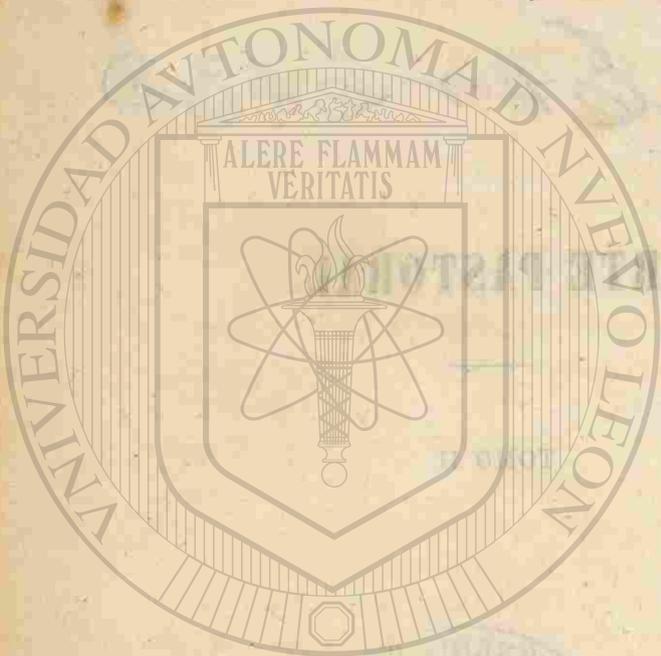
DOMINICO, DIRECTOR DE LA CASA-MISION DE GERONA.

TERCERA EDICION.

TOMO II.



110330



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Con aprobacion del Ordinario.

BARCELONA.—1862.

IMPRENTA DE PABLO RIERA,

calle den Robador, núm. 24 y 26.

38045

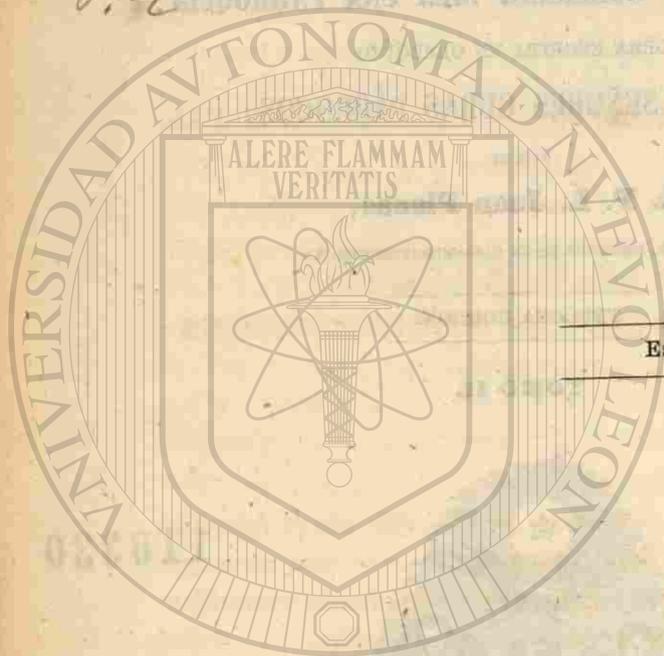
PL5058

01

P6

1862

V. 2



Es propiedad.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE YUCATÁN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECA



## ARTE PASTORAL

6

### MÉTODO PARA GOBERNAR BIEN UNA PARROQUIA.

#### OBSERVACIONES PRELIMINARES

##### Á LAS PLÁTICAS DOMINICALES.

Quien atentamente recorra los evangelios que la Iglesia ha elegido y señalado para todos los domingos del año, desde luego reconocerá que la elección no ha sido casual ó caprichosa, sino que se ha hecho con sujeción á un plan admirable, el cual por orden cronológico va desenvolviendo á nuestra vista toda la historia de Jesucristo, y exponiendo á nuestra consideración todo lo que él hizo y enseñó en los treinta y tres años que moró en la tierra. Que se observe bien, y se verá ser muy exacto lo que decimos.

Primeramente durante el Adviento, que es el primer mes del año eclesiástico, nos propone evangelios que nos representan al Precursor anunciando á Jesucristo al pueblo judío, y como preparándole el camino para ser recibido como verdadero *Mestas* y Salvador del mundo; exceptuando únicamente el primer domingo, en que, por razones que diremos en su lugar, nos hace

leer parte del capítulo XXI de san Lucas, donde se anuncian las señales que han de preceder á las últimas agonías del mundo y al juicio final.

Luego viene la fiesta de Navidad, y desde este dia hasta el domingo de Septuagésima nos va poniendo sucesivamente á la vista todo lo que se sabe hizo el Salvador en su infancia, en su adolescencia y en su juventud, es decir, en los treinta primeros años de su vida.

Despues de habernos propuesto en este tiempo toda la vida oculta de Jesucristo, comienza á proponernos su vida pública y evangélica, y por esta razon en los tres célebres domingos de Septuagésima, Sexagésima y Quincuagésima nos da á leer evangelios que hablan de la época en que comenzó á anunciar el reino de Dios, y de los primeros ensayos que hizo en la predicacion, siendo muy notables aquellas palabras de uno de estos Evangelios: *Exiit qui seminat, seminare semen suum.*

Viene en seguida la Cuaresma, y con ella vienen tambien los evangelios que explican la vida penitente de Jesucristo, todo lo que sufrió en los cuarenta dias que ayunó en el desierto, todo lo que toleró de parte de los judios en los tres últimos años de su vida mortal, y todo lo que padeció en su pasion y muerte.

Con esto se llega á la Pascua de Resurreccion, y aquí cambia completamente la escena. Desde este dia hasta Pentecostes se leen evangelios que tratan de lo que el Salvador hizo en los últimos dias que conversó con los hombres, recorriendo con orden verdaderamente admirable sus diferentes apariciones, su subida al cielo, y la venida del Espíritu Santo sobre el sacro Colegio.

Aquí concluye el tiempo pascual, al que sigue otro tiempo que abraza veinte y cuatro domingos, vulgarmente llamados Dominica post Pentecosten, en los que se nos exponen los evangelios que contienen el moral de Jesucristo, sus maravillas, sus

máximas, sus amenazas y sus promesas; ocupándonos en esto hasta el primer domingo de Adviento, en que vuelve á renovarse el año cristiano.

Como la mente de la Iglesia, al hacernos leer un pedazo del Evangelio en la misa, no es solamente preparar nuestros ánimos para la augusta ceremonia del sacrificio, sino tambien darnos pié y materia para dirigir instrucciones saludables al pueblo, segun aquello del santo concilio de Trento: *Mandat sancta Synodus pastoribus... ut inter missarum celebrationem... ex iis quæ in missa leguntur aliquid exponant, diebus præsertim dominicis*<sup>1</sup>; de ahí resulta que si el cura quiere formar un buen plan de pláticas morales para todo el año, y elegir las materias mas útiles á sus feligreses, es indispensable que estudie atentamente el orden que la misma Iglesia guarda en los evangelios, y vaya exponiéndolos por el mismo orden que se presentan. Convenimos en que las máximas del Evangelio pueden ser útiles y saludables en cualquier tiempo que se prediquen; pero tambien se ha de convenir con nosotros en que, para predicarlas, unos tiempos son mas oportunos que otros, y hacen mas efecto cuando se anuncian con sujecion á un plan, á un método y á una regla. Por algo nos previene san Pablo que, anunciando la palabra de Dios, tengamos cuidado de hacerlo en tiempo oportuno y conveniente: *Prædica verbum... opportunè*<sup>2</sup>.

Consiguientemente á esto, vamos á dar un curso de pláticas morales para todos los domingos del año, no formado al capricho, sino siguiendo estrictamente, en cuanto sepamos, el espíritu de la Iglesia en el orden que ha dado á los evangelios dominicales.

<sup>1</sup> Conc. Trid. sessio. 22, cap. 8 de Sacrificio. — <sup>2</sup> II Tim. iv, 2.

## PRIMER DOMINGO DE ADVIENTO.

Como ya se ha dicho, el evangelio de este domingo es una excepcion de la regla general, pues no guarda relacion con los demás evangelios del año en lo que toca á anunciar cronológicamente los pasos de la vida de Jesucristo. El motivo que ha tenido la Iglesia para hacer esta excepcion es, porque, como hoy se comienza á anunciar la primera venida del Hijo de Dios al mundo, ha creído que este anuncio haria una impresion mas saludable en el corazon de sus hijos, si venia acompañada con la consideracion de la segunda venida que el mismo Hijo de Dios hará al fin de los siglos; no siendo posible deje de disponerse bien para recibirle como Salvador, quien atentamente considere que algun dia habrá de honrarle como Juez.

De consiguiente, el asunto que naturalmente se presenta hoy por predicar es el juicio universal: esta ha de ser precisamente la materia de la plática moral, ni el Evangelio del dia se presta á otra cosa. Pero como hoy es el primer dia de Adviento, y conviene en gran manera que los fieles sepan el fin que ha tenido la Iglesia en instituirlo, y qué es lo que quiere hagan en él sus hijos, será conveniente que el cura, ó en la misma plática, ó en el catecismo, ó en la publicacion de las fiestas, les dé una idea de todo, siquiera explicándoles con un poco mas de extension lo mismo que sobre el particular dice el Ritual. Por lo que hace al punto del Evangelio, á mas de una plática que sobre el juicio final se encontrará en la pág. 165 del primer tomo de nuestro Catequista orador, y otra que hemos puesto en la pág. 190 del

primer tomo del presente Arte pastoral, las cuales con muy pocas variaciones pueden aplicarse á este dia, para mayor abundamiento vamos á escribir la siguiente:

### Grande escena del juicio final.

Cælum et terra transibunt; verba autem mea non transibunt. (Luc. XXI, 33).

Hoy hemos entrado en el santo Adviento, el cual, como debeis saber, fue instituido para honrar la memoria del inestimable beneficio que el Hijo de Dios nos hizo, cuando por causa de nuestra salud vino del cielo á hacerse hombre en las entrañas de María Virgen. Para que la memoria de aquella venida, llena de bondad y amor, haga en nosotros una impresion mas viva y saludable, la Iglesia nuestra madre ha creído conveniente acompañarla con la consideracion de otra venida, llena de severidad y rigor, que el mismo Hijo de Dios hará al fin del mundo; y por esto nos da hoy á leer un evangelio en que está descrita la grande escena del juicio final, junto con las principales circunstancias que han de acompañarlo.

Esta escena es tan espantosa, que su simple exposicion basta para llenar de un saludable temor á cualquiera que tenga el corazon un poco cristiano: y es por esto que trato de ponérosla á la vista, confiado en que, aunque toscamente dibujada, no dejará de haceros una muy fuerte impresion. No os admire venga yo á describiros un suceso que todavía se ha de verificar: Jesucristo nos ha hablado de él en términos tan claros y precisos, que puedo explicarlo como si ya lo hubiese visto con mis ojos; pues bien sabeis que su palabra es indefectible, y que primero faltará el cielo y la tierra, antes ella no dejará de cumplirse: *Cælum et terra transibunt; verba autem mea non transibunt.*

Mi plan abraza tres conceptos generales : los preliminares del juicio universal, el juicio universal mismo, y sus apéndices y sus consecuencias. La grandeza del asunto reclama toda vuestra atencion.

Despues que se habrán verificado todos los sucesos que, segun la Escritura, han de preceder al formidable dia del juicio, á saber, la predicacion del Evangelio en todas las naciones, la conversion de los judíos á la verdadera fe, la aparicion del hombre de pecado vulgarmente dicho *Antecristo*, la cesacion de todo sacrificio y culto público, y el martirio de los dos últimos predicadores Elías y Enoc; hé aquí, fieles, que esta gran máquina del mundo, cansada, y como si dijésemos gastada por las innumerables vueltas y rotaciones que habrá dado en el transcurso de tantos siglos, todo de un golpe parará su curso, cual si repentinamente se le hubiesen desprendido las ruedas maestras de sus regulares movimientos.

A este inesperado suceso seguirá súbitamente en toda la naturaleza un tal trastorno, desórden y confusion, que parecerá que el mundo vuelve á su antiguo caos. El sol, ese rey de los astros, ese padre de la vegetacion, ese gran faro que ilumina á todo el universo, quedará oscuro, cual si se le hubiese cubierto con un paño mortuorio : *Sol obscurabitur*. La luna, ese sol nocturno, cuya claridad entusiasma á los poetas, cuya hermosura crea las mas gratas ilusiones, y cuya luz convierte la noche en dia, recogerá sus rayos, y parecerá teñida en sangre : *Luna vertetur in sanguinem*. Las estrellas, esas lumbres celestes que, encendiéndose de noche en lo mas alto del firmamento, descubren á los mortales la gloria y hermosura de su Criador, caerán apagadas, como cae la fruta del árbol cuando es combatido por un fuerte huracan : *Stellæ cadent de celo*.

A este trastorno de los cielos seguirá en los sublunares una descomposicion imposible de describirse. Los elementos lucharán horriblemente entre sí : el mar hinchará sus olas, y dará horrendos bramidos que llevarán el terror y el espanto hasta en los mas ocultos desiertos : la tierra bamboleará sobre su base, y se estremecerá con mortales convulsiones : en el aire aparecerán fantasmas y visiones horribles ; y las nubes arrojarán fuego en tanta abundancia, que en pocos minutos quedarán secos los rios, incendiadas las selvas, destruidas las ciudades, muertos los hombres, y reducido á pavesas todo cuanto hay en la superficie de nuestro globo. De modo que en adelante ni pista de hombre se descubrirá ya en la tierra, ni canto de ave se oirá por el aire, ni movimiento de pez se notará en el agua, ni susurro de viento se percibirá en el espacio ; sino que por todas partes habrá silencio, soledad, desolacion, ruinas, horror, y horror de muerte.

Como si ya me hallase presente á aquella gran catástrofe, paréceme, cristianos, que, cual Jeremías sentado sobre las ruinas de Sion, estoy contemplando atónito los desechos todavía palpitantes de la naturaleza destruida, y como quien no acaba de convencerse de lo mismo que está viendo, exclamo : ¡Qué! ¿esa tierra desierta y desolada es la misma que pocas horas há bullia por todas partes en negocios, comercios, empresas, guerras, intrigas, diversiones, galanteos, risas y placeres?... ¿Esas llanuras cenicientas son aquellos mismos sitios donde hace poco ostentaban su grandeza la antigua Roma, la filosófica París, la opulenta Lóndres y la pintoresca Cádiz?... ¿Esos arenales secos y negruzcos son aquellas frondosas riberas por donde no ha mucho corrian alegres el Sena, el Ródano, el Támesis, el Ebro y el Tajo?... ¿Así, pues, han desaparecido en un soplo ciudades y moradores, armas y ejércitos, letras y letrados, artes, lujo, riquezas, placeres, todo?...

¡Y aun pluguiera á Dios que en esto solo consistiese todo el desastre! Mas Jesucristo nos advierte, que todas estas desgracias no serán sino el primer acto de la gran tragedia, el primer crepúsculo del día formidable, un ensayo, un preludio, un principio de las grandes tribulaciones que vendrán despues : *Hæc autem omnia initia sunt dolorum* <sup>1</sup>. Porque luego sonará por todo el mundo aquel espantoso pregon anunciado por Joel, que dirá : Levántense de la tumba todas las generaciones, y vayan á reunirse en el valle de Josafat, porque allí se sentará el Señor para juzgarlas á todas: *Exurgent, et ascendant gentes in vallem Josaphat : quia ibi sedebo ut judicem omnes gentes in circuitu* <sup>2</sup>. Levantarse, papas, que se ha de ver cómo habeis manejado los negocios de la Iglesia : al Josafat, reyes, que hemos de averiguar cómo habeis gobernado á vuestros pueblos, y cuál ha sido vuestra legislacion : á dar cuenta, obispos, que hemos de averiguar qué uso habeis hecho de la autoridad, y cómo habeis cuidado vuestro rebaño. Grandes y pequeños, eclesiásticos y seglares, turcos y cristianos, todos, todos á dar cuentas en el valle de Josafat : *Ascendant, ascendant gentes in vallem Josaphat*.

¡Poder de Dios! no bien habrá sonado este pregon general cuando ya estará de pié toda la gran familia de Adan, marchando aceleradamente al Josafat, como al gran punto de reunion. Allí veremos llegar de tropel á los hombres de todas las edades, de todos los países y de todos los climas : allí veremos comparecer al culto europeo y al degradado indio, al discípulo de Jesucristo y al secuaz de Mahoma, al que vió las primeras edades del mundo y al que presenció los últimos gemidos de la naturaleza : allí en fin se formará un congreso general, que comprenderá á todo el gépero humano.

<sup>1</sup> Matth. xxiv, 8. — <sup>2</sup> Joel, iii, 13.

Pero ¡cosa extraña! en tanta multitud de personas yo no veo mas que pueblo, yo no descubro sino gente plebeya y sin representacion ; ni una tiara, ni un cetro, ni una mitra, ni una toga alcanzo con la vista. ¿Dónde están los papas, los reyes, los obispos y los grandes diplomáticos? Grandes, príncipes, gente de corona, ¿dónde estais? ¡Qué grandes, qué príncipes, ni qué coronas! contesta Isaias : en aquel dia solo Jesucristo será grande, no habrá mas príncipe que él, ni brillará otra corona que la suya : *Exaltabitur autem Dominus solus in die illa* <sup>1</sup>.

Mas ya se abren los cielos : ya ejércitos de Ángeles van saliendo por sus puertas, y toman posicion en el aire : ya sale un grupo de hermosísimos Serafines que, llevandò en triunfo la santísima cruz, cantan en tono grave y armonioso : *Vexilla Regis prodeunt, fulget Crucis mysterium* : ya aparece la santísima Vírgen, sentada en un trono de indecible gloria, y rodeada de un cortejo infinito de espíritus bienaventurados : ya... arrodillarse, gentes ; postrarse, pueblos ; frente en tierra, filósofos, que el Juez de vivos y de muertos va á manifestarse.

¡Oh qué sensacion tan profunda hace su vista en toda la muchedumbre espectante! Por todas partes se oyen ayes, gemidos, llantos que parten el corazon, y conmueven las entrañas : no hay quien no gima, no hay quien no lllore : *Tunc plangent omnes tribus terræ* <sup>2</sup>. Lloran los justos, y lloran de gozo al ver por primera vez la cara hermosísima de su amabilísimo Redentor, de su amorosísimo Padre, de su tiernísimo Esposo ; lloran los pecadores, y lloran de desesperacion al ver el rostro airado de su Juez, sus ojos amenazadores y su aspecto formidable. Suspiran los justos, y suspiran de amor, viendo que viene á abrazarlos aquel dulce Jesús en quien creyeron, á

<sup>1</sup> Isai. ii, 11. — <sup>2</sup> Matth. xxiv, 30.



quien amaron, á quien tantas veces recibieron oculto en los velos eucarísticos; suspiran los pecadores, y suspiran de amargura, viendo llegada la hora de su exterminio y eterna perdición. ¡Ay de mí! dice Pilatos al fijar la vista en la persona adorable de Jesucristo, ese es aquel buen Nazareno á quien hice azotar y morir en una cruz, no obstante que conocí su inocencia. Montes, caed sobre este juez inícuo y cobarde, librándome así de la ira del Cordero: *Cadite super nos.* — ¿Qué dices, insensato? ¿No sabes que los montes ya no existen? — ¡Desgraciados de nosotros! claman los judíos, ese es aquel Hijo de María á quien perseguimos á muerte, y de cuya sangre hicimos responsables á nosotros y á nuestros hijos. Collados, desplomaos sobre este pueblo sanguinario y feroz, y escondednos de su vista. — ¿Que invocais á los collados, infelices, si ya son todos ceniza? — ¡Infelices de nosotros! gritan los impíos, ese es aquel Jesús cuyo Evangelio despreciamos, á cuyos ministros perseguimos, y de cuya religion hicimos mofa. Venid, peñas, venid á aplastarnos, antes que caigamos en sus manos. *Cadite super nos.* — Cómo se conoce, desgraciados, que el miedo os lleva trastornado el juicio. ¿Os parece si las peñas podrian libraros de las manos de un Dios?...

Entre tanto el Juez eterno ha ya tomado asiento en su trono; y levantando en seguida la mano, hace señal para que cese el alboroto y la conmocion. Un silencio sepulcral, una calma profunda, un pánico espantoso reina de repente por todo el dilatado valle: entre tanta gente ya no se oye una palabra, un acento, un respiro: solo se nota en muchos una cruel ansiedad, una congojosa agitacion, un triste y amargo presentimiento.

La primera palabra que profiere el Juez, es que se separen los buenos de los malos, dejando á aquellos á su derecha, y

haciendo pasar á estos á su izquierda: *Statuet quidem oves à dextris, hædos autem à sinistris*<sup>1</sup>. En cumplimiento de esta orden salen inmediatamente algunos Ángeles de sus filas; y dirigiéndose á la gran masa que, segun el profeta Zacarías, estará distribuida en diferentes secciones, correspondientes á los varios estados de esta vida, comienzan á sacar á los malos de entre los buenos: *Exibunt Angeli, et separabunt malos de medio justorum*<sup>2</sup>. Madres, abrazad por última vez á vuestros hijos: hermanos, apresuraos á daros el último adios; porque va á cumplirse aquel oráculo del Evangelio que dice: De dos consortes que durmieron en un mismo lecho, y de dos hermanos que se criaron en una misma cuna, el uno será elegido, y el otro será despreciado; el uno pasará á la izquierda, y el otro quedará á la derecha: *Unus assumetur, et unus relinquetur*<sup>3</sup>.

Dirigense en primer lugar los Ángeles á la seccion de los papas. ¡Buen Dios! ¿habrá entre los papas quien haya de parar á la izquierda? Yo no lo sé, cristianos; pero esto de haber de dar cuenta de todo un mundo es cosa que puede comprometer la salvacion de mas de uno. En seguida se encaminan á la seccion de los reyes. ¡Qué! ¿habrá quien haya de ser separado entre gente tan ilustre? Yo me abstendré de manifestar lo que pienso sobre este particular; solo os diré que el pueblo hebreo tuvo tres reinos distintos, el de las doce tribus, el de Judá y el de Israel. En el primero hubo tres reyes, Saul, David y Salomon; y de estos el primero se condenó, el segundo se salvó, y el tercero no se sabe. En el segundo hubo veinte reyes; y de estos se salvaron cinco, se condenaron trece, y de dos no hay certeza. En el tercero hubo diez y nueve reyes; y estos se perdieron todos, sin exceptuar siquiera uno.

<sup>1</sup> Matth. xxv, 33. — <sup>2</sup> Ibid. xiii, 49. — <sup>3</sup> Ibid. xxiv, 40.

¿Entendeis?... Luego pasan los Ángeles á la seccion de los obispos. No me preguntéis si entre los obispos habrá muchos que sean separados : se trata de hombres que son responsables de muchas almas, y de consiguiente es fácil conjeturarlo. Despues pasan los Ángeles á la seccion de los sacerdotes y religiosos. No sabria deciros cuántos serán entre el Clero los que vayan á hacer compañía á Judas, porque no sé cuántos son los eclesiásticos que viven como deben ; mas soy de opinion que nos quedarémos atónitos viendo el gran número que de esta clase serán condenados. Y si esto sucede con nosotros, ¿qué será, cristianos, cuando los Ángeles lleguen á las secciones de militares, caballeros, comerciantes, artistas, jornaleros y padres de familia? Calculadlo vosotros mismos, que sabéis mejor que yo los grandes vicios que reinan en todas estas clases.

Ya está ejecutada la órden, ya está hecha la separacion, ya cada cual ocupa el lugar que le corresponde : ¿qué mas mandais, Señor?—Que se lea en voz alta é inteligible aquel libro en que están escritos los pecados de todo el mundo : *Judicium sedit, et libri aperti sunt*<sup>1</sup>. Vuestra ilustracion, cristianos, ya comprende que aquí no se trata de la lectura de un libro material, que no podria hacerse en muchos siglos ; sino de una luz que Dios infundirá en nuestros entendimientos, á favor de la cual el uno verá todos los pecados del otro, haciéndose público y manifesto todo lo que estaba oculto y secreto. ¿Habéis observado lo que pasa en una laguna llena de animales asquerosos? Si la mirais cuando la luz del sol solo la toca en la superficie, no veis mas que una agua pura y cristalina ; pero si la mirais cuando la penetra, entonces veis claramente todas las asquerosidades que hay en el fondo, lo mismo que si

<sup>1</sup> Dan. vii, 10.

estuviesen á flor de agua. Lo propio sucede con los hombres : si los miramos con la escasa luz de nuestros ojos, muchas veces los vemos ajustados y arreglados ; pero cuando los veamos con la luz que Dios derramará en nuestros entendimientos, entonces verémos todas las asquerosidades que ahora están ocultas en su corazon. ¿Qué vergüenza para los hipócritas cuando Jesucristo, poniendo de manifesto todas sus infamias y bajezas, diga, señalándolos con el dedo, lo que san Bernardo temia para sí : *Ecce Bernardus, ecce opera ejus!* Hé aquí á ese caballero, á esa jóven, á esa esposa que, aparentando costumbres muy arregladas, lograron engañar al público y pasar por gente de bien. ¿Veis ahora lo que son? ¿Veis cuáles han sido sus obras.

Publicados así todos los pecados, vuélvese el divino Juez á los de la derecha, y con palabras tiernas les dice : Hijos de mi corazon, fruto de mis trabajos y de mi muerte, porcion elegida de mi rebaño ; oid las palabras, no ya de vuestro Juez, sino de vuestro dulce y amoroso Padre : *Audi, populus meus, et loquar*<sup>1</sup>. Pesados vosotros en la incorruptible balanza de mi justicia, hallo que si por humana fragilidad me ofendisteis, asistidos de mi gracia, me habeis dado la debida satisfaccion. Así que, poniendo en olvido todas vuestras culpas, solo me acuerdo de las lágrimas, mortificaciones y sacrificios con que las expiásteis. Tengo bien presentes todos los padecimientos, vituperios y persecuciones, que por mi amor tolerásteis por parte de un mundo que no era digno de vosotros ; y todos los servicios que de vosotros recibí siempre que me presenté pobre, hambriento y desnudo, los tengo igualmente presentes : *Holocausta tua in conspectu meo sunt semper*. Por lo tanto, recibid en recompensa el reino de los cielos que os tengo pre-

<sup>1</sup> Psalm. XLIX, 7.

parado. Acercaos, hijos, á vuestro Padre y Redentor. *Venite*: recibid la paga que os tengo prometida, *Possidete*: no una paga terrena y perecedera, sino un reino celestial y eterno: *Possidete regnum*. ¡Oh palabras llenas de consuelo, pueda yo, puedan todos los que me escuchan oiros algun dia de la boca de este divino Salvador!

Volviéndose luego á los de la izquierda, les dice con palabras llenas de furor: Pecadores indignos, hijos de maldicion, ¿qué haceis aquí en mi presencia? Yo queria daros el cielo, y nada omití para que lo alcanzáseis. Testigo esa cruz en la cual morí: testigos estas llagas que aun conservo en mi cuerpo. Mas vosotros, en vez de ayudarme en la obra de vuestra salvacion, habeis conculcado mi ley y despreciado mis preceptos: *Tu vero odisti disciplinam, projecisti sermones meos*. Bastaba que uno fuese enemigo mio, ladron, disoluto ó vicioso, para poneros de su parte y partir con él el corazon: *Si videbas furem, currebas cum eo, et cum adulteris portionem tuam ponebas*. Despreciásteis á los pobres, vuestros hermanos por naturaleza y por gracia: oprimísteis al prójimo con murmuraciones y calumnias, y tendísteis lazos á la misma inocencia: *Adversus filios matris tuæ ponebas scandalum*. Estas y otras cosas que vuestra conciencia sabe habeis hecho; y yo siempre he tomado paciencia, siempre he callado: *Hæc fecisti, et tacui*. Pasásteis la juventud en el desórden, y callé: *Et tacui*. Malográsteis la mayor edad en vicios, y sufrí: *Et tacui*. Deshonrásteis la vejez con los mayores excesos, y tomé paciencia: *Et tacui*. ¿Pensábais, inícuos, que yo, haciéndome vuestro cómplice en el mal, disimularia siempre? *Existimasti, inique, quod ero similis tibi?* Si tal pensásteis, os habeis engañado. Id, malditos, id á recibir el castigo que es debido á vuestras malas obras: *Ite, maledicti, in ignem æternum*. Salid por siempre de mi presencia: *Ite*. Mi maldicion os acompañe: *Ma-*

*ledicti*. El fuego sea vuestra habitacion: *In ignem*. La eternidad sea la medida de vuestros tormentos: *Æternum*.

Dicho esto, ya no les queda á los infelices sino exclamar con aquellas desesperadas palabras que san Efren pone en su boca: *Valete, apostoli; valete, martyres; valete, justi universi*. Patriarcas y Profetas, Apóstoles y Mártires, Vírgenes y Confesores, *valete*, adios por siempre. Padres y consortes, hermanos y amigos, Santos todos del paraíso, *valete*, ya no os veremos mas. Adios, santísima cruz, altar de gracia, árbol de vida, enseña de salvacion, adios: *Salve, crux pretiosa*. Y Vos, Virgen María, augusta Madre de Dios, Refugio de pecadores, pero no ya de nosotros, alegría del cielo y terror del infierno, recibid tambien el último adios de nuestra desesperacion: *Vale tu quoque, Dei Genitrix Maria*.

En llegando aquí, todo está concluido. Con levantarse los unos al cielo entre himnos y cánticos de alegría, y con hundirse los otros en el infierno dando gritos y aullidos espantosos, han desaparecido todos los actores de la trágica escena del juicio universal. Dios entra en su reposo, y la eternidad reina en todas partes. Cuál será nuestra suerte en aquel dia formidable, yo no sabria decirlo: es cosa que cada uno debe consultarla con su propia conciencia. Pocos, muy pocos de los que estamos aquí quisiéramos que el juicio final nos sorprendiese en el estado en que nos hallamos; porque muchos, muchísimos conoceis bien que no quedaríais bien librados en el tribunal de Jesucristo. ¿Qué dicta, pues, la prudencia cristiana? Que nos prevengamos desde luego, á fin de que cuando el caso llegue, nos quepa la dichosa suerte de los Santos. Amen.

## SEGUNDO DOMINGO DE ADVIENTO.

El evangelio de este día es tomado del capítulo XI de san Mateo, y habla de una comision que san Juan envió desde la cárcel á Jesucristo, para que en su nombre le preguntase, si era él el Mesías que esperaban, ó si debian aguardar á otro; y de la respuesta que el Salvador dió á los comisionados, como y tambien del elogio que hizo del mismo san Juan en presencia de las turbas.

Este evangelio da pié para formar varios asuntos, todos de gran provecho y utilidad. Primeramente sobre aquellas palabras: *Cum audisset Joannes in vinculis se podria componer un bellissimo discurso sobre el ningún caso que se debe hacer de las cosas humanas, viendo que Juan, hombre inocentísimo, santificado en las mismas entrañas de su madre, morador del desierto desde su infancia, penitente celeberrimo, predicador famoso, mas que profeta, y digno precursor del mismo Jesucristo, estaba encerrado en una cárcel, cargado de cadenas, y destinado á sufrir una muerte cruel; al paso que Herodes su verdugo, hombre perversísimo, profanador descarado del templo, vil traficante con los empleos sacerdotales, vergüenza del trono, oprobio de la nacion, tirano del pueblo, concubinario público, y asesino de sus propios hijos, estaba elevado en el poder, rodeado de honores, y nadando en un mar de satisfacciones y placeres. De aquí se podria deducir una muy importante moralidad, cual es, que la felicidad verdadera no consiste en el goce de las cosas materiales, sino en la posesion de la virtud, puesto que*

san Juan en medio de sus tribulaciones y angustias tenia el corazon tranquilo, el alma serena y el espíritu enteramente impasible; mientras Herodes, rodeado de delicias y dulzuras, era juguete de las mas fieras pasiones, esclavo de los vicios mas afrentosos, víctima de los mas crueles remordimientos. Haciendo al último un cotejo entre la paz y alegría que la virtud ocasiona al justo, y los sinsabores y las inquietudes que el vicio hace experimentar al pecador, se tendria una plática de muy buena moralidad, y que no dejaria de hacer efecto.

De aquellas otras palabras: *Euntes renuntiate Joanni quæ audistis, et vidistis, se puede sacar tambien un discurso tan útil como chocante. Se comenzará el exordio haciendo notar que, habiendo los enviados de san Juan preguntado á Jesucristo si era el verdadero Mesías, él no tuvo por conveniente contestar á la pregunta con una simple afirmacion, sino que, haciendo algunos milagros en su presencia, cuales fueron resucitar un muerto, limpiar á un leproso, dar vista á un ciego, oido á un sordo, y movimiento á un cojo, les dijo: Id, y referid á Juan todo lo que habeis visto y oido. ¿Por qué, se preguntará, Jesucristo se condujo así? Sin duda porque creyó que para acreditar que era el verdadero Mesías, no bastaba que lo afirmase simplemente, sino que era necesario probarlo con las obras, que son el argumento mas convincente y decisivo. Esto es tan así, que el mismo Jesucristo dijo en otra ocasion, que si él no hubiese hecho obras que demostraban claramente ser el Salvador del mundo, los judios no hubieran pecado no queriendo reconocerle por tal: Si opera non fecissem in eis, quæ nemo alius fecit, peccatum non haberent<sup>1</sup>. De aquí se deducirá que para acreditarse de verdadero cristiano no basta llevar este nombre, ni pasar por tal ante el público, sino que es menester mostrarlo con obras;*

<sup>1</sup> Joan. xv, 24.

porque si se profesa la religion cristiana, y no se vive conforme á sus leyes, no se tiene de cristiano sino el nombre y la apariencia. Puestos estos antecedentes, se sentará por proposicion que muchos son cristianos de puro nombre, porque su vida no corresponde al nombre honroso que llevan. Esta proposicion se probará haciendo una comparacion entre lo que se cree y lo que comunmente se obra. Se cree que hay un Dios que todo lo ve, que todo lo descubre, hasta los mas ocultos pensamientos : y se vive como si Dios fuese uno de aquellos simulacros de quienes dice David, que tienen ojos, y no ven; tienen oidos, y no oyen; tienen manos, y no palpan. Se cree que despues de esta vida hay una eternidad que nunca acabará : y se vive como si todo hubiese de acabar con la muerte. Se cree que hay un cielo para los justos y un infierno para los pecadores : y se vive como si estas cosas fuesen ficciones de poetas. Conviene explicar bien esta idea. Despues se hará otro cotejo entre el Evangelio y las costumbres de muchos. El Evangelio manda no robar, no fornicar, no querer mal á nadie, etc.; y no obstante se roba, se fornicar, se aborrece al prójimo, etc. Desenvuelto este pensamiento, se hablará sobre el pecado en el cristiano, haciendo ver su malicia, su enormidad y sus castigos, para lo que se hallarán todas las especies necesarias en la plática 14 del primer tomo del Catequista orador, pág. 119.

Aquellas otras palabras : *Beatus est, qui non fuerit scandalizatus in me* dan tambien ocasion para predicar sobre el escándalo. Por introduccion se referirá la historia del Evangelio, y luego se preguntará, ¿qué habia en Jesucristo que pudiese ser ocasion ó motivo de escándalo? Se recorrerá ligeramente su vida santísima, su doctrina toda celestial, sus ejemplos, sus milagros, su conversacion verdaderamente divina. Y si esto no obstante, se dirá, Jesucristo creyó que habia quien, ó por ignorancia, ó por malicia, podia escandalizarse de él, ¿cuánto

mas deben creer que dan verdadero escándalo al prójimo los que llevan una vida toda llena de vicios? Luego se hará ver los diferentes modos con que se puede escandalizar, cuán difícil es reparar los daños del escándalo, y lo que incumbe á quien ha incurrido en este pecado : todo lo que se encontrará difusamente tratado en el Catequista orador, tomo segundo, pág. 142.

### Preparacion para la venida del Hijo de Dios.

Tu es qui venturus es, an alium expectamus? (*Math. XI, 2*).

El evangelio de hoy nos habla de una comision que san Juan envió desde la cárcel á Jesucristo, de la respuesta que el Salvador dió á los comisionados, y del elogio que hizo del mismo santo Precursor en presencia de las turbas. Es, pues, el caso, que, hallándose san Juan detenido en la cárcel por orden de Herodes, tuvo noticia de los grandes milagros que el Salvador obraba, y esto le movió á enviarle dos de sus discípulos que en su nombre le preguntasen, si era él el Mesías que esperaban, ó si mas bien debian aguardar á otro : *Tu es qui venturus es, an alium expectamus?* Jesucristo no creyó conveniente contestar directamente á la pregunta, sino que, haciendo algunos milagros á vista de los enviados, les dijo : *Id, y referid á Juan todo lo que habeis visto y oido : Euntes renuntiate Joanni quæ audistis, et vidistis.*

Sobre esta breve historia ocurre desde luego una duda. ¿Por qué san Juan hizo preguntar á Jesucristo si era el Mesías? ¿Que no lo sabia?... Sin duda lo sabia, puesto que él mismo le habia bautizado en el Jordan; él mismo habia visto bajar sobre él al Espíritu Santo en forma de paloma, y oido la voz del Padre celestial que le llamaba su *Hijo muy amado*; y él mismo le habia tambien señalado con el dedo á las turbas, diciendo :

Hé aquí al Cordero de Dios que quita los pecados del mundo : *Ecce Agnus Dei, qui tollit peccata mundi*. Pues, ya que lo sabia, ¿por qué se lo hizo preguntar por los discípulos? Porque quiso que estos le conociesen personalmente, viesen con sus propios ojos los milagros que obraba, se convenciesen por sí mismos de que era el Mesías verdadero que venia á salvarlos, y así se dispusiesen para recibir los frutos de su venida.

Lo que san Juan hizo con sus discípulos, debo hacerlo yo con vosotros en este tiempo de Adviento, que es tiempo de preparacion : y ya que, como él, no puedo enviaros á Jesucristo para que aprendais de él mismo cómo debéis disponeros para recibirle, os lo explicaré segun Dios me dé á entender, haciéndoos ver las disposiciones con que debéis aguardar su venida, si deseais experimentar sus efectos saludables. Él viene á salvaros, que por esto se llama *Jesús* ó Salvador ; pero su venida no os causará la salvacion, si vosotros de vuestra parte no concurrís con tres disposiciones, que son, dejar al pecado, ejercitaros en obras buenas, y haceros enteramente semejantes á él. Con estas tres disposiciones vuestra salvacion es segura : sin ellas es imposible.

Como base y fundamento de lo que voy á decir he de sentar un principio que por de pronto os chocará ; pero que, oidas las razones en que se funda, lo tendréis por muy sólido y verdadero. Este principio es, que la venida del Hijo de Dios al mundo á unos debe causaros grande alegría y consuelo, y á otros debe infundiros grande espanto y temor. La sorpresa que noto en vosotros me convence de que no me he equivocado al decir que os chocaría el principio que venia á establecer. Pero por chocante que os parezca, yo insisto en que la venida del Hijo de Dios al mundo á unos debe causaros con-

suelo y alegría, y á otros espanto y terror. ¿Por qué? porque es una verdad escrita en el Evangelio, que Jesucristo viene para salvacion de unos, y para ruina y perdicion de otros : *Ecce positus est hic in ruinam, et in resurrectionem multorum*<sup>1</sup>. Viene para salvacion de aquellos que, aprovechándose de su venida, se convertirán sinceramente á él, seguirán los ejemplos que viene á darnos, y conformarán la propia vida con la suya : viene para ruina de aquellos que, no obstante su venida llena de amor, rehusarán convertirse á él con todo el corazón, y continuarán tercos en su malicia. A cuál de estas dos clases pertenezcais vosotros, es cosa, amados míos, que vosotros mismos la habeis de decidir. ¿Os convertís sinceramente á Dios, por manera que cuando Jesús nazca os encuentre libres de toda culpa grave? Alegraos, que él viene para vuestra salvacion : *Positus est hic in resurrectionem*. ¿Os obstinais en el mal, y su venida no os obliga á dejar el pecado? Temblad, que viene para vuestra perdicion y exterminio : *Positus est hic in ruinam*.

Salvador como él es, y tan deseoso como viene de vuestra salvacion, notad bien lo que voy á decir, no quiere, no puede salvaros, si primero no logra libraros de vuestras culpas. Si antes que todo no consigue esto, discurridlo como queráis, no solo no puede daros la salvacion, sino que forzosamente ha de ocasionaros mayor condenacion y ruina. Tú le llamarás Jesús, dijo el Angel á José, porque él librará á su pueblo de sus pecados : *Vocabis nomen ejus Jesum : ipse enim salvum faciet populum suum à peccatis eorum*<sup>2</sup>. No le dijo : Lllamarásle Jesús, porque él librará á su pueblo de los males temporales que le afligen : pensarlo así, quédese para los judíos carnales y groseros, quienes esperaban un Salvador que levantase su reino

<sup>1</sup> Luc. ii, 24. — <sup>2</sup> Matth. i, 21.

de la abyeccion y desprecio en que habia caido, y lo hiciese brillar en poder y riquezas sobre todas las demás naciones de la tierra. El Salvador que nosotros esperamos, y cuya venida en breve tendremos la dicha de celebrar, viene al mundo con una mision mas noble, mas santa y mas divina, cual es librar-nos del pecado, y conducirnos al cielo. Y entre estas dos cosas hay tal dependencia y subordinacion, que él no puede hacer la una sin la otra, es decir, no puede conducirnos al cielo sin librar-nos de los pecados.

Ahora bien, cristianos, este Salvador divino, cuyo nacimiento temporal no será este el primer año que celebraréis, ¿de qué pecado, de qué vicio ha conseguido libraros hasta ahora? ¿Cuál es el soberbio que, en vista de su humildad, haya puesto coto á su orgullo? ¿cuál el rencoroso que, contemplando su mansedumbre, se haya reconciliado con su enemigo? ¿cuál el impuro que, movido de su penitencia, haya refrenado su carne? ¿cuál el avaro que, edificado de su pobreza, haya puesto medida á su codicia? ¿cuál la mujer que, enamorada de su sencillez, haya rebajado un punto su lujo? Muchos años há que venís celebrando la venida del Hijo de Dios al mundo, sin que sus ejemplos hayan producido en vuestra conducta el menor cambio ni mudanza. Y si esta vez sucede lo mismo, ¿no tendré motivo para deciros que solo viene para vuestra mayor condenacion? *Positus est hic in ruinam*? Sí, porque su venida no puede seros indiferente, debe llevaros ó la vida ó la muerte: y ya que no os lleva la una, es consiguiente y necesario que os lleve la otra.

Yo sé que él viene á hacer penitencia por nosotros, y que todas las humillaciones, penas y tormentos que sufrirá desde el pesebre hasta la cruz, las ofrecerá á su divino Padre en remision de nuestros pecados; pero sé tambien, y vosotros no debeis ignorarlo, que toda la penitencia que él hará, no nos

dispensa á nosotros de hacerla. San Pablo asegura que á la penitencia de Jesucristo, bien que sobreabundante, bien que de un valor infinito, todavía le falta algo para que obre nuestra salvacion. ¿Y qué le falta? Falta, dice el mismo Apóstol, que nosotros la hagamos tambien, que juntemos nuestra penitencia á la suya, que con él lloremos, con él suframos, con él mortifiquemos nuestra carne, por manera que con verdad podamos decir: Acabo en mí lo que me falta de la penitencia de Jesucristo: *Adimpleo ea quæ desunt passionum Christi in carne mea*<sup>1</sup>.

¡Ah! cristianos, si movidos vosotros de los ejemplos de penitencia que Jesucristo viene á darnos, os veo en estos dias de Adviento detestar vuestros pecados, sujetarlos al tribunal de la confesion, repararlos con una vida toda nueva, yo os felicitaré por ello el dia de Navidad, yo os daré por ello el mas cumplido parabien; pues podré aseguraros que Jesús ha venido á llevaros la salvacion; pero si, insensibles á la penitencia que él hará, continuais en el pecado, ¡ah! entonces me será fuerza deciros que, muy léjos de llevaros la salvacion, os habrá llevado la perdicion y la ruina: *Positus est hic in ruinam*.

Y para que os lleve la salvacion, no basta ya que dejéis simplemente el pecado: os he dicho, y os lo repito, que él no quiere, ni puede salvaros, si vosotros no le ayudais á ello con el ejercicio de las buenas obras. Él quiere que la gran obra de vuestra salvacion sea á un mismo tiempo efecto de su gracia y fruto de vuestra cooperacion; de suerte que, sin atribuiros la menor gloria, partais con él el trabajo. Él por su parte viene á rogar, á sufrir, á padecer para mereceros el cielo; pero quiere que vosotros tambien rogueis, sufrais y padezcáis con él. Él aparecerá en el mundo, humillado, cubierto de pobres

<sup>1</sup> Coloss. 1, 24.

paños, recostado sobre el heno en un establo, para desagraviar á su divino Padre de todas las ofensas que le habeis hecho con vuestro orgullo, soberbia y vanidad; pero quiere que vosotros coopereis á este designio con la humildad de espíritu y la mansedumbre del corazón. Él sacrificará su cuerpo santísimo, haciéndole sentir los rigores de una pobreza extrema, de un frío riguroso, de una desnudez lamentable, á fin de satisfacer por todos los pecados que la sensualidad, el regalo y el amor á los placeres os han hecho cometer; pero quiere que vosotros contribuyais á esta satisfacción, sacrificando también vuestra carne, mortificando vuestros sentidos, contradiciendo vuestras pasiones. Y de tal modo lo quiere, de tal modo hace depender de vuestra cooperación la eficacia de sus sacrificios, que primero consentirá en que perezcáis todos, primero permitirá que todos os condeneis, antes no querrá salvaros por sí solo, y por una redención enteramente gratuita.

De consiguiente, hermanos carísimos, os diré con el apóstol san Pedro, andad afanosos para asegurar con buenas obras vuestra elección y salvación: *Satagite ut per bona opera certam vestram vocationem et electionem faciatis*<sup>1</sup>. Que cuando vuestro divino Salvador venga, no os halle dormidos, como halló á las vírgenes fatuas, á quienes en castigo de su pereza, cerró la puerta, diciendo que no las conocía: *Clausa est janua... nescio vos*; sino que os encuentre muy vigilantes y solícitos en practicar el bien, como encontró á las vírgenes prudentes, á quienes, en recompensa de su solitud, admitió á su casto ósculo, é introdujo en las bodas eternas. ¡Dichosos si así lo haceis!

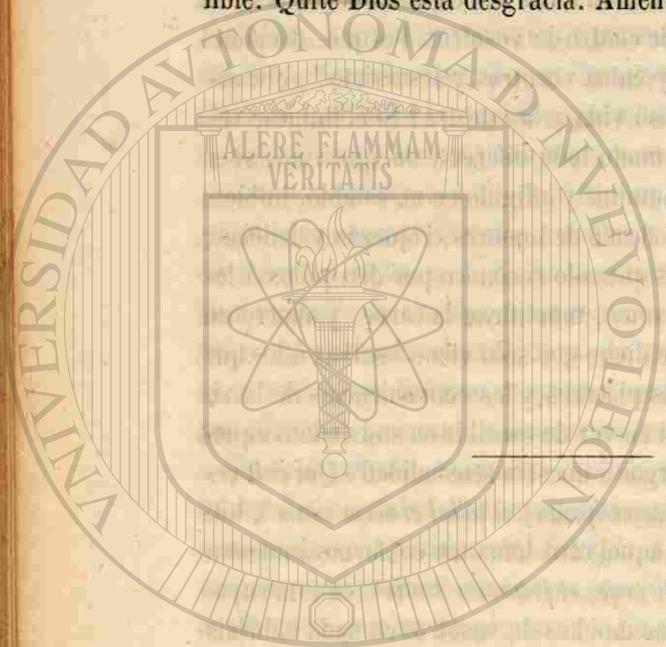
En fin, Jesucristo no puede salvaros, si antes no os haceis conformes á su imagen, si entre su vida y la vuestra no hay conformidad, proporción y semejanza; porque, como dice san

<sup>1</sup> II Petr. 1, 10.

Pablo, Dios no salva sino á los que ha predestinado á la gloria, y no predestina á la gloria sino á los que se hacen semejantes á la imagen de su Hijo: *Quos prædestinavit conformes fieri imaginis Filii sui*<sup>1</sup>. Esta expresión del Apóstol, si se reflexiona bien, y se pesasen todas sus consecuencias, debería hacer temblar á más de cuatro de vosotros. Porque, decidme: ¿qué conformidad hay entre vosotros y Jesucristo? ¿qué semejanza hallais entre su vida y la vuestra? Si él hubiese venido al mundo de un modo todo diferente del que vino; si en vez de nacer pobre, humilde y afligido en un establo, hubiese nacido en un trono, rodeado de honores, riquezas y delicias; si en lugar de decirnos que solo reconoce por discípulos á los que se niegan á sí mismos, mortifican la carne, y aborrecen el mundo, nos hubiese dicho que solo viene á salvar á los que aman las riquezas, los placeres y las conveniencias de la vida; en una palabra, si en vez de escribir en su bandera aquellas palabras tan amargas á nuestra sensualidad: *Qui vult venire post me, abneget semetipsum, et tollat crucem suam*<sup>2</sup>, hubiese grabado en ella aquel otro lema tan conforme á nuestra concupiscencia: *Venite ergo, et fruamur bonis*<sup>3</sup>; en esta suposición ¿no es verdad que muchos de vosotros en nada habríais de cambiar para ser enteramente semejantes á él? ¿no es verdad que, sin cambiar en nada el sistema de vuestra vida, ya os hallaríais en el estado que este divino Salvador os quiere, y que vuestra salvación sería segura? ¡Ah! cristianos, no cabe duda, vosotros lo conocéis, que si para salvarse fuese menester amar el mundo, apetecer riquezas y complacer la carne, muchos de vosotros seríais los primeros en ir al cielo, y ocuparíais en él los primeros puestos; pero como para salvarse es menester hacer todo lo contrario, como es indispensable imi-

<sup>1</sup> Rom. VIII, 29. — <sup>2</sup> Luc. IX, 23. — <sup>3</sup> Sap. II, 6.

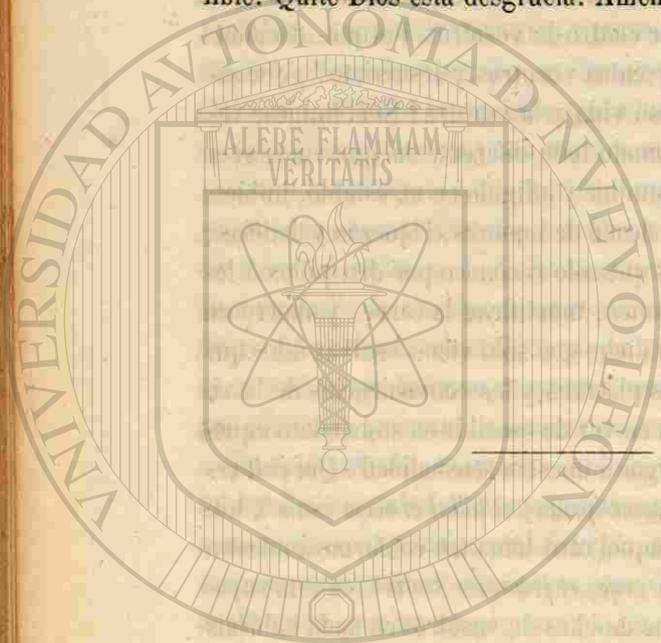
tar á Jesucristo en la humildad, en la abnegacion, en la pobreza, en el aborrecimiento de los placeres sensuales, vosotros debeis conocer que, sin un cambio radical en vuestra conducta, vuestra condenacion es cierta, es segura, es infalible. Quite Dios esta desgracia. Amen.



### TERCER DOMINGO DE ADVIENTO.

Como en esta tercera semana de Adviento caen las tómporas que llamamos de Navidad, es deber de un buen cura anunciarlas hoy al pueblo, no simple y secamente, sino explicándole las razones que ha tenido la Iglesia para instituir las, y el modo con que debe celebrarlas para corresponder á sus intenciones. Por esto haga notar que la Iglesia ha puesto tómporas en cada una de las cuatro estaciones en que se divide el año, es decir, en la primavera, verano, otoño é invierno, ordenando á sus hijos que por tres dias en cada una se entreguen con mas fervor al ayuno y á la oracion. Las razones generales que han movido á la Iglesia á disponerlo así son : santificar con la penitencia tres dias de cada estacion, desagraviar á Dios de las culpas cometidas en la estacion precedente, implorar las luces del Espiritu Santo sobre los obispos, para que tengan acierto en la ordenacion de ministros que en tales dias acostumbran hacer. Esta última razon, bien expuesta, es muy eficaz para inducir á los fieles á que cumplan con el ayuno y demás cosas que están prescritas en las tómporas, sobre todo si se les hace reflexionar que en las actuales tal vez se ordena alguno que está destinado á ser algun dia el pastor de aquella parroquia. A mas de las razones comunes á todas las tómporas, hay otras que son propias y especiales á las de Navidad, que son, dar gracias á Dios por los frutos de la tierra recolectados en el otoño, obtener la gracia de hacer de ellos un buen uso, y disponerse dignamente para celebrar el nacimiento del Hijo de Dios. Estas razones, expuestas en tér-

tar á Jesucristo en la humildad, en la abnegacion, en la pobreza, en el aborrecimiento de los placeres sensuales, vosotros debeis conocer que, sin un cambio radical en vuestra conducta, vuestra condenacion es cierta, es segura, es infalible. Quite Dios esta desgracia. Amen.



### TERCER DOMINGO DE ADVIENTO.

Como en esta tercera semana de Adviento caen las temporadas que llamamos de Navidad, es deber de un buen cura anunciarlas hoy al pueblo, no simple y secamente, sino explicándole las razones que ha tenido la Iglesia para instituir las, y el modo con que debe celebrarlas para corresponder á sus intenciones. Por esto haga notar que la Iglesia ha puesto temporadas en cada una de las cuatro estaciones en que se divide el año, es decir, en la primavera, verano, otoño é invierno, ordenando á sus hijos que por tres dias en cada una se entreguen con mas fervor al ayuno y á la oracion. Las razones generales que han movido á la Iglesia á disponerlo así son : santificar con la penitencia tres dias de cada estacion, desagraviar á Dios de las culpas cometidas en la estacion precedente, implorar las luces del Espiritu Santo sobre los obispos, para que tengan acierto en la ordenacion de ministros que en tales dias acostumbran hacer. Esta última razon, bien expuesta, es muy eficaz para inducir á los fieles á que cumplan con el ayuno y demás cosas que están prescritas en las temporadas, sobre todo si se les hace reflexionar que en las actuales tal vez se ordena alguno que está destinado á ser algun dia el pastor de aquella parroquia. A mas de las razones comunes á todas las temporadas, hay otras que son propias y especiales á las de Navidad, que son, dar gracias á Dios por los frutos de la tierra recolectados en el otoño, obtener la gracia de hacer de ellos un buen uso, y disponerse dignamente para celebrar el nacimiento del Hijo de Dios. Estas razones, expuestas en tér-

minos claros y precisos, ó en el catecismo, ó en la plática moral, serán muy poderosas para inducir á los fieles á cumplir exactamente todo lo que la Iglesia ordena en dichas tómporas.

El evangelio de este domingo está tomado del primer capítulo del de san Juan, en que se explica la comision que los judíos de Jerusalem enviaron al santo Bautista para que le preguntara si era el Mesías, y de la respuesta que este dió á los enviados. De este evangelio se pueden sacar varios asuntos, todos sumamente útiles.

De aquellas palabras: Tu quis es? se puede componer una excelente plática sobre el conocimiento de sí mismo en la forma siguiente: Despues de haber referido históricamente la pregunta Tu quis es? que los judíos hicieron al Bautista, se dirá que cada uno debe proponerse á sí mismo semejante cuestion, á fin de tener de sí propio un justo y exacto conocimiento. Se hará ver la gran necesidad de conocerse bien, cuán pocos son los que tienen de sí un exacto conocimiento, y los grandes daños que se siguen de esta falta. Para el primer miembro servirán admirablemente los ejemplos de David, Magdalena y del Hijo pródigo, de los cuales el primero anduvo por el camino de la perdicion hasta que el profeta Natan le hizo ver quién era, diciéndole: Tu es ille vir<sup>1</sup>: la segunda no salió de sus culpas hasta que, iluminada por Jesucristo, conoció el mal estado de su alma: Ut cognovit<sup>2</sup>; y el tercero no se reconcilió con su padre hasta que entró en sí, y conoció el infeliz estado á que le habian reducido sus desórdenes: In se reversus, dixit... surgam, et ibo ad patrem meum<sup>3</sup>. Para el segundo miembro se aducirán las causas que suelen impedir el conocimiento de sí mismo, y hacen que se tenga de sí una idea enteramente equivocada, cuales son, el amor propio que nos hace tener en mas de lo que real-

<sup>1</sup> Il Reg. xii, 7. — <sup>2</sup> Luc. vii, 37. — <sup>3</sup> Ibid. xv, 17, 18.

mente somos; las pasiones que nos ciegan el entendimiento, y no nos dejan conocer nuestras faltas, á lo menos con toda su malicia; y el mundo que con sus máximas erróneas y juicios falsos justifica y canoniza en nosotros lo que delante de Dios es muy reprehensible y censurable. Para el tercer miembro bastará decir que, por no conocerse bien, muchos se tienen por grandes santos, siendo grandísimos pecadores; resultando de aquí lo que dice el Espíritu Santo, que, pensando ellos ir por el camino de la salud, van por el de la perdicion: Est via quæ videtur homini justa: novissima autem ejus deducunt ad mortem<sup>1</sup>.

Sobre las mismas palabras: Tu quis es? se puede formar otro discurso sobre la pasion dominante, la cual es la que propiamente domina al sujeto, la que forma su propio carácter, y le distingue de los demás. Todo lo mas interesante que se puede decir de esta pasion se reduce á tres puntos: al conocimiento que cada cual debe tener de la propia, á la necesidad de combatirla, y al modo de vencerla. Acerca del primer punto se dirá que, aunque todos tenemos igual número de pasiones, y todas pueden arruinarnos si no las tenemos á raya; sin embargo cada hombre, por razon de su temperamento especial, tiene una que predomina las otras, y suele ser la causa primaria de todos sus desórdenes y caidas; como vemos que á unos predomina la impureza, á otros la cólera, á otros el orgullo, á otros la avaricia, etc. Observe cada uno cuál es la especie de pecados en que cae con mas frecuencia, y luego conocerá qué pasion le predomina. La necesidad de combatir esta pasion se demostrará haciendo ver que de hacerlo ó no hacerlo depende el salvarse ó el condenarse. Como que ella pone en movimiento todas las demás pasiones, si se la vence, quedan todas vencidas, al modo que, muerto Goliath por mano de David, se dispersaron y dieron

<sup>1</sup> Prov. xiv, 12.

por vencidos todos los demás filisteos ; pero si se la deja triunfar, arrastra á un sinnúmero de pecados, y conduce á un fin desastroso. Testigo Judas á quien la pasión del interés condujo, primero á cometer hurtos secretos, despues á vender á su divino Maestro, luego á comulgar sacrilegamente, y al último á colgarse en un árbol. Testigos Herodes, Saul y otros, cuya mala vida y trágico fin nos refiere la Escritura. El modo de vencer esta pasión se explicará diciendo, que para combatirla con éxito es menester 1.º acudir á la oración, á ejemplo de Judit que, cuando quiso cortar la cabeza al general Holofernes, figura de la pasión dominante, se preparó antes con la oración y el ayuno : 2.º combatirla luego que se descubre, y sin esperar á que se enseñoree, siguiendo el documento de san Jerónimo que dice : Mata al enemigo mientras es pequeño, que si le dejas crecer, él te matará á tí : 3.º ejercitarse en actos contrarios á lo que ella inclina ; en limosnas, por ejemplo, si ella inclina á la avaricia ; en penitencias, si á la impureza ; en humillaciones, si al orgullo, etc.

Aquellas otras palabras del mismo Evangelio : *Medius autem vestrum stetit, quem vos nescitis*, tambien dan ocasion para predicar sobre la presencia de Dios. Por introduccion de la plática se refiere literalmente el texto del Evangelio, y en llegando á las sobredichas palabras, se dice que es muy extraño que, teniendo los judios al Mesías á la vista, y descubriendo en él todas las señales con que le habian anunciado los Profetas, todavia no le conociesen. Pero luego, por medio de una reflexa, se añade, que aun es mas extraño que, sabiendo los cristianos por la fe que Dios está presente en todo lugar, tengan la osadía de pecar en su presencia, y ante sus mismos ojos. Se pondera la malicia que esta circunstancia añade al pecado, valiéndose para ello de la plática que está puesta en el primer tomo del Catequista orador, pág. 51.

A mas de los asuntos que dejamos insinuados, se puede tocar otro que por su novedad nos parece á propósito para dar buenos resultados. Hélo aquí.

### El abuso de la fe y sus castigos.

*Medius autem vestrum stetit, quem vos nescitis. (Joan. I, 26).*

Informados los judios de los sermones admirables que el Bautista predicaba en la otra parte del Jordán, de la gran penitencia que hacia, y de la vida inocentísima que llevaba, le enviaron desde Jerusalem algunos sacerdotes y levitas para que se informasen de su persona. Puestos en su presencia los comisionados, entablaron con él el siguiente diálogo. ¿Quién eres tú? ¿Eres Cristo? No, contestó el Bautista, yo no soy Cristo. — ¿Eres Elías? — No, yo no soy Elías. — ¿Eres profeta? — No, yo no soy profeta. — Pues ¿quién eres? ¿qué nos dices de tí mismo? ¿qué respuesta daremos á los que nos han enviado? — Decidles que yo soy la voz del que clama en el desierto, y que el Mesías de quien deseais saber, está en medio de vosotros, sin que vosotros le conozcais : *Medius autem vestrum stetit, quem vos nescitis.*

¿Qué vergüenza, hijos míos, para un pueblo tan ilustrado como el de Judá, tener á Jesucristo ante los ojos y no conocerle! ¿Cómo se explica tanta ceguedad y torpeza? ¿No era Judá aquel pueblo elegido, á quien la venida del Mesías habia sido anunciada con tantos oráculos, asegurada con tantas promesas, manifestada con tantas figuras? ¿No fue en Judá donde este Verbo divino se hizo carne, donde los Ángeles bajaron á celebrar su nacimiento, donde apareció una estrella para mostrar á los Magos su pesebre, donde bajó sobre él la celestial paloma, donde en fin resonó de lo alto la voz del divino

Padre que decia : *Este es mi Hijo muy amado?* ¿No fue en Judá donde Jesucristo obró tantos milagros, donde hizo tantas maravillas, donde dió tantas pruebas de su divinidad? ¿Cómo, pues, Judá es tan ciego que no le conozca?

¡Ah, hijos míos! hubo un tiempo en que Judá era el pueblo mas ilustrado con los resplandores de la verdadera fe; pero desconociendo el valor de este don celestial, no supo aprovecharse de él, abusó de él ingratamente, en términos de obligar al Señor á quitárselo. Quiera Dios que este castigo, castigo el mas formidable que puede venir sobre un pueblo, nunca llegue á nosotros; y que, así como somos los herederos de la fe de Judá, no seamos sus imitadores en la ingratitud, y sus compañeros en la desgracia. Para que esto no suceda, vengo hoy á manifestaros tres cosas sumamente importantes: 1.<sup>a</sup> el gran beneficio que Dios nos ha hecho dándonos la fe: 2.<sup>a</sup> el gran abuso que hacemos de este beneficio: 3.<sup>a</sup> el gran castigo que debemos temer por este abuso.

Para bien comprender la grandeza del beneficio que el Señor nos ha hecho dándonos la fe, conviene suponer con santo Tomás, que ella nos enseña dos clases de verdades: unas que no exceden la luz natural del entendimiento humano, como que hay un Dios, que nuestra alma es inmortal, etc.; otras que son superiores al entendimiento del hombre, como que en Dios hay tres personas distintas, que Jesucristo es nuestro Redentor, que los Sacramentos nos santifican, etc. No perdais de vista esta distincion, porque servirá mucho para conocer el valor inestimable de la fe.

Como llevo dicho, hay ciertas verdades que no están fuera del alcance de nuestro entendimiento, las cuales podríamos descubrir sin el auxilio de la fe; pero ¿quién no conoce cuán ven-

tajoso nos es que la fe nos las enseñe? Sin la fe, dice santo Tomás, sin duda se descubrirían tales verdades; pero ¿por cuántos? por muy pocos. ¿Cuándo? despues de mucho tiempo. ¿De qué modo? con mezcla de infinitos errores<sup>1</sup>.

En prueba de esto, dad una mirada á aquellos pueblos sobre los cuales no ha brillado la hermosa luz de nuestra fe: mirad al Egipto, á la Grecia y á la misma Roma, y decidme: antes que la fe fuese á iluminar á aquellos pueblos, ¿cuál era su modo de pensar acerca de la divinidad? ¿cuál su teología? ¿cuál su culto?... ¡Ah! todos desconocieron el atributo mas hermoso de Dios, cual es la unidad, en términos de hacer subir á miles el número de sus dioses. ¿Y quiénes eran estos dioses? Eran lo mas súcio y asqueroso de la sociedad: un Júpiter adúltero, un Mercurio ladron, un Marte sanguinario, una Vénus impura y deshonorada. ¡Hubiéranse contentado con adorar á estos que al fin eran seres racionales! Pero no, que se forjaron tantos dioses, cuantos astros y planetas divisaron en el firmamento. Al sol erigieron altares, á la luna quemaron inciensos, á Saturno ofrecieron votos y sacrificios. ¿Qué mas? no solo tuvieron por dioses á los astros que giran por el cielo, sino tambien á los reptiles que se arrastran por el polvo: el cocodrilo, la salamandra, la lagartija eran para aquellos miserables dioses dignos de respeto y veneracion. ¿Acabará de decirlo? No habia familia en Egipto que no cultivase algunos dioses en su jardin; pues para aquella gente supersticiosa eran dioses los ajos, las cebollas, las coles y toda suerte de vegetales: por cual motivo les decia muy graciosamente un satírico: ¡Oh santas gentes, á quienes los dioses nacen en el huerto!

Héos aquí, amados míos, cuál era la idea que se habian formado de la Divinidad unos pueblos que tenian fama de ser, y

<sup>1</sup> D. Thom. 1 part. quæst. 1, art. 1.

realmente eran, los mas cultos y civilizados del universo: ¿Y cuál seria la nuestra, si la fe no hubiese venido á iluminarnos? No lo dudeis: seríamos tan ciegos y estúpidos como ellos fueron, adoraríamos el bronce y el palo como ellos los adoraron: y despues de haber llevado una vida de bestias, caeríamos en un infierno de desesperados. ¿Y habrá entre nosotros quien no levante su corazon á Dios, bendiciéndole por este beneficio?

Y con todo aun no hemos visto lo principal. La fe nos enseña algunas verdades tan superiores á nuestro alcance, que jamás nos hubieran venido al entendimiento, si ella no nos las enseñara. Si la fe no lo dijese, ¿quién hubiera pensado jamás que somos criados para subir al cielo, ver á Dios cara á cara, y gozar eternamente de su misma felicidad? Nadie, dice san Pablo: la bienaventuranza que esperamos en el cielo es de un órden tan superior, que el entendimiento humano con todos sus esfuerzos jamás hubiera llegado á concebirla <sup>1</sup>.

Y sin embargo, amados míos, el conocimiento expreso y la explícita creencia de esta felicidad sobrenatural es de necesidad absoluta para alcanzarla. Porque ¿cómo se conseguirá una cosa, si no se procura? ¿Cómo se procurará, si no se conoce? ¿Cómo se conocerá, si falta la luz? Pues esta luz es la fe: ella es la que nos hace saber que en el cielo tenemos nuestra patria, que allá arriba está todo nuestro bien: ella es la que, mostrándonos el paraíso como con el dedo, nos dice lo que la madre de los Macabeos decia á uno de sus hijos: *Peto, nate, ut aspicias ad cælum*, suplicote, hijo mio, que levantes tus ojos al cielo; y nunca olvides que allá arriba verás á Dios, gozarás de Dios, y serás eternamente dichoso con Dios. Y no contenta la fe con darnos noticias del cielo, nos enseña todo

<sup>1</sup> 1 Cor. 11, 9.

lo que debemos creer, nos dice todo lo que debemos practicar para conseguirlo infaliblemente; sirviéndonos de ayuda y conductora en el viaje de esta vida, á semejanza de aquella columna de luz que conducia á Israel hácia la tierra de promision. ¿Y no levantaremos incesantemente nuestro corazon á Dios en señal de reconocimiento?...

¡Ay de mí! estamos tan léjos de mostrarnos reconocidos al Señor por el gran beneficio de la fe, que por el contrario le pagamos este beneficio con la mas negra ingratitud, haciendo de él el mas indigno abuso. Para que este abuso aparezca con toda su deformidad, fijemos la atencion, no en esa turba de impíos que se mofan descaradamente de las máximas de nuestra fe, no en esa multitud de hombres inmorales que, sin renegar de la fe, llevan unas costumbres enteramente depravadas; sino en esa porcion de cristianos que llamamos gente de bien, y que al parecer tienen una conducta bastante conforme con el Evangelio.

A dos clases se reducen todas las verdades que la fe enseña: unas son especulativas, como los misterios de pura creencia; otras son prácticas, como las que tienden á arreglar nuestra conducta. Ahora bien: trátese de misterios de pura creencia, como por ejemplo del de la inmaculada Concepcion de María; ¡oh! estos cristianos de quienes hablo son muy fervorosos en creerlos, en honrarlos, en predicarlos. ¿Por qué? porque todo esto cuesta poco, y en nada mortifica las pasiones. Trátese empero de ciertas verdades morales, como las que prohíben el fraude, la venganza, la impureza, etc., ¡ah! entonces es ya otra cosa. No las niegan como los impíos, porque están demasiado expresas en el Evangelio; no las infringen abiertamente como la gente desalmada, porque la conciencia gritaria demasiado fuerte; pero tampoco las observan cual cumple á buenos cristianos. ¿Qué hacen pues? Las interpretan á

su gusto, las acomodan á sus intereses, las hacen servir para lo que quiere su pasion : y esto por mas claras y terminantes que sean.

De un tal modo de proceder hallo un famoso ejemplo en el rey Saul <sup>1</sup>. Hombre de fe mas pura que la suya difficilmente se encontraria : adorador mas celoso del verdadero Dios tal vez no se hallara en todo Israel. Sin embargo ved lo que sucedió. Presentósele un dia el profeta Samuel, y de parte de Dios le dijo : El Señor manda que inmediatamente tomes tu ejército, y vayas á destruir la ciudad de Amalec, advirtiendole que la destruccion ha de ser tan completa, que de todo cuanto hay en ella no ha de quedar nada, ¿oyes? nada absolutamente. Hombres, bestias, casas, alhajas, todo ha de desaparecer. Decidme ahora, fieles : ¿podia el Profeta hablar mas claro? ¿podia intimar el precepto con términos mas expresos y concisos? Pues bien, ved cómo se portó Saul. Ataca la ciudad de Amalec, entra en ella por asalto, y luego manda á las tropas que hagan una matanza general y un general exterminio. La órden iba ejecutándose con indecible horror en todas partes, cuando héos aquí que, en medio de la matanza y destruccion, pone Saul los ojos en los numerosos rebaños, ricos vestidos y preciosas alhajas de Agag rey de Amalec; y deseoso de poseer tan ricos despojos, ¡alto! dice á sus soldados, ¡alto! destrúyase todo lo demás; pero este hermoso bolin quede intacto, y sea llevado á Israel. No bien habia entrado otra vez en sus Estados, cuando se encuentra cara á cara con Samuel. Bien hallado seas, Profeta, le dice con aire jovial y festivo, ¿sabes que he cumplido bellísimamente el precepto que me intimaste de parte de Dios? *Implevi verbum Domini*. — ¿Qué dices? contesta Samuel: ¿tú has cumplido el precepto del Señor? ¿Y esos rebaños que

<sup>1</sup> I Reg. xv.

conduces?... ¿Y esos despojos que veo?... ¿Y ese botín que está ahí?—Te lo diré, Profeta : Amalec, propiamente hablando, ya está destruida, conforme el Señor me mandó : solo que he hecho reservar algunas cosillas, como las que ves, no creyendo que esto se opusiese á su precepto.—¡Ah, príncipe trapacero! replica Samuel : ¿así has interpretado á tu gusto el precepto divino que te decia terminantemente que no reservases nada, nada absolutamente? Sepas que esa astuta y maligna interpretacion ha sido un pecado muy semejante al de la idolatría.

Hé aquí lo que hoy hacen muchos cristianos con las verdades morales de la fe. Esta les dice en términos los mas expresos : La torpeza ni siquiera se nombre entre vosotros :— Prestaréis gratuitamente, y sin cometer usura :—Lo sobrante lo daréis á los pobres :—Solo los que mortifican su carne alcanzarán el reino del cielo : y otras cosas á este tenor. ¿Y ellos qué hacen? Siguiendo la teología de Saul, las interpretan á su gusto, y conforme conviene á sus pasiones. Es verdad, dice el usurero, que el Evangelio condena la usura; pero esto se entiende cuando es excesiva, no cuando se limita al diez ó al quince por ciento : *Implevi verbum Domini*. Es cierto, dice el rico insensible, que el Evangelio manda dar lo sobrante á los pobres; pero nada tiene de sobra quien, como yo, ocupa un lugar distinguido en la sociedad : *Implevi*. Es indudable, dice el deslenguado, que san Pablo condena hasta las conversaciones impuras; pero la condenacion no tiene lugar cuando son por pura broma ó pasatiempo : *Implevi*. No negaré, dice la mujer mundana, que la fe manda á las mujeres ser modestas y recatadas; pero esto se entenderá de las monjas que lo tienen por regla, no de mí que he de vivir en medio y á gusto del siglo : *Implevi*.

— Este es, amados míos, el grande abuso que los católicos ha-

cen de su fe, abuso que expone nuestra Religion al escarnio de sus enemigos, abuso que hace mas daño á la Iglesia que todos los tiranos y herejes juntos, abuso que Dios suele castigar con la sustraccion de la fe misma; porque, como dice san Agustin, es justo que quien abusa de una gracia, la pierda; y que quien no quiere aprovecharse de la luz, quede envuelto en las tinieblas. Consiguiente á este principio, ¿os diré que Dios va á privarnos de la fe en castigo del abuso que hacemos de ella? ¿os diré que en pena de no aprovecharnos de las luces de nuestra Religion, va á disponer que esta Religion nos abandone, y vaya á iluminar á otros pueblos? Si tales cosas os anunciase, ¿quién pudiera tildarme de ligero? ¿Por ventura no lo ha hecho así con otros pueblos quizá menos delinquentes que nosotros? ¿Qué se ha hecho la antigua Sinagoga, madre de los Profetas, de los Apóstoles y del mismo Jesucristo? Ya no existe. ¿Qué se ha hecho la Iglesia de Oriente, seminario de tantos mártires, doctores y héroes? Desapareció. ¿En qué ha venido á parar la religiosa África, llena un tiempo de templos, monasterios y cristianos fervorosos? Apenas encontraríais en toda ella una cruz para adorar.

Mas aun suponiendo que el Señor no nos quite la Religion, como la quitó á estos pueblos, cosa que no tenemos ningun derecho á esperar, yo puedo anunciar á los que abusan de la fe otro castigo mas cierto y no menos espantoso. ¿Sabeis cuál es? Es vivir en el seno de la Iglesia, conservar en el entendimiento la fe verdadera, y no obstante quedar tan ciego é insensible á sus luces como aquellos que viven en las tinieblas del error. ¿Cuántos hay entre vosotros que, si antes sentian grandes remordimientos al cometer la culpa, hoy viven tranquilos y alegres en medio de las mas enormes maldades? ¿Y por qué esto? Porque en ellos ya no hay aquella fe clara, que antes les descubria toda la deformidad del pecado. ¿Cuántos hay entre vos-

otros que, si antes temblaban de temor al oír predicar de la muerte, del juicio ó del infierno, al presente escuchan estas verdades con la misma insensibilidad que se oye la narracion de una fábula? ¿Y por qué? Porque su fe ya está muerta, y no tiene fuerza para imprimirles un temor saludable. ¡Justo castigo del abuso que han hecho de ella! ¡Castigo espantoso, que los teólogos reputan como un triste presagio de eterna reprobacion!

¡Ah! mis amados fieles, no permita Dios que un tal castigo caiga sobre vosotros. Y para hacer de vuestra parte cuanto es menester para evitarlo, examinad atentamente cómo está vuestra fe: *Vosmetipsos tentate, si estis in fide*<sup>1</sup>. Ved cuál sea el aprecio que haceis de este gran don de Dios, y si seguís con fidelidad las máximas morales que enseña. Mirad si vuestras costumbres están en contradiccion con vuestra creencia, ó si teniendo una fe santa, llevais una conducta depravada. Y si desgraciadamente halláseis ser así, llorad este abuso, reparadlo en lo sucesivo: y de este modo lograréis que vuestra fe, ahora oscura, se convierta en un dia claro en el cielo. Amen.

<sup>1</sup> II Cor. XIII, 5.

### CUARTO DOMINGO DE ADVIENTO.

Como á este domingo sigue luego la fiesta de Navidad, la Iglesia, á fin de que sus hijos se preparen para celebrarla dignamente, hace leer hoy un trozo del tercer capítulo de san Lucas, donde el santo Evangelista explica como, saliendo san Juan del desierto en que había hecho vida eremítica desde su infancia, comenzó á recorrer la region del Jordan, clamando á todos que hiciesen penitencia, y preparasen el camino al Mesías, que cuanto antes iba á manifestarse en el mundo. Aunque á primera vista parece que este evangelio da pie para muy pocos asuntos, sin embargo no es así. Sin violentar en nada los textos, antes aplicándolos con mucha naturalidad, se pueden formar sobre él varios asuntos de no escasa utilidad é importancia.

El primero es sobre las ocasiones de pecar. Este asunto se deduce de aquellas palabras: *Factum est verbum Domini super Joannem... in deserto de este modo: Se comienza diciendo, ser cosa muy digna de notarse, que Dios no mandó al Bautista saliese á predicar á los judíos, sino despues de haberle tenido oculto por espacio de veinte y cinco años en un desierto, apartado de todo trato humano, y haciéndole llevar una vida enteramente desconocida al mundo. Luego se añade, que Dios tomó con él, y suele tomar con los Santos, esta precaucion, para enseñarnos que es sumamente peligroso tener trato y comunicacion con el mundo, y que no es posible conservar la inocencia sino huyendo cuanto sea posible las ocasiones de pecar que en él se encuentran, sobre todo las que los teólogos llaman próximas. De*

*aquí se pasa á demostrar qué se entiende por ocasion próxima, la obligacion que hay de evitarla, y la insubsistencia de las excusas que muchos aducen para no cumplir esta obligacion: todo lo que se encuentra detallado en nuestro Catequista orador, tomo 1.º pág. 542.*

*De las otras palabras: Et venit in omnem regionem Jordani, prædicans baptismum pœnitentiæ in remissionem peccatorum se puede componer otro sobre el gran beneficio de la confesion. Dicho que san Juan predicó á los judíos el bautismo de penitencia para remision de los pecados, se entra preguntando: ¿qué penitencia era la que predicaba el santo Precursor? Esta palabra penitencia significa tres cosas, y á todas tres la aplican indistintamente los teólogos. Significa el arrepentimiento del pecado, el sacramento de la Confesion, y las mortificaciones con que se satisface á Dios por las culpas cometidas. San Juan no predicaba la penitencia satisfaccion, porque esta no perdona los pecados, sino que los supone ya perdonados: tampoco predicaba la penitencia confesion, porque no podía predicar una cosa que aun no estaba instituida: resulta, pues, que predicaba la penitencia contricion, es decir, aquella virtud que hace que el pecador deteste el pecado, se convierta á Dios, y emprenda una vida justa. Luego se hará ver la gran ventaja que la penitencia sacramento lleva sobre la penitencia virtud, y de aquí se tomará motivo para hablar sobre el gran beneficio que Jesucristo nos ha hecho instituyendo el sacramento de la Confesion, cual asunto está extensamente tratado en el Catequista orador, tomo 1.º, pág. 201. Por nuestra parte pondremos otro sobre*

#### El alma dormida en el pecado.

*Vox clamantis in deserto. (Luc. in, 4).*

Hoy, cristianos, vemos cumplido lo que el gran Zacarías, padre del Bautista, habia predicho á este cuando era todavía

niño. Ó niño, le habia dicho en un raptó profético, tú serás llamado un día gran profeta del Altísimo, porque irás delante de él á prepararle el camino : *Et tu puer propheta Altissimi vocaberis, præibis enim ante faciem Domini parare vias ejus*<sup>1</sup>. Hoy, digo, vemos cumplida aquella gran profecía, porque acercándose el día en que el Salvador va á manifestarse al mundo, recibe orden del cielo para salir del desierto donde habia vivido desde su infancia, y comienza á recorrer toda la region del Jordan, clamando por doquiera que pasa : Haced penitencia de vuestros pecados, preparad el camino al Señor, aderezad las sendas de vuestro Dios que, vestido de carne humana, va á comparecer en medio de vosotros : *Vox clamantis in deserto*.

Estas palabras las profiere el santo Precursor, no como hablando, no como gritando, sino dando unos clamores que penetran hasta en lo mas hondo del desierto : *Vox clamantis in deserto*. ¿ Y por qué clama? Para inducir á los judíos á hacer penitencia de sus pecados, ¿ no bastaba decírselo? ¿ no bastaba gritárselo? No, cristianos : al que escucha basta decirle simplemente la cosa que se le quiere persuadir, al que está distraído basta anunciársela con gritos ; pero al que está dormido es menester dirigirle la palabra á manera de clamor para que despierte, y la comprenda. Y como los judíos no solo no escuchaban, no solo estaban distraídos, sino que dormian profundamente en sus pecados ; por esto el santo Precursor daba grandes clamores, por esto hacia resonar su voz á semejanza de un trueno : *Vox clamantis in deserto*.

Esto nos hace ver, cristianos, la suma infelicidad de una alma dormida en la culpa. Para despertarla de su sueño fatal, no sirven palabras, no aprovechan gritos : es menester grandes clamores, y aun ¡ ah ! y aun á veces no bastan. Yo no

<sup>1</sup> Luc. I, 76.

puedo haceros comprender mejor esta infelicidad que haciéndoos ver tres cosas : la insensibilidad que este sueño supone en la misma alma, el abandono que supone por parte de Dios, el dominio que supone ha adquirido sobre ella el demonio. ¡ Quiera Dios que los clamores que hoy vengo á dirigir á los pecadores, no sean voces de uno que clama en el desierto!

Queriendo Isaías darnos una idea de la insensibilidad de una alma dormida en el pecado, nos dice, que, estando ella llena de la indignacion de Dios, no obstante duerme tranquila á manera de la horice que ha caido en el lazo : *Dormierunt... quasi oryx illaqueatus : pleni indignatione Domini*<sup>1</sup>. Para comprender lo que quiere decirnos con esto el Profeta, es menester saber que en los desiertos de África se cria un animal, llamado horice, tan flojo, tan indolente y tan poco cuidadoso de su vida, que cuando ha caido en la trampa que le habia parado el cazador, no solo no hace esfuerzo alguno para escapar, sino que allí mismo se pone á dormir muy plácida y tranquilamente, sin que basten para despertarlo ni los gritos de los perros que lo buscan, ni el estrépito de los caballos que lo rodean, ni las punzadas de las lanzas que lo hieren. Semejante á este bruto, dice Isaías, es el alma dormida en la culpa, porque habiendo la infeliz caido en el lazo del demonio, estando rodeada de los peligros del infierno, llena de la indignacion del cielo, y próxima á experimentar una muerte eterna, con todo duerme muy tranquila y satisfecha, sin hacer un esfuerzo, sin dar un sacudimiento para escapar y ponerse á salvo : *Dormierunt... quasi oryx illaqueatus : pleni indignatione Domini*.

De esta, no sé si la llame indolencia, insensibilidad ó es-

<sup>1</sup> Isai. LI, 20.

tupidez, tenemos un famoso ejemplo en la persona de Jonás. Se embarca este Profeta para Tarsis, desobedeciendo la orden de Dios que le manda ir á Nínive; y á las pocas horas de navegacion hé aquí que se levanta en el mar una horrorosa tormenta. Cúbrese de repente los cielos, encréspanse las nubes, desbócanse los vientos, rugen los abismos, hínchense las olas, y por todos lados combaten el navío los enfurecidos elementos. Una ráfaga de viento lo acomete por arriba, y destroza el velaje: otra lo embiste por el lado, y hace astillas los árboles y entenas. Viene una entumecida ola, y tomándolo por debajo, lo levanta hasta las nubes: viene otra, y cayéndole encima, lo hunde hasta los abismos. No es posible resistir á tan violentos choques, á sacudimientos tan terribles. La quilla cruje, los cables se rompen, el timon no sirve, el buque comienza á hacer aguas. Todos cuantos van en él se conturban y se agitan: unos arrojan las mercancías al agua, otros maniobran en el timon, otros recogen las áncoras, otros forcejan con los remos: este grita, aquel ora, el otro hace votos al cielo, todos trabajan á cual mas puede para librarse del inminente naufragio. ¿Y Jonás?... ¿Lo creeréis, cristianos? Jonás se está en lo mas bajo del barco, tendido á pierna suelta, durmiendo con la mayor tranquilidad, entregado al sueño mas plácido y profundo: tanto, que el capitan, grandemente indignado, le despierta á coces, y le dice: ¿Qué dormir es el tuyo? Levántate, y ruega á tu Dios: *Quid tu sopore deprimeris? Surge, invoca Deum tuum* <sup>1</sup>.

¡Qué imágen tan expresiva de una alma dormida en el pecado! Ella navega por el mar de esta vida miserable y caduca; mar grande, dice David, *Hoc mare magnum*, mar profundo, *et spatiosum manibus*; mar lleno de innumerables móns-

<sup>1</sup> Jonæ, 1, 6.

truos enemigos, *Illic reptilia quorum non est numerus* <sup>1</sup>. Mientras otros, á vista de los peligros inminentes de perderse, tiemblan, oran, hacen penitencia, y se apresuran á acumular obras buenas, ella ¿lo creeréis? ella duerme muy tranquila en su culpa, no piensa en el peligro, no se da el menor cuidado por su salvacion. ¿Qué dormir es el tuyo, alma miserable? *Quid tu sopore deprimeris?* La eternidad está por tragarte, ¿y tú duermes tranquila?... La tempestad de la indignacion divina ruge sobre tu cabeza, ¿y tú no despiertas?... Tal vez mañana, quizás hoy, puede ser en esta misma hora serás llamada al tribunal de Dios, ¿y tú reposas cual si estuvieses sobre plumas?... ¿Tú?... Que duerma el alma inocente, que duerma el alma que ha satisfecho á Dios por las culpas, pase; pues el mismo Dios nos manda que no la despertemos: *Ne susciteis, neque evigilare faciatis dilectam, quoadusque ipsa velit* <sup>2</sup>. Pero tú, alma llena de pecados, ¿tú dormir?

¡Oh cuánto temo, que ese tu desgraciado sueño sea un castigo que Dios te envia en pena de tus grandes pecados! De la mujer Jezabel se quejaba el Señor, diciendo: Le he dado tiempo para que hiciese penitencia, y ella no quiere arrepentirse: *Dedi illi tempus ut pœnitentiam ageret, et non vult pœnitere* <sup>3</sup>. ¿Qué haréis, Señor, para castigarla? ¿la cubriréis de lepra? No, dice, que la lepra seria un castigo muy ligero para una mujer tan mala.—¿Le enviaréis una fiebre ardiente?—No, que esta seria pena muy suave para aquella furia infernal.—¿Mandaréis á la tierra que se la trague viva?—No, que esto seria poco para castigar sus grandes delitos.—Pues ¡qué! Señor: ¿teneis algun castigo mas horrendo en los depósitos de vuestra ira?—Sí que lo tengo, y hélo aquí: *Mittam eam in lectum*, la sepultaré en una cama: esta

<sup>1</sup> Psalm. ciii, 25. — <sup>2</sup> Cant. ii, 7. — <sup>3</sup> Apoc. ii, 21.  
4  
T. II.

es la pena espantosa que pienso darle.—¿Esa, Señor?... Esa mas bien parece una gracia que una pena, porque ¿qué cosa mas grata que dormir? Con todo, dice, este es el horrendo castigo que pienso darle. *Mittam eam in lectum*, la sepultaré en una cama, y allí permitiré que duerma en su pecado, sin cuidarme ni de excitarla con avisos, ni de inquietarla con inspiraciones, ni de despertarla con remordimientos: allí la dejaré dormir, sin enviarle ni profetas que la reprendan, ni amigos que la avisen, ni persona alguna que le hable de salvacion: allí dejaré que duerma hasta que llegue la hora de despertarla para ir al infierno.

¿Conoceis ahora, pecadores, el gran castigo que es dejaros Dios dormir? Pues este castigo es el que probablemente vendrá sobre vosotros, si no despertais pronto para hacer penitencia. ¿Dudais de esto? Venid conmigo al huerto de Getsemaní, y allá lo aprenderéis. Mientras el Salvador ora, los discípulos duermen. Triste Jesús hasta la muerte, se acerca á ellos, y hallándolos dormidos, los reprende y les dice: *Sic non potuistis una hora vigilare mecum? Vigilare*<sup>1</sup>: ¿ni una hora siquiera habeis podido velar conmigo? Velad. Torna al cabo de poco rato, y hallándolos mas profundamente dormidos que antes, calla, y se vuelve sin decirles palabra. Vuelve á ellos tercera vez, y viendo que todavía duermen, ¿qué hace? ¿qué dice? Dormid en buen hora, les dice, y descansad: *Dormite jam, et requiescite*. ¿Observais? la primera vez los reprende, la segunda calla, la tercera les dice que duerman.

Ni mas ni menos, pecador mio, de lo que está pasando contigo. Al principio de tu mala vida, que fue el primer tercio de tu sueño espiritual, vino Dios, y hallándote profundamente dormido en la culpa, te llamó con toques secretos, te

<sup>1</sup> Matth. xxvi, 40.

reprendió con amargos remordimientos, diciéndote en tono severo: ¿Es ahora tiempo de dormir? despierta, desgraciado, confiésate, y haz penitencia: *Vigilate*. Volvió al cabo de algun tiempo, y hallándote dormido en los mismos vicios y en las mismas ocasiones, calló, no te dijo palabra, esperando á que tú mismo despertases. Volvió al fin despues de algunos años, y encontrándote aun mas profundamente dormido que antes, ¿qué hizo? ¿qué dijo? Duerme, infeliz, dijo, duerme y descansa: *Dormite jam, et requiescite*. ¡Ah! quien conoce el estilo de Dios sabe lo que quiere decir este fatal *duerme y descansa*. Quiere decir: no te molestaré mas ni con remordimientos, ni con inspiraciones, ni con avisos: te abandono á tus vicios, á tus pecados y á tu sueño fatal: no te llamaré mas hasta que venga la hora de llamarte á juicio.

Esto no es decir que de tal modo abandone Dios al pecador al sueño de su culpa, que se retire enteramente de él, negándole todo socorro, toda gracia y todo auxilio. No, un abandono tan completo y absoluto no es compatible con su misericordia esencialmente infinita. Lo que hace es, disminuir sus socorros, escasear sus gracias, poner medida á sus auxilios, por manera que, sin que al pecador le falte lo preciso para salir de la culpa, queda privado de aquellos medios eficaces que realmente conducen á la conversion. Y que esto sea así, vosotros mismos, pecadores, podréis comprenderlo si lo observais bien. ¿No es verdad que ya no oís los gritos de vuestra conciencia ni con la frecuencia ni con la fuerza que los oíais tiempo atrás? ¿No es verdad que ha disminuido mucho aquel temor que os hacia la memoria de la muerte, del juicio y de la eternidad? ¿No es verdad que se han cási enteramente desvanecido aquellos propósitos de conversion, aquellos temores de condenaros que en otro tiempo os agitaban? ¿Qué prueba esto? Prueba dos cosas: por una parte que Dios co-

mienza á abandonaros, y por otra que el demonio ha adquirido ya sobre vosotros un absoluto dominio.

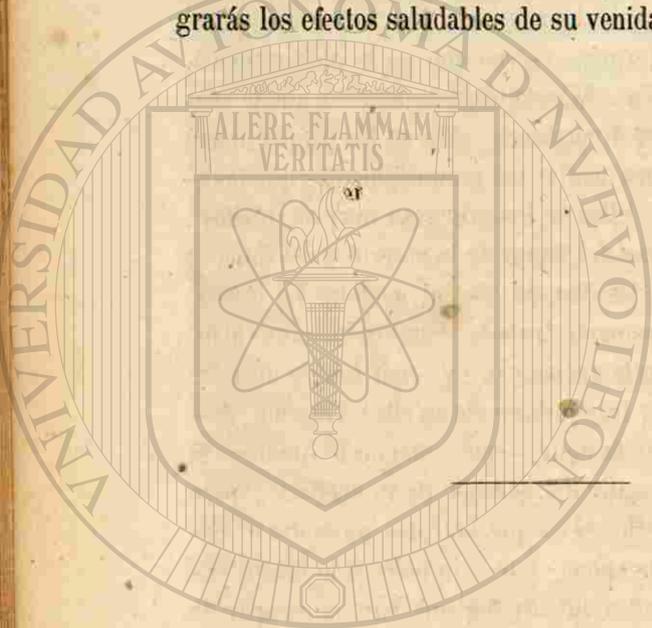
La principal desgracia de una alma no consiste en caer en poder del demonio, sino en hallarse bien en sus cadenas, en términos de tomar en ellas un dulce y plácido sueño. ¡Ah! cuando llega al extremo de dormir tranquila en su cautiverio, su perdición es casi segura. Por esto el demonio nada procura tanto como que esté contenta en él, haciendo con ella lo que hace un rey con un enemigo ilustre y de cualidad que ha caído en su poder, hecho prisionero de guerra. ¿Qué hace este rey? Para que el cautiverio le sea menos sensible, procura dulcificárselo por todos los medios que son compatibles con la condicion de prisionero. Le destina una cárcel que mejor se llamaria palacio, atendida la riqueza de las mesas, cuadros, cortinajes y demás alhajas con que está adornada. Le señala por centinelas, no simples soldados, sino jefes de su mayor confianza, encargándoles que no se hagan molestos al noble cautivo; antes le sean atentos y obsequiosos en todo, condescendiendo á todos sus gustos y deseos. Si quiere pasear, que no se lo impidan: si quiere comer, que no se le opongán: si quiere dormir, que no le molesten: si quiere recrearse, que le acompañen en la diversion. En efecto, veríais que, como si fuesen amigos los mas sinceros y cordiales, juntos comen, juntos duermen, juntos pasean, juntos se divierten. ¡Oh! diria cualquier al presenciarlo, ha sido una gran dicha para este ilustre prisionero caer en el dominio de un enemigo tan noble y generoso.—¿Sí?... Haced que este prisionero se acerque mucho á la puerta de la cárcel, que ponga mano en el cerrojo, y dé señales de que trata de huir: entonces veréis qué clase de amigos son los que tanto le obsequian. Todo lo que sea complacerle de puertas adentro, bien: pero dejar que se escape, esto de ningun modo.

Así lo hace precisamente el demonio con el alma que ha caído en su poder. Para que la esclavitud le sea menos insoportable, procura suavizarla por todos los medios que le sugiere su astucia: la encarga al mundo y á la carne, que son los soldados en que él tiene mas confianza, para que la distraigan, la recreen, y la adormezcan. En efecto, no hay distraccion que no le busquen, recreo que no le proporcionen, gusto que no le concedan. Si para librarse del tedio que le causa su esclavitud desea diversiones, ellos se las proporcionan en abundancia: si para acallar los remordimientos que la devoran apetece gustos, ellos se los procuran muy exquisitos: si para desembarazarse del temor de la muerte y del infierno pide recreos, ellos se los dan sin tasa ni medida. La infeliz, viéndose así tan cortesmente tratada, bendice su cautividad, adora las cadenas que la aprisionan, y, cual horice incauta, se pone á dormir muy tranquilamente en ellas. Duerme, desgraciada, duerme: tú te figuras que, cuando lo quieras, te será fácil despertar y salir del dominio de tu enemigo; pero cuando trates de hacerlo, si es que lo trates alguna vez, entonces verás como se te opondrá, y te lo impide; á lo menos experimentarás las grandes dificultades que hay en escapar de las manos de un enemigo tan astuto y fiero.

*Hodie Christus vocat te*, te dice el Padre san Bernardo: hoy Jesucristo te llama, hoy Jesucristo te hace oír su dulce voz para que despiertes de tu sueño fatal, y te vuelvas sinceramente á él. Próximos como estamos á celebrar el gran día de su nacimiento, cerca como nos hallamos de la noche felicísima en que vino á despertar á los que dormían sentados en las sombras de la muerte y del pecado, ¿querrás, alma dormida en la culpa, dejar gritar en vano á este amabilísimo Salvador? Mira, te diré con la santa Iglesia, que la venida de este divino Salvador está próxima, mira que el Esposo va á lla-



mar á la puerta, y que antes de tres dias la gloria de Dios habrá aparecido entre nosotros : *Hodie scietis quia veniet Dominus : et manè videbitis gloriam ejus*. Estés preparado, sacude el sueño de tus ojos, y disponte á recibirle por medio de una santa confesion : *Sanctificamini hodie, et estote parati*. Así lograrás los efectos saludables de su venida. Amen.

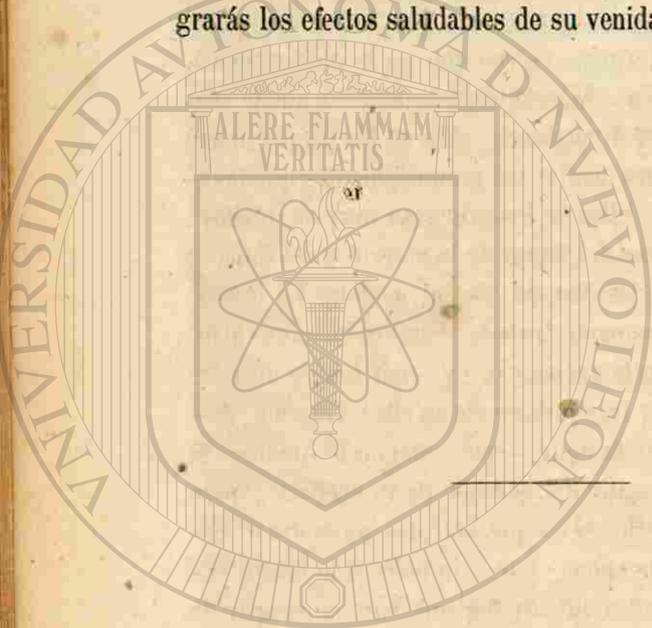


### DOMINGO DESPUES DE NAVIDAD.

Como se dijo en las observaciones preliminares, desde Navidad hasta Septuagésima la Iglesia va proponiendo evangelios que explican las virtudes que el Salvador practicó durante el tiempo de su vida oculta, el cual comprende su infancia, su adolescencia y su juventud. El cura, pues, que en esta temporada quiera dar á sus parroquianos las instrucciones que la Iglesia intenta se les den, ha de aplicarse á considerar atentamente los varios ejemplos de virtud que Jesucristo nos dió ya en su presentacion al templo, ya en su huida á Egipto, ya en su viaje á Jerusalem, ya en su permanencia en Nazaret, lugar ordinario de su residencia. Así se pondrá en disposicion de poder secundar perfectamente las intenciones de la Iglesia, las cuales no son otras que fijar la atencion de sus hijos sobre esta parte de la vida de Jesús, que contiene un fondo inagotable de instrucciones saludables, y presenta el modelo mas perfecto de santidad que proponerse pueda al pueblo cristiano, especialmente á la juventud.

El evangelio de hoy es una relacion sucinta de lo que pasó en el templo de Jerusalem cuando José y María santísima presentaron al niño Jesús, cuarenta dias despues de haber nacido. En él se explica como el viejo Simeon, tomando al divino infante en sus brazos, conoció que era el Salvador del mundo; como, dirigiéndose á María santísima, le profetizó la espada aguda que traspasaría su alma al verle un dia cruelmente atormentado por la salvacion de los hombres; como Ana profetisa unió sus predicciones á las del venerable anciano; y como, en

mar á la puerta, y que antes de tres dias la gloria de Dios habrá aparecido entre nosotros : *Hodie scietis quia veniet Dominus : et manè videbitis gloriam ejus.* Estés preparado, sacude el sueño de tus ojos, y disponte á recibirle por medio de una santa confesion : *Sanctificamini hodie, et estote parati.* Así lograrás los efectos saludables de su venida. Amen.



### DOMINGO DESPUES DE NAVIDAD.

Como se dijo en las observaciones preliminares, desde Navidad hasta Septuagésima la Iglesia va proponiendo evangelios que explican las virtudes que el Salvador practicó durante el tiempo de su vida oculta, el cual comprende su infancia, su adolescencia y su juventud. El cura, pues, que en esta temporada quiera dar á sus parroquianos las instrucciones que la Iglesia intenta se les den, ha de aplicarse á considerar atentamente los varios ejemplos de virtud que Jesucristo nos dió ya en su presentacion al templo, ya en su huida á Egipto, ya en su viaje á Jerusalem, ya en su permanencia en Nazaret, lugar ordinario de su residencia. Así se pondrá en disposicion de poder secundar perfectamente las intenciones de la Iglesia, las cuales no son otras que fijar la atencion de sus hijos sobre esta parte de la vida de Jesús, que contiene un fondo inagotable de instrucciones saludables, y presenta el modelo mas perfecto de santidad que proponerse pueda al pueblo cristiano, especialmente á la juventud.

El evangelio de hoy es una relacion sucinta de lo que pasó en el templo de Jerusalem cuando José y María santísima presentaron al niño Jesús, cuarenta dias despues de haber nacido. En él se explica como el viejo Simeon, tomando al divino infante en sus brazos, conoció que era el Salvador del mundo; como, dirigiéndose á María santísima, le profetizó la espada aguda que traspasaría su alma al verle un dia cruelmente atormentado por la salvacion de los hombres; como Ana profetisa unió sus predicciones á las del venerable anciano; y como, en

fin, habiendo cumplido con todas las ceremonias que, segun la ley de Moisés, debian hacerse en la presentacion de los niños, José, Maria y Jesús se volvieron á Nazaret, ciudad donde tenían ordinariamente su habitacion. Los asuntos á que da lugar este evangelio son tan óbvios, que casi por sí mismos se vienen á la vista.

El primero que se presenta es sobre la obligacion de consagrarse al servicio de Dios desde la primera edad : asunto interesantísimo, que á pocos cede en utilidad é importancia. Este asunto se deriva del mismo hecho de haberse presentado el niño Jesús en el templo cuarenta dias despues de su nacimiento ; y se forma así : Dicho literalmente el texto del evangelio, se pregunta : ¿por qué Jesucristo se apresuró á presentarse en el templo de Jerusalem? Por tres motivos : 1.º para obedecer á la ley de Moisés que así lo mandaba : 2.º para ratificar pública y solemnemente la oblacion que de sí mismo tenia hecha á su Padre celestial en el secreto de su corazon : 3.º para enseñarnos con su ejemplo la obligacion que tenemos de consagrarnos pronto al servicio de Dios, ofreciéndole la hermosa flor de nuestra primera edad. Luego se sienta por proposicion que todo cristiano está estrechamente obligado á servir á Dios desde sus primeros años, y se demuestra con las razones que se dan en la plática que sobre este asunto se halla en el Catequista orador, tomo 1.º, pág. 82.

Aquellas palabras : *Ecce positus est hic in ruinam, et in resurrectionem multorum*, que Simeon dijo de Jesucristo, dan motivo para formar una plática de no escasa importancia, cual es sobre las grandes obligaciones que el Bautismo impone al cristiano. Para formar esta plática se comienza por explicar el sentido en que puede decirse que Jesucristo ha nacido para ser la ruina y perdicion de muchos. Jesucristo, se dirá, no ha venido al mundo para ser la ruina de nadie como causa directa

y positiva, pues cuanto es de su parte quiere la salvacion de todos, y por todos viene á derramar su sangre ; sino como causa indirecta y ocasional, por cuanto muchos rehusan aprovecharse de sus gracias, señaladamente de la que recibieron en el Bautismo. Para que la gracia del Bautismo obre la salvacion, no basta recibirla ; es menester cumplir fielmente las tremendas obligaciones que este Sacramento impone al cristiano : y porque muchos las olvidan, por esto se dice que Jesucristo es causa indirecta de la condenacion de muchos. En llegando aquí se exponen las obligaciones que se contraen en el Bautismo, valiéndose al efecto de la plática que sobre este asunto se halla en el Catequista orador, tomo 1.º, pág. 257.

Tambien se puede predicar sobre la buena educacion de los hijos, y este parece ser el asunto mas propio para el presente domingo : por lo que vamos á escribirlo por extenso.

### Educacion.

Tuam ipsius animam pertransibit gladius. (Luc. 11, 34).

El evangelio de hoy es una breve historia de algunos hechos muy sencillos en la apariencia, pero muy misteriosos y significativos en la realidad. Es, pues, el caso que, habiendo transecurrido el número de dias que, segun una ley de Moisés, las madres debian guardar retiro despues de su parto, y llegado el dia en que, segun otra ley, debian presentarse en el templo para ofrecer al Señor el hijo que habian dado á luz ; en cumplimiento de esta ley, pasaron José y María á Jerusalem, llevando consigo al Salvador del mundo. Vivía por aquel tiempo en Jerusalem un anciano muy timorato y justo, llamado Simeon, á quien Dios habia revelado que no moriria, sin que hubiese visto con sus propios ojos al Salvador de Israel.

Este anciano se encontraba en el templo precisamente en la ocasion que José y María entraron en él para ofrecer á Jesús; y tomando él en sus brazos al divino Niño, comenzó á hacer de él los mas grandes elogios, dándole los gloriosos epítetos de Luz de las gentes, Gloria de Israel y Salvador del mundo. Sus padres oían con admiracion las cosas admirables que el anciano iba diciendo de él, y su admiracion subió de punto cuando oyeron á una mujer octogenaria, muy justa y piadosa, la cual tenia por nombre Ana, que unia sus alabanzas á las de Simeon, diciendo de Jesús cosas todavía mas grandes y maravillosas. La alegría de los dos esposos hubiera sido completa, si no la hubiese aguado el anciano dirigiendo á María este triste pronóstico: Este Niño que presentais, y que al presente es todo vuestro consuelo, será un dia el martirio de vuestro corazon, y vuestra alma será traspasada con la espada de su dolor: *Tuam ipsius animam pertransibit gladius.* Hasta aquí la historia; entremos en la aplicacion.

A la ley que mandaba que los niños recién nacidos fuesen presentados en el templo, ha sucedido una costumbre que, sin ser obligatoria, se conserva todavía en nuestros dias, y es la que practicais vosotras, madres, cuando algunos dias despues de haber dado á luz un hijo ó una hija, compareceis con ellos en la iglesia, pidiendo nuestra bendicion y nuestras oraciones. Vosotras comunmente venís aquí llenas de júbilo y contento; pero si nosotrosuviésemos el espíritu profético de Simeon, ¿á cuántas podríamos decir: Mujer, esa criatura que al presente os causa tanta satisfaccion y alegría, á su tiempo os causará grandes pesares y angustias, y será como una espada que lastimará cruelmente vuestro corazon? *Tuam ipsius animam pertransibit gladius.*

¿Y por qué podríamos hacer estos tristes pronósticos? Por causa de la poca ó ninguna educacion que comunmente los pa-

dres dan á sus hijos, de cuya falta resultan, aparte de muchos males espirituales, todas las aflicciones, angustias y pesares que atormentan á las familias. Si vosotros, padres, deseais que vuestros hijos, léjos de ser vuestro martirio, sean vuestro consuelo, educadlos conforme á tres reglas que vengo á daros: 1.<sup>a</sup> que vean en vosotros santos ejemplos: 2.<sup>a</sup> que aprendan de vosotros buenas máximas: 3.<sup>a</sup> que reciban de vosotros prudentes correcciones.

Para convencers, padres, de cuán necesario es que los hijos vean en vosotros santos ejemplos, conviene tengais en cuenta la natural propension que tienen todos los niños á imitar y contrahacer todo lo que ven practicar á los grandes. Para esto no os encargo sino que, al volver á vuestras casas, noteis lo que hacen vuestros hijos pequeños, y pareis la atencion en sus entretenimientos. ¿Qué veréis? veréis que el uno, montado en una caña, que él imagina ser un caballo, y teniendo en la mano una varita que le sirve de espada, hace todas las evoluciones que ha visto hacer á la caballería; ora se vuelve al flanco derecho, ora al izquierdo, ora corre al trote, ora da un escape, ora aparenta batirse con un enemigo. Veréis que el otro, envuelto en algun vestido extraño, se está muy formal ante un altarico, compuesto de pequeñas estampas, y allí entona sus *glorias*, quema sus inciensos, echa sus bendiciones, hace sus genuflexiones, del mismo modo que lo ha visto hacer á los sacerdotes. Veréis que la otra está toda ocupada en encender una pequeña lumbre, en lavar algunos platos, en cocer algunas yerbas, en remedar todo lo que hace una cocinera. Ahora bien: este instinto de imitacion que descubris en vuestros hijos, debe teneros advertidos de la necesidad en que os hallais de obrar siempre con rectitud, debien-

do estar ciertos que ellos seguirán las costumbres que vean en vosotros. Esto, si bien lo considerais, debe producir en vosotros dos efectos muy diversos, pero de igual utilidad.

El primero debe ser un verdadero consuelo. Porque, ¿qué cosa mas satisfactoria puede haber para vosotros, padres, que poder decir: Este hijo que Dios me ha dado para que forme de él un buen cristiano, infaliblemente resultará tal, mientras vea en mí obras de un cristiano verdadero? ¿Qué consuelo mas dulce puede haber para vosotras, madres, que poder decir: Esta niña que Dios ha criado para el cielo, de cierto llegará á conseguirlo, con tal que yo le vaya adelante en el camino? Hé aquí, padres, el único bien que podeis asegurar á vuestros hijos, pues cualquier otro que les deseéis, no está en vuestra mano asegurárselo, por las muchas dificultades que se oponen á su consecucion. Vosotros, por ejemplo, los quisiérais sábios; pero esto no puede ser, porque son de escaso talento: los quisiérais ricos; pero no es posible, porque faltan los medios: los quisiérais robustos; pero no hay que esperarlos, porque la naturaleza los ha hecho débiles y raquíticos. Mas en lo que toca á la piedad, que es el mayor bien que puede poseerse en este mundo, estad ciertos, que ellos la tendrán, con tal que se la enseñeis con el ejemplo; porque, como dice san Jerónimo, los hijos están siempre dispuestos á seguir á los padres por el camino que les plazca conducirlos, al modo que el agua corre por el jardin en cualquiera direccion que le dé el jardinero: *Sicut aqua in areola digittum sequitur præcedentem, ita ætas tenera quocumque duxeris trahitur.*

El segundo efecto que debe producir en vosotros el conocimiento del genio imitador de vuestros hijos, es un temor que os haga proceder en todo con rectitud y probidad. Siendo ellos tan propensos á imitar, podeis estar ciertos que copiarán en

sí todo lo que vean en vosotros, sean defectos ó sean virtudes: y aun os diré que, por la mala inclinacion de nuestra naturaleza, mas pronto imitarán un mal ejemplo que un acto de virtud. Sí, mas pronto aprenderá aquel hijo las palabras indecentes que el padre echa en ciertos enfados, que la paciencia y cristianos sentimientos que muestra en otras ocasiones. Mas pronto aprenderá aquella hija los chistes deshonestos y las palabras equívocas que de vez en cuando escapan á su madre, que las oraciones y ejercicios de devocion que con frecuencia practica. Esto, como llevo insinuado, debe haceros proceder con gran rectitud en todo, procurando que en vuestras palabras, acciones y gestos nada haya de reprehensible.

No me digais que, aunque vuestra vida no sea del todo recta, podeis usar de tales precauciones, que vuestros hijos no lleguen á ver ni saber vuestras malas costumbres. Aun suponiendo que vayais con mucha cautela, estad ciertos que vuestros hijos, movidos de una maliciosa curiosidad, lograrán saber, si no todos, gran parte á lo menos de vuestros defectos. ¿Cuántas veces juzgais que están léjos, y los teneis muy cerca, escuchando lo que decís y haceis, y riéndose como Sara de lo que os oyen ó ven hacer? ¿Sabeis el caso? Estando un dia el patriarca Abraham sentado al pié de un árbol enfrente de la puerta de su tienda, vió venir tres Ángeles, que él creyó eran tres hombres. Movido de su genio caritativo y generoso, los convidó á comer; y habiendo ellos aceptado el convite, encargó á Sara su consorte, que mientras él los entretenia con alguna conversacion, les preparase una refeccion decente. En medio de la conversacion uno de los Ángeles dijo á Abraham: ¿Dónde está Sara?—Dentro de la tienda, respondió él.—Es decir, replicó el Ángel, que Sara no nos oye: ¿no es verdad? Pues bien, escucha lo que voy á de-

cir : de aquí á un año volveré á pasar por aquí, y entonces Sara, aunque estéril y vieja, habrá tenido un hijo. No bien hubo pronunciado estas últimas palabras, cuando Sara que, escondida tras la puerta de la tienda, escuchaba lo que iban hablando, soltó una gran carcajada, teniendo por simpleza y necedad lo que el Ángel había dicho : *Quo audito, Sara risit post ostium tabernaculi*<sup>1</sup>. Hé aquí, padres, lo que frecuentemente hacen vuestros hijos. Creyendo que están ausentes, os permitís cierta libertad en el hablar y obrar ; y ellos escondidos tras la puerta, ó en otro lugar oportuno, sueltan la carcajada burlándose de vuestras necedades. No entraré en mayores explicaciones, porque al que quiere entender pocas palabras bastan. Solo os diré que, segun san Pablo, un padre debe ser respecto de su familia lo que un obispo en su Iglesia, esto es, irrepreensible : y esta es la primera regla de buena educacion.

La segunda es, que los hijos aprendan de vosotros buenas máximas. Creo, y aun quiera Dios que no me engañe, que para ahorraros el trabajo y la molestia de instruirlos en las cosas de religion, los enviáis á la iglesia y á la escuela, para que las aprendan del cura ó del maestro ; pero ¿ sabéis de qué los privais, no instruyéndolos vosotros mismos ? Los privais de una instruccion que mas que ninguna otra les seria útil y provechosa. La instruccion paterna es la que propiamente ha instituido Dios para la buena educacion de los hijos : todas las demás son supletorias. ¿ Quiénes eran los maestros en tiempo de la ley natural ? No otros que los padres. ¿ A quiénes encargó Dios la instruccion de los hijos en tiempo de la ley escrita ? No á otros que á los padres. A estos fue á quienes encomendó la explicacion de los preceptos de su ley, diciéndoles en el Deu-

<sup>1</sup> Gen. XVIII, 10.

teronomio : *Narrabis ea filiis tuis* : cual encargo solian ellos desempeñar con tal puntualidad, que era raro el dia en que el padre, reuniendo á su alrededor á todos sus hijos, no les explicase algunos puntos de la ley.

Y si los hebreos, que eran de condicion floja y perezosa, lo hacian así, ¿ rehusarán hacerlo los padres cristianos ? ¿ Por qué, padres, en vez de entretener á vuestros hijos en las velas con cuentos impertinentes y ridículos, no les explicais las verdades principales de la fe y los preceptos del Decálogo ? ¿ Por qué, madres, no los juntais algunas veces en vuestro contorno, y con el Crucifijo en la mano no les hablais de este ó de otro modo equivalente ? Hijos mios, ¿ veis á este difunto clavado en esta cruz ? Es el Hijo de Dios, el cual, viendo que todos habíamos de condenarnos por el pecado de nuestros primeros padres, vino del cielo, se hizo hombre, y nos libró de aquella desgracia, muriendo del modo que aquí veis. No solo esto, hijos mios, sino que nos ha merecido el cielo, el cual nos dará á todos, si le amamos y cumplimos lo que él nos manda. Mentiras, rabiets, irreverencias en la iglesia, repugnancia á encomendarse á Dios, pereza para el estudio, rebeldías contra los superiores... ¡ oh ! todas estas cosas le desagradan mucho, y le ofenden. ¿ No es verdad que vosotros le seréis siempre fieles y obedientes ? Dichosos si lo haceis así : seréis felices en este mundo, y aun mas en el otro, donde tendré la alegría de veros á mi alrededor gozando de delicias inefables. Basta por el presente : id, hijos mios, id á divertir os... pero antes adorad, reverentes, á vuestro Dios.— ¡ Ah ! si las madres, á quienes el cielo ha dotado de una persuasiva tierna é irresistible, hiciesen estas ó semejantes pláticas á sus hijos, sin duda harian en sus tiernos corazones impresiones tan profundas, que no se les borrarían en toda la vida. Por lo tanto no escaseeis, padres, la instruccion á vuestros hijos, que en

dársela abundante consiste la segunda regla de buena educación.

La última consiste en que los hijos reciban de vosotros prudentes correcciones. Debeis distribuirles premios ó castigos, conforme lo exija su comportamiento. Cuando corresponden exactamente á vuestros desvelos, no solo deben recibir de vosotros lo que necesitan segun su edad, sino tambien algun premio especial y alguna señal de particular afecto : al contrario cuando se hacen desobedientes y culpables, entonces debeis privarlos de aquello que mas les agrada, y sujetarlos á aquello que sabeis les causa mayor pena. No digo que por cualquiera faltilla hayais de armaros de un látigo : á veces conviene disimular alguna, y no será del todo mal que en ciertas travesurillas mas ligeras los hijos encuentren proteccion en la madre ó en algun otro doméstico para librarse del castigo. Lo que digo es, que, cuando la culpa pasa de muchachada, y llega á ser ofensa de Dios, entonces los hijos deben ver el enojo pintado en el rostro del padre, de la madre y de toda la familia, mostrándoseles todos inexorables, por manera que en ninguno de ellos hallen proteccion.

Cuidado empero que en vuestras correcciones no oigan ellos palabras escandalosas, y mucho menos imprecaciones malignas, porque tal vez con el tiempo os las devolverian con poca satisfaccion vuestra : ni, castigándolos, les hagais experimentar tratamientos crueles é inhumanos ; porque esto amortiguaria el amor que os tienen, los haria estúpidos, y tal vez les daria ocasion de tomar algun partido desesperado. El castigo mas eficaz que tal vez pudiérais emplear, es el que adoptó David con su rebelde hijo Absalon, á quien privó por algun tiempo de ver su cara : *Non videat faciem meam* <sup>1</sup>.

<sup>1</sup> II Reg. xiv, 24.

Pero si nuestros hijos, dirán algunos padres, hubiesen llegado á tal grado de perversidad, que los castigos fuesen inútiles, ¿qué recurso quedaria? — ¡Ay de mí! yo no debo aumentar vuestra amargura, padres desgraciados, echándoos en cara vuestra pasada negligencia, ni tengo corazon para decir que bien os está : solo debo recordaros que en el caso supuesto no os queda otro recurso que la oracion y el llanto. En este triste caso se encontraba la madre de san Agustin : y fueron tantas las oraciones y lágrimas que ofreció á Dios por su conversion, que logró verle santo, cumpliéndose lo que le habia dicho san Ambrosio : *Consuélate, que no es posible que un hijo de una madre que tanto llora por él se pierda : Fieri non potest ut filius istarum lacrymarum pereat.*

Este es, padres, el mejor partido que podeis tomar cuando vuestros hijos han llegado al punto de serles inútiles las correcciones y los avisos, acudir á Dios con lágrimas y oraciones ; no dejando empero de hacerles ver santos ejemplos, de hacerles oír buenas máximas, á fin de que si es posible entren en sí mismos, conozcan su deber, se conviertan y se salven. Amen.

**PRIMER DOMINGO DESPUES  
DE LA EPIFANÍA.**

En el primer domingo despues de la Epifanía se lee en la misa el evangelio sacado del capítulo II de san Lucas, donde se nos habla del viaje que Jesús hizo á Jerusalem á la edad de doce años en compañía de sus padres, para asistir á la fiesta de la Pascua; de la pérdida que sus padres hicieron de él en aquella ciudad, de su hallazgo en el templo, de su vuelta á Nazaret, y de la vida que llevó hasta los treinta años.

De este evangelio se pueden sacar tres asuntos, el primero de los cuales es sobre la santificación de las fiestas. Este asunto se deduce de aquellas palabras: *Ascendentibus illis Jerosolymam secundum consuetudinem diei festi. Se hace notar la solícitud con que Jesús y sus padres pasaron de Nazaret á Jerusalem para asistir á la solemnidad de la Pascua, y el modo piadoso con que presenciaron las funciones religiosas que era costumbre hacer en aquellos días. Se dice que de ellos deben tomar ejemplo los cristianos para santificar como es debido los domingos y demás días festivos, y luego se les explica qué han de hacer para santificar las fiestas segun el espíritu de su institución. Esta materia se hallará difusamente tratada en el Catequista orador, tomo 2.º, pág. 92.*

El segundo asunto que se puede sacar del evangelio de este domingo es sobre los deberes de los hijos para con sus padres. Este asunto se deriva del texto que dice: *Et erat subditus illis. Por exordio se recita todo el texto del evangelio desde el*

principio, y en llegando á las sobredichas palabras, se dice: *Si Jesús, que solo recibía de José el sustento corporal, y que de María santísima solo había recibido el ser de hombre por la acción del Espíritu Santo, no obstante les era súbdito y obediente, cumpliendo con ellos los deberes de un buen hijo, ¿cuánto mas deberán los hijos cumplirlos respecto de sus padres, recibiendo de ellos la vida, el sustento y la educación? De estos tres bienes que todo hijo recibe de sus padres se infieren las tres obligaciones principales que tienen respecto de ellos: y para amplificarlas se echa mano de lo que sobre el particular se dice en el Catequista orador, tomo 2.º, pág. 99.*

El tercer asunto es el que á continuación ponemos.

**Efectos de la mala educacion.**

Et Jesus proficiebat sapientia, et ætate, et gratia apud Deum, et homines. (*Luc. II, 52*).

El evangelio de hoy refiere algunas cosas del niño Jesús, que ojalá despertasen una santa envidia en todos los padres y madres. Dice que, vuelto el niño Jesús con sus padres á Nazaret de la fiesta de la Pascua que habían ido á celebrar en Jerusalem, iba creciendo en sabiduría, edad y discreción delante de Dios y de los hombres.

Yo quisiera, padres, que toda vez que estais tan enamorados de vuestros hijos, que, en viendo en cualquier otro niño alguna prenda particular, como hermosura, talento ó discreción, luego quisiérais verla en los vuestros, les procuráseis por medio de una educación sábia y cristiana unas prendas parecidas á las que Jesús manifestaba en su infancia, de modo que pudiésemos decir de ellos con toda verdad, que con su

virtud y discrecion dan bien á conocer que en sus almas está la gracia de Dios : *Et gratia Dei erat in illo*. Pero esto no podrá conseguirse mientras el amor que les teneis no sea mas racional y prudente de lo que suele ser ; porque tengo para mí que el amor indiscreto con que muchos padres aman á sus hijos , es causa de que se les deja sin correccion , y de que, léjos de verse en ellos sabiduría, discrecion y virtud, solo se vea ignorancia, torpeza y vicios.

No trato, padres, de ahogar el sentimiento natural que el mismo Dios ha impreso en vuestros corazones, sino de rectificarlo, dirigirlo, y hacerlo cristiano. Amad á vuestros hijos en hora buena, ¿quién os lo prohíbe? pero no los ameis con un amor que es mil veces mas perjudicial que el mayor odio. Porque el amor inmoderado es causa de que no se les da la educacion conveniente, y esto ocasiona tres ruinas : 1.ª la de los hijos : 2.ª la de los padres : 3.ª la de la sociedad. Así vais á verlo.

Los hijos son en manos de los padres lo que es la arcilla en manos del alfarero, esto es, una pasta blanda que se presta á todas las formas, y de la que se hace todo lo que se quiere. ¿Quereis, padres, hacer de vuestros hijos unos angelitos que algun dia bendigan á Dios en el cielo? En vuestra mano está. ¿Quereis hacer de ellos unos demonios que eternamente maldigan su suerte en el infierno? De vosotros depende. Segun la educacion que les daréis, se verificará infaliblemente lo uno ó lo otro. Para que quedeis bien convencidos de que está en vuestra mano hacer de vuestros hijuelos otros tantos angelitos del paraíso, tened por máxima infalible lo que dice el Espíritu Santo, á saber, que el hombre sigue toda su vida el ca-

mino que emprendió en la juventud : *Adolescens juxta viam suam, etiam cum senuerit, non recedet ab ea* <sup>1</sup>.

Abrid la Escritura santa, y hallaréis que todos aquellos que lograron una buena educacion, perseveraron constantes en la virtud, y se conservaron inocentes en medio de los mayores peligros. ¿Por qué Tobías el jóven se mantuvo inocente en medio de las disoluciones de su siglo, de modo que mientras todos sus paisanos iban á los ídolos de Jeroboam, él se dirigia al templo del verdadero Dios en Jerusalem? La Escritura lo dice claro : porque, siendo niño, su padre tuvo cuidado de instruirle en la ley de Dios, y enseñarle de huir el pecado : *Ab infantia timere Deum docuit, et abstinere ab omni peccato* <sup>2</sup>. ¿Por qué Susana triunfó de la petulancia de los jueces impuros? El texto sagrado lo indica bastante : porque le cupo la suerte de tener unos buenos padres que desde sus tiernos años la instruyeron perfectamente en la ley de Moisés, inspirándole un grande amor al recato, al retiro y á la virtud : *Parentes illius erudierunt filiam suam secundum legem Moysi* <sup>3</sup>. ¿Por qué Judit se conservó intacta bajo el pabellon del bestial Holofernes? Porque desde niña habia recibido una educacion tan esmerada, que ya en sus primeros años se hacia notable por su virtud, y servia de ejemplo á todo Israel. He aquí porque Jesucristo, viendo que los Apóstoles apartaban de él los grupos de niños que iban á besarle sus sagradas manos, les decia : Dejad que estos chiquillos se acerquen á mí, porque de ellos es el reino de los cielos : dando con esto á entender, que quien con el auxilio de un buen padre y con la educacion de una buena madre logra hallar á Jesucristo desde la primera edad, puede contar el cielo por tan suyo como si ya lo poseyese. ¡Oh padres, si verdaderamente amáis á vuestros hijos, con qué

<sup>1</sup> Prov. xxii, 6. — <sup>2</sup> Tob. i, 10. — <sup>3</sup> Dan. xiii, 2.

interés miraría este punto, que es el que decide de su suerte eterna! Pero vosotros, crueles como el avestruz del desierto, os contentais con ponerlos en el mundo, abandonándolos luego como si no fuesen vuestros : *Quasi struthio in deserto... Duratur ad filios suos, quasi non sint sui*<sup>1</sup>.

No es verdad, diréis, que abandonemos á nuestros hijos, antes son la niña de nuestros ojos y los ídolos de nuestro corazón.—No me lo digais, que harto me consta haberos formado de vuestros hijos otros tantos ídolos, cuyas inclinaciones, por perversas que sean, no osais contradecir ni sujetar. Aquel primogénito parece nacido bajo la constelacion de Mercurio, tanta es la propensión que tiene al fraude, al robo y á apropiarse lo ajeno : esta mala inclinacion deberia ser desarraigada de su corazón, todavía tierno, con amenazas, rigores y castigos ; mas ¿qué quereis?... es el ídolo de la madre, y por no disgustarle, se calla, se disimula, y se le deja hacer. Aquella niña parece dominada del influjo de Venus : apenas ha hecho la primera comunión, y ya sabe todas las reglas del galanteo, ya se presenta al público con aire y ademan de comediante, ya se la ve en los días festivos en compañía de un Adonis que huele á impureza : seria muy útil enseñarla con el látigo el pudor, el retiro y el recato ; pero ¿qué quereis?... es el ídolo del padre, y por no contristarla, se disimula, se sufre, y se calla. Aquel hijo segundo muestra un genio propenso á la independencia y libertad : los avisos no le agradan, los preceptos le incomodan, las reprensiones le irritan : convendria amansar este genio altanero que puede ser causa de males incalculables ; mas ¿qué quereis?... es el ídolo de la abuela, y por no disgustarle, se calla, se disimula, se sufre : y si llora por no obedecer, se le enjugan las lágrimas con un

<sup>1</sup> Thren. IV, 3.

sonriso ; si prorumpe con palabras indecentes, en vez de taparle la boca con un bofetón, se le tapa con un beso.

¡Ah! padres inhumanos : ¿este es el amor que teneis á vuestros hijos? Llamadlo mas bien odio, y odio fiero y maligno : que si quereis darle el nombre de amor, os diré que es un amor semejante al de los monos. Estos animales, como dicen los naturalistas, son tan amantes de sus hijos, que no pueden estar sin ellos, llevándolos siempre en los brazos, apretándolos á su corazón, acariciándolos de mil modos. Pero ¿qué sucede? que á fuerza de abrazarlos sin miramiento ni consideracion, los privan de la respiracion, los ahogan y los matan. ¡Oh cuántos padres dan la muerte espiritual á sus hijos á fuerza de complacerlos y acariciarlos! ¡Cuántos pobres hijos estarían en el cielo, si hubiesen tenido unos padres un poco mas formales y severos!

No ignoro que á veces se emplea la severidad ; pero esto solo sucede cuando se trata de los intereses del cuerpo, no cuando se trata del negocio importantísimo de la salvacion. ¿Cuántas veces ha sucedido, padre, que estando vos ó en el trabajo ó en el juego, se os acercó un buen amigo, diciéndoos que vuestro hijo entraba en casas sospechosas, trataba con personas de mal vivir, y se hacia notable por su libertinaje? ¿Y vos qué respondísteis? Sin inmutaros un ápice, dijísteis : No hay que hacer caso, es jóven, en mi juventud yo hacia lo mismo. Al cabo de pocos días volvió el mismo amigo, diciéndoos que vuestro hijo habia jugado una cantidad considerable, y que se hallaba sitiado de una turba de acreedores que querian ser pagados. ¿Y vos qué dijísteis? Lleno de indignacion y cólera, respondísteis : Que no se me presente mas delante el infame, porque no es digno de verme la cara un hijo desnaturalizado, que así desperdicia el fruto de mis diligencias y sudores.—Pero, señor, no hay que hacer caso, es jóven.—

Qué jóven, qué jóven... ¿por ventura he gastado mis fuerzas en procurarme una tal cual fortuna para que este indigno me la arruinase en pocas horas?—¡Oh estolidez insigne! se usa de la mayor severidad cuando la cuestion versa sobre intereses materiales, y cuando se trata de la pérdida del alma, todo es condescendencia, descuido y omision.

Pero esperad un poco, padres mal aconsejados, que en vuestro pecado llevaréis la penitencia. Vosotros juzgais que dejar á los hijos sin correccion es el gran medio para que os amen y os idolatren, y precisamente es el gran medio para que os aborrezcan y os maldigan. Cuando ellos habrán llegado á la edad en que el hombre reflexiona y conoce lo que le conviene, viendo que de vosotros solo han recibido lo que los mismos brutos reciben de sus padres, y conociendo que vuestro descuido en educarlos les ha ocasionado muchos daños y perjuicios, sabrán castigar vuestro descuido causándoos amargos disgustos, y recompensarán vuestras blanduras y caricias haciéndoos devorar increíbles amarguras y tristezas.

Pero el peor castigo lo llevaréis en la otra vida. Oid una parábola, y luego lo comprenderéis. Fue preso un pastor, y conducido á la cárcel sin saber por qué. Puesto allá solo, comenzó á examinar su conciencia por si podía atinar la causa que habia motivado su prision. Sin duda, iba diciendo, me hallo aquí por alguna calumnia; porque ¿qué motivo he dado yo á la justicia para prenderme? Todos los días rezaba el Rosario: ¿es esto algun pecado? Tocaba la zampoña y cantaba las canciones del país: ¿qué mal hacia con esto? Sentado á la sombra de algun árbol, me entretenia en hacer algun cestillo de ginesta ó de juncos: ¿es esto algun crimen? ¡Y no obstante me han metido á la cárcel! ¿Qué te has hecho, justicia? ¿dónde estás?—Héla, ahí la tienes. En aquel momento entra la justicia á intimarle una multa. Sin duda, señor juez,

decia el pobrete, se me habrá tomado por otro, ó álguien me habrá levantado alguna calumnia.—Qué calumnia, dijo el juez: ¿no eres tú el pastor tal?—El mismo, no puedo negarlo.—Pues pagarás una multa.—Pero ¿por qué, señor, por qué?—Hé aquí por qué: mientras tú rezabas rosarios, tocabas la zampoña y tejias cestillos, tu ganado entró en algunas viñas, las devastó, y causó daños irreparables. Aquellas bestias no tenían juicio: á tí tocaba tenerlo por ellas.

Padres omisos, la parábola os cuadra perfectamente: compareceréis un dia en el tribunal de Dios, y, sin saber por qué, os hallaréis condenados. Como el pastorcillo exclamaréis: ¿por qué, Señor, por qué me condenais? Y el Señor os dirá: ¿no sois vos el padre de tal y tal personas?—Sin duda, Señor; pero yo recé, yo cumplí con vuestros preceptos, me ocupé en mis obligaciones.—Pero mientras tú rezabas, trabajabas y dormias, tus hijos saltaron la valla de mis santos preceptos, entraron en el jardín de la inocencia, y deshojaron toda flor de pureza y honestidad: aquellas eran bestezuelas privadas de juicio, tocaba á tí velar sobre ellas; y pues que no lo hiciste, debes pagar la pena.—Soy de parecer, cristianos, que muchos padres y madres, muy buenos en sí, y que habrán cumplido perfectamente como personas privadas los deberes de cristiano, se verán condenados en el tribunal de Dios por los pecados de sus hijos, de los cuales por su indiscreto amor habrán sido causa ocasional ó indirecta; resultando de aquí lo que llevo insinuado desde el principio, esto es, que su amor irracional les causa su propia ruina.

Añado por último que ocasiona la ruina de la sociedad entera. Esta doctrina no es mia, sino de los Padres del concilio de Trento, quienes, examinando las causas de los males que en su tiempo afligian á la sociedad, y los remedios que pudieran adoptarse para ocurrir á aquellos males, despues de

haberlo meditado detenidamente, concluyeron que todo dependía de la buena educacion.

Con efecto, dése buena educacion á los hijos, enséñeseles el respeto para con los superiores, la rectitud para con los iguales, la moderacion para con los súbditos : acostúmbreseles desde niños á respetar la ley, á mirar como cosa sagrada la propiedad, á ser honrados, justos y caritativos : yo os aseguro que con esto solo la paz reinará en la sociedad, el orden en los pueblos, la prosperidad en las familias : no habrá necesidad de que la policía vigile, de que los tribunales funcionen, ni de que los Gobiernos estén á la mira : porque del orden doméstico saldrá la tranquilidad pública, y de la bondad de los individuos resultará necesariamente la paz y prosperidad de los reinos. Por el contrario, déjese á los hijos sin educacion, permítaseles vivir segun su genio, sin acostumarlos á la obediencia, á la sujecion, al cumplimiento de las leyes divinas y humanas : cuando despues lleguen á ser grandes ¿habrá quien pueda sujetarlos, mantenerlos en el orden, y hacerles cumplir los deberes de buenos ciudadanos? No : para ellos serán inútiles las leyes, inútiles los tribunales, inútiles las cárceles y los presidios. Porque ¿cómo han de temer á los hombres los que no han aprendido á temer á Dios? ¿Cómo han de sujetarse á la ley los que están acostumbrados á hacer en todo su propia voluntad? ¿Cómo han de ser buenos ciudadanos los que nunca han sido buenos individuos?

Os suplico, padres, que tomeis estas reflexiones en consideracion, y que escuchéis las voces de los que os piden encarecidamente deis buena educacion á vuestros hijos. Os lo pide la sociedad, de la que son miembros : os lo pide la Religion, de la que son hijos : os lo pide el cielo, que desea tenerlos por ciudadanos : os lo pide el mismo Dios, que ha muerto por ellos. ¿Será posible que desoigais unos clamores tan jus-

tos y tan recomendables? No puedo sospecharlo. Dedaos á la educacion de vuestros hijos, que en esto haréis un favor á la sociedad, un bien á la Iglesia, un agasajo al paraíso, un obsequio al mismo Dios : y despues de haber recogido los frutos de vuestros desvelos en esta vida, conseguiréis una recompensa eterna en la otra. Amen.

## SEGUNDO DOMINGO DESPUES

### DE LA EPIFANÍA.

El evangelio de hoy contiene la relacion del primer milagro que obró el Salvador al principio de su vida pública, y pocos dias despues que hubo recibido el bautismo en el Jordan, y ayudado cuarenta dias en el desierto. Celebráronse unas bodas en Caná, pequeña poblacion de Galilea: fue invitado á ellas Jesucristo junto con su bendita Madre y los discípulos que entonces tenia, que eran san Andrés, san Pedro, san Felipe y Natanael: y durante el convite tuvo ocasion de obrar el primer milagro, que fue convertir el agua en vino, comenzando á dar pruebas inequívocas de su divinidad. Quien atentamente lea todo este evangelio conocerá desde luego que de él se podrian sacar tantos sermones cuantas son sus cláusulas, pues no hay una que no contenga un gran fondo de reflexiones las mas preciosas y saludables. No entra en nuestro plan apuntarlos todos: nos limitaremos á los mas interesantes, y á los que, por decirlo así, se desprenden por sí mismos del sagrado texto.

El primero es sobre la excelencia de la castidad, y se saca de aquella palabras: *Nuptiæ factæ sunt... Vocatus est autem et Jesus.* Es extraño, se dirá, que siendo Jesucristo tan amante de la virginidad, que no quiso por Madre sino á una Virgen purísima, accediese á la invitacion que se le hizo de honrar con su presencia unas bodas. Pero la extrañeza desaparece si se reflexiona, quién era el novio, cuál fue el fin que tuvo Je-

sucristo en asistir, y cuáles fueron los resultados de su asistencia. El novio, segun san Agustin, san Jerónimo y santo Tomás<sup>1</sup>, era san Juan Evangelista: uno de los fines que tuvo el Salvador en asistir fue retraerle del matrimonio: el resultado de su asistencia fue, que san Juan abandonó á su esposa, y se hizo discípulo del Salvador. De consiguiente, muy léjos de haber mostrado Jesucristo en esta ocasion poco interés por la virtud de la castidad, manifestó el grande aprecio en que la tenia. ¡Ah! si vosotros conociérais bien toda la excelencia de esta virtud, seguro es que seriais muy diligentes en adquirirla, muy solícitos en conservarla, y muy circunspectos en no exponerla. Para ver si logro enamoraros de ella, vengo á exponeros sus prerogativas.—Aquí se dice la plática que esta puesta en el Catequista orador, tomo 1.º, pág. 92.

De las palabras: *Dicit Mater Jesu ad eum: Vinum non habent se puede tomar ocasion para predicar sobre la devocion á Maria santísima.* Referido todo lo que dice el evangelio, se hace notar la suma benignidad de la Virgen, la cual, viendo que en medio del convite comenzaba á escasear el vino, á fin de evitar á los novios el rubor que de esto se les hubiera seguido, lo advirtió á su Hijo, diciéndole: *Vinum non habent*; pidiéndole tácitamente con estas palabras que hiciese un milagro. Y aunque por de pronto el Salvador le dió una respuesta al parecer algo dura y desabrida, luego hizo lo que ella deseaba, convirtiendo en vino una cantidad considerable de agua. De aquí se deducirá alguna verdad apta para inspirar devocion hácia la Reina del cielo, como su valimiento para con Dios, su bondad para con los pecadores, etc., valiéndose al efecto de alguno de los sermones que pusimos en el primer tomo de este Arte pastoral para el Mes de María.

<sup>1</sup> D. Thom. 2, 2, quæst. 186, art. 4, ad 1.

Además se puede formar un sermón de grande interés sobre las causas de donde suele nacer el desacierto en los matrimonios; y por juzgarlo de suma utilidad, vamos á ponerlo íntegro.

### Causas de los matrimonios desacertados.

Nuptiæ factæ sunt in Cana Galilææ, et erat Mater Jesu ibi. Vocatus est autem et Jesus, et discipuli ejus. (Joan. II, 1).

El evangelio que se acaba de leer refiere un hecho muy notable de la vida de Jesucristo, el cual encierra grandes misterios y no pocas instrucciones. En el principio de su vida pública, es decir, despues que hubo recibido el bautismo en el Jordan, ayunado cuarenta dias en el desierto, y tomando por discípulos á san Andrés, á san Pedro, á san Felipe y á Natanael, fue convidado, juntamente con su Madre y dichos discípulos, á unas bodas que se celebraron en Caná, pequeña poblacion de Galilea, y cuyo novio segun santo Tomás<sup>1</sup> era san Juan, á quien el Salvador retrajo del matrimonio. Durante la comida notó su Madre que comenzaba á escasear el vino, y deseosa de ahorrar á los novios la vergüenza que de ello se les podia seguir, volvióse á él con disimulo, y le dijo: No tienen vino; pidiéndole tácitamente con esta expresion que obrase un milagro para remediar la falta. Si no tienen vino, le contestó Jesús, ¿qué nos va á nosotros en ello? Todavía no ha llegado mi hora. A pesar de esta aparente negativa, no tardó Jesús en cumplir los deseos piadosos de su bendita Madre, pues mandando llenar de agua seis tinajillas de piedra que habia allí, la convirtió en vino: y con este milagro, que fue

<sup>1</sup> D. Thom. 2, 2, quæst. 184, art. 4.

el primero que obró en su vida, dió una brillante prueba de su divinidad, y sus discípulos comenzaron á creer en él.

Ya conjeturo lo que habeis estado discurriendo mientras yo iba refiriendo esta historia. ¿Cómo, habréis pensado, cómo quiso Jesucristo asistir á una fiesta de bodas, siendo como era vírgen, teniendo como tenia á una vírgen por madre, amando como amaba á las vírgenes y la virginidad?— ¡Ah, mis caros fieles! importa mucho sepais las razones que tuvo el Hijo de Dios para honrar con su presencia aquellas bodas. Con esto quiso hacernos ver que, aunque la virginidad sea mil veces preferible al matrimonio, cuando este se contrae con las debidas disposiciones no deja de ser una cosa santa, honesta, grata á Dios, digna de que Jesucristo la honre con su presencia y bendicion. ¿Por qué á muchos de vuestros matrimonios no concurre Jesucristo con su bendicion y asistencia? Porque comunmente los celebrais por un estilo muy diverso del de los novios de quienes habla hoy el Evangelio, quiero decir, que por lo general se contrae sin haber consultado á Dios, sin procurar la debida disposicion, y sin proponerse los santos y honestos fines para los cuales fue instituido. Esta es la causa de los lamentables desaciertos que se cometen en la eleccion de este estado, y de los males que de esto se siguen á la Iglesia y á la sociedad. Espero hacéroslo comprender, si estais atentos á lo que diré.

Aunque la vocacion divina es necesaria para santificarse en todos los estados, no obstante se puede asegurar que lo es especialmente para santificarse en el del matrimonio. No importa que el mundo no lo crea así, y se imagine que el llamamiento de Dios solo se necesita cuando se trata de entrar en el estado clerical ó religioso: ¿dejará por esto de ser ver-

dadera la máxima que acabo de sentar? No, y voy á daros pruebas tan claras y palpables, que quedaréis enteramente convencidos.

Decidme : ¿ por qué se necesita vocacion para ser clérigo ó religioso? Porque, diréis, en uno y otro estado hay cargas tan pesadas, obligaciones tan estrechas, empeños tan grandes, que solo pueden cumplirlos dignamente aquellos á quienes el Señor especialmente llama. — Pero ¡ buen Dios! ¿ hay carga mas pesada que la del matrimonio? ¿ Hay estado en el cual abunden mas los trabajos, las cruces, los peligros de perderse? ¿ Hay religion que ate á sus profesores con nudos mas estrechos?

Por lo que hace á las dos primeras preguntas, escuchad con atencion al apóstol san Pablo, quien las contesta en términos los mas claros. Vosotros, dice, sois libres en casaros ó en manteneros célibes : el Señor no me ha dado sobre esto precepto alguno : puede el hombre tomar mujer sin contravenir á ley alguna, y puede igualmente la mujer tomar marido sin cometer ningun pecado : *Si autem acceperis uxorem non peccasti, et si nupserit virgo non peccavit*<sup>1</sup>; pero debo advertiros, porque así me lo dicta la caridad, que en este estado hay penas, cruces y tribulaciones, que apenas tendréis fuerzas para llevarlas : *Tribulationem tamen carnis habebunt hujusmodi*. Penas para el marido, quien tendrá que sufrir los defectos de una mujer tal vez vana, caprichosa, altanera y de carácter insoportable : tribulaciones para la mujer, que estará precisada á vivir con un marido quizás inmoral, libertino, feroz y con mas visos de bruto que de hombre : cruces para uno y otro, ya por no faltar á la fidelidad conyugal, ya para procurarse el pan cotidiano, ya en fin para educar bien á unos hijos, que tal vez serán de condicion terca é indomable : *Tri-*

<sup>1</sup> I Cor. vii, 28.

*bulationem tamen carnis habebunt hujusmodi*. De lo que infiero, dice el mismo Apóstol, que, aunque es libre el casarse, nadie debe hacerlo sin haber consultado á Dios, y sin tener alguna señal de su aprobacion : *Cui vult nubat, tantum in Domino*<sup>1</sup>.

En cuanto á la cuestion de si hay religion alguna que ate á sus profesores con vínculos mas estrechos que los que el matrimonio impone á los casados, es fácil resolverla haciendo comparacion entre los dos estados. El religioso tiene un año para deliberar, y si durante este tiempo de prueba el instituto deja de agradarle, tiene derecho á retirarse ; no así el casado : él se compromete sin haber hecho prueba de su estado, y una vez ha pronunciado el sí, no es libre de retirar la palabra. El religioso, cuando profesa, sabe á qué se obliga, pues antes de pronunciar los votos, toma exacto conocimiento de las reglas y constituciones ; no así el que se casa : él se ata sin saber con quién, porque rarísimas veces se conocen bien las cualidades del sujeto con quien se contrae. El religioso no se sujeta por toda la vida á ninguna persona en particular, sino que ahora está bajo la dependencia de un superior, ahora bajo la obediencia de otro, lo que no contribuye poco á aligerarle el yugo de la religion ; no así el casado : él contrae un ligámen eterno con una persona determinada, y tanto si le gusta como si le desagrade, no tiene otro camino que soportarla hasta la muerte. En fin, el religioso puede, segun algunos teólogos, en algun caso obtener de la Iglesia la dispensa de sus votos ; no así el casado : la Iglesia no tiene facultades para soltarle el vínculo conyugal, porque en cuanto á esto Dios le tiene atadas las manos.

Si así es, diréis con los discípulos del Salvador, lo mejor

<sup>1</sup> I Cor. vii, 39.

es no casarse : *Si ita est causa hominis cum uxore, non expedit nubere* <sup>1</sup>.— Como esto de mantenerse vírgen no es dado á todos, sino solo á aquellos á quienes el Señor concede el don de continencia : *Non omnes capiunt verbum istud, sed quibus datum est* <sup>2</sup>; por esto debo responderos, que lo mejor es no entrar en el matrimonio sin haberlo encomendado mucho á Dios, sin haber recurrido antes á María santísima, y sin haber pedido consejo á un prudente confesor. Pero ¿es esto lo que comunmente se hace? ¿Quién, tratando de casarse, comienza, como los novios del Evangelio, por llamar á Jesucristo? *Vocatus est autem et Jesus*. ¿Quién recurre á la proteccion de su santísima Madre? *Et erat Mater Jesu ibi*. ¿Quién toma consejo de sus discípulos, esto es, de los directores? *Et discipuli ejus*. Héos aquí la primera causa de tantos matrimonios infelices y desastrosos.

No solo se contrae matrimonio sin consultar á Dios, sino tambien sin procurar la debida disposicion. Vosotros sabeis que entre los cristianos el matrimonio no es un contrato puramente civil, como lo es entre los gentiles; ni una simple ceremonia religiosa, como lo era en la antigua ley; sino un Sacramento instituido para santificar á los casados, y ser la imágen mas perfecta de la union inefable que el Hijo de Dios contrajo con la naturaleza humana en el adorable misterio de la Encarnacion. Por esto san Pablo lo llama Sacramento grande: *Sacramentum hoc magnum est* <sup>3</sup>: grande por su autor, que es Jesucristo; grande por su fin, que es poblar la tierra de verdaderos adoradores de Dios; grande por lo que representa, que es la union hipostática del Verbo con la naturaleza humana y su union mística con la Iglesia su esposa; grande por sus efectos, que son la gracia santificante y un lazo indisoluble que

<sup>1</sup> Matth. XIX, 10. — <sup>2</sup> Ibid. 11. — <sup>3</sup> Ephes. V, 32.

une á los esposos; grande, en fin, y al mismo tiempo temible, por sus obligaciones, que son la cohabitacion perpétua, la fidelidad conyugal, el amor recíproco y la buena educacion de los hijos. De esto se sigue, que no es permitido á nadie recibirlo en estado de culpa mortal, sino que debe recibirse en estado de gracia, lo mismo que cualquier otro Sacramento de vivos.

¿Y es así como lo haceis? ¡Ay de mí! al ver el modo con que muchos lo recibís, no se diria sino que es una cosa del todo indiferente, enteramente profana, en la cual ni Dios ni la Religion deben tener participacion alguna. Os casais por miras puramente humanas, sin tener de esto el menor remordimiento: os presentais al pié de los altares con la conciencia manchada de grandes crímenes, sin que esto os haga impresion alguna: cometeis un sacrilegio espantoso, sin que esto alarme vuestra conciencia. En cualidad de contrato, es decir, en lo que toca á los intereses materiales, no puede negarse que procedeis con la mayor prudencia y cordura. ¡Cuántas consultas, cuántas conferencias, cuántas reuniones celebráis antes no ajustáis definitivamente las partes! ¡Cuántos artículos, cuántas estipulaciones, cuántas cauciones preceden á la firma de la escritura esponsalicia! Pero en cualidad de Sacramento, esto es, en lo que atañe á las disposiciones del alma, ni reflexiones, ni preparativos, ni nada; todo se reduce á presentarse á la iglesia acompañados de la parentela, á presenciar sin espíritu ni religion la breve ceremonia que hace el párroco, á entregarse á las danzas, á las destemplanzas y á todos los desórdenes y excesos que suelen cometerse en semejantes ocasiones. ¿Es posible que un Sacramento tan bajamente profanado produzca la gracia y los auxilios indispensables para vivir santamente en el matrimonio? Todo lo contrario, en castigo de haberlo recibido de un modo tan profano, Dios permite que sea

una fuente inagotable de desgracias para esta vida y para la otra.

No para aquí el desorden : como si fuese poco entrar en el matrimonio sin consultar á Dios y con el alma manchada, hay muchos que al contraerlo se proponen fines enteramente opuestos á los que se propuso Jesucristo al instituirlo. ¿Qué se propuso Jesucristo cuando elevó el matrimonio á la dignidad de Sacramento? Formar una santa alianza entre el hombre y la mujer, á fin de auxiliarse mutuamente en las necesidades de la vida y en lo que pertenece á la salud eterna del alma : aumentar el número de los hijos de la Iglesia y poblar el paraíso de ciudadanos : proporcionar un remedio contra los deseos desarreglados de la carne, que se rebela contra el espíritu. Hé aquí los fines santos y honestos que se propuso el Salvador al instituir el matrimonio, y los motivos que debe proponerse todo cristiano al contraerlo. Pero ¿son estas las miras que comunmente se tienen? ¡Ah! callemos lo que no se puede decir sin que la vergüenza suba al rostro ; digamos solamente que la mayor parte entran en el matrimonio guiados únicamente de la ciega pasión del interés, de la ambición ó de la impureza. Después de esto ¿nos admiraremos de que entre los casados haya tantas quejas, tantas divisiones, tantas guerras, tantos divorcios, tantos escándalos? No puede ser de otro modo : matrimonios tan malamente comenzados, no pueden tener sino fines desastrosos : matrimonios aconsejados por el demonio, no pueden ser sino condenados por Dios : matrimonios en los cuales Dios no ha tenido parte alguna, es forzoso que provoquen su indignación y venganza.

¡Oh! mis amados jóvenes : cuando todavía es tiempo de prevenir el mal, tomad mis consejos. Examinad atentamente y sin pasión á cuál estado Dios os llama : suplicadle os haga conocer cuál es respecto de vosotros su santísima voluntad : no dejéis

pasar un solo día sin dirigir á María santísima humildes y fervientes súplicas : pedid consejo á vuestro confesor, y haced con docilidad cuanto él os diga. Si, hecho esto, os resolvéis á tomar el estado matrimonial, no lo hagáis sin tratarlo antes con vuestros padres, y sin obtener su licencia y bendición : estad seguros que su experiencia os servirá mucho para no errar. Sed prudentes en la elección de la persona : buscad en ella mas la virtud que las riquezas, primero la bondad que la hermosura ; no olvidando que la doncella virtuosa, aunque sea pobre, lleva consigo la mejor dote que se puede desear. Disponeos á recibir el gran Sacramento con una confesión general de todos los pecados de vuestra mocedad : y cuando llegue el caso, celebrad vuestro enlace con tal piedad y religión, que merezcáis asistir á él Jesús, María santísima y los Santos vuestros patronos. Amen.

### TERCER DOMINGO DESPUES

#### DE LA EPIFANÍA.

Antes de entrar en el exámen de los asuntos que pueden sacarse del evangelio de este día, debemos dar una regla general acerca de todos los evangelios que, como el presente, refieren alguna curacion milagrosa, y es, que las diferentes enfermedades corporales que el Salvador curó, eran simbolos de las varias dolencias espirituales que cura su gracia; y que los medios que él empleaba para curar los cuerpos, son figuras de los medios que se han de adoptar para conseguir la salud de las almas. Así que, cuando se quiere explicar un evangelio que contiene alguna de estas curaciones, es necesario atender á tres cosas: 1.<sup>o</sup> cuál sea el carácter de la enfermedad de que se trata: 2.<sup>o</sup> á qué dolencia del alma corresponde el carácter de aquella enfermedad: 3.<sup>o</sup> qué medios empleó Jesucristo para curarla, y cuáles fueron las circunstancias que acompañaron la curacion. Con estas tres cosas á la vista, siempre se tendrá expedito el curso que se ha de dar á la plática que se quiera hacer sobre cualquier evangelio que refiera alguna curacion. Por ejemplo, el evangelio de hoy refiere la curacion milagrosa de un leproso. Lo primero que ocurre por examinar aquí es, qué especie de enfermedad sea la lepra, y se dice que es una enfermedad que, siendo causada por la corrupcion de la masa de la sangre, cubre toda la piel del doliente de manchas y úlceras asquerosas, le desfigura horribilmente, y le priva del trato y comunicacion con los demás hombres. Luego se pasa á explicar á

cuál dolencia del alma convienen con mas exactitud estos caracteres de la lepra, y se dice que al pecado mortal, por cuanto él quita al alma toda la hermosura que le daba la gracia, inficiona y arruina todo el bien que ella ha hecho, y la priva de la comunicacion amorosa que tenia con Dios, haciendo que quede abandonada de él, cual esposa repudiada de su consorte. Al último se exponen las diligencias que practicó el leproso para alcanzar del Salvador la curacion; y dicho que estas fueron acudir á él con fe, humildad y arrepentimiento de sus culpas, se concluye que estas mismas diligencias ha de hacer el pecador para curar de su lepra espiritual.

Siguendo esta regla, á mas del asunto que acabamos de indicar, se puede componer otro sobre la tibieza espiritual, deduciéndolo de la segunda curacion de que nos habla el evangelio de este día. Para componerlo se tendrá presente que á poco rato de haber Jesucristo curado al leproso, se le presentó un capitán del ejército de Tiberio, que estaba de guarnicion en Cafarnaum, suplicándole se dignase curar á su asistente, que habia contraído una parálisis repentina y completa. El Salvador, que no hacia distincion entre judios y gentiles, y que hacia sentir igualmente á todos los efectos de su bondad, vista la gran fe y confianza del capitán romano, le otorgó al momento la gracia que le pedia, dando perfecta salud á su criado. Expuesto esto, se dirá que la parálisis corporal de que estaba atacado el criado del Centurion, es figura de la perlesía espiritual que aqueja á muchos cristianos, que es la tibieza en el servicio de Dios; pues así como el paralítico es, digámoslo así, un hombre medio vivo y medio muerto, porque ha perdido el uso de una parte de sus miembros, y aunque no ha perdido del todo la vida, está en peligro inminente de perderla luego; del mismo modo el tibio es una mezcla de bien y de mal, lo que hace su estado sumamente peligroso, porque, sin que él lo conozca, está próxi-

mo á perder la vida de la gracia. En llegando aquí, se harán tres cosas : 1.<sup>a</sup> una descripción exacta de la tibieza, teniendo empero cuidado en no exagerar la verdad : 2.<sup>a</sup> un detalle circunstanciado de los peligros que corre el tibio, tanto por el horror que Dios le tiene, como por los grandes pecados en que está próximo á caer : 3.<sup>a</sup> una enumeración sucinta de los remedios eficaces para salir del estado de tibieza, cuales son, meditar con alguna frecuencia las verdades eternas ; aplicarse un poco menos á los negocios temporales, y cuidar un poco mas del de la salvación ; persuadirse, y reflexionarlo á menudo, que sin hacerse una santa violencia no se entra en el reino de los cielos.

De aquellas palabras : *Filii autem regni ejicientur in tenebras exteriores se podrá, si se quiere, tomar motivo para predicar sobre el infierno. El sermón se arreglará así: Referida al pié de la letra la segunda curación de que habla el presente evangelio, y ponderado el elogio que el Salvador hizo de la fe del Centurion, diciendo que mas fe habia hallado en él, no obstante de ser gentil, que en ninguno de los hijos de Israel, al llegar á aquellas palabras : Filii autem regni, etc., se dirá : ¿Qué cosa mas terrible que este oráculo del Salvador? Él asegura que los hijos del reino, es decir, los que eran destinados á poseer eternamente el reino de los cielos, serán excluidos de él por sus culpas, y arrojados á las tinieblas exteriores, esto es, al fuego eterno. Si esta desgracia solo comprendiese á los judios que no quisieron reconocer al Mesías, paciencia : pero ¡ah! ella comprende á muchísimos cristianos, que se la atraen con su vida criminal. El gran medio de librarse de esta desgracia es, penetrarse bien de los males que experimenta un condenado en el infierno. Aquí se dice la plática que está puesta en el Catequista orador, tomo 1.<sup>o</sup>, pág. 235, ó la que se halla en este Arte pastoral, tomo 1.<sup>o</sup>, pág. 209.*

### La lepra espiritual.

Ecce leprosus veniens, adoravit eum dicens : Domine, si vis, potes me mundare. (*Matth. viii, 2*).

Un año despues que Jesucristo habia comenzado su vida evangélica, sucedió que, bajando de un monte donde acababa de predicar á un gran concurso de personas, un hombre cubierto de lepra fué á echarse á sus piés, suplicándole se dignase curarle. El Salvador, viendo su humildad y su fe, oyó benignamente su súplica, alargó la mano, le tocó, y al punto quedó sano.

La lepra, segun los expositores, es figura de una enfermedad espiritual que desgraciadamente aqueja á muchos cristianos, cual es el pecado, por manera que los mismos efectos que la lepra causa en el cuerpo, el pecado los produce en el alma con la debida proporcion. Para que los comprendais bastará daros algun conocimiento de la enfermedad llamada lepra, la cual fue muy comun entre los orientales, y es aun bastante conocida en los países cálidos.

La lepra, pues, es una enfermedad que, siendo causada por la corrupcion de la sangre, cubre toda la persona de úlceras asquerosísimas, las que chorrean podre por todas partes. Por ella queda la persona horriblemente desfigurada, y es tal el asco que causa el mirarla, que Dios tenia mandado en la ley antigua que á los leprosos se los expulsase de las ciudades, y se les obligase á vivir en despoblado. De ahí es, que el infeliz leproso se hace insoportable á sí mismo, arrastra una vida triste é intolerable, la que poco á poco se va consumiendo, y al fin acaba con una muerte lastimosa <sup>1</sup>.

<sup>1</sup> Alapide, viii in Matth.

Pero ¡ah! por muy triste que sea el estado de un leproso, no tiene comparacion con el de una alma esclava del pecado. El pecado produce en el alma tres efectos muy parecidos á los que la lepra causa en el cuerpo; pero tanto mas funestos, cuanto los males espirituales son mas para sentirse que los corporales. La lepra desfigura el cuerpo, y el pecado quita toda la hermosura del alma: la lepra inficiona todos los miembros del leproso, y el pecado arruina todos los bienes espirituales del pecador: la lepra priva del trato de los hombres, y el pecado hace que se quede abandonado de Dios. Haga el Señor que el conocimiento de estos tres efectos deplorables del pecado despierte á cuantos pecadores me escuchan, y los induzca á buscar la gracia en el sacramento de la Penitencia.

Así como el primer efecto que la lepra causa en el cuerpo, es desfigurarle enteramente; así el primer estrago que el pecado causa en el alma, es quitarle toda su hermosura. Es cierto, y vosotros lo veriais si Dios ilustrase vuestro entendimiento, que una alma justa, es decir, una alma adornada de la gracia habitual, de las virtudes infusas, de los dones del Espíritu Santo y de mil otros atavíos espirituales, tiene una hermosura tan grande y admirable, que todas las hermosuras corporales que admiramos en este mundo, comparadas con ella, no son mas que lodo y basura. Lodo toda la brillantez de los diamantes y demás piedras preciosas de la India, lodo toda la galantería de los prados y jardines en la primavera, lodo todo el resplandor del sol, de la luna y de las estrellas. Basta decir, que el mismo Dios se muestra como arrebatado con su vista, y exclama herido de amor: ¡Qué hermosa eres, alma querida mia, qué hermosa eres! Hasme herido el corazon:

*Quàm pulchra es, amica mea, quàm pulchra es!... Vulnerasti cor meum*<sup>1</sup>.

Si nosotros pudiésemos ver el alma de alguno de esos justos que están aquí presentes, si pudiésemos ver la de ese anciano decrepito, pero virtuoso, cuyas canas miramos con desprecio; la de esa mujer andrajosa, pero justa, cuyos harapos nos provocan á náusea; la de esa doncellita pobre, pero inocente, á quien apenas nos dignamos mirar; ¡ah! si las pudiésemos ver... pronto cambiaríamos de sentimientos respecto de ellos, pronto nuestro desprecio se mudaria en admiracion y respeto, pronto iríamos á besar los piés á esos mismos que al presente tratamos con el mas alto desden. ¿Por qué? Porque siendo por la gracia copias bellísimas de la hermosura de Dios, nuestra ignorancia los tomaria por el mismo original, y los creeria dignos de adoracion.

Pero supongamos — no permita Dios que esta suposicion llegue jamás á ser verdadera — pero supongamos que alguna de estas almas cometiese un pecado mortal, ¡ah! en el mismo instante quedaria tan fea, abominable y asquerosa, que si Dios nos mostrase su interior, nos taparíamos los ojos para no verla, y horrorizados huiríamos precipitadamente de esta iglesia. La que al presente es, como dice Jeremías, mas blanca que la nieve, mas colorada que el marfil y mas hermosa que el zafiro, despues del pecado seria negra como el carbon, y tan fea como el demonio: *Candidiores nive, rubicundiores ebore anti-quo, sapphiro pulchriores. Denigrata est super carbones facies eorum*<sup>2</sup>. Como si esta desgracia hubiese ya sucedido, llora inconsolable el mismo Profeta y dice: ¡Ay, cómo ha perdido el lustre esa alma, poco há mas hermosa que el oro acrisolado! ¡Cómo se ha borrado aquel color vivo que la hacia tan bella

<sup>1</sup> Cant. iv, 1, 9. — <sup>2</sup> Thren. iv, 7, 8.

y amable! *Quomodo obscuratum est aurum, mutatus est color optimus?* Su hermosura ha desaparecido, su ornato la ha dejado enteramente: *Egressus est à filia Sion omnis decor ejus.* Ya no es aquel templo hermoso en que Dios se complacia habitar; es una caverna hedionda en la que se revuelcan los espíritus inmundos.

Apostrofando Ezequiel á Lucifer, le decia: ¡Oh querubin hermoso, cómo has caído de la alta dignidad, á la que el Señor te habia encumbrado! Tú eras la principal obra de la creacion, la imágen mas perfecta de la Divinidad, el espejo de toda pureza: *Tu signaculum similitudinis.* El Señor te habia adornado con todas las perfecciones de que es capaz una simple criatura, te habia enriquecido con los dones mas raros de la naturaleza y con los tesoros mas preciosos de la gracia, te habia hecho eminente en poder, en sabiduría y en hermosura: *Plenus scientia, et perfectus decore.* Tú brillabas en el monte santo, como el sol brilla en el firmamento: una corona de oro adornaba tus sienes, y un vestido tejido de piedras preciosas era tu ornamento diario: *Omnis lapis pretiosus ornamentum tuum.* Pero ¡ah! esa hermosura tuya no duró sino el tiempo que te mantuviste inocente: *Donec inventa est in te iniquitas:* despues que la iniquidad entró en tu corazon, no ha quedado en tí ningun vestigio de tu antigua grandeza; has perdido la hermosura de querubin, y has tomado la forma de demonio horrible, capaz de causar espanto á cuantos te vieren: *Omnes qui viderint te, obstupescant*<sup>1</sup>.

Permitidme, cristianos, que, aplicando estas palabras de Ezequiel á nuestro asunto, diga, aunque no sea sino por via de desahogo, á cada una de las almas pecadoras que me escuchan: ¡Oh alma, cómo has perdido aquella hermosura ce-

<sup>1</sup> Ezech. xxviii, 12 et sequent.

lestial con que el Señor te habia distinguido! Tu eras un espejo de pureza, un modelo de perfeccion, una imágen en la que relucia la santidad del mismo Dios: *Tu signaculum similitudinis.* La augusta Trinidad se habia esmerado en adornarte y embellecerte: el Padre te habia vestido con su gracia, el Hijo te habia comunicado sus méritos, el Espíritu Santo te habia infundido sus dones. Tú brillabas entre las almas justas, como el sol brilla entre las estrellas: una corona tejida de méritos circuia tu frente: un vestido mostreado de virtudes era tu ornamento usual: *Omnis lapis pretiosus ornamentum tuum.* Mas ¡ay! despues que cometiste la culpa, no ha quedado en tí ninguna señal de tu primera belleza: el pecado te ha hecho disforme y horrible, de modo que los Ángeles que antes te obsequiaban, admirando tu hermosura sobrenatural, viendo ahora tu ignominia, apartan de tí la vista y te desprecian, como dice Jeremías: *Omnes qui glorificabant eam, spreverunt illam; quia viderunt ignominiam ejus*<sup>1</sup>. ¿Quién tendrá suficientes lágrimas para llorar tu desgracia? Pero reservémoslas para llorar otro mal todavía peor que el pecado causa al alma.

Así como la lepra inficiona todas las partes del leproso, del mismo modo el pecado arruina todos los bienes espirituales del pecador. ¿Habeis visto una viña cuando allá en otoño ostenta sus verdes pámpanos cargados de racimos ya maduros? ¡Oh qué vista tan bella! Pero dejad que una nube venga á descargar sobre ella una fuerte granizada, ¡oh qué cambio tan triste! Una hora antes parecia un pequeño paraíso, un momento despues es un campo cubierto de escombros. Sabed ahora, que lo que hace el granizo en una viña, lo hace el pecado en el alma. ¿Quién lo dice? El Espíritu Santo por boca de Ezequiel. Si el justo, dice, retrocede del buen camino y comete

<sup>1</sup> Thren. i, 8.

iniquidad, todo el bien que habia practicado será puesto en olvido, y será lo mismo que si no lo hubiese hecho: *Si autem averterit se justus à justitia sua, et fecerit iniquitatem... omnes justitiæ ejus, quas fecerat, non recordabuntur*<sup>1</sup>. Notad, cristianos, aquella palabra *omnes*, que quiere decir *todas sin excepcion*. Una tempestad, por fiera que sea, deja uno que otro racimo en la viña; pero el pecado ¡ah! el pecado no deja en el alma el mérito de ninguna obra buena.

Obras buenas del alma justa, ¿quién podrá explicar vuestro valor? Juntad, cristianos, todas las obras ilustres que en el orden puramente natural han hecho los hombres mas insignes del universo, y sabed que todas juntas no valen tanto como un *Padre nuestro* rezado devotamente en gracia de Dios. ¡Ah! que una pequeña obra hecha en gracia, como seria una limosna, un ayuno, una mortificacion, pasa, digámoslo así, por las llagas de Jesucristo, y saca de ellas un valor inestimable: lo que obligó á un gran sábio á decir, que daría todo su saber por una *Ave Maria* bien rezada. Ahora bien: si perder una sola de estas obras es una pérdida irreparable, ¿cuál desgracia será perderlas todas?

Mi amado pecador, si yo pudiese hacerte ver el cúmulo de bienes espirituales que perdiste pecando, prorumpirias en llanto tan amargo como aquel en que dió Esaú cuando hubo perdido su herencia. ¿Te acuerdas de tu niñez, de aquella dichosa época de tu inocencia, en que observabas la ley de Dios en todos sus puntos, frecuentabas Sacramentos, y vivias como un angelito? ¿Donde está ahora el mérito de tus virtudes adquiridas? ¡Ay! *non recordabuntur*, el pecado las ha disipado todas. ¿Tienes presente lo que sufrió tu amor propio al declarar aquel pecado en la confesion, la violencia que hubiste

<sup>1</sup> Ezech. XVIII, 24.

de hacerte para dejar aquel compañero, salir de aquella casa, y cumplir aquella penitencia medicinal? ¿En qué ha parado el fruto de tantas abnegaciones? ¡Oh dolor! *non recordabuntur*, Dios las ha puesto en olvido. Cuenta, si puedes, todo el bien que has hecho en tu vida, las misas que has oido, las oraciones que has rezado, las obras de misericordia que has hecho, las comuniones que has recibido, las mortificaciones que has practicado, y dime luego: ¿dónde tienes el fruto de tantas buenas acciones? ¡Oh desgracia! *non recordabuntur*, todo está perdido.

La historia refiere de un general romano que, despues de haber prestado grandes servicios á la república, fue acusado de un delito capital. Confiado en sus méritos, se presentó muy animoso ante el Senado; y mostrando á los jueces las gloriosas heridas que habia recibido en defensa de la patria, exclamó: ¿Es posible que servicios tan eminentes, que acciones tan ilustres, que heridas tan honrosas queden borradas por un solo delito? *Ita ergo uno errato tot decora delentur?* ¡Ay de mí! Muchos, á semejanza de aquel capitan romano, os presentaréis muy confiados en el tribunal de Dios, haciendo ostentacion de vuestras buenas obras; y viendo que Dios no las cuenta por nada, preguntaréis desesperados: ¿es posible que tanto bien quede olvidado por algunos pecados, y que despues de haber acumulado tantos tesoros celestiales, ahora me halle con las manos vacías? Sí, dice el real Profeta, nada encontraréis despues de la muerte en vuestras manos de todo el bien que hubiéreis hecho en vida: *Dormierunt somnum suum, et nihil invenerunt omnes viri divitiarum in manibus suis*<sup>1</sup>.

No acaba aquí todo el daño que el pecado causa en el alma: al modo que la lepra priva de la comunicacion con los demás

<sup>1</sup> Psalm. LXXV, 6.

hombres, el pecado hace que se quede abandonado de Dios. Si yo os dijese que, apenas cometido el pecado, habia de oscurecerse el sol, temblar bajo vuestros piés la tierra, cerrarse las iglesias al acercaros á ellas, y volveros las espaldas los Crucifijos, ¡oh Dios, qué espanto os causaria todo esto! Pues ¿qué espanto debe causaros el saber que, apenas cometido el pecado, el cielo os da con sus puertas en la cara, el infierno se abre bajo vuestros piés, y Dios se retira de vosotros, os vuelve las espaldas y os abandona? Este abandono deja al alma en tal soledad, que contemplándola Jeremías, exclama: *Quomodo sedet sola civitas plena populo?* ¡Oh! ¿en qué triste soledad, en qué fatal abandono ha quedado esta infeliz alma? Antes Dios habitaba en ella como un esposo en su tálamo, como un rey en su trono, y cual señor en su templo; pero ahora la ha desamparado, dejándola sin arrimo ni asistencia, cual viuda que ha perdido á su esposo: *Facta est quasi vidua domina gentium.*

De ahí es, pecador mio, que, como dice el mismo Profeta, despues que el Señor se ha retirado de tí, no hay cosa en este mundo que pueda satisfacerte, ni aun las mismas criaturas que mas amas: *Non est qui consoletur eam ex omnibus charis ejus.* Los placeres y pasatiempos á que, para compensarte de la pérdida de Dios, te entregas, léjos de darte satisfaccion, aumentan tu inquietud y malestar. Nada te contenta, nada te satisface: todo lo hallas insípido, todo molesto é incómodo. Has perdido aquella alegría que tan amable te hacia á todos; y como si hubieses cambiado radicalmente el natural, te has vuelto frenético, intratable, molesto á tí mismo y á cuantos te se acercan. ¿Qué es esto? ¿Qué te falta?... ¡Ah! me respondes, yo mismo no me entiendo, nunca estoy de humor, alimento en mi corazon una melancolía genial, que me hace insoportable la vida.— Te engañas, pecador mio, no es la melancolía na-

tural la que te agita, sino la que la ausencia de Dios ha dejado en tu corazon. Esta es la víbora que te envenena, este el gusano que te roe, esta la furia que te rasga las entrañas. Con el pecado obligaste á Dios á ausentarse de tí: para suplir en algun modo su falta te has formado otros dioses de las criaturas, y les has levantado un altar en tu corazon; pero ¡ah! son dioses pobres que no pueden darte lo que deseas, son dioses pequeños que no pueden llenar la inmensidad de tu alma, son dioses crueles que te dejan suspirar sin procurarte el menor alivio.

¿Qué he de decirte yo en vista de esto, sino lo que la Iglesia dice al fin de las Lamentaciones de Jeremías? *Jerusalem, Jerusalem, convertere ad Dominum Deum tuum.* Alma pecadora, alma infiel, que conoces por experiencia propia lo que es estar apartado de Dios, vuelve, vuelve á él, que, aunque ofendido, al fin es tu Dios y tu Padre: *convertere.* Deja esas criaturas, que no pueden darte sino fastidio y penas; y torna á Dios, que es fuente perenne de satisfaccion y contento: *convertere.* Ven á llorar tus pecados, ven á detestarlos en la confesion, ven á echarte á los piés de tu Dios, que tiempo há te espera: *convertere.* Si lo haces, él restituirá á tu alma la hermosura que le quitó la culpa, él te devolverá los méritos que perdiste pecando, él tornará á habitar en tí por gracia y amor en esta vida, y tú habitarás en él por toda la eternidad. Amen.

## CUARTO DOMINGO DESPUES

### DE LA EPIFANÍA.

*El evangelio de hoy es una continuacion del evangelio del domingo precedente, y refiere un nuevo milagro que el Salvador obró á favor de sus discípulos, librándolos de un inminente naufragio en el lago de Tiberiades. Sobre este evangelio se ofrecen varios asuntos de una importancia extrema que los curas han de procurar tratar bien.*

*El primero es sobre los peligros de perderse que hay en el mundo, y se propondrá así: Despues de haber referido literalmente lo que acerca de este suceso cuenta el evangelio, se preguntará: ¿Qué significa todo el complejo de la historia que acabo de referir? El barco en que Jesucristo estaba con sus discípulos significa la Iglesia, de la cual todos los católicos somos miembros: el mar agitado representa este mundo en que vivimos: las olas son figura de las diferentes tentaciones que tenemos que sufrir de parte de los enemigos de nuestra salvacion: la súplica que los discípulos hicieron al Salvador nos enseña cómo debemos conducirnos en los peligros en que nos hallamos: en fin la bondad del Salvador en socorrerlos nos representa el pronto socorro que nos dará si acudimos á él. Todo lo que debe inducirnos á mantenernos firmes en medio de este mundo, todo lleno de peligros, tentaciones y combates, peleando con honra, resistiendo con ánimo, triunfando con gloria.—Al llegar aquí, se dice el cuerpo de la plática que, bajo el título de El*

*soldado de Jesucristo puesto en campaña, se halla en el Catequista orador, tomo 1.º, pág. 267.*

*Otro asunto se puede formar sobre el presente evangelio, y es el de la Providencia de Dios, el cual se comienza de este modo: «Hé aquí, cristianos, un nuevo milagro de Jesucristo que la Iglesia ofrece á nuestra consideracion, para animarnos mas «y mas á poner toda nuestra confianza en la providencia de «Dios. Hace quince dias que vimos al Salvador convirtiendo el «agua en vino en las bodas de Caná: el domingo pasado le vimos hacer dos curaciones milagrosas, una con un leproso, y «otra con un paráltico: hoy le vemos calmando la furia de los «vientos y del mar, librando de este modo á sus discípulos de «un naufragio cierto é inminente. En vista de esto, ¿quién no «creerá en la providencia de Dios? ¿quién no depositará en ella «toda su confianza? ¿quién no acatará sus adorables disposiciones? Es dogma de fe que Dios, despues de haber criado el «mundo, no lo deja correr á la ventura, sino que lo preside, «lo gobierna, y dirige todas sus cosas, aun las mas pequeñas, «á fines los mas altos y santos. Verdad importante, que deseo «imprimir profundamente en vuestro corazon, y que será la materia de la plática de hoy.» Aquí se dirá el cuerpo de la plática que se halla en el Catequista orador, tomo 1.º, pág. 66.*

*El tercer asunto es el que ponemos á continuacion.*

### Temer por la salvacion.

*Domine, salva nos, perimus. (Matth. VIII, 25).*

*El evangelio de hoy, que es una continuacion del que leímos en el domingo pasado, nos refiere un nuevo milagro que el Salvador obró á favor de sus discípulos. Mandóles un dia que preparasen un barquichuelo para pasar todos juntos al otro*

lado del pequeño mar de Tiberíades : y estando ya en alta mar, hé aquí que se levanta una tan récia tormenta, que el barquichuelo comienza á hacer aguas, y está á punto de hundirse. Aterrorizados los discípulos, se acercan á Jesucristo, que estaba durmiendo plácidamente en la popa, y le dicen : Señor, salvadnos, de lo contrario somos perdidos : *Domine, salva nos, perimus*. Entonces Jesucristo, levantándose, les dijo : ¿Qué teméis, hombres de poca fe? Y levantando la mano, mandó á los vientos que calmasen, y al punto cesó la tempestad.

Esta es toda la historia del presente evangelio, muy breve, como veis, en las palabras ; pero toda llena de instruccion. ¿Por qué permitió el Salvador se levantase aquella gran tormenta, y que sus discípulos se viesen en riesgo inminente de perderse? Lo permitió para advertirnos de los grandes peligros á que está expuesta nuestra salvacion mientras navegamos por el mar de este mundo. ¿Hay mar mas peligroso que este mundo en que vivimos? ¿hay barquichuelo mas frágil y expuesto á perderse que nuestras almas? ¿hay vientos mas récios que las tentaciones con que nos combaten nuestros enemigos para perdernos eternamente? Pluguiése á Dios que, persuadidos de los grandes peligros á que está expuesta nuestra salvacion, nos llenásemos de un saludable temor, y, como los discípulos, acudiésemos á Jesucristo pidiéndole socorro. ¿Hay cosa por la cual hayamos de temer mas que por nuestra salvacion? No ; porque salvarnos es la cosa que mas nos interesa ; es la cosa que mas dificilmente se consigue ; es la cosa que, una vez perdida, está perdida para siempre y sin remedio. Atencion á lo que voy á decir sobre estas tres verdades.

¿Qué ansiedad, qué congoja experimentáis, cristianos, cuando pelagra alguna de esas cosas que tanto amais en el mundo,

y en cuya posesion teneis vuestro principal interés? Yo veo que si se forma causa á un hombre acusado de un delito capital, el dia que el juez falla la sentencia tiembla el reo, tiemblan los parientes, y tiemblan todos cuantos se interesan por su suerte. Yo veo que si se pleitea sobre una pingüe herencia, de la que depende el bienestar ó la ruina de toda una familia, el dia que se sabe ha de fallarse la causa, tanto la una como la otra parte están llenas de congoja, esperando con inquietud y temor la resolucion del tribunal. Ventilóse un dia en el gran Senado romano la gran causa de Cartago, y despues de una muy animada discusion, se pasó á votar sobre si aquella famosa ciudad, eterna enemiga de los romanos, debia ó no ser destruida y hecha un monton de cenizas. Y dicen los historiadores que, mientras duró la sesion, el pueblo de Roma, aunque enemigo capital de los cartagineses, estaba atónito y agitado, esperando con miedo el éxito de aquella tremenda deliberacion. Nada de esto me admira, porque no desconozco que la ruina de una familia, la muerte violenta de un hombre y la destruccion de todo un gran pueblo, son, respecto de este mundo, grandes daños y pérdidas verdaderamente irreparables. Pero todas estas pérdidas juntas, comparadas con la pérdida de una sola alma, ¿qué son, cristianos míos, qué son? Nada, nada absolutamente. El alma del hombre mas vil y despreciable vale incomparablemente mas que todas las herencias del mundo, mas que todas las ciudades de la tierra, y mas que las vidas de todos los hombres, tomadas en el orden físico y natural.

¿Os admira esta expresion? Recorred os suplico el mundo material entero, y ved si encontrais en él cosa alguna mas preciosa que nuestra alma, ved si hallais joya que haya tenido mas nobles pretendientes, y para cuya posesion se haya ofrecido un precio mas grande. Quiso Dios recobrarla despues de habérsela usurpado el demonio en el paraíso ; ¿y cuánto diríais dió

por ella? Dió la cosa que mas amaba, dió á su propio Hijo que entregó en manos de sus enemigos: *Proprio Filio suo non percit, sed pro nobis omnibus tradidit illum*<sup>1</sup>. Quiso tambien Jesucristo poseerla; y por ella dió ¿qué? ¿acaso oro ó plata? No, dice san Pedro, dió su sangre, dió su propia vida: *Non auro vel argento redempti estis... sed pretioso sanguine Christi*<sup>2</sup>. Quiso igualmente el demonio adquirirla; ¿y cuánto diríais ofreció por ella? Ofreció un mundo entero. Ved sino lo que dijo á Jesucristo en una de las tentaciones que le propuso. Despues de haberle llevado á la cumbre de un monte muy alto, y héchole ver desde allí todos los reinos de la tierra, mira, le dijo, te daré todos esos reinos que ves, tan solo me prestes un acto de adoracion, que vale lo mismo que decir, si me entregas tu alma: *Hæc omnia tibi dabo, si cadens adoraveris me*<sup>3</sup>.

A vosotros os parecerá que todo un mundo es precio bastante regular para comprar una alma, puesto que os la vendeis por cosas que valen incomparablemente menos; pero yo os aseguro que es un precio muy módico y desproporcionado. Porque, como dice Jesucristo, ¿qué le aprovecha al hombre adquirir el mundo entero, si en cambio pierde su alma? *Quid enim prodest homini, si universum mundum lucretur, animæ verò suæ detrimentum patiatur*<sup>4</sup>? ¿Qué le aprovechan ahora á Alejandro sus conquistas, al rico Epulon sus banquetes, á Herodes sus deshonestidades, á Judas su dinero, á Jezabel sus amores? Ahora que tienen perdida irremediamente el alma, ahora que están en los infiernos, *Quid prodest?* ¿de qué les sirve todo aquello? ¡Ah! jóvenes inconsiderados, que vivís sumergidos en amores, pasatiempos y disoluciones, sin cuidados en nada de vuestra pobre alma: perdida que la tengais,

<sup>1</sup> Rom. v, 32. — <sup>2</sup> 1 Petr. i, 18. — <sup>3</sup> Matth. iv, 9.

<sup>4</sup> Matth. xvi, 25.

¿de qué os servirán vuestras disoluciones, todos vuestros pasatiempos y amores? *Quid prodest?* ¡Ah! hombres animales y terrenos, que solo os ocupais en acumular riquezas, en engrandecer vuestra casa, y en procuraros una felicidad fugaz en este mundo: aun cuando lográseis haceros dueños de toda la tierra, ¿qué os aprovechará, si despues perdeis el alma? *Quid prodest?*

Hablando un dia san Felipe Neri con un estudiante de mucho talento, le dijo: Luego que hayas concluido tus estudios ¿qué piensas hacer?—Pienso, respondió él, graduarme de doctor. ¿Y despues? volvió á preguntarle el Santo.—Despues, contestó el jóven, veré si puedo conseguir una prebenda. ¿Y despues? volvió á preguntarle.—Despues, dijo, trataré de hacer nuevos ascensos, hasta llegar á ser obispo ó cardenal. ¿Y despues? insistió de nuevo aquel. No sabiendo aquí el buen jóven qué contestar, le dijo el Santo: Y despues, hijo mio, despues morirás: y si pierdes el alma, ¿de qué te habrá servido todo esto? Vamos, concluyó, reflexiona un poco estas últimas palabras, y haz lo que te diga tu corazon. Meditólas el jóven, y el resultado fue abandonar luego todas las miras terrenas, y dedicarse exclusivamente al gran negocio de su salvacion. ¿Y por cuál razon, cristianos, esta misma reflexion hasta ahora no os ha hecho solícitos de la salvacion de vuestra alma? La razon en muchos es, porque teneis la salvacion por cosa tan fácil de alcanzar, que os parece no hay cosa mas asequible. Pero ¿es así, fieles mios, es así?

Oid os ruego lo que dice Jesucristo hablando sobre este punto. El reino del cielo, dice en san Mateo, padece violencia, y solo los que hacen violencia á sus apetitos lo consiguen: *Regnum cælorum vim patitur, et soli violenti rapiunt illud*<sup>1</sup>. Quien

<sup>1</sup> Matth. xi, 12.

quiera venir conmigo, añade por san Lucas, niéguese á sí mismo, tome su cruz, y sígame: *Si quis vult post me venire, abneget semetipsum, tollat crucem suam, et sequatur me*<sup>1</sup>. Entrad, vuelve á decirnos por san Mateo, entrad por la puerta angosta, porque la puerta ancha y el camino espacioso conducen á la perdicion: *Intrate per angustam portam: quia lata porta et spatiosa via est, quæ ducit ad perditionem*<sup>2</sup>. Y como si todo esto fuese poco, exclama luego en tono de admiracion: ¡Oh cuán angosta es la puerta, cuán estrecho es el camino que conduce á la vida eterna! *Quàm angusta porta, et arcta via est, quæ ducit ad vitam!*

¿Dónde estais los que teneis por tan segura la salvacion, como si ya la poseyéseis en la mano; los que vais siguiendo el camino ancho, diciendo que no quereis escrúpulos, melancolías ni simplezas, dónde estais? Compareced aquí, y responded á este argumento que os propone san Bernardo: *Aut Christus fallitur, aut mundus errat*. Una de dos: ó Jesucristo se engaña, ó yerra el mundo, y vosotros con él. Jesucristo declara que el camino del cielo es estrecho, y vosotros lo juzgais muy espacioso: Jesucristo asegura que la vida eterna no se consigue sino á fuerza de violencia y mortificacion, y vosotros pensais conseguirla llevando una vida inútil, deliciosa y mundana. ¿Quién se engaña? ¿quién tiene razon?

Supongamos un caso, y luego conoceréis vuestro error. Supongamos que un jóven noble y muy rico deja de repente el mundo, distribuye su pingüe patrimonio á los pobres, y entra religioso en uno de los institutos mas austeros, en la Trapa, por ejemplo. Vive allí treinta ó cuarenta años, pasando los dias en el trabajo, las noches en la oracion, las semanas en el ayuno, y toda la vida en rigurosa penitencia. Llega al último de

<sup>1</sup> Luc. ix, 23. — <sup>2</sup> Matth. vii, 13.

sus dias, recibe con piedad y fervor los Sacramentos, y termina una tan santa vida con una muerte todavía mas santa. Pregunto ahora: ¿osaríais asegurarme que este religioso se salvó? ¿afirmaríais con juramento que su alma no está en el infierno? Poco á poco, oigo me decís, eso de jurar... ¡Cómo! ¿vacilais? ¿no os atreveis?—¡Oh, Padre! aunque es verdad que el religioso ha muerto con grandes indicios de salvacion, ¿quién podrá decir dónde para su alma? ¿quién puede saber cuál haya sido su suerte? Que su salvacion es probable, esto lo afirmamos; pero que sea cierta, que sea segura, ¿quién lo puede asegurar?—Con que vosotros no contais por segura la salvacion de un hombre que dejó todo lo del mundo por seguir á Jesucristo, ¿y os la prometeis vosotros que, contra los preceptos de Jesucristo, sois idólatras del mundo? En vuestro concepto tal vez se condenó el que pasó toda la vida en oracion, ayunos y penitencias, ¿y no temeis condenaros vosotros que la consumís toda en vicios y pecados? Quizás está en el infierno un religioso que vivió como santo, ¿y se prometen el cielo unos cristianos que viven como turcos?

El poco cuidado que teneis de salvar vuestra alma podria aun tener alguna excusa, si su pérdida pudiese compensarse con otra cosa; pero, como dice Jesucristo, ¿qué compensacion puede haber para una pérdida tan grande? *Quam dabit homo commutationem pro anima sua*<sup>1</sup>? El alma es una sola; y una vez perdida, está perdido todo y sin remedio. Si perdeis la hacienda, podeis recobrarla ó con el trabajo, ó con la industria, ó con la economía: si perdeis un empleo, podeis adquirir otro contrayendo nuevos méritos, ó buscando nuevos protectores; mas si perdeis el alma, ¿qué recurso os queda? ¿podréis jamás decir: si he perdido una salvaré otra? Hé aquí

<sup>1</sup> Matth. xvi, 26.

lo que sostuvo al gran papa Benedicto XI en cierto lance crítico en que se vió, ó de ofender á Dios, ó de disgustar á un gran monarca. El embajador de este le pidió en su nombre no sé qué cosa, que él en buena conciencia no le podia conceder. El intrépido Pontífice se la niega redondamente, y le dice: Escribid á vuestro Soberano que si yo tuviese dos almas, podria sacrificar una en obsequio suyo; pero que no teniendo mas que una, la debo salvar.

Hermosas palabras, cristianos, que debiérais tener siempre prontas en los labios, para contestar á cuantos vengan á incitaros para ofender á Dios. ¿Te incita, ó jóven, aquel mal compañero á ir con él á lugares donde corre peligro tu alma? Contéstale luego: Tengo una sola alma, y no la quiero exponer. ¿Te hallas, ó mujer, en el lance ó de ofender á Dios, ó de rechazar las inútiles pretensiones de un infame tentador? Dile sin vacilar: Dios no me ha dado mas que una alma, y no la quiero sacrificar por tí. ¿Te vienen, ó hombre, con ciertas ganancias que no puedes hacer sin sacrificar tu conciencia? Responde sin detenerte un punto: Tengo una alma sola, y si la pierdo, lo pierdo todo.

Santa Teresa de Jesús fue encontrada un dia llorando á solas amargamente. Habiéndosele preguntado por qué suspiraba, suspiro, dijo, suspiro por tres ideas que, como crueles espigas, traspasan mi corazon. Pienso que para mí hay un solo Dios, una sola muerte y una sola alma. Un solo Dios, á quien, si le pierdo, no tengo á otro á quien recurrir: una sola muerte, la que si una vez la hago mal, no puedo hacerla buena jamás: una sola alma, la cual si se condena, lo tengo perdido todo y sin remedio. ¡Un solo Dios! ¡una sola muerte! ¡una sola alma! ¿y no quereis que suspire?—Suspirad en buen hora, serafin de amor, que tales reflexiones son verdaderamente dignas de llanto.

Mas, si los Santos suspiran, ¿reirémos nosotros? ¡Ah! cristianos: abramos los ojos de una vez, paremos la atencion en un negocio que tanto lo merece. Se trata de un negocio en que pelagra la mejor prenda que tenemos, cual es el alma; de un negocio sumamente difícil, y que pocos, poquísimos, logran conducirlo á buen término; de un negocio en el que si una vez erramos, el error es irremediable. Mirad, os suplico, mirad este negocio como el principal, como el único digno de vuestra solicitud y cuidado. ¿Qué importa que los negocios de este mundo no os vayan bien? Con tal que os vaya bien el de la salvacion, ya teneis cuanto podeis apetecer. Ser pobres ó ricos, pasar por doctos ó por ignorantes, brillar en el mundo ó pasar la vida en la oscuridad, esto es nada: el todo es salvarse, ¿oís? el todo es salvarse. El Señor os dé su gracia para conducir este negocio al feliz término que deseo. Amen.

**QUINTO DOMINGO DESPUES  
DE LA EPIFANIA.**

*El evangelio de este domingo contiene una parábola que presta materia para dos pláticas de mucho efecto, siendo la primera sobre la conducta misericordiosa que Dios guarda con los pecadores, la cual se deduce de aquellas palabras: Sinite utraque crescere usque ad messem. Así como el amo de que habla el evangelio, no quiso fuese arrancada inmediatamente de su campo la zizania que apareció en él, sino que la dejó vivir hasta el tiempo de la mies; del mismo modo Dios no suele exterminar desde luego á los pecadores, sino que los deja vivir para darles tiempo de arrepentirse y enmendarse. Entre tanto los espera con paciencia, los llama con solicitud, y si vuelven á él, los recibe con entrañas de padre. Los espera con paciencia: testigos los pecadores que vivían en tiempo de Noé, á quienes esperó por espacio de ciento y veinte años antes no los castigó con el diluvio. Los llama con solicitud: parábola del buen pastor que, habiendo perdido una oveja, la busca, la llama, la sigue por montes y collados, hasta llegar á encontrarla. Los recibe con entrañas de padre: ejemplo del hijo pródigo, á quien su padre recibe con los brazos abiertos, y celebra una gran fiesta por su venida. Estas tres ideas un poco amplificadas serán suficientes para hacer una plática de muy buena moralidad.*

*La segunda versa sobre el asunto que á continuacion vamos á poner, el cual juzgamos de una importancia extrema en el estado que hoy dia se halla el Cristianismo.*

**Los buenos mezclados con los malos.**

Venit inimicus ejus, et superseminavit zizania in medio tritici. (*Matth. XIII, 25*).

Todo el evangelio de hoy se reduce á una parábola que Jesucristo propuso en un sermón que predicó á las turbas en las orillas del mar de Genesaret. Versaba el sermón sobre el reino de Dios en la tierra, es decir, sobre la Iglesia; y para dar una idea sensible de su organizacion, se sirvió de la siguiente parábola ó paridad: El reino de Dios es semejante á un campo, en el que su dueño sembró trigo puro y de buena calidad. Durante la noche, y mientras los hombres dormían, un enemigo suyo fué á sembrar zizania entre el trigo; y hecha esta injuria, se marchó. Vino el mes de marzo, en que las yerbas comienzan á distinguirse claramente entre sí; y viendo los criados de aquel señor que entre el trigo crecía mucha zizania, le dijeron: Señor, ¿no habíais sembrado en vuestro campo trigo puro y sin mezcla? ¿cómo pues está todo lleno de zizania? *Unde habet zizania?* Es, respondió el amo, que un enemigo que tengo ha ido á sembrarla para hacerme este daño. ¿Quieres, le replicaron los criados, que vayamos á arrancarla? No, contestó él, no fuese que, queriendo arrancar la zizania, arrancáseis también el trigo. Dejemos que el uno y la otra vayan creciendo hasta la siega, que entonces haremos la debida separacion: el trigo lo colocaremos en mi granero, y la zizania la echarémos al fuego para que arda.

Esta parábola, aunque bastante clara, no fue entendida de nadie, ni de los mismos discípulos que estaban en el sermón; y por esto, deseosos de comprender su significado, le dijeron: Explicanos el sentido de la parábola de la zizania: *Ediscere nobis parabolam zizaniorum agri*: y él lo hizo en los siguientes

términos : « El campo significa el mundo : el que siembra soy « Yo : el buen trigo son los justos : la zizaña son los pecadores : el que la siembra es el demonio : la mies será el día de la cuenta : la separacion de buenos y malos la harán los Ángeles, á quienes encargaré que conduzcan á aquellos al cielo, y que arrojen á estos al infierno. »

Pero entre tanto, diréis, los buenos tienen que estar mezclados con los malos. — Así es : al lado de un esposo libertino tiene que vivir una consorte piadosa ; á la sombra de un padre impío tiene que crecer una hija llena de religion ; junto á un hermano inmoral tiene que estar una hermana que conserva toda la inocencia y candor. Guardémonos de pedir á Dios la razon de esta su adorable providencia, acatemos un misterio que está sobre nuestra comprension : y ya que el Señor, siempre sábio y justo, permite que hayamos de vivir entre los malos, procedamos de manera que su trato y conversacion no nos sea perjudicial. Para esto son indispensables tres cosas : que nos alejemos de ellos en cuanto nos sea posible ; que no nos dejemos pervertir, dado que no los podamos evitar ; que trabajemos para conseguir su enmienda y conversion.

Para que el consorcio con los malos no nos sea perjudicial, lo primero que debemos hacer es, evitarlo en cuanto nos sea posible. Me expreso así, porque no desconozco que no es dado á todos romper toda relacion con los malos, y que hay algunos que faltarian á la ley de Dios, si lo hiciesen. ¿ Puede una mujer separarse de su marido porque lleva una vida licenciosa ? ¿ Puede un padre echar fuera á sus hijos porque son libertinos ? ¿ Puede un hijo abandonar á su padre porque es escandaloso ? No : estos son casos exceptuados, que están fuera de la regla general. Pero fuera de estos casos y otros semejan-

tes, es decir, fuera el caso de absoluta necesidad ó conveniencia, en que la cosa no está en nuestra eleccion, debemos apartarnos de los malos, so pena de contravenir á la ley del Señor.

¿ Y de dónde consta esta ley ? Consta de una carta que san Pablo escribió á los cristianos de Tesalónica. *Denuntiamus vobis*, les decia, *in nomine Domini nostri Jesu Christi, ut subtrahatis vos ab omni fratre ambulante inordinatè*<sup>1</sup> : yo os mando, y os lo mando en nombre de Nuestro Señor Jesucristo, que os apartéis de todos aquellos que llevan una conducta desarreglada, y que observeis este precepto como uno de los mas capitales de la ley de Dios. De ahí es, que David miró como un punto de conciencia el no comunicar con los impíos. Jamás, dice en uno de sus Salmos, jamás he tenido participacion con los iníquos, ni me mezclaré con los que obran la maldad : *Non sedi cum consilio vanitatis : et cum iniqua gerentibus non introibo*<sup>2</sup>. No aborrezco sus personas, porque la caridad que debo al prójimo me lo prohíbe ; pero aborrezco sus obras, detesto sus conversaciones, huyo su compañía, porque la caridad que debo á Dios me lo manda.

Si deseais saber por qué Dios nos manda quitar todo trato no necesario con los pecadores y libertinos, os diré que lo manda porque este trato es injurioso á él, perjudicial al prójimo, y peligroso á nosotros mismos. ¿ Cuál cosa mas injuriosa á Dios, que tratar amigablemente con sus enemigos declarados ? ¿ Y por ventura no lo son los pecadores ? ¿ Qué se diria de un hijo que trabase amistad con los perseguidores de su padre, con los que atentasen contra su vida, y le hiciesen cruda guerra ? ¿ No se diria que le hace una injuria inaudita ? Pues ved lo que haceis, cristianos imprudentes, cuando concedéis vuestra amistad á los impíos : acariciáis á los que persiguen á Dios, aten-

<sup>1</sup> II Thes. III, 9. — <sup>2</sup> Psalm. xxv, 4.

tan contra su vida, y le hacen guerra á exterminio. Para que veais cómo mira Dios ese vuestro comportamiento, escuchad lo que mandó decir á Josafat, rey de Judá, y príncipe por otra parte muy religioso y pio. Por ciertas razones de política habia contraído alianza con el impío Acab, rey de Israel, obligándose á darle auxilio contra los de Galaad : y hé aquí que volviendo de la guerra, se le presenta Jehú, y con toda la libertad de un profeta le dice : Príncipe, vos sois un prevaricador, pues habeis dado socorro á un rey impío, y habeis contraído amistad con uno que es enemigo declarado de Dios. ¿Y sabeis qué me manda deciros el Señor? que habeis incurrido en su indignacion : *Impio præbes auxilium, et his qui oderunt Dominum amicitia jungeris : idcirco iram Domini merebaris*<sup>1</sup>. La virtud de Josafat, su buena fe y ciertas razones de Estado pudieron servirle de excusa delante de Dios ; pero vosotros, cristianos, que sin motivo ni razon contraeis relaciones amistosas con los malvados, ¿qué excusa podeis alegar?

A mas de la injuria que haceis á Dios, ¿no veis el escándalo que estais dando al prójimo? Pues ¡qué! ¿no es un escándalo veros todos los dias en compañía de esos hombres sin conducta ni temor de Dios, tomando parte en todas sus diversiones y recreos? ¿Qué quereis que piense el público de vosotros? Piense lo que quiera, me diréis, á nosotros nos basta el buen testimonio de nuestra conciencia : como que no comunicamos con los pecadores en su malicia, sino en cosas indiferentes, nos basta tener á Dios por testigo de esto, dejando al público que piense lo que quiera.—¡Oh, y cómo se conoce que estais poco versados en los deberes cristianos! ¿No sabeis que en materia de conducta habeis de dar cuenta á Dios, no solo de lo que haceis, sino tambien de lo que se dice de vos-

<sup>1</sup> II Paral. xix, 2.

otros? ¿No sabeis que no basta tener el testimonio de vuestra conciencia, sino que se ha de tener el de la del público? ¿No sabeis que, no solo debeis comparecer inocentes delante de Dios, sino tambien delante de los hombres? Si no lo sabeis, preguntadlo á san Pablo, y él os dirá que, no solo teneis obligacion de evitar el pecado, sino tambien de evitar hasta su apariencia : *Ab omni specie mala abstinete vos*<sup>1</sup>.

Mas, dejando esto aparte, y volviendo á vuestra respuesta, ¿pensais hacerme creer que de ese trato continuo y familiar con los malos no resulta daño alguno á vuestra conciencia? ¿Cómo he de creerlo? ¿Es posible que, oyendo continuamente sus conversaciones lúbricas y obscenas, vuestro corazon permanezca siempre casto? ¿Es posible que, teniendo frecuentemente á la vista sus malos ejemplos, al fin no os acostumbreis á pensar, hablar y obrar como ellos? Si así fuese, seria menester decir que, ó sois mas espirituales que los Santos, ó mas insensibles que las piedras ; seria menester decir que en balde habló el Espíritu Santo cuando dijo : Hijo mio, si los pecadores vinieren á halagarte, no admitas sus cumplimientos : no andes con ellos, y guarda que tus piés sigan sus caminos : *Fili mi, si te lactaverint peccatores, ne acquiescas eis. Ne ambules cum eis, prohibe pedem tuum à semitis eorum*<sup>2</sup>. No quiero insistir mas en probar una cosa que no necesita de prueba, y paso á manifestar que, si por razon del estado ú otro motivo justo estamos precisados á vivir con los pecadores, debemos cuidar mucho de que su trato no nos pervierta.

Antes que todo es menester convenir en que, si somos cautos, el trato necesario con los pecadores, no solo no nos pervertirá, sino que nos dará ocasion de santificarnos. En efec-

<sup>1</sup> I Thes. v, 22. — <sup>2</sup> Prov. i, 10.

to, ¿qué puede hacer el pecador con quien estoy precisado á vivir que, si yo quiero, no contribuya á mi santificacion? ¿Me persigue? Entonces me da materia de paciencia. ¿Se declara mi enemigo? Entonces purifica mi caridad. ¿Me trata con orgullo? Entonces me enseña á ser modesto. ¿Comete pecados? Entonces ejercita mi celo y compasion. Por manera que hallaré ser muy verdadero lo que decia san Gregorio, á saber, que la compañía de los malos sirve para purificacion de los buenos: *Malorum societas, purgatio bonorum*.

Sentado este principio, permitidme, cristianos, que os descubra mi corazon, y os haga participantes de mis mas secretos sentimientos. Yo gimo cuando en el tribunal de la Penitencia oigo á un hombre del mundo que se queja de su situacion, y pretende justificar sus desórdenes con la necesidad en que se halla de vivir entre gente viciosa y libertina: yo sufro cuando oigo á una mujer que deplora la triste posicion en que se ve, y me dice que todo el desarreglo de su alma proviene de estar enlazada inseparablemente con un marido desenfrenado y sin religion. ¿Qué he de responderles sobre esto? Que la culpa mas es de ellos mismos, que de aquellos con quienes están precisados á vivir; porque estos, por viciosos que sean, nada pueden hacer que, si ellos quieren, no contribuya á su provecho y santificacion. ¿Puede haber compañía mas peligrosa que la que tuvo Moisés mientras vivió en el palacio de Faraon? Sin embargo supo conservar toda su inocencia. ¿Es posible hallar hombres mas corrompidos que aquellos con quienes hubo de vivir Tobías mientras estuvo bajo el cautiverio de los asirios? Con todo no se apartó un ápice del buen camino, como dice el texto sagrado: *In captivitate tamen positus, viam veritatis non deseruit*<sup>1</sup>.

<sup>1</sup> Tob. 1, 2.

Pero si yo me hallase en otro estado, dirá alguno, me seria mas fácil asegurar mi salvacion.—Tú lo dices, mi caro hermano; mas yo te respondo que en esto te equivocas. El estado en que te hallas ¿no es el que abrazaste por llamamiento de Dios? Pues aquí es donde has de salvarte, y no en otra parte alguna.—Pero es imposible resistir á tantos malos ejemplos, y precaverse de su contagio.—Error, cristianos, error: resistir á los malos ejemplos es imposible, cuando temerariamente y sin necesidad nos ponemos en ocasion de presenciarlos; pero cuando somos precisados á verlos por razon del estado, y tomamos las debidas precauciones, entonces no es imposible resistirlos, porque corre por cuenta de la Providencia ayudarnos y fortalecernos. Tan léjos está en tal caso de perjudicarnos la compañía de los pecadores, que por el contrario tenemos la mejor ocasion para trabajar en su conversion y enmienda.

La Escritura santa en el capítulo x del libro de Daniel nos da noticia de una disputa muy curiosa que dos Ángeles buenos tuvieron ante el trono de Dios. El uno, que era el Ángel tutelar de Judea, pedia que los judíos saliesen cuanto antes de Babilonia, donde estaban cautivos: el otro, que era el Ángel protector de Persia, exigia por el contrario que los judíos continuasen en su cautividad. El primero alegaba el peligro de pervertirse que corrian los judíos con el mal ejemplo de los babilonios, y de que pasasen á adorar á los ídolos; el segundo exponia la probabilidad de que los babilonios se convirtiesen con los buenos ejemplos de los judíos, y de que abrazasen el culto del verdadero Dios. ¿Qué indica esta contienda entre los dos Ángeles? Que si por una parte el trato con los pecadores puede causar gran daño á los justos, por otra la buena conversacion de los justos puede ser de gran provecho á los pecadores.

La lástima es, que suelen los buenos tener tan poco celo por el bien de sus hermanos extraviados, que no quieren hacer nada para conseguir su enmienda y correccion: contentos por mirar por su salvacion propia, dejan que los otros se extravien y se pierdan. Si les decimos que no han de limitarse á procurar su bien espiritual, sino que han de procurar tambien el del prójimo, nos responden lo que Cain respondió á Dios cuando le pidió cuenta de su hermano Abel: *Num custos fratris mei sum ego?* ¿Soy por ventura el guardian de mi hermano? ¿Tengo acaso obligacion de velar sobre su conducta? ¿Estoy tal vez encargado de su alma?—Sí que lo estais: y si no lo sabiais, oid al Espíritu Santo en el libro del Eclesiástico, que él os lo enseñará. El Señor, dice, ha puesto á cargo de cada uno la salvacion de su prójimo: *Mandavit unicuique de proximo suo*<sup>1</sup>. ¿Oís? no dice: ha puesto á cargo de los padres, curas y demás superiores; sino de cada uno, *unicuique*: y esto para que entendamos que, si los superiores son obligados á cuidar de sus súbditos por caridad y justicia, los que no son superiores están obligados á cuidar de su prójimo á lo menos por caridad. Voy á daros de esto una razon, que creo os convencerá. Si viérais á un pobre en extrema necesidad, y vosotros os hallaseis en estado de poder socorrerle, ¿no os creeriais obligados á hacerlo por el precepto de la caridad cristiana? Sin duda que sí, porque esta nos ordena rigorosamente consolar al pobre segun nuestra posibilidad, y conforme lo exige su miseria. Pues si la caridad nos obliga á compadecernos de las miserias corporales del pobre, ¿cuánto mas nos obligará á compadecernos de las miserias espirituales del pecador? Si en las necesidades del cuerpo, y que solo afectan á la vida temporal, no podemos abandonar á nuestro her-

<sup>1</sup> Eccli. xvii, 12.

mano sin perder la caridad de Dios, ¿cómo podremos conservarla, si por nuestra omision dejamos perecer eternamente á las almas redimidas con la sangre de Jesucristo?

Hé aquí, pues, cómo debéis portaros con los pecadores que Dios sufre entre vosotros. ¿Podeis evitar su compañía? Evitadla. ¿Sois precisados á tratar con ellos? Tratadlos en lo que sea de obligacion, pero sin participar de su malicia. ¿Podeis hacer algo por su conversion y enmienda? Hacedlo. De este modo, léjos de quedar perjudicados con su trato, ellos contribuirán á acrisolar vuestra virtud, y harán que sea mas hermosa la corona que poseeréis en el cielo. Amen.

**SEXTO DOMINGO DESPUES**

**DE LA EPIFANÍA.**

Quien vaya á leer el evangelio del presente domingo en el capítulo XIII de san Mateo, de donde está tomado, verá que es una continuación del discurso que el Salvador predicó en la orilla del lago de Genesaret. Él contiene dos otras parábolas que el Hijo de Dios propuso á su auditorio; la una del grano de mostaza que, siendo la mas pequeña de las semillas, sembrado en la tierra, echa raíces, crece, y llega á la altura de un árbol muy grande; la otra de la levadura que, mezclada con la harina, fermenta, desenvuelve su fuerza, y comunica su virtud á toda la pasta.

Como, segun los santos Padres y expositores de la Escritura, por el grano de mostaza y la levadura viene significada la Iglesia, ó la religion cristiana, el asunto que mas naturalmente se ofrece por tratar hoy es el del establecimiento de esta misma Religion, la cual es el reino de Dios sobre la tierra, y la única en que se hallan los medios convenientes para llegar al reino de Dios en el cielo. Si se quiere tratar este asunto, que es muy útil tratarlo de tiempo en tiempo, ya para convencer á los fieles de la verdad de la religion que profesan, ya para animarlos á observar fielmente sus máximas y doctrinas, podrá hacerse del modo siguiente: Dicha la parábola del grano de mostaza en los mismos términos que la refiere el evangelio, se preguntará: «¿Cuál es este reino de los cielos que el Salvador dijo ser semejante al grano de mostaza? No otra cosa que la religion cris-

tiana. El Salvador comparó esta Religion con el grano de mostaza, porque realmente es semejante á él, ya se la mire en su origen, ya se la considere en su acrecentamiento y propagación. En efecto: así como la mostaza es una de las semillas mas pequeñas cuando se la echa en la tierra, así de todas las religiones la mas débil, la mas pequeña y oscura en su principio ha sido la cristiana; mas así como el grano de mostaza, sembrado en la tierra, echa hondas raíces, crece, se fortalece, y llega á ser un árbol tan grande, que las aves van á formar el nido en sus ramas; del mismo modo nuestra Religion, tan pequeña en un principio que estaba circunscrita á la sola Judea, habiendo sido predicada por los Apóstoles, se ha extendido por todo el mundo, de tal modo que los filósofos, los reyes y los emperadores han tenido por gloria el abrazarla y seguir su doctrina. Ya que Dios por un rasgo de su infinita misericordia se ha dignado hacernos miembros de esta divina Religion, es deber nuestro corresponder á este beneficio de tres modos: 1.º convenciéndonos cada dia mas y mas de su divinidad: 2.º observando con nuevo fervor sus leyes y doctrinas: 3.º procurando con gran celo su esplendor y su gloria.» —Estas tres ideas se amplificarán del modo siguiente: Para la primera se aducirán dos ó tres de las muchas razones con que los teólogos demuestran la verdad de nuestra Religion, siendo preferibles, á nuestro juicio, las que se toman del modo rápido y verdaderamente asombroso con que por la predicación de doce hombres ignorantes se propagó por todo el mundo; de la firmeza con que ha resistido por espacio de diez y ocho siglos al choque de los herejes, sofistas y tiranos que no han cesado de combatirla; y de la realización clara y patente de cuanto los Profetas dijeron acerca de ella. Para amplificar la segunda idea se expondrán los tres principales deberes que la Religion impone á sus profesores, cuales son, creer sincera y cordialmente lo

que ella enseña, hacer profesion pública y exterior de esta fe, y conservar unas costumbres conformes á la creencia que se tiene : en cualquier autor de moral se hallarán detalladas estas obligaciones. Para la tercera idea se glosarán aquellas palabras de Jesucristo : Sic luceat lux vestra coram hominibus, etc.

Si en vez de este sermón dogmático, se prefiere predicar un asunto moral, puede hacerse uso del siguiente :

**La salvacion puede depender de poca cosa.**

Simile est regnum cœlorum grano sinapis. (Matth. XIII, 31).

El evangelio de hoy contiene una parábola que, tomada en el sentido místico, debe inspirarnos dos afectos muy contrarios, cuales son una animosa confianza y un gran temor. Jesucristo nos asegura que el reino del cielo es semejante al grano de mostaza : *Simile est regnum cœlorum grano sinapis.* ¿Qué quiere decirnos con esto? Que así como de una cosa tan pequeña como es el grano de mostaza, se forma uno de los árboles mas grandes que se conocen en la naturaleza, así de poca cosa depende muchas veces el suceso principal del orden de la gracia, cual es el salvarse ó el condenarse. La lectura casual de un buen libro, una limosna hecha por amor de Dios, un pequeño acto de virtud practicado á tiempo puede ser, y muchísimas veces es, el feliz principio de la salvacion de un hombre ; así como el negar una pequeña limosna, el dejar de practicar un cierto acto de virtud, el resistir á una inspiracion interior puede ser, y no pocas veces es, el origen fatal de su eterna reprobacion. Cuando considero de cuán poca cosa depende la salvacion, se levanta en mí un pensamiento atrevido que me dice : «Poco, pues, se requiere para salvarte.» Mas ¡ay! cuando reflexiono de cuán poca cosa depen-

de la condenacion, me asalta un triste pensamiento que me dice : «Poco, pues, basta para condenarte.»

Nosotros, cristianos, no solemos hacer gran caso de ciertas menudencias, porque las creemos indiferentes para nuestra eterna salud ; y sin embargo de estas menudencias puede depender el que nos salvemos ó nos condenemos. Ó padre, me diréis, ¿ cómo es posible esto? ¿ de una menudencia quiere que dependa la salud de un hombre?... Usted trata hoy de espantarnos.—No trato de espantaros, carísimos, sino de instruirlos en uno de los puntos mas delicados de nuestra Religion. Que de poca cosa pueda resultar el que subamos al cielo ó nos hundamos en el abismo, es una verdad tan cierta, que la enseñan la historia, la teología y la misma razon natural. Oigamos lo que ellas nos dicen, y no nos quedará duda alguna sobre el particular.

El hombre, dice el Eclesiástico, tiene delante de sí dos caminos, uno de los cuales necesariamente ha de tomar, el del bien y el del mal, el de la vida y el de la muerte, el del cielo y el del infierno : *Ante hominem vita et mors*<sup>1</sup>. Y el que tomemos el uno mas bien que el otro ¿de qué depende, cristianos? Frecuentemente de una cosa bien pequeña. El oír ó no oír un sermón, el leer ó no leer un libro piadoso, el hablar ó no hablar con cierta persona, el entrar ó no entrar en tal casa, etc., puede ser, y muchísimas veces es, la causa y el motivo de que nos encaminemos hácia el cielo, ó nos echemos por los derrumbaderos del infierno. ¿Queréis pruebas de esto? La historia os las dará en abundancia.

Cerca la hora sexta de un cierto dia sale de la ciudad de

<sup>1</sup> Eccli. xv, 18.

Samaria una mujer pecadora á buscar agua en el pozo de Jacob, y allá encuentra casualmente al Salvador del mundo que, fatigado y sediento, está sentado sobre el borde. El Salvador le pide un poco de agua para apagar la sed, y de la respuesta que ella le hace toma ocasion para entablar una conversacion espiritual y muy saludable para su alma. La mujer, no obstante que lleva prisa para volver á su casa, por cortesía y atencion escucha urbanamente lo que el Salvador le dice, y de aquí resulta ¿qué?... que abre los ojos á la verdadera fe, conoce el infeliz estado de su alma, llora sus culpas, abraza una vida penitente, y se hace una gran santa. Decidme, cristianos : ¿de qué dependió la salvacion de esta mujer? De una cosa bien pequeña, de haberse detenido á escuchar á Jesucristo. Suponed que, dejándose llevar del deseo de volver cuanto antes á su casa, le hubiese respondido : No estoy para escucharos, ahora tengo otras cosas que hacer, conviene que cuanto antes vuelva á mi casa, y despues de todo, ya veis que es tarde : *Hora erat quasi sexta*<sup>1</sup>. ¿Qué hubiera resultado? Que probablemente no se le hubiera ofrecido jamás otra coyuntura tan buena para entrar en sí y arrepentirse ; y de consiguiente, que hubiera continuado en su mal vivir, y al último hubiera muerto condenada.

De cosas igualmente pequeñas nos dice la historia haber dependido la salvacion de muchos que veneramos en los altares. De que algunos se hiciesen santos ¿cuál fue la causa? Cosas que cualquiera diria que eran menudencias y frivolidades. En unos fue la vista casual de un cadáver, como en san Francisco de Borja : en otros el haber perdonado á un enemigo, como en san Juan Gualberto : en otros el haber socorrido á un pobre, como en san Francisco de Asis : en otros el haber

<sup>1</sup> Joan. iv, 6.

oído un sermon, como en san Nicolás de Tolentino : en otros el haber leído por entretenimiento un libro devoto, como en san Ignacio de Loyola : en otros en fin el haber entrado por curiosidad en una iglesia, como en san Antonio Abad.

Mas para que no creais que la historia solo ofrece ejemplos de hombres que han debido su salvacion á una accion muy pequeña, quiero aduciros el de uno que por una pequeña cosa comenzó á entrar en el camino de su eterna reprobacion. En cierto dia llama Samuel al rey Saul aparte, y le dice : Es muy justo que en el principio de tu reinado ofrezcas un sacrificio á Dios, á fin de que él bendiga tu gobierno y tus Estados. Pasa, pues, á Gálgala, y llegado allá, aguardame siete dias, al cabo de los cuales yo compareceré para hacer el sacrificio : *Septem diebus expectabis, donec veniam ad te*<sup>1</sup>. Va Saul á Gálgala, prepara las víctimas para el sacrificio, y aguarda á Samuel ; pero ya ha pasado la mayor parte del dia séptimo, y el buen Samuel no comparece. ¿Qué ha de hacer Saul en este lance? Se ve rodeado de un poderoso ejército enemigo que le provoca á la batalla, sus tropas están ya dispuestas en orden de combatir, y las víctimas colocadas sobre el altar á punto de ser sacrificadas. Mira Saul por todas partes por si ve venir á Samuel, espera algunos momentos mas, retarda el sacrificio lo mas que puede ; mas viendo que el tiempo urge y Samuel no parece, se resuelve á ofrecer por sí mismo el sacrificio. Apenas ha inmolado las víctimas, hé aquí que llega Samuel ; y al ver el sacrificio ya concluido, se dirige á Saul, y le dice : ¡Ay! desgraciado... ¿qué has hecho? *Quid fecisti?*—¿Y qué habia yo de hacer? responde Saul : te he aguardado lo mas que he podido ; mas viendo por una parte que el enemigo me amenaza, y creyendo por otra que tú

<sup>1</sup> I Reg. x, 8.

por algun incidente imprevisto no podrias venir, me he resuelto á hacer el sacrificio, compelido de la necesidad : *Necessitate compulsus, obtuli holocaustum*<sup>1</sup>. ¿Sí he? replica Samuel : sepas que pagarás cara la accion que has hecho. Si me hubieses esperado, Dios hubiera perpetuado en tu familia el cetro de Israel ; mas ahora no tendrás sucesor de tu linaje : *Si non fecisses, præparasset Dominus regnum tuum in sempiternum ; sed nequaquam ultrà consurget*<sup>2</sup>.

¿Lo veis, cristianos? Por una pequeña accion, que muchos autores creen no llegó á culpa grave, vino Saul á perder el reino, y no solo el reino terreno, sino, lo que es mucho peor, el reino celestial. No que se condenase precisamente por aquella accion, sino porque aquella accion abrió la puerta á una série de crímenes y atentados que le condujeron al infierno. Para comprender cómo se verificó esto en Saul, y cómo puede verificarse en nosotros, oigamos á la teología.

Dios, dicen los teólogos, que con una providencia tan misteriosa como admirable ordena los medios al fin, suele determinar la salvacion del hombre á tal ó tal obra muy pequeña y ordinaria, atisbando, como si dijéramos, si la hace ó no. Si el hombre la ejecuta, Dios, satisfecho de su fidelidad, le comunica una gracia tan sobreabundante, que con su auxilio cumple todas las demás condiciones necesarias para salvarse, é infaliblemente llega al cielo ; pero si deja de practicarla, Dios en castigo de su infidelidad le priva de aquellas gracias copiosas que no tiene obligacion de darle, deja que siga sus propios consejos, y que venga á perecer miserablemente. Y esto es precisamente lo que quieren decirnos los Santos cuando nos advierten que de un momento depende la eternidad. Vosotros pensais que el momento del cual depende la

<sup>1</sup> I Reg. XIII, 12. — <sup>2</sup> Ibid. 13.

salvacion, es solamente el momento de la muerte ; pero ¡cuánto os equivocais! Este momento para algunos pasa en la niñez, para otros en la mocedad, para otros en la juventud, y para otros en la vejez : y este momento es aquel precisamente en que Dios, digámoslo así, nos espera como á paso para probar nuestra fidelidad, proponiéndonos é inspirándonos el hacer ¿qué? una cosa á veces muy pequeña en la apariencia, pero muy grande en la realidad ; porque de hacerla ó no hacerla depende el que subamos al cielo ó caigamos en el infierno. A uno, por ejemplo, le propone leer un libro devoto que sin saber cómo le ha venido á las manos, á otro que haga una pequeña mortificacion, á otro que venza una pasioncilla, á otro que dé una limosna, y otras cosas semejantes. Estas son menudencias, piensan algunos, y tanto es hacerlas como no hacerlas. ¿Sí?... entre tanto Dios está observando si se hacen ó no se hacen, y mientras observa parece va diciendo : Si este hombre hace lo que en este momento le inspiro, yo, viéndole fiel en este poco, le daré una gracia mayor, despues de esta le daré otra, y así de gracia en gracia le conduciré al cielo ; pero si deja de hacerlo, suspenderé ciertas gracias que le tenia prevenidas, dejaré que caiga en pecado, y que de culpa en culpa vaya á dar consigo en el infierno.

Estas verdades, cristianos, las veremos claramente en el otro mundo, cuando Dios nos descubrirá el camino por el cual él se habrá dignado salvarnos, ó nosotros habrémos querido perdernos. Entonces un justo, cual viajero que ha andado toda la noche sobre un gran precipicio sin notarlo, ¡buen Dios, exclamará, de qué ha dependido mi eterna salvacion! ¡qué poco falló para que, en vez de tomar el camino del cielo, tomase el del infierno! Aquella obra buena que hice, y que por poco no dejé de hacer, fue la que me salvó. ¡Ay, si no la hubiese hecho!... Al contrario un pecador, viendo de qué

provino el errar el camino del cielo : ¡Ah! dirá, ¡ah! si yo en tal dia hubiese practicado aquella pequeña obra que Dios me inspiraba... si hubiese oido aquel sermon... si no hubiese asistido á aquel baile... ¡Por cuán poca cosa me veo en el infierno!

Pero padre, me diréis, parece imposible que de esas menudencias pueda resultar un efecto tan grande como es la salvacion ó la condenacion de un hombre.—A ese vuestro reparo ocurre, no ya la historia ó la teología, sino la misma razon natural. ¿Veis todas esas selvas, que con sus maderas suministran tantas lanzas á los ejércitos, tantas naves al mar; tantas vigas á las casas, tantos materiales á las máquinas, tanto pábulo al fuego? ¿De dónde pensais que tomaron el origen? De unas pequeñas semillas que se confundian con el polvo. ¿Veis esos grandes rios que inundan campos, forman lagos, y sostienen el peso de grandes y poderosas escuadras? ¿Cuál pensais es su principio? Es una fuentecilla que mana agua gota á gota. ¿Veis ese rayo que, desprendiéndose de las nubes, llena de fuego el espacio, retumba horrorosamente en los valles, hace estremecer los mas grandes edificios, troncha árboles, derriba torres, y reduce á cenizas las grandes selvas? ¿Cuál pensais fue la madre que lo engendró? Fue un ténue vaporcillo casi imperceptible á la vista. Pues si en el órden natural de causas las mas ínfimas resultan efectos tan grandes como estos, ¿dudaremos que en el sobrenatural de una accion liviana pueda depender la salvacion de un hombre, sabiendo sobre todo que Dios procede en el órden de la gracia por el mismo estilo que observa en el de la naturaleza?

Pero si esto fuese así, replicaréis, se seguiria que habríamos de vivir en un continuo temor, porque no sabiendo determinadamente cuál es en el curso de nuestra vida aquella pequeña accion de la que depende nuestra suerte ó desgracia,

resulta que habrémos de temer en todas, que habrémos de hacer caso de cualquiera menudencia, que no podrémos despreciar ninguna inspiracion; porque si cabalmente despreciásemos aquella que es la decisiva, ¡ay de nosotros! ¿Y qué quereis responda yo á ese poderoso argumento? Respondo que teneis razon, que es verdad cuanto habeis dicho, que habeis hablado tan bien como el mas consumado teólogo.—Pero la mayor parte de los cristianos no lo practican.—*Concedo*, y por esto la mayor parte de los cristianos se pierde.—Pero son poquísimos los que lo hacen.—*Concedo*, y por esto son poquísimos los que se salvan.—Luego habrémos de desesperarnos.—*Nego*: lo que debeis hacer no es desesperaros, sino seguir aquel documento del Espíritu Santo que dice: *Qui timet Deum, nihil negligit*<sup>1</sup>; quien teme al Señor nada desprecia por pequeño, procede con cuidado en todo, evita cuanto puede las faltas ligeras, es dócil á las divinas inspiraciones, practica todo el bien que puede. Esta es la consecuencia práctica que debeis deducir de cuanto os llevo dicho: y si lo haceis, debeis tener gran confianza de que Dios no permitirá erreis en aquella cosa pequeña de que tal vez depende vuestra salvacion; antes por el contrario dispondrá que la ejerciteis con fidelidad, entrando así en el camino seguro del cielo. Amen.

<sup>1</sup> Eccles. vii, 19.

**DOMINGO DE SEPTUAGÉSIMA.**

Repetimos aquí lo que hemos dicho en otro lugar, que la Iglesia en los evangelios dominicales nunca pierde de vista á su divino Esposo, sino que va siguiéndole paso á paso en todos los misterios de su vida desde Belen, donde nació, hasta el Olivete, de donde subió al cielo. Despues que en los domingos precedentes nos ha hecho ver toda su vida oculta, comienza hoy á ponernos á la vista su vida penitente y muerte dolorosa, y continuará haciéndolo así hasta el día de Pascua: y esto al objeto de inducirnos á una penitencia saludable, que nos haga dignos de la gloria de su resurreccion. Por esto, á mas de la variacion que hoy introduce en su canto, dejando el Alleluia, que es cántico de alegría, por el Laus tibi Domine, que es cántico de dolor; y á mas del cambio que hace en sus ornamentos, mudando el color blanco, que es señal de fiesta, en el morado, que es simbolo de penitencia; nos propone un evangelio muy á propósito para inducirnos á la práctica de esta virtud, cual es el que contiene la parábola del corto número de los elegidos.

Sobre este evangelio se pueden componer diferentes asuntos, pero todos encaminados á un mismo fin. El primero es sobre el fin del hombre, y se arregla así: Se refiere la parábola del padre de familias, tal como la lleva el evangelio, y luego se dice: ¿Qué es lo que se nos representa por este padre de familias, por esta viña, por estos jornaleros, y por esta paga? El padre de familias es Dios, que es Padre de todos los hombres, especialmente de los cristianos: la viña es nuestra alma, la cual él quiere que cuidadosamente cultivemos todo el tiempo de nues-

tra vida: los jornaleros somos nosotros, á quienes él ha confiado el cuidado de cultivarla con virtudes y obras buenas: la paga es el cielo, que él nos dará al último de la jornada, si, como fieles operarios, cumplimos bien con esta obligacion. Hé aquí, se dirá, en pocas palabras todo el fin que Dios ha tenido en ponernos en el mundo, y todo lo que nosotros debemos procurar mientras vivamos en él. Mas para que lo veais mejor, voy á tratarlo con mas extension.—Aquí se dice la plática que sobre la creacion y fin del hombre se halla en el Catequista orador, tomo 1.º, pág. 74.

Tambien se puede predicar sobre el buen uso del tiempo, tomando por tema aquellas palabras: Exiit primò manè conducere operarios in vineam suam. Se refiere simplemente la parábola, y luego se pregunta: ¿Por qué este buen padre de familias madrugó tanto para conducir los trabajadores á su viña? Para que comprendamos el valor del tiempo, y la necesidad en que nos hallamos de aprovecharlo para el cielo. El tiempo de la vida es breve, es incierto, es irreparable: breve en su duracion, incierto en su posesion, irreparable en su pérdida. La brevedad del tiempo se demuestra con hacer considerar la vida del hombre, ya en sí misma, ya con relación á la eternidad. Considerada en sí misma, tira hasta los ochenta años, descontando considerables porciones de tiempo en que propiamente no se vive, como son el tiempo de la infancia, del sueño, de distraccion. Considerada relativamente á la eternidad, es menos que una gota respecto del mar, menos que un átomo respecto de la tierra, menos que un punto respecto del universo. La incertitud del tiempo se manifiesta haciendo notar los infinitos azares á que está expuesta nuestra vida, y sobre todo la naturaleza del tiempo mismo, que de sí es deleznable y contingente; añadiéndose á esto, que Dios, tan generoso en todo lo demás, el tiempo nos lo da con tal escasez y limitacion, que

dividiéndolo en partes menudísimas, que llamamos instantes, no nos da dos á la vez, sino uno despues de otro; y cuando nos da el primero nos deja inciertos del segundo. Lo irreparable del tiempo se prueba por su misma condicion, la cual consiste en un continuo correr, sin nunca parar, y aun menos volver atrás. Así como el agua de un rio pasa una sola vez, y pasado que ha una vez, es imposible pase otra; así nuestros años pasan una sola vez, sin que sea posible que vuelvan. Dios, con ser omnipotente, no puede hacer que vuelva el tiempo que ya pasó. Omnes quasi aquæ dilabimur in terram, quæ non revertuntur<sup>1</sup>.

Otro asunto, y que parece ser el que principalmente intenta la Iglesia se predique hoy, se puede sacar del presente evangelio, y es sobre el corto número de los elegidos, deduciéndolo de aquellas palabras: Multi sunt vocati, pauci verò electi. Pero este asunto se ha de tratar con mucha prudencia, y sin exagerar la verdad: de lo contrario hará mas daño que provecho. Parécenos que el que vamos á escribir evitará este extremo.

#### Corto número de los que se salvan.

Multi enim sunt vocati, pauci verò electi. (Matth. xx, 16).

Sin que yo os lo advierta, y con solo notar la variacion de cánticos y ornamentos que hoy hace la santa Iglesia, ya podeis conocer, cristianos, que hemos entrado en un nuevo periodo del año eclesiástico. Hoy se suprime el cántico *Alleluia*, que es cántico de júbilo y alegría; y en su lugar se entona el *Laus tibi Domine*, cántico de dolor y tristeza, que durará hasta la vigilia de Pascua de Resurreccion. Hoy se dejan los ornamentos blancos, signos de fiesta y satisfaccion; y en su lugar se adoptan los morados, símbolos de afliccion y de peni-

<sup>1</sup> II Reg. xiv, 14.

tencia. ¿Sabeis qué indica esto? Que hoy cesan las santas alegrías que nos causaron los misterios del Nacimiento del Hijo de Dios, y comienzan las saludables tristezas que deben causarnos los misterios de su pasion y de su muerte; que hoy termina el tiempo destinado á entregarnos al júbilo por la salvacion que Jesucristo nos trajo, y comienza el tiempo señalado para entregarnos al dolor y á la penitencia por los pecados que nosotros hemos cometido.

Para disponernos á esta penitencia, la cual, como enseña el concilio de Trento, comienza por un saludable temor, la Iglesia nos refiere hoy una parábola capaz de infundirlo en el ánimo del pecador mas intrépido y obstinado. Porque ¿qué cosa mas espantosa que el saber, y saberlo de la misma boca de Jesucristo, que son pocos los que se salvan? *Multi sunt vocati, pauci verò electi*. Si yo quisiese dar á estas palabras del Salvador la interpretacion que les dan algunos teólogos, y tomarlas en el sentido riguroso que ellos las toman, os diria cosas tan espantosas, que harian devanear la cabeza aun á los mas justos. Pero no es este mi ánimo. Sin disminuir en nada la verdad, vengo á deciros cosas que, si por una parte deben haceros temblar, por otra deben daros grande ánimo y confianza. Estas cosas son tres, y todas enseñadas por la fe: 1.<sup>o</sup> que son pocos los que se salvan: 2.<sup>o</sup> que los que se condenan, se condenan por culpa suya: 3.<sup>o</sup> que Dios nos provee á todos de medios sufficientísimos para salvarnos. Escuchad con atencion, que el asunto es muy delicado.

Para proceder con claridad en una materia en que tanto la exageracion como la atenuacion podrian ser muy perjudiciales, conviene antes que todo suponer tres cosas todas muy ciertas. La primera es, que cuando se dice que son pocos los que

se salvan, no se habla en sentido absoluto, como que realmente sean pocos los que van al cielo, pues san Juan nos asegura que vió allá una turba tan grande de bienaventurados, que nadie sería capaz de contarlos: *Vidi turbam magnam, quam dinumerare nemo poterat*<sup>1</sup>: sino que se habla en sentido relativo, lo que quiere decir, que, aunque son muchos los que se salvan, son pocos comparados con el número de los que se condenan. La segunda cosa que debemos suponer es, que cuando se dice que son pocos los que se salvan en comparacion de los que se condenan, se habla de todos los hombres en general, haciendo entrar en la cuenta tanto á los infieles como á los cristianos: y en este sentido es muy cierta la proposicion, porque siendo la fe absolutamente necesaria para salvarse, es indispensable que la mayor parte del género humano se condene, ya que la mayor parte ó ignora la verdadera fe, ó no la sigue. La tercera es, que concretando la cuestion solamente á los cristianos, y tomándolos á todos en globo, así párvulos como adultos, no se puede dudar que son muchos mas los que se salvan que los que se condenan; porque es cosa averiguada que casi la mitad muere antes del uso de la razon: y si á estos juntamos todos los adultos que se salvan, que ciertamente no son pocos, resulta que el mayor número de cristianos va al cielo. Todo lo dicho hasta aquí es cierto, seguro, innegable.

Lo que ahora queda por ventilar es, si de los cristianos que llegan al uso de la razon, son mas los que se condenan que los que se salvan. Sentada así la cuestion, y concretándola á nuestro país y á nuestros tiempos, digo que el mayor número de los cristianos adultos se condena miserablemente.

¡Santo Dios! excluiréis, ¿cómo puede ser esto? ¿cómo puede ser que, habiéndonos Dios por su infinita misericordia

<sup>1</sup> Apoc. vii, 9.

llamado al Cristianismo, que es el arca de salvacion, permita que la mayor parte nos condenemos? Si habíamos de condenarnos, ¿para qué llamarnos á su santa religion, y aplicarnos tan generosamente los méritos de Jesucristo? ¿Cuál es el escultor que, habiéndose esmerado mucho en labrar una estatua, tiene el gusto de arrojarla al fuego? ¿Nos habrá Dios hecho cristianos para hacernos tizonos del infierno?—Estos argumentos tienen mucho de perspectiva, pero poco ó nada de fuerza en el fondo: ved cómo los disipo.

Dos solos caminos hay para llegar al cielo, que son ó no haber jamás pecado mortalmente, ó haber hecho digna penitencia; á no ser que digamos con los protestantes que el hombre adulto se salva por la fe sola, lo que es una herejía detestable. Ahora bien: si yo logro demostraros que son poquísimos los cristianos adultos que nunca hayan cometido culpa grave, y menos todavía los que, habiéndola cometido, hacen la debida penitencia, ¿qué podréis responderme? Habréis de convenir en que es muy alta la cifra de los cristianos adultos que se pierden. Vamos á las pruebas.

Y comenzando por los que nunca han cometido culpa mortal, ¡buen Dios, cuán pocos son estos! ¡cuán reducido es el número de los que conservan la gracia del Bautismo! Sucede ordinariamente con nosotros lo que pasa con los cuervos, los cuales al nacer son muy blancos, pero poco á poco van mudando el color, y toda su blancura degenera en un negro extremado. Así nosotros cuando salimos de la pila bautismal tenemos una pureza envidiable; pero ¡ah! esta pureza no suele durar mas tiempo que aquel en que aun no somos capaces de pecar. Apenas llegamos al primer uso de la razon, comenzamos á aprender la malicia, por manera que lo mismo es llegar á conocer á Dios, que comenzar á ofenderle. No insistiré mas sobre esta verdad que os es harto conocida, y que casi

todos sabeis por una experiencia tan propia como deplorable.

Así es, me diréis ; pero ¿la penitencia no repara la pérdida de la inocencia?— Cuando es la que debe ser, sí que la repara ; pero aquí está el trabajo. San Ambrosio dice una expresion que debería haceros temblar á todos, y es que tiene por cosa mas fácil hallar almas del todo inocentes, que pecadores verdaderamente penitentes : *Facilius inveni qui innocentiam servaverint, quam qui congruam penitentiam egerint.* Y para que no creais que este Santo exageró la cosa, consideremos la penitencia en el modo que es mas fácil practicarla, quiero decir, en cuanto es Sacramento, y pregunto : ¿son muchos los pecadores que confiesan de tal modo, que su confesion no sea un sacrilegio? No es mi intencion perturbar sobre esto vuestras conciencias ; pero no puedo dejar de haceros notar una cosa. Vosotros veis que, á excepcion de uno que otro libertino, apenas hay cristiano que no se confiese, á lo menos cuando lo manda la Iglesia. Pero ¿qué juicio formais de tantas confesiones? ¿son buenas?... Mirad el fruto, y él os lo dirá. ¿Dónde están los deshonestos que, habiéndose confesado, dejen la ocasion? ¿Dónde los defraudadores que restituyan lo ajeno? ¿Dónde los blasfemos que pongan freno á su lengua? Al ver en la Cuaresma los confesonarios atestados de penitentes que gimen, suspiran y se hieren el pecho, ¿quién no diria que el pecado se acabó? ¿quién no pensaria que toda la parroquia va á convertirse en un seminario de gente fervorosa? Pero haced que llegue el dia de Pascua, ¿qué digo? mirad á estos penitentes tres dias despues de su confesion, y veréis los mismos pecados, los mismos vicios, los mismos hombres. ¡Buen Dios! ¿y esta es la penitencia en que tanto se cuenta? ¿estas son las confesiones con que se piensa recobrar la inocencia perdida?

Pero, señor, me diréis, usted no puede negar que casi to-

dos los cristianos confiesan antes de morir.— ¿Y por qué lo habia de negar? Mas deseo saber qué quereis inferir de esto.— Queremos inferir que, siendo muy regular que aquella última confesion la hagan bien, la mayor parte de ellos se salva.— ¿Esto inferís? pues yo infiero todo lo contrario, yo infiero que la mayor parte de ellos incurre en una condenacion mas espantosa. Porque, decidme, si cuando están sanos acostumbran confesarse mal, ¿qué ha de ser la confesion que hacen cuando son ya casi moribundos, sino un nuevo sacrilegio que ponga, digámoslo así, el sello á su eterna réprobacion? Esta reflexion no es mia, sino de san Juan Crisóstomo. La mayor parte de los cristianos, dice, ¿no va por el camino del infierno? ¿no lo sigue hasta la última enfermedad? Luego, aunque entonces confiesen, por un curso ordinario no pueden entrar en el cielo, porque no puede llegar á la puerta quien no ha andado por el camino : *Non potest quis pervenire ad portam, nisi ambulaverit in via.*

Decidme ahora, que Dios no os ha hecho cristianos para que os condeneis. Verdad cierta, pero mal aplicada. Tampoco el escultor escoge la madera para echarla al fuego, sino para formar de ella una hermosa estatua ; pero si despues ve que es de mala condicion, y no se deja labrar, ¿puede menos que destinarla á ser quemada? Igualmente, Dios no os ha llamado á su religion para haceros tizones del infierno, sino para colocaros como piedras preciosas en el templo de su gloria : pero si vosotros no quereis el cielo, si á todo trance quereis condenaros, ¿qué ha él de hacer?

Si os condenais, no será Dios quien tendrá de ello la culpa, pues él desea que todos os salveis, como dice san Pablo : *Deus vult omnes homines salvos fieri* : la culpa será toda vues-

<sup>1</sup> I Tim. II, 4.

tra, y solo os condenaréis porque querréis : *Perditio tua, Israel*<sup>1</sup>. Entre tantos condenados como hay en el infierno, no hay uno solo que no confiese estar allá por culpa suya, y no diga con el real Profeta : *Justus es, Domine, et rectum judicium tuum* : confieso, Señor, que tengo bien merecida la condenacion. Preguntémosles sino, y ellos nos descubrirán esta verdad. Hola, moradores del infierno, dejad por algunos instantes esa mansion de horror, y venid algunos á contestar á mis preguntas.

Paréceme que entre humo y llamas veo subir á uno. Díme, criatura desgraciada, ¿quién eres tú?—Yo soy un pobre idólatra nacido en países salvajes, que nunca oí hablar ni de cielo, ni de infierno, ni de religion.—¡Pobrecito, cuánto te compadezco! Pero si nunca supiste nada de esto, ¿por qué te has condenado?—Porque he querido condenarme.—¿Es posible?—Sí, soy condenado porque he querido serlo.—Detente un poco aquí, y suba otro. Y tú ¿quién eres?—Soy un cismático del Norte, que apenas supe hubiese Dios.—Pues ¿por qué estás en el infierno?—Por mi culpa.—¡Calla! ¿qué culpa tiene quien, como tú, nada supo de la verdadera fe?—Digo que estoy en el infierno por culpa mia.—Detente tambien aquí, y venga otro. ¿Quién eres tú?—Yo soy un protestante educado por padres protestantes tambien, que nunca llegué á conocer la verdad católica.—¿Y estás en el infierno?—Sí estoy, y por culpa mia.—Vamos, explicaos todos, y decidnos cómo pudo ser que, ignorando vosotros inculpablemente los medios de salvacion, os condenáseis.—¿Inculpablemente has dicho? te engañas : nosotros no tuvimos tantos medios para salvarnos como los cristianos, pero tuvimos los suficientes. Has de saber que, á mas de la ley cris-

<sup>1</sup> Osee, xiii, 9.

tiana, hay otra ley llamada natural, la cual todos llevamos escrita en el corazon, bastando el ser hombre para saber sus preceptos. Si nosotros hubiésemos observado esta ley, Dios primero hubiera hecho milagros, que no nos hubiera dejado condenar ; nos habria enviado quien nos instruyese, y nos habria dado otros auxilios para salvarnos. Mas como no vivimos conforme á los preceptos naturales, nos hicimos indignos de estas gracias : y por esto hemos dicho que somos condenados por culpa nuestra.

Ahora bien, cristianos : si estos infieles no hallan excusa, si confiesan tener bien merecida su condenacion, si dicen que se condenaron porque quisieron, ¿qué excusa podrá alegar un católico, á quien Dios ha dado tantos medios de salvacion? Recorramos ligeramente estos medios, y vosotros mismos lo reconoceréis. Podia Dios dejaros nacer en medio de la morisma, como á otros muchos lo ha permitido ; y si lo hubiese hecho, no podríais decir que os habia negado los medios suficientes para salvaros. Pero ¿lo ha permitido? No, antes ha dispuesto que naciéseis en el seno del Cristianismo, donde habeis aprendido todo lo necesario para salvaros. Y si despues de esto os condenais, ¿podréis decir que ha sido por falta de medios? No, habréis de decir que ha sido por culpa vuestra : *Perditio tua, Israel*. Mas : podia Dios precipitaros al infierno luego que cometísteis el primer pecado mortal, como ha precipitado á otros muchos ; y si lo hubiese practicado, no podríais quejaros por razon. Pero ¿lo ha hecho? No, antes ha usado de una paciencia admirable, os ha sufrido por años y años, y os está sufriendo todavía. Y si con todo esto os perdeis, ¿será por falta de medios? No, será por vuestra culpa : *Perditio tua, Israel*. ¿Recordais lo que os dijo aquel buen confesor? Dios fue quien se lo inspiró. ¿Teneis presente lo que oísteis en aquel sermon? Dios fue quien puso aquellas pala-

bras en los labios del predicador. ¿Recordais aquella muerte desastrosa que os llenó de miedo? Dios fue quien os la hizo ver para vuestro aviso. Y si á pesar de todos estos medios os condenais, ¿de quién será la culpa? Será vuestra, cristianos, vuestra será: *Perditio tua, Israel.* ¡Cuántas inspiraciones, cuántos remordimientos, cuántos desengaños vienen uno y otro día á inquietar vuestra mala conciencia! ¿Y qué es todo esto, sino medios que el Señor os ofrece para que no caigais al infierno? Y si esto no obstante vais á parar en él, ¿quién tendrá la culpa? Vosotros, cristianos, y no otro alguno: *Perditio tua, Israel.*

Resumamos ahora cuanto hemos dicho, y probemos con pocas palabras las tres grandes verdades que hemos propuesto al principio. La primera es, que son pocos los cristianos adultos que se salvan: prueba. Solo se salvan los que, ó no han pecado mortalmente, ó han hecho la debida penitencia: es así que entre los cristianos adultos son poquísimos los que no han pecado mortalmente, ó han hecho la debida penitencia; luego entre los cristianos adultos son poquísimos los que se salvan. La segunda verdad es, que todos los que se condenan, se condenan porque quieren: demostracion. Solo se condenan los que, habiendo pecado mortalmente, no hacen penitencia de sus pecados: es así que quien no hace penitencia de sus pecados es porque no quiere; luego todos los que se condenan, se condenan porque quieren. La tercera verdad es, que Dios nos da medios sufficientísimos para salvarnos: razon. La fe, los Sacramentos, las inspiraciones, la predicacion, el tiempo, los convites á la penitencia, etc., son medios sufficientísimos para salvarse: es así que Dios nos da abundantemente todas estas cosas; luego nos da medios sufficientísimos para salvarnos.

¿Bastará esto, cristianos, para animaros? Sea el que fuere

el número de cristianos que se salvan: vosotros, si quereis, podeis ser de este número. Confesad vuestros pecados, detestadlos de veras, no pequeis mas: y héos aquí todos salvos. Quien quiere salvarse, se salva: quien se condena, se condena porque quiere. Esto no es una opinion: es una verdad clásica, solidísima, tan cierta como el mismo Evangelio. Haga Dios que todos la comprendais, y sepais aprovecharos de ella. Amen.

### DOMINGO DE SEXAGÉSIMA.

*El evangelio de hoy es una especie de prefacio ó introducción que la Iglesia coloca al frente de los otros evangelios dominicales que siguen, particularmente de los de la Cuaresma. Como durante la Cuaresma la palabra de Dios suele predicarse con mas frecuencia y empeño que en las demás estaciones del año, la Iglesia creyó oportuno poner hoy un evangelio que preparase el ánimo de los fieles para la predicación, y les sirviese como de disposición próxima para oirla con fruto : y ciertamente no podía escoger otro ni mas eficaz ni mas oportuno, que el que contiene la parábola del sembrador que salió á echar su semilla en el campo. Si el cura sabe desenvolver bien el sentido de esta parábola, y dar á sus feligreses una exacta idea de todos los pensamientos que encierra, podrá decir que desde hoy tiene echados los primeros cimientos á su predicación, y que ellos están preparados para aprovecharse de cuanto les dirá, no solo en la Cuaresma, sino tambien en lo restante del año.*

*Como este asunto es muy vasto, y no es fácil decir en una sola plática todo lo que acerca de él ha de saber el pueblo, quizá no convendrá empeñarse en querer decirlo todo de una vez, sino por partes, hablando un año del cuidado que se ha de tener en acudir á escuchar la divina palabra, en otro de las disposiciones con que se ha de oír, y en otro de los obstáculos que impiden el oirla con fruto. Estas tres ideas vamos á reunir las en el siguiente sermón, dejando á la eleccion de los curas el predicarlas, ó todas de una vez, ó separándolas unas de otras, con-*

*forme lo juzgaren mas conveniente : advirtiéndoles que, si se deciden por lo último, será menester amplificarlas un poco, y darles algo mas de extension.*

### Palabra de Dios predicada.

Semen est verbum Dei. (Luc. VIII, 11).

Un dia que el Salvador predicaba á una gran multitud de personas que se habian reunido de las poblaciones vecinas, quiso darles una idea del poco fruto que reportaba de su predicación, y para ello se sirvió de la siguiente parábola : «Salió un hombre á sembrar, y mientras iba sembrando, parte «de la semilla cayó junto al camino público, parte cayó sobre piedras, parte entre espinas, y parte en tierra buena. La «que cayó junto al camino no dió fruto alguno, porque ó fue «pisada por los transeuntes, ó se la comieron las aves : la que «cayó sobre piedras tampoco pudo fructificar, porque, como «le faltaba el humor, apenas hubo nacido, comenzó á marchitarse, y en breve se secó : tampoco fructificó la que cayó «entre espinas, porque, habiendo estas crecido mucho, la «cubrieron por todas partes, y al fin la ahogaron : solo dió «fruto la que cayó en tierra buena ; y esta sí que lo dió tan «abundante, que el dueño cogió el ciento por uno.» Dicho esto, levantó el Señor la voz, y añadió : «Quien tenga oídos para oír, que lo oiga.»

Y pasando despues á declarar el sentido de esta parábola, lo hizo en estos términos : «La semilla significa la palabra de Dios predicada : *Semen est verbum Dei*. Esta palabra de Dios predicada no hace igual efecto en todos. Unos la oyen ; pero «viene luego el demonio, y se la quita del corazón : y en estos es como la semilla que cae junto al camino. Otros la oyen «tambien, y con gusto ; pero la buena impresion dura poco,

«pues en presentándose una tentacion obran como si nada hubiesen oido : y en estos es como la semilla que cae sobre piedras. Otros la oyen igualmente, y aun llegan á concebir santos deseos ; pero sumergiéndose luego en los cuidados de esta vida, olvidan sus buenos propósitos : y en estos es como la semilla que cayó entre espinas. Otros en fin la oyen, la conservan, la meditan ; y estos, cual tierra fecunda y bien dispuesta, la hacen fructificar abundantemente.»

¿Por qué pensais, cristianos, que la Iglesia nos propone hoy esta parábola del Salvador? Nos la propone porque, como estamos próximos á la Cuaresma, y en este tiempo la palabra divina suele resonar con mas frecuencia y fervor, quiere comenzar á disponernos para oirla con fruto, á fin de que no sea como semilla que se pierde. Para entrar en esta buena disposicion es menester saber anticipadamente tres cosas : 1.ª la obligacion y necesidad que teneis de venir á oirla : 2.ª la preparacion de ánimo con que la debeis oir : 3.ª los obstáculos que suelen impedir su fruto cuando se oye. Escuchadme atentamente, que el sermon de hoy puede decirse que es la base y el fundamento de todos los sermones.

Vosotros comunmente creeis que el venir á oir la palabra divina es una cosa libre, voluntaria, y que se puede hacer ú omitir sin ningun gravámen de conciencia ; pero os advierto desde ahora que no es así. Oir la palabra de Dios no es un puro acto de devocion, sino un precepto impuesto por el derecho eclesiástico, natural y divino. ¿Os admira esta proposicion? Me será muy fácil probarla. En cuanto al derecho eclesiástico, oid cómo se explica el santo concilio de Trento. Tengan los obispos gran cuidado de avisar y hacer comprender al pueblo, que cada uno está obligado á asistir á su parro-

quia para oir la divina palabra, cuando cómodamente pudiese : *Moneatque episcopus populum diligenter, teneri unumquemque parochiæ suæ interesse, ubi commodè fieri potest, ad audiendum verbum Dei*<sup>1</sup>. Notad aquella palabra *teneri* de que usa el Concilio, la cual, traducida en español, no puede significar otra cosa que *estar obligado*, como conocerá cualquiera que haya estudiado el latin. Ella no quiere decir que peque desde luego quien falta á uno que otro sermon, sobre todo si fuese por necesidad ó conveniencia : el Concilio declara bastante su mente cuando dice, que la obligacion de oir la palabra de Dios tiene lugar, no siempre, sino cuando puede cómodamente hacerse : *Ubi commodè fieri potest*, es decir, cuando no hay impedimento, necesidad ó conveniencia que lo impida. Pero siempre resulta que hay obligacion de oir la palabra divina, si no siempre que se predica, á lo menos algunas veces ; si no en todo caso, á lo menos cuando hay oportunidad. ¿Qué dirémos, pues, de esos cristianos que tienen por sistema no asistir á ningun sermon, y que por no oir predicar salen de la iglesia? Sin temor de pasar por rigorista digo, que por solo esto están en gran peligro de conciencia, pues no solo contravienen al derecho eclesiástico, sino tambien al divino.

Que el oir vosotros la palabra de Dios sea una obligacion impuesta por el derecho divino, se deduce claro del precepto divino que nos obliga á nosotros á predicarla, pues, como enseñan los teólogos, cuando se manda expresamente una cosa, se manda tácitamente todo aquello sin lo cual el tal mandamiento quedaria vano é ilusorio. ¿Por qué decimos que la confesion auricular de los pecados está mandada por el derecho divino? Porque en el mismo derecho está expreso el poder y la obligacion que tienen los sacerdotes de perdonarlos

<sup>1</sup> Conc. Trid. sessio. 24, Decret. de Reform. cap. 4.

judicialmente ; y esto seria imposible, si no se sujetasen á la confesion. Pues del mismo modo, debiendo nosotros por derecho divino anunciaros la palabra de Dios, ¿no estaréis vosotros obligados por el mismo derecho á oirla, puesto que anunciar y oír son dos cosas correlativas, las cuales no pueden hacerse, ni aun concebirse, la una sin la otra? Suponed que os fuese libre el venir á oír la divina palabra, ¿qué uso podríamos nosotros hacer de aquella potestad que Jesucristo nos dió, cuando en persona de los Apóstoles nos dijo : Enseñad á todas las gentes... y enseñadles á observar todo lo que os he mandado? *Euntes ergo docete omnes gentes... docentes eos servare omnia quæcumque mandavi vobis*<sup>1</sup>. ¿De qué serviria aquel precepto del mismo Salvador que nos dice : Id por todo el mundo, y predicad el Evangelio á todas las criaturas? *Euntes in mundum universum, prædicate Evangelium omni creaturæ*<sup>2</sup>. Ya lo veis, cristianos, si vosotros no estais obligados á escuchar la palabra de Dios, en vano tenemos nosotros la comision de predicarla, en vano Jesucristo nos ha hecho el encargo de anunciarla por todo el mundo.

Mas que el oirla sea mandado por el derecho natural, ¿quién puede dudarle? La palabra divina es el alimento del alma, así como el pan material es el del cuerpo, como dice Jesucristo : *Non in solo pane vivit homo, sed in omni verbo quod procedit de ore Dei*<sup>3</sup> : alimento que la cura si está enferma, que la fortifica si está débil, que la resucita si está muerta : alimento sin el cual es moralmente imposible conserve la vida de la gracia, y de consiguiente alimento útil, necesario, indispensable. Ahora bien, el buscar el alimento necesario ¿no es una obligacion natural, y una ley que la naturaleza misma impone á todo viviente? Mirad cómo las avecillas para

<sup>1</sup> Matth. xxviii, 19, 20. — <sup>2</sup> Marc. xvi, 15. — <sup>3</sup> Matth. iv, 5.

hallarlo abandonan sus amados nidos, cómo bajan á tierra á buscarlo con afan y solicitud, y cómo por un granito de mijo se exponen á caer en el lazo que les tiene preparado el cazador. Mirad cómo las fieras desamparan de noche sus antros y cavernas, cómo recorren diligentes los campos y los desiertos, y cómo por una cabeza de ganado entran en los rediles y corrales, abandonándose á la persecucion de los perros y de los pastores. ¡Ah, cristianos, qué lecciones son estas! Si las bestias, obedeciendo á una ley de la naturaleza, buscan el alimento corporal á costa de mil afanes y peligros, ¿no os creeréis vosotros obligados por la misma ley á buscar vuestro alimento espiritual, pudiendo hallarlo sin ningun trabajo ni fatiga? ¡Oh cuánto temo que en vuestro descuido y negligencia anda oculta la mano del demonio! Ya sé que la pereza, que las ocupaciones, que el fastidio pueden ser las causas de que muchos no vengais á oír la palabra de Dios ; pero al ver que la pereza solo suele apoderarse de vosotros cuando suena la campana de sermon, al ver que entonces precisamente os salen las ocupaciones cuando es tiempo de venir á la iglesia, al ver que nunca os asalta mas el fastidio que cuando se explica el Evangelio, ¿qué he de pensar, sino que esa pereza, esas ocupaciones, ese fastidio son sugeridos por el demonio, que, como dice Jesucristo, procura no se oiga la palabra de Dios, á fin de que los hombres, creyendo en ella, no se salven? *Venit diabolus, et tollit verbum... ne credentes salvi fiant*. Así que cuando en tiempo de venir á sermon os viene pereza, y os salen estorbos, pensad que es el demonio quien os los procura y rechazadlos como una tentacion y un engaño.

Mas no basta que vengais á oír la divina palabra ; para oirla con fruto es menester una cierta disposicion de ánimo. La disposicion mas necesaria es considerarla, no como palabra

de hombre, sino, como realmente es, palabra del mismo Dios. Así la consideraban los cristianos de Tesalónica cuando la oían de la boca de san Pablo, por cual motivo les escribió el mismo Apóstol estas palabras llenas de consuelo: No me canso de dar gracias á Dios, porque, oyendo vosotros mi palabra, la recibísteis, no como palabra de un hombre, sino, como es en realidad, palabra de Dios mismo: *Accepistis à nobis verbum... non ut verbum hominum, sed sicut est verè verbum Dei*<sup>1</sup>. En consecuencia de esto, cuando vosotros oís algun sermón no debéis pararos en el hombre que predica, sino que, levantando el pensamiento mas arriba, debéis reconocer en él al mismo Jesucristo, quien por su boca os enseña, os avisa, os reprende, y os amenaza. Y que sea Jesucristo quien os habla por boca del predicador, lo aseguró Jesucristo mismo cuando dijo á los Apóstoles: Quien á vosotros oye, me oye á mí; quien os desprecia á vosotros, á mí me desprecia: *Qui vos audit, me audit: qui vos spernit, me spernit*<sup>2</sup>. Ó cristianos, ¿qué fruto no sacaríais de nuestros sermones, si en nosotros reconocíeis la misma persona de Jesucristo? Si cuando decimos al impuro que deje sus abominaciones, pensase él que es Jesucristo quien se lo manda; si cuando decimos al blasfemo que ponga freno á su lengua, se persuadiese él que es Jesucristo quien se lo intima; si cuando decimos al pecador inveterado que se convierta pronto, se figurase él que es Jesucristo quien se lo aconseja, ¿seria posible desoyesen nuestra voz?... Ved, pues, como la primera disposicion que debéis llevar es, considerar nuestras palabras como palabras del mismo Dios.

La segunda es tomar cada uno como dichas para sí las expresiones del predicador, guardándoos mucho de aplicarlas á

<sup>1</sup> I Thess. II, 13. — <sup>2</sup> Luc. X, 16.

otros. Si cuando nosotros damos alguna correccion, reprendemos algun vicio, ó encargamos la práctica de alguna virtud, vosotros pensais que hablamos para los demás, os sucederá lo que aconteció á David cuando el profeta Natan fué á reprenderle por el adulterio que habia cometido con Betsabé, mujer de Urías. «Ó Rey, le dijo, en tus Estados hay un «hombre que acaba de cometer la injusticia mas atroz que jamás hayas oido. Este hombre ha querido obsequiar con un «espléndido convite á un amigo que fué á visitarle, y teniendo «muchos bueyes y ovejas de que podia disponer, ¿qué «dichas ha hecho? Ha robado á un pobre vecino suyo una sola «oveja que tenia, y con ella ha celebrado la venida de su «huésped.» Indignado sobremanera David contra el tal hombre, dijo al Profeta: Júrote por Dios que este hombre recibirá un castigo severo y ejemplar. Poco á poco, le respondió el Profeta, pues has de saber que este hombre delincuente no es otro que tú: tú eres quien, teniendo muchas mujeres con que podias saciar tus apetitos, acabas de robar la única que tenia el pobre y fiel Urías, haciéndola víctima de un detestable adulterio: *Tu es ille vir*<sup>1</sup>. Apenas David entendió que la indirecta se dirigia á él, cual hombre que despierta de un profundo sueño, abrió los ojos del alma, conoció el gran pecado que habia hecho, y trató de borrarlo con una cumplida penitencia. Mientras creyó que Natan hablaba de otro sujeto, no cayó en la cuenta; pero tan pronto como se persuadió de que él era el objeto de la correccion, exclamó todo compungido: ¡Desgraciado de mí! ¿qué es lo que he hecho? He pecado contra mi Dios: *Peccavi Domino*<sup>2</sup>.

Lo propio, cristianos míos, os sucederá á vosotros con las

<sup>1</sup> II Reg. XII, 7. — <sup>2</sup> Ibid. 13.  
10\*

amonestaciones que damos desde el púlpito : mientras os imaginéis que van dirigidas á los otros, no os harán ninguna impresion, y de consiguiente ningun provecho ; desde el momento que las tomeis como dadas expresamente para vosotros, comenzarán á abrir brecha en vuestro corazon, y os dispondrán á oirlas con fruto. De consiguiente, cuando oís la divina palabra debéis hacer lo que hace un hambriento que se halla en un convite. ¿Qué hace este? No se cuida de servir y regalar platos á los que están sentados junto á él : lo que procura es servirse á sí mismo, y como si todas las viandas que se presentan solo fuesen para él, se arroja con avidéz sobre ellas, como dice el Espíritu Santo : *Effundit se super omnem escam*<sup>1</sup>. Así, digo, debéis hacerlo vosotros cuando oís la divina palabra : procurad tomarla toda para vosotros, y no hagais como algunos que, estando oyendo al predicador, no hacen mas que regalar platos, esto es, aplicar á los otros cuanto le oyen decir. ¡Oh qué bien, dicen, cuadra esta pintura á aquella mujer! Parece que el predicador ha leído toda su historia.— *Lástima que aquel hombre no haya venido hoy al sermón... ¡oh si estuviese presente!*— *Vamos, que esta expresión no parece dicha sino para aquella jóven : si está en la iglesia, ya podrá entenderse.*— A estos se podría decir lo que las personas prudentes dicen á ciertos convidados cumplimentosos que, puestos á la mesa, no hacen mas que servir vianda á los otros : *Gracias, caballero, gracias : procure V. comer : es V. tan bueno, que para atender á los otros se olvida de sí mismo.* El hombre sábio, dice el Eclesiástico, y que mira por su bien, se aplica á sí todo cuanto oye de provechoso : *Verbum sapiens quodcumque audierit sciens, ad se adjiciet*<sup>2</sup>. ¿Quereis,

<sup>1</sup> Eccli. xxxvii, 32. — <sup>2</sup> Ibid. xxi, 18.

pues, vosotros sacar fruto de los sermones? Aplicaos lo que dice el predicador, y no os cuideis de los demás. Esta es la segunda disposicion.

Pero no basta aun aplicarse á sí mismo la divina palabra ; lo mas esencial y al mismo tiempo lo mas difícil es conservarla en el corazon á fin de hacerla fructificar. En vano nos escucharíais cual si os hablase el mismo Dios, en vano tomaríais como dichas para vosotros nuestras palabras, si despues de todo no tuviéseis cuidado de conservar esta semilla celestial que hemos sembrado en vuestras almas ; al modo que de nada serviria al labrador haber sembrado buen grano en su campo, si luego viniesen las aves del cielo á comerlo. Por esto veréis que, despues que él ha sembrado el grano, su primera diligencia es cubrirlo con tierra, á fin de que fermente, eche raíces, y por este medio se haga fértil. ¿Qué os enseña esto? Que despues que vosotros habeis oido las verdades que se os predicán, debéis conservarlas dentro del corazon, á fin de que el alma las medite, las reflexione y las saboree. Bien sabe el demonio que lo principal es conservar la divina palabra en el corazon ; y por esto ya que no pueda impedir el que se oiga, procura á lo menos borrarla luego de la memoria, para que no tenga tiempo de fructificar : *Venit diabolus, et tollit verbum de corde eorum, ne credentes salvi fiant.* Hace lo que tal vez habréis visto hacer á ciertos criados que sirven en las fondas, quienes, apenas habeis vosotros tomado un poco de un plato, os lo quitan luego de delante, sin daros tiempo para mas. Así el demonio, apenas habeis gustado un buen documento, un santo aviso, una saludable instruccion, procura solícito arrebatarosla luego del alma, á fin de que no tenga lugar de producir efecto. Por esto vuestro gran cuidado debe ser conservar la divina palabra con solícitud, reflexionarla con detencion, y practicarla con fide-

lidad. Estas son las disposiciones indispensables para oirla con fruto : veamos ahora cuáles sean los obstáculos que suelen impedir el fruto cuando se oye.

Estos obstáculos están tan claramente marcados en el Evangelio de hoy, que con solo traducir sus palabras os los daré á conocer. El primero proviene de la distraccion de los sentidos, la que hace que cuando se está á sermón, en vez de estar atento á lo que dice el predicador, ya se derrama la vista sobre los objetos que rodean, ya se ocupa la imaginacion en cosas del mundo, ya se emplea la lengua en hablar con los del lado, ya se entrega el corazon á un sueño tan grato como inoportuno. Predicar á esta clase de oyentes es, dice Jesucristo, una cosa tan supérflua é inútil, como lo seria el sembrar grano junto á un camino público, que solo serviria para alimentar las aves : *Cecidit secus viam... et volucres cæli comederunt illud*. Porque, como dice san Pablo, ¿qué fruto puede sacarse de las palabras de un hombre, á quien ni siquiera se escucha? *Quomodo credent ei, quem non audierunt*<sup>1</sup>? Si no se hace atencion á lo que dice el ministro del Evangelio, ó solo se le presta una atencion superficial, ¿cómo se le podrá seguir en todo el discurso? ¿cómo se comprenderá el peso de sus razones? ¿cómo se quedará convencido? Es imposible.

El segundo obstáculo proviene de cierta prevencion de espíritu con que algunos vienen á oír la divina palabra, creyendo que abultamos las cosas, ó que las enseñamos, no tales como realmente son, sino cual conviene á nuestro interés. Si ponderamos el rigor de los divinos juicios, dicen que lo hacemos para tener al pueblo atemorizado, y dominarlo por medio del miedo : si exponemos las ventajas de la virtud, dicen

<sup>1</sup> Rom. x, 14.

que lo hacemos para ganarnos partidarios, y medrar á su costa : si ponemos de manifiesto el horror y deformidad del vicio, dicen que *algo hemos de decir*, pero que en nuestras palabras hay mucho de hipérbole y exageracion. Esta es la necia acusacion que formulan contra nosotros, *que exageramos*. Pero ¿qué es lo que exageramos? les preguntaré yo : ¿exageramos el dogma? Este es tan sagrado, que no puede alterarse ; y si algun predicador lo alterase en lo mas mínimo, pronto acudiria la Iglesia á teparle la boca, y le impondria un severo castigo. ¿Exageramos el moral? ¡Ah! el moral del Evangelio es de sí bastante severo, para que haya necesidad de exagerarlo. ¿Exageraba el Bautista cuando decia á los judíos, que la segur estaba ya puesta á la raíz del árbol, y que si no hacian pronta penitencia, se perderian sin remedio<sup>1</sup>? ¿Exageraba san Pablo cuando decia á los corintios, que ni los deshonestos, ni los avaros, ni los glotonos, ni los blasfemos poseerian el reino de Dios<sup>2</sup>? ¿Exageraba el mismo Jesucristo cuando predicaba á las turbas, que la puerta del cielo es estrecha, y que solo entran por ella los que reprimen sus pasiones y hacen violencia á sus deseos<sup>3</sup>? ¿Y qué otra cosa decimos nosotros?

El tercer obstáculo proviene de parte de las pasiones, las cuales, como dice Jesucristo, á manera de espinas crecen en el corazon, y ahogan la divina palabra que se habia sembrado en él : *Aliud cecidit inter spinas, et simul exortæ spinæ suffocaverunt illud*. Para haceros comprender el grande impedimento que son las pasiones para sacar fruto de la divina palabra, me bastará un ejemplo sacado de los Libros santos. Va san Pablo á predicar á Félix, presidente de Judea, le habla de la obligacion que tiene de administrar justicia como

<sup>1</sup> Matth. iiii, 10. — <sup>2</sup> 1 Cor. iv, 10. — <sup>3</sup> Matth. vii, 14.

hombre público, y de la fidelidad conyugal que debe guardar como persona casada; y para inducirle á esto le hace una viva pintura del juicio final. A las palabras del santo Apóstol Félix se pone pálido, tiembla, y se estremece de horror. ¿Creeis, vosotros, que Félix va á convertirse? Nada de esto: en vez de seguir los consejos de tan eminente predicador, le impone silencio, y le dice: Basta, lo que es por ahora no haré lo que me predicás; en tiempo oportuno te llamaré, y trataremos del asunto: *Quod nunc attinet, vade: tempore autem opportuno accersam te*<sup>1</sup>. ¿Y qué es lo que le impide el convertirse? ¿Qué quereis que sea? las pasiones que le dominan. Es un hombre codicioso que por el dinero vende la justicia, es un marido infiel que para entregarse mas libremente á la sensualidad ha repudiado á su legítima esposa: esto es lo que impide su conversion, no obstante la profunda impresion que le han hecho las palabras del Apóstol.

¡Ah! ¿á cuántos cristianos acontece lo que sucedió á aquel desventurado oyente? Se les predica sobre la necesidad de convertirse pronto á Dios, y para esto se les ponderan los horrores de la muerte, el rigor del juicio, y los tormentos del infierno. Al sonido de estas verdades espantosas se asustan, palidecen, tiemblan; pero ¿qué? cuando parece que su conversion á Dios es ya una cosa hecha y decidida, nos salen con que por ahora no, que los dejemos estar, que en adelante tal vez... ¿Qué es lo que los detiene? Son las pasiones, que abogan los buenos sentimientos que la palabra de Dios habia excitado en su corazon. Como Félix oyen la voz de Dios que los llama, conciben algun deseo de seguirla, y hasta responden con David: *Ecce nunc cepi*, ahora sí, Señor, que voy á convertirme: pero presentanse luego las pasiones, y con

<sup>1</sup> Act. xxiv, 25.

voz quejosa les dicen como á san Agustin: ¡Qué! ¿ahora quieres dejarnos? ¿ahora vas á privarte de nuestras satisfacciones? ¿y por siempre? ¿por siempre?...

¡Infeliz el que escucha la voz de estas sediciosas sirenas! Como Félix se hace sordo á los llamamientos de Dios, sigue en su mal vivir, y ordinariamente muere en el pecado. No sea este vuestro comportamiento, mis amados fieles. Ya que Dios se digna haceros oír su palabra paternal, escuchadla con solícitud, oidla con buena disposicion, y apartad de vosotros todos los obstáculos que pudieran impedirlos el oírlo con fruto. De este modo será para vosotros una palabra de vida, que os enseñará el camino de la felicidad eterna. Amen.

## DOMINGO DE QUINCUGÉSIMA.

*Las materias que se han de tratar en este domingo son tan abundantes y al mismo tiempo de tal interés, que si el cura no las dispone bien antes, se pone en la alternativa, ó de omitir cosas muy esenciales, ó de fatigar la atención del pueblo con la multiplicidad de sus instrucciones. En este día ha de hacer cuando menos tres cosas: explicar el evangelio, anunciar la Cuaresma, y prevenir los desórdenes de los tres días de carnaval. Como es muy difícil tratar todos estos asuntos con la extensión que ellos se merecen, sin cargar demasiado la memoria de los oyentes, el mejor expediente es separarlos, tratando el uno en la misa matutinal, el otro en la mayor, y el tercero en la función de la tarde: ó bien, si las ocupaciones no lo permiten, tratar el uno en un año, y dejar los otros para los años sucesivos. Creemos se nos agradecerá pongamos aquí enteros estos tres asuntos; y partiendo de esta persuasión, vamos á verificarlo, dando el primer lugar al que versa sobre los desórdenes del carnaval, el segundo al que trata de la Cuaresma, y el último al que contiene la explicación del evangelio.*

### Desórdenes del carnaval.

*Ecce ascendimus Jerosolymam, et consummabuntur omnia, quæ scripta sunt per Prophetas de Filio hominis. (Luc. xviii, 31).*

La Iglesia, cristianos, nos recuerda hoy un hecho de Jesucristo que, si bien lo meditais, seguramente no os dejará humor para entregaros á los desórdenes y disoluciones pro-

pias de estos días. Oído tal como lo refiere san Lucas. Sabiendo Jesús que se acercaba el tiempo prefijado por su divino Padre para consumir la redención de los hombres por medio de una muerte dolorosa, dejó la Galilea, donde había predicado por largo tiempo, y se encaminó con los Apóstoles á Judea; en cuya capital, que era Jerusalem, debía obrarse su pasión. No quiso el buen Salvador que los Apóstoles ignorasen el motivo de este viaje; y por esto mientras estaban en camino, les dijo: Hé aquí que nos vamos á Jerusalem, donde se verificarán todas las cosas que los Profetas han predicho acerca de mí: *Ecce ascendimus Jerosolymam, et consummabuntur omnia, quæ scripta sunt per Prophetas de Filio hominis.* Allá seré entregado á los gentiles; allá seré burlado, azotado y cubierto de salivas; allá, en fin, despues de estos y otros tormentos, moriré clavado en una cruz.

¿Comprendeis, cristianos, por qué la Iglesia nos recuerda hoy este pasaje tierno y doloroso? ¡Ah! ella sabe los excesos y desórdenes á que se entregan muchos de sus hijos en estos días, y sumamente deseosa de prevenirlos, les pone ante los ojos el triste espectáculo de la pasión de Jesucristo, les hace ver todo lo que el pecado ha costado á nuestro amabilísimo Salvador, creyendo que esta vista les servirá de freno, de barrera, de dique para detener el curso de sus maldades. ¿Se engañará esta buena Madre? ¿Será posible que con este cuadro á la vista haya quien tenga valor para abandonarse á los desórdenes tan comunes en estos días? No quiero presumirlo de vosotros, oyentes míos: y por esto trato solamente de avivar este retrato dolorosísimo, seguro de que será un medio eficacísimo para impedir que en estos días tomeis parte en los excesos que les son propios.

La Escritura santa nos refiere el partido extremo y doloro-

so que tomó el infeliz rey de Moab en un lance sumamente adverso en que se vió. Habiendo sido atacado en su misma capital por tres reyes aliados, habiendo ya perdido sus mejores tropas, y esperando de un momento á otro verse acuchillado con todo su pueblo, ¿qué hizo el infeliz? Oídlo, y horrorizaos. Tomó á su hijo primogénito, le colocó sobre el muro de la ciudad y en lugar que pudiese ser visto de los tres ejércitos sitiadores, y allí le sacrificó con su propia mano. *Arripiensque filium suum primogenitum... obtulit holocaustum super murum*<sup>1</sup>. Horrorizados los enemigos con este espectáculo, y conociendo por él la grande afliccion del desventurado rey, concibieron sentimientos de humanidad y compasion, desistieron del asalto, y, dejándole en paz, se retiraron á sus Estados: *Statimque recesserunt ab eo, et reversi sunt in terram suam*<sup>2</sup>. Una cosa semejante, cristianos míos, hace el Rey de cielo y tierra en estos tres dias de disolucion y libertinaje. Viéndose acometido por los tres reyes mas poderosos de la tierra, que son el mundo, el demonio y la carne, quienes unen sus numerosos ejércitos, compuestos de toda la gente perdida y mundana, para insultarle con todo género de culpas y maldades; no sabiendo ya, como si dijéramos, de qué otro medio valerse para hacerles desistir del ataque, ¿qué hace? Acude al partido extremo de ponerles á la vista el sacrificio sangriento de su unigénito Hijo, creyendo imposible que con este triste espectáculo ante los ojos, no conciban sentimientos de humanidad, ni desistan de su guerra loca é impía, y no cesen de ofenderle. ¿Tendrá este Rey bondadosísimo la buena suerte que tuvo el de Moab, que con el sacrificio de su primogénito logró ablandar la fiereza de sus enemigos?

<sup>1</sup> IV Reg. III, 27. — <sup>2</sup> Ibid.

¡Ah! cristianos, si la vista de los sufrimientos del Hijo de Dios no logra ablandar vuestros corazones, si el fúnebre espectáculo de su pasion y de su muerte no consigue que en estos dias dejéis de ofenderle, ¿qué podrá conseguirlo? Vosotros debéis hacer atencion á que, abandonándoos á las disoluciones del carnaval, no solo mostrais una fiera insensibilidad hácia los tormentos de vuestro Salvador, sino que se los renovais en cierto modo, le haceis sufrir de nuevo las angustias de su pasion, y añadís dolores á sus dolores, como él mismo lo asegura por su Profeta: *Super dolorem vulnerum meorum addiderunt*<sup>1</sup>. Sí, hombres mundanos, abandonándoos en estos dias á los excesos de la gula y destemplanza, le entregaréis de nuevo á sus crueles enemigos, *Tradetur gentibus*: tomando parte en esas diversiones profanas y criminales, os mofaréis de él y le cubriréis la cara de injurias, *Illudetur*: entrando en esas juntas tumultuosas y nocturnas, mezclándoos con esas turbas de insensatos que llevan como en triunfo la disolucion y el libertinaje por las plazas y calles, le azotaréis, le escupiréis al rostro, le pondréis de nuevo en la cruz, *Conspuetur, flagellabitur, crucifigetur*. ¿Cabe fiereza igual?...

Estos desórdenes serian menos censurables, si los cometiérais en otro tiempo y en otras circunstancias. Que se ria cuando las circunstancias convidan á reir, pase: que se levante gritería y algazara cuando algun suceso alegre y festivo incita á ello, bien: que se falte á la moderacion cristiana cuando se celebra alguna fiesta cívica y profana, menos mal; pero reir precisamente cuando todas las circunstancias invitan á llorar, cuando la Iglesia llora, y convida á todos sus hijos al llanto; pero levantar gritería y algazara cuando

<sup>1</sup> Psalm. LXVIII, 27.

se hace memoria del suceso mas triste que jamás se haya visto, cual es el de la pasion y muerte de un Dios ; pero entregarse á la intemperancia de la carne en los mismos dias en que la Religion quiere nos preparemos para el dolor y la penitencia, ¿es tolerable? ¿es de cristianos? ¿es de hombres?

Vosotros no ignorais que el miércoles próximo comienza la santa Cuaresma, tiempo santo y saludable en que debeis expiar vuestras culpas, aplacar á Dios, y reconciliaros con él por medio de una confesion sincera y dolorosa. ¿Y es buena disposicion para todo esto aumentar en estos dias el número de vuestras iniquidades? Decidlo ¿es buena disposicion?... ¿Cómo os portaríais vosotros con un hombre que, habiéndoos ofendido por largo tiempo, y queriendo reconciliarse con vosotros dentro pocos dias, viniese hoy y mañana á haceros nuevas injurias? ¿Cómo le recibiríais cuando se os presentase? ¿Os hallaríais dispuestos á hacerle un buen recibimiento? Hé aquí, hermanos míos, hé aquí la imágen de vuestra conducta para con Dios. Vosotros venís ofendiéndole desde mucho tiempo, vosotros quereis reconciliaros con él dentro pocos dias, y entre tanto, ¡ah! entre tanto vais haciéndole nuevas injurias, entregándoos á todos los excesos y maldades propias de este tiempo. ¿No debeis temer que él, en vez de concederos el perdon de vuestras culpas, permita en castigo que venga sobre vosotros la ceguedad de entendimiento, la dureza del corazon, y que en consecuencia vuestra penitencia sea una penitencia falsa, inútil y fingida?

Sí, temedlo, particularmente vosotros que sois los autores y los jefes de los desórdenes de estos dias. ¿A quién os compararé yo? A Judas que puso en movimiento á toda Jerusalem contra Jesucristo, y capitaneó una compañía de bandoleros y asesinos para apoderarse de su sagrada persona en el huerto de Getsemaní : *Dux fuit eorum qui comprehenderunt*

*Jesum* <sup>1</sup>. No os ofendais de la comparacion, porque, aunque ignominiosa, es muy justa y exacta. ¿No sois vosotros los que en estos dias agitais toda la poblacion, y la sublevais contra Jesucristo? ¿No sois vosotros los que promoveis esas máscaras, los que disponeis esos bailes, los que dirigís esas comparsas, que con un descaro propio de gentiles y salvajes huelan la modestia y el pudor tan recomendados por Jesucristo? ¿No sois vosotros los que capitaneais esas turbas de jóvenes inmorales y libertinos, los cuales profiriendo en público mil palabras obscenas, y haciendo gestos los mas provocativos, siembran el escándalo por doquiera que pasan, y dan muerte espiritual á las almas redimidas con la sangre de Jesucristo? Pues ¿qué diferencia hallais entre vosotros y Judas?

Por lo que hace á vosotros, cristianos, que no sois los jefes y cabecillas del desórden, pero que lo seguís y tomais parte en él, ¿qué he de deciros? Os diré que imitais á aquel pueblo carnal y grosero en el asqueroso carnaval que armó allá al pié del monte Sinai, mientras Moisés estaba en la cumbre tratando con Dios. ¿Sabeis el caso? Apenas el pueblo hebreo hubo llegado á la falda del Sinai, mandóle Moisés que hiciese alto, y que mientras él estaria en la cima recibiendo las tablas de la ley, estuviese quieto guardando moderacion y compostura. Pero hé aquí que á poco tiempo de haberlos dejado Moisés, salieron algunos de los mas inquietos entre la turba, y dijeron : ¿Qué hacemos aquí? Moisés tarda mucho á bajar, y sabe Dios lo que le habrá sucedido. Venid, pues, formemos un Dios de metal, y hagamos una fiesta en obsequio suyo. Dicho y hecho. Forman un becerro de oro, colócanle sobre un altar ; y reuniéndose todo el pueblo en torno de él, honra al nuevo Dios con comilonas, borracheras y

<sup>1</sup> Act. 1, 16.

danzas : *Sedit populus manducare, et bibere, et surrexerunt ludere* <sup>1</sup>. Pero ¿qué sucede? Que en lo mejor de la fiesta, y cuando la bulla y algazara cundia por todas partes, se presenta Moisés, y viendo aquella confusion y desorden, inspirado de Dios, arma la tribu de Leví, la arroja sobre aquellos insensatos, y hace de ellos una horrible matanza; por manera que su carnaval se convirtió de repente en un viernes santo. Por aquí podeis conocer, cristianos imprudentes, cómo mira Dios esas bacanales á que tan indiscretamente os entregais.

No vengais á decirme que estos son dias de diversion, y que es uso general y antiguo entregarse en ellos á la broma, al placer y á la alegría. — Entendámonos, cristianos: ¿de qué broma, de qué placer, de que alegría me hablais? Si me hablais de una broma inocente, de un placer cristiano, de una alegría moderada, no tengo inconveniente en permitíroslo; pero si me hablais de bromas que ofenden á Dios, de placeres que escandalizan al prójimo, de alegrías que deshonoran la Religion, ¿os atreveréis á decirme que en estos dias son permitidas?

En nombre de Jesucristo, y por todo lo que él ha padecido por vuestro amor, os suplico, cristianos, que no tomeis parte en tales bromas, placeres y alegrías. Para animaros á ello, armaos, os diré con san Pedro, con el pensamiento de su sacratísima pasion : *Christo passo in carne, et vos eadem cogitatione armamini* <sup>2</sup>. Hoy, mañana, y pasado mañana poned la vista por un breve rato en la imagen del Crucifijo, que supongo teneis en vuestro dormitorio; y penetrados de un vivo sentimiento de compasion, decid á vosotros mismos: ¿Queré yo crucificar de nuevo á este dulcísimo Salvador?... No será así, dulce Redentor mio, no será así. Yo quiero pasar estos

<sup>1</sup> Exod. xxxii, 6. — <sup>2</sup> I Petr. iv, 1.

tres dias como un verdadero discípulo vuestro. Cuando todos los demás os abandonasen, yo, Señor, yo no os abandonaré. — Despues de esto, llorad por tantos desórdenes como se cometen en estos dias, rogad por la conversion de tantos malos cristianos que con una ceguedad lamentable se entregan á todo género de excesos, y uníos á tantas almas justas que procuran vengar á Jesucristo de los ultrajes que recibe de los pecadores. De este modo pasaréis estos dias peligrosos sin pecado, mostraréis ser verdaderos discípulos de Jesucristo, y en el cielo recibiréis el premio de vuestra fidelidad. Amen.

### Anuncio de la Cuaresma.

Ecce ascendimus Jerosolymam.  
(*Luc. xviii, 31*).

En medio del bullicio y gritería de estos dias deplorables de carnaval, preséntome, cristianos, con estos vestidos de luto en que me veis, para anunciaros en nombre de la Iglesia que el miércoles próximo daremos principio al santo tiempo de Cuaresma, que es el tiempo especialmente destinado al arrepentimiento, á las lágrimas y á la penitencia. Bastante hemos ofendido á Dios, bastante hemos provocado su indignacion y su cólera: ya es tiempo de que nos preparemos para pedirle perdon, para darle una satisfaccion competente, y desagraviarle con la mortificacion y el ayuno. ¡Ay! cuando Jesucristo, como nos refiere el presente evangelio, se encamina á Jerosalen para padecer por nuestro amor, *Ecce ascendimus Jerosolymam*; cuando va voluntariamente á sufrir escarnios, azotes, espinas, clavos y cruz; ¿rehusaremos nosotros abrazar la penitencia, nosotros que somos la causa y el motivo de sus padecimientos?

No, cristianos: entremos con buena voluntad en este santo

tiempo de penitencia, acompañemos á nuestro dulcísimo Salvador en las penas y en los dolores, hagamos sentir á nosotros mismos la mortificacion que merecemos por nuestras culpas. Pero no nos contentemos con una mortificacion puramente corporal; y si hasta ahora habeis creído que la sola penitencia del cuerpo basta para aplacar á Dios, sabed de hoy mas que una penitencia que no va acompañada de la enmienda del pecado y del ejercicio de las obras buenas, léjos de ser un mérito delante de Dios, mas bien es una irrision y un juguete. Si quereis que vuestra penitencia sea grata á Dios y saludable á vosotros mismos, haced que vaya acompañada de estas tres cosas: de la enmienda de los pecados, de la mortificacion de la carne, y de la práctica de las virtudes. Sin estas tres circunstancias, seria inútil y perdida cualquiera penitencia que hiciéseis en esta Cuaresma.

No hay que dudarlo: sin la enmienda de los pecados, será inútil y perdido todo cuanto hiciéreis durante esta Cuaresma. Abstenerse de comer carnes, guardar la forma del ayuno, mortificar el cuerpo, son cosas de sí muy útiles y laudables; pero Dios no las estima en nada cuando no van acompañadas de la reforma de costumbres y enmienda del pecado. ¡Oh Israel! decía el Señor á su pueblo por boca de Isaías, tú eres muy exacto en la observancia del ayuno corporal, tú te precias de perfecto ayunador; pero, del modo que lo haces, yo hago tan poco caso de tus ayunos, que ni siquiera paro en ellos la atencion. ¿Qué te sirve el vestirtte de saco y cilicio, el comer el pan amasado con ceniza, haciendo ostentacion de tu rara abstinencia? ¿Piensas contentarme con estas ceremonias, prosiguiendo en tus iniquidades? No es este el ayuno que yo quiero: el ayuno que yo principalmente deseo de tí es, que

rompas esas miserables cadenas que te detienen en el pecado: *Nonne hoc est magis jejunium quod elegi? Dissolve colligationes impietatis* <sup>1</sup>.

Semejante intimacion os hace el Señor al entrar en esta santa Cuaresma, pecadores que me escuchais. ¿Qué me importa, os dice, que mortifiqueis el cuerpo con el ayuno, si entre tanto el pecado reina en vuestra alma? ¿Qué me va á mí en que extenuéis la carne con abstinencias, si entre tanto el demonio conserva el dominio de vuestro corazon? No es este el ayuno que deseo de vosotros: lo que principalmente quiero es, que rompáis esos infelices lazos que os detienen en la culpa: *Dissolve colligationes impietatis*. Quitad con una buena confesion esos pecados que tanto tiempo há comelísteis, y de los cuales aun no habeis hecho penitencia, *Dissolve*: arrancad de vuestro corazon esa pasion dominante, ese apego desmedido al interés, ese deseo de venganza, ese odio al prójimo, esa envidia de los bienes ajenos, esa fatal amistad con ciertas personas, *Dissolve*: afuera esa compañía tan perjudicial á vuestra inocencia, afuera esa casa donde ha tristemente naufragado vuestra pureza, afuera esas relaciones, esas correspondencias, esa ocasion próxima en que vivís enredados, y que han sido y son las causas de vuestra perdicion y ruina, *Dissolve*. Este, este es el ayuno que yo principalmente quiero, y el único que puede reconciliaros conmigo, y aplacar mi justicia.

Así habla Dios en este santo tiempo, así se explica con los pecadores, ya por los oráculos de la Escritura, ya por la viva voz de sus ministros, ya por las santas inspiraciones que misericordiosamente hace resonar en su corazon; pero ¿qué le contestan ellos por lo comun? Como si quisieran obligarle á capitular con ellos, ¡ay Señor! le responden, entremos en

<sup>1</sup> Isai. LIV, 6.

composiciones, no seais tan severo y exigente, arreglemos el negocio por medios mas dulces y suaves. Yo en verdad os haré gustoso cualquiera otro sacrificio, con tal que Vos no me pidais este: *Quoniam si voluisses, sacrificium dedissem utique.* Yo ayunaré esta Cuaresma como me manda la Iglesia, yo guardaré abstinencia, yo tendré mis ratos de oracion y practicaré obras de piedad; pero Vos no exijais de mí que confiese aquel pecado que me causa tanta vergüenza y rubor. ¿Os parece bien esto, Señor?—No, responde, *Dissolve colligationes impietatis*; tanto si el pecado te causa vergüenza como si no, no te lo perdonaré en tanto que no lo declares al confesor.—Ya, Señor, que no os contentais con esto, voy á ofrecer os mas: *Quoniam si voluisses, sacrificium dedissem utique.* Yo seré muy solícito en escuchar vuestra santa palabra, yo asistiré á las funciones religiosas que se harán en este santo tiempo, yo rezaré con afecto y devocion; pero Vos no me obligueis ni á salir de aquella casa, ni á dejar aquella amistad, ni á despedirme por siempre de aquella persona. ¿Os está bien que lo hagamos así?—No, responde, *Dissolve colligationes impietatis*; mientras tú no salgas de esa casa, mientras no dejes esa persona, mientras no cortes esa amistad, será inútil todo cuanto hagas.—Ya que ni todo esto basta para contentaros, todavía estoy dispuesto á hacer nuevos sacrificios: *Quoniam si voluisses, sacrificium dedissem utique.* Me acercaré al tribunal de la Penitencia, lloraré mis culpas pasadas, declararé uno por uno todos mis pecados y miserias, propondré no ofenderos mas; pero Vos, en vista de mi arrepentimiento, permitidme continuar con aquella persona que tanto amo, dejadme seguir en esta casa en la que encuentro mi subsistencia, concededme proseguir este negocio en el que estriba mi fortuna. Si hasta ahora estas cosas han sido para mí ocasiones de ofenderos, ya no lo serán adelante, pues bien veis la sinceridad

de mis lágrimas y de mis propósitos. ¿Qué decís, Dios mio, hago bastante?—No, responde, *Dissolve colligationes impietatis*, afuera amores que matan al alma, afuera casas que arruinan la honestidad, afuera negocios que conducen al infierno.—Pues ¿qué mas quereis, Señor?—Que dejes todos tus pecados, que hagas una reforma general de tus costumbres, que te conviertas á mí con todo el corazón: *Convertimini ad me in toto corde vestro*<sup>1</sup>. ¿Oyes? *In toto...* y quiero decirte, que con un solo pecado mortal que dejes sin destruir, con una sola ocasion voluntaria en que quieras continuar, todo lo demás no te servirá de nada, de nada absolutamente.

Estas son, fieles míos, las palabras formales que Dios dirige á todo pecador, y á las cuales nada puedo yo añadir ni quitar: solo os diré con san Bernardo que, durante este tiempo de penitencia, no basta que os enmendeis de vuestros pecados, sino que debéis hacer sentir á vuestro cuerpo los rigores de una prudente y adecuada mortificacion. Si solo el alma hubiese pecado y ofendido á Dios, ella sola estaria obligada á hacer penitencia; pero habiendo el cuerpo contribuido tambien á cometer la culpa, es muy justo que lleve la parte del castigo que le corresponde. ¿No ha sido el cuerpo quien, digámoslo así, ha prestado sus órganos al alma para dar miradas licenciosas, denigrar la reputacion ajena, proferir palabras indecentes, cometer hurtos, injusticias é impurezas? ¿No ha sido el cuerpo quien con sus depravadas tendencias ha inducido al alma á cometer los mas de los pecados? Si el alma ha ofendido á Dios, ¿no ha sido las mas veces por complacer al cuerpo, y satisfacer sus deseos depravados? Leed á santo Tomás<sup>2</sup>, y hallaréis que á excepcion de algunos pecados puramente espirituales, como son el odio, la envidia y la sober-

<sup>1</sup> Joel, II, 12. — <sup>2</sup> D. Thom.

bia, los cuales el alma comete por sí sola y sin concurso del cuerpo; en todos los demás el cuerpo tiene una participacion mas ó menos directa, sirviendo unas veces de instrumento al alma para cometerlos, y siendo otras el objeto principal en cuyo obsequio los comete. Pues si el cuerpo ha tenido tanta parte en las ofensas que se han hecho á Dios, ¿no deberá igualmente tenerla en la penitencia que se haga para aplacarle?

Esta sola reflexion deberia bastar, fieles míos, para que recibiésemos con sumision y docilidad el precepto de la Iglesia, que nos manda mortificar el cuerpo con la abstinencia y el ayuno durante la Cuaresma. Cuando para mandarlo no tuviese las muchas y muy poderosas razones que tiene, cuales son, entre otras, el habernos dado Jesucristo el ejemplo, el haberse practicado así desde el tiempo de los Apóstoles, el ser una práctica utilísima para domar nuestras pasiones, deberia ser suficiente para acatar y obedecer esta disposicion el reflexionar, que el ayuno y la abstinencia son mortificaciones muy debidas á nuestra carne por la parte que ha tenido en las ofensas que hemos hecho á Dios.

Más ¡ay! en estos tiempos de inmoralidad y libertinaje no basta esta razon, no bastan todas las razones juntas para inducir á un gran número de cristianos á cumplir con el precepto del ayuno y de la abstinencia. Apoyándose cada cual sobre el pretexto que mas le place, se sublevan contra un precepto que tiene á su favor la tradicion, la autoridad, y hasta la conveniencia propia. ¿Por qué, preguntan unos, hemos de sujetarnos á una ley que no ha sido impuesta por Dios, sino solamente por los hombres? ¿Por qué, dicen otros, hemos de observar una ley que está ya anticuada y ha caido en desuso? ¿Por qué, replican otros, hemos de cumplir una ley, cuya observancia es incompatible con nuestra salud y con las obligaciones de nuestro estado?—Preguntas tan necias como estas

no merecen el honor de que se las conteste desde un lugar tan alto como el que ocupó; sin embargo, como se repiten á cada paso, y pudieran alucinar á la gente sencilla y poco instruida en materias de Religion, diré dos palabras sobre cada una de ellas.

A los que preguntan por qué hemos de sujetarnos á la ley del ayuno y de la abstinencia, no habiéndola impuesta Dios, sino los hombres, contesto, que debemos sujetarnos á ella, porque el mismo Dios nos manda obedecer los preceptos de nuestros legítimos superiores, sobre todo los de la Iglesia. Si alguno, dice Jesucristo, desoyere los mandatos de la Iglesia, mírale como un gentil y un publicano: *Si Ecclesiam non audierit, sit tibi sicut ethnicus et publicanus*<sup>1</sup>. Si un hijo dijese á su padre: Padre mio, vos no sois mas que un hombre, de consiguiente yo no estoy obligado á obedeceros, ¿qué le responderia? Verdad es, hijo mio, le diria, que yo no soy mas que un hombre, pero, como al mismo tiempo soy tu padre, Dios te manda en el cuarto precepto que me honres y me obedezcas. Del mismo modo os responde la Iglesia: es verdad, os dice, que yo estoy compuesta de hombres, pues no son otra cosa los prelados que me dirigen y me gobiernan; mas, como ellos son vuestros legítimos superiores, Dios os manda obedecer sus preceptos, lo mismo que si él os los impusiese: *Qui vos audit, me audit*<sup>2</sup>.—¿Comprendeis ahora el por qué debéis cumplir la ley del ayuno y de la abstinencia?

A los que preguntan por qué se ha de observar una ley que ya no está en uso, respondo que la ley del ayuno tiene hoy tanta fuerza y vigor como el primer dia que se promulgó. Para que una ley cese de obligar, no basta que algunos súbditos discolos y relajados dejen de cumplirla; es menester que el

<sup>1</sup> Matth. xviii, 17. — <sup>2</sup> Luc. x, 16.

mismo legislador consienta espontáneamente en ello, ó derogándola expresamente, ó autorizando su inobservancia con su silencio y aquiescencia. ¿Y cuándo ha derogado la Iglesia la ley del ayuno? ¿cuándo ha dado señales de que autoriza su inobservancia? nunca. De consiguiente, aunque muchos no la cumplan, esto no prueba que no esté en todo su vigor; lo que prueba es, que muchos están contentos de ir al infierno con tal que vayan hartos.

A los que preguntan por qué se ha de cumplir una ley incompatible con la salud y el cumplimiento de las propias obligaciones, respondo que si esta incompatibilidad es verdadera, la Iglesia está muy distante de querer obligar al ayuno y á la abstinencia, pues no cabe en su prudencia y dulzura precisar á ninguna cosa que redunde en menoscabo de la salud, ó en perjuicio de las obligaciones del propio estado; pero si esta incompatibilidad es supuesta, fingida ó exagerada, como lo será en muchos, entonces obliga por la razon de que al superior toca mandar, y al súbdito obedecer.

No es razon que gaste mas tiempo en dilucidar unas cuestiones que solo han podido promoverse por los enemigos de toda mortificacion: voy á decir algo sobre la obligacion de añadir á la mortificacion del cuerpo el ejercicio de las buenas obras. ¿Creeis vosotros que la Iglesia al instituir la Cuaresma no tuvo mas objeto que la maceracion de la carne? Muy poco conoce su espíritu quien así lo piensa. Ella nos dice bien claro lo que quiere de nosotros con ponernos á la vista el ejemplo de Jesucristo en el desierto. ¿Qué hizo el Salvador cuando trató de ayunar una cuaresma entera? Se retiró del mundo, se fué á la soledad, se entregó á la mas alta y devota oracion. Pues si vosotros deseais santificar la Cuaresma segun el ejemplo de Jesucristo, y conforme á la intencion de la Iglesia, debéis en este tiempo retiraros del bullicio del siglo, daros al re-

cogimiento y á la devocion, y buscar el silencio y la soledad, á fin de entrar en averiguaciones con vuestra conciencia, disponer para una confesion exacta y saludable, y poner os en estado de poder dar cuentas á Dios siempre que él os las pida.

¡Ah! cristianos, vosotros no hallaréis dificultad alguna en hacer esto, si seriamente reflexionais que quizás esta Cuaresma será la última proporción que la misericordia de Dios os ofrecerá para que asegureis la salvacion de vuestra alma. ¿Quién sabe si esta Cuaresma será la última que veréis? ¿Quién os asegura que, si en la Cuaresma que viene no os poneis bien con Dios, tendréis oportunidad de hacerlo en la del año siguiente? ¡Oh pecadores! Vosotros no sois capaces de comprender el inestimable beneficio que Dios os hace concediéndoo este tiempo para aplacar su justicia. Si lo comprendierais... ¡ah! si lo comprendierais, sin duda excluiriais llenos de amor y agradecimiento: ¡Ah! Señor, despues de haber yo abusado de tantas Cuaresmas como años cuento de uso de razon, aun me concedéis esta para que haga penitencia de mis pecados. ¿A cuántos pecadores menos culpables que yo habeis negado esta gracia? ¿Qué hubiera sido de mí, si, como á ellos, me hubiéseis rehusado este tiempo de penitencia? Mas, Vos no habeis querido perderme como á ellos, haciendo á favor mio una excepcion que no merezco. Gracias, Dios mio, gracias por tanta misericordia y bondad. Y si las Cuaresmas pasadas han sido para mí gracias del todo perdidas, ya resuelvo aprovechar la próxima que todavía me ofreceis. Yo repasaré en ella todos los años de mi vida con amargura de mi alma, yo pasaré la esponja sobre todos mis pecados; y no habrá uno solo, ó Dios de mi amor, sobre el cual no derrame algunas lágrimas. Mi consuelo será el llanto, mis divertimientos la oracion, mis regalos el ayuno, mi ocupacion el arreglo de mi conciencia, mi recreo el ejercicio de las buenas obras. Bendecid, Señor, estos

propósitos que formo ; y vuestra gracia que me los inspira, me ayude tambien á cumplirlos.—Así os lo deseo, cristianos, y ruego á Dios que mis deseos queden satisfechos. Amen.

### La ceguedad espiritual.

*Cæcus quidam sedebat secus viam. (Luc. xxiii, 35).*

Deseosa la Iglesia de curar la ceguedad espiritual en que viven no pocos de sus hijos, adopta hoy un medio muy semejante al que se dice empleó un cierto hombre para corregir á un amigo suyo de la cólera, de la que frecuentemente solia dejarse dominar. ¿Cuál diríais fue el medio de que se valió? Un dia que estaba muy dominado de esta pasion, tomó un espejo, se lo puso delante, y le obligó á mirarse en él. Al ver el colérico su espantosa fisonomía, la frente ceñuda, los ojos centelleantes, las mejillas inflamadas, los labios lívidos, y la boca echando espuma, fue tal el horror que concibió de sí mismo, que no fue menester mas para corregirse y enmendarse.

De igual industria se vale hoy la Iglesia para curar la ceguera espiritual en que desgraciadamente vive un crecido número de cristianos. Para que comprendan su infeliz estado, y procuren salir cuanto antes de él, les pone delante la imágen de un ciego que, si bien lo era solo en cuanto al cuerpo, puede servirles de espejo para que comprendan lo que son ellos en cuanto al alma. Aquel ciego estaba sentado junto á uno de los portales de la ciudad de Jericó, pidiendo limosna á los que pasaban; y notando en cierto dia que pasaba mas gente de lo acostumbrado, preguntó qué era aquello, y cuál era la causa de aquella novedad. Respondiósele que era porque llegaba Jesús de Nazaret, y al punto se puso á gritar: Jesús, hijo de

David, compadeceos de mí. En vano la gente procuraba hacerle callar: él esforzaba mas la voz, y repetia: Hijo de David, habed piedad de mí. Preguntado por Jesucristo qué era lo que queria de él, ¡ah! Señor, respondió, lo que quiero de Vos es, que me deis la vista. No bien hubo dicho estas palabras, cuando oyó esta respuesta: Ve, tu gran fe te ha salvado.

Estoy cierto que si los que están ciegos en el alma conociesen su lamentable situacion, no diferirian un solo instante el suplicar á Jesucristo los iluminase. Por esto, siguiendo el espíritu del evangelio de hoy, vengo á darles una clara idea de su mal, haciéndoles ver tres cosas: 1.ª cuáles son las causas que producen la ceguedad espiritual: 2.ª cuáles son los efectos que la siguen: 3.ª cuáles los remedios que la curan. Si se me escucha con atencion, no dudo que mas de uno de mis oyentes ha de formar de sí un concepto muy diferente del que tal vez ha formado hasta ahora.

Para saber lo que es la ceguedad espiritual, y de qué modo se forma en el alma, no habeis de hacer mas que observar atentamente lo que pasa en ciertos dias de verano. Sale por la mañana muy claro y refulgente el sol, difunde por todas partes sus dorados y luminosos rayos, y llena todo el hemisferio de tal luz y claridad, que se divisan los objetos mas distantes é imperceptibles. Pero ¿qué? De un estanque cenagoso y corrompido comienzan á levantarse algunos ligeros vaporcillos, estos vaporcillos no tardan en convertirse en densas nubes, estas nubes se dilatan luego, y se escampan por todo el aire; y héos aquí que en poco tiempo quedan tan ofuscados los rayos de aquel luminoso astro, tan encapotado el cielo, y tan sombría la tierra, que el dia mas claro apenas se distin-

que de la mas oscura noche. Ahora bien, cristianos, el entendimiento es como un sol que brilla en nuestro interior, y de tal modo ilumina nuestra alma con los rayos de su luz natural, y con los resplandores de la fe, que ella distingue con claridad el bien del mal, el vicio de la virtud, el camino del cielo del sendero de la perdicion. Mientras estos rayos brillan en nuestro interior, ó no caemos, ó si caemos, pronto volvemos á levantarnos; pero suponed que de nuestra concupiscencia, como de una laguna corrompida y cenagosa, comiencen á levantarse negros vapores de repetidas culpas, héos aquí al entendimiento tan oscurecido y eclipsado, que, confundiendo lastimosamente los objetos, tomamos el mal por el bien, el pecado por la virtud, y el camino extraviado por el sendero recto.

Si deseais saber cómo en la práctica se verifica esto, estadme atentos, que voy á ponéroslo delante de los ojos. ¿Recordais la primera vez que cometisteis el pecado? ¡Oh Dios, qué espanto, qué horror os causó vuestra caída! No bien hubisteis dado el primer desahogo á la pasion, cuando vuestro entendimiento, desplegando ante vuestros ojos todas las luces de la fe, os hizo ver la enormidad de vuestra culpa, la santidad de un Dios ofendido, todo un infierno abierto bajo vuestros piés, y todo un cielo perdido por un nonada. Con estos espectáculos á la vista, fue tal el horror y amargura que concebisteis de aquel pecado, que el mismo confesor no sabia cómo hacerlo para consolaros. Pero ¿qué? Engolosinada la concupiscencia con el sabor del gusto prohibido, no tardó en volver á probarlo; y entonces, ¡ah! entonces ya fue otra cosa. El entendimiento, que la primera vez tanto os habia afeado aquella accion, ya os la presentó con colores menos abominables, por manera que no os causó ni el remordimiento ni la confusion que antes os causara. Volvió la concupiscencia á gustar el pla-

cer ilícito; y el entendimiento, ¡ay de mí! el entendimiento, como si se hubiese hecho cómplice de sus delitos, calló, disimuló, y aun aprobó como bueno lo que antes condenaba como inícuo. ¿Qué me decís de esta historia? ¿Es verdadera? Pues en vosotros mismos podeis ver la imágen de la ceguedad espiritual, y el modo con que se forma en el alma.

Mas quiero que lo veais mejor con un ejemplo sacado de la sagrada Escritura. Seducida Eva con la hermosura del fruto prohibido, lo coge y lo come; pero ¡ah! no bien lo ha comido, cuando la asalta el temor de que, entendiéndolo su esposo, Adan, la reprenderá severamente por su inobediencia. ¿Qué hace ella para ahorrarse sus regaños? Toma otra fruta, se la presenta, le hace notar su hermosura, le pondera su sabor, y al último le añade, que recibirá como una prueba de estimación que la acepte, y la coma. El bueno de Adan, no ya convencido por las razones de la esposa, sino por no querer desairarla, en vez de reprenderla, ¿qué contesta? Calla, consiente, y aprueba: *Noluit eam contristare*, que dice el Padre san Agustin. Ni mas ni menos de lo que pasa entre el entendimiento y la carne, que son como dos esposos muy íntimos y cordiales. La carne, deseosa de cosas terrenas, propone sus deseos al entendimiento, manifestándole el sentimiento que va á tener si él no los aprueba ó no los excusa; y hé aquí que el entendimiento, no obstante que conoce el capricho de su esposa, por no contristarla, ó disimula, ó busca razones para excusarla.

¿Quereis que ponga algunos casos prácticos? Vos, hombre, os habeis puesto en la cabeza que habeis de acrecentar vuestra fortuna, y por esto os entregais á todo género de tratos, de comercios y especulaciones. Si el entendimiento quisiese entrar en el exámen de todos vuestros contratos, tal vez hallaria que los mas son usurarios é ilícitos, y consiguiente-

mente os intimaria, no solo la necesidad de dejar estos negocios, sino la obligacion de restituir las adquisiciones hechas en muchos años. ¿Qué haceis vos por no veros en semejantes apuros? Distraeis el entendimiento para que no entre en este exámen. ¿Y él? él por no contristaros, tolera, disimula y calla. *Noluit eam contristare.* Vos, padre, os habeis propuesto colocar bien á vuestras hijas, y por esto no hay baile á que no las envieis, adorno que no les pongais encima, ni pretendiente con quien no las dejeis tratar con toda libertad. Si el entendimiento quisiese hacer un exámen imparcial de vuestro comportamiento, sin duda hallaria que no es comportamiento de un padre cristiano, sino de un padre que ha olvidado enteramente su obligacion. ¿Qué haceis vos para no veros obligado á mudar de conducta? Distraeis el entendimiento para que no se ocupe de esto. ¿Y él? él por no disgustaros, sufre, tolera y calla. *Noluit eam contristare.* Tú, jóven perdido en lascivias; tú, artesano sumergido en vicios; tú, doncella enredada en amores; todos oiríais los gritos de vuestra conciencia, si le diéseis ocasion de hablar. Pero ¿qué haceis vosotros para que ella nunca tenga esta ocasion? Procurais distraerla en otras cosas, sin jamás darle lugar para ocuparse de vuestra conducta. Haceis lo que, segun la Escritura, hacia el impío Saul cuando se sentia agitado del espíritu perturbador, que luego llamaba á un buen tañedor de guitarra, para que haciéndole música, le distrajese de la penosa impresion que le causaba el remordimiento interior: *Quandocumque Spiritus Domini malus arripiebat Saul, David tollebat citharam, et percutiebat manu sua, et refocillabatur Saul*<sup>1</sup>. Así vosotros procurais siempre estar metidos en negocios del mundo para que no suceda que, hallándoos la conciencia alguna vez solos y des-

<sup>1</sup> I Reg. xvi, 23.

ocupados, aproveche la oportunidad para haceros rendir cuenta de vuestros desórdenes. ¿Qué os parece, cristianos, de una tal ceguedad? Podréis formar juicio de ella, mirando los efectos que produce.

El primero es indisponer al pecador para aprovecharse de los medios de conversion que la misericordia divina le ofrece. Uno de los mas insignes favores que Dios hizo al impío Acab, fue enviarle un profeta tan santo é ilustrado como Miqueas, para que ayudado de sus sanos consejos, abriese los ojos, y entrase en el buen camino. Mas ¿qué hizo aquel príncipe tan ciego como libertino? Léjos de escuchar con docilidad los saludables avisos del enviado de Dios, los despreció como demasiado severos, y buscó otros profetas que le anunciaran cosas mas de su gusto. Por su desgracia encontró, no uno, sino cuatrocientos, que poseidos del espíritu de mentira, le dieron oráculos falsos, y añadieron nuevas tinieblas á su ya hartó grande obcecacion. Así lo hacen los pecadores obcecados. Aquel comerciante, aquel rico, aquel jóven, aquella mujer, etc., hallaron un buen Miqueas, es decir, un confesor docto y celoso que desaprobó como injustas aquellas ganancias, como ilícitas aquellas visitas, como peligrosos aquellos tratos, y como damnables aquellas condescendencias. Pero ¿qué han hecho ellos para no tener que enmendarse? Han abandonado al buen profeta como á rigorista, y, á imitacion de Acab, han ido en busca de doctores de un moral mas benigno, quienes les han dicho que aquellas ganancias son justas, que aquellas visitas nada tienen de mal, que en aquellos tratos no hay ningun peligro, que aquellas condescendencias en nada se oponen al Evangelio. Predicadles ahora tanto como querais: todos los rayos del cielo no les harán caer la venda de los ojos.

De aquí se les sigue otro efecto no menos espantoso, cual es obstinarse de tal modo en la culpa, que parece están iden-

tificados con ella. De las famosas tinieblas de Egipto aseguran los Libros santos, que de tal manera oprimieron á aquel pueblo, que no solo el uno no veía al otro, sino que cada cual se quedó inmóvil en la situación en que se hallaba, sin dar un paso para cambiarla: *Nemo vidit fratrem suum, nec movit se de loco in quo erat*<sup>1</sup>. Esta es la horrible, pero verdadera imagen de una alma que tiene obcecado el entendimiento: está como inmóvil en las tinieblas á que la han conducido sus culpas, sin dar un paso para salir de ellas, y convertirse. Habladle de Dios, no oye: mostradle el cielo, no lo ve: advertidle su peligro, no os entiende: *Non movit se de loco in quo erat*. Brille sobre su frente un rayo de aquella celestial luz que, ilustrando el entendimiento, suele ablandar el corazón: ó cierra mas los ojos para que no penetre en su interior; ó si los abre un poco, vuelve pronto á cerrarlos, cual hombre oprimido de un grave sopor: *Non movit se de loco in quo erat*. Visítela Dios con alguno de aquellos castigos que suelen hacer al hombre cuerdo y juicioso: ella no despierta, ella no se da por entendida: *Non movit se de loco in quo erat*.

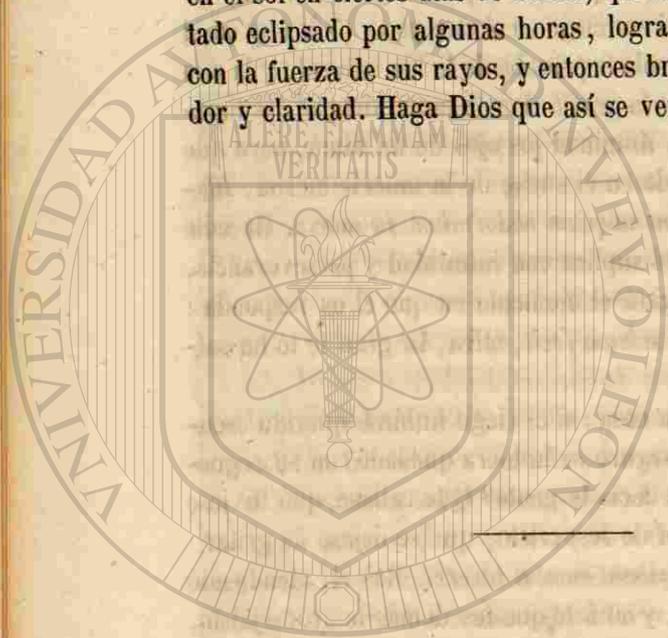
¿Quiero decir con esto que su mal ya no tiene remedio? Aparte Dios de mí un tal pensamiento. Es de fe que, mientras el hombre es viador se halla en estado de enmendarse; y que por muy difícil que sea su curación, nunca llega á ser imposible, si él no rehúsa los remedios que la bondad de Dios le ha señalado. ¿Y cuáles son los remedios que Dios ha señalado para curar de la ceguera espiritual? El ciego del presente evangelio nos lo dirá. Luego que entendió que Jesucristo pasaba, lleno de confianza en su poder y bondad, se puso á gritar: Hijo de David, compadeceos de mí; y no cesó de dar voces hasta que hubo obtenido su curación. Por aquí es donde

<sup>1</sup> Exod. x, 23.

debeis comenzar, si quereis curar de vuestra ceguera espiritual. Dirigíos al mismo Salvador que dió vista á este ciego, y no dudando un punto de su poder y misericordia, decidle: ¡Ah! divino Jesús, mi miseria es incomparablemente mas digna de vuestra compasión que la de aquel ciego á quien volvísteis la vista, pues él era ciego en el cuerpo, y yo lo soy en el alma; su ceguera solo le privaba de la luz natural, y la mía me priva de la luz de la gracia. Por lo tanto, disipad las tinieblas de mi espíritu, iluminad los ojos de mi alma, para que no me quede dormido en el sueño de la muerte eterna: *Illumina oculos meos, ne unquam obdormiam in morte*. Hacedle esta ú otra semejante súplica con humildad y perseverancia, y no dudeis que llegará el momento en que él os responda: *Respice, fides tua te salvum fecit*, mira, tu gran fe te ha salvado.

Pero advertid una cosa: si el ciego hubiese querido escuchar á la turba, de seguro se hubiera quedado con su ceguera. Porque ¿qué le decía la gente? Que callase, que tuviese respeto á la dignidad de Jesucristo, que se dejase de gritar: *Qui praeibant, increpabant eum ut taceret*. Mas él, atendiendo á lo que le convenia, y no á lo que los demás le aconsejaban, prescindió de ellos; y esto fue lo que le salvó. Igualmente si vosotros haceis caso del tumulto de vuestras pasiones, significadas, segun san Gregorio, por las reprensiones de la turba, es mas que cierto que no curaréis de vuestra ceguera espiritual. Porque ¿qué querrán las pasiones? Que no las priveis de sus gustos, que las dejéis estar tranquilas, que no contradigais sus tendencias. Y como esto no es posible, si vosotros, recobrando la vista del alma, comprendéis el abismo á que sus gustos y tendencias van á conducirnos, por esto se esforzarán en poner os obstáculos; y como Eva á Adán, procurarán seduciros con mil artes y caricias. Mas vosotros, sabiendo

ya que de ellas os proviene todo el mal, y que no es posible curar mientras ellas os dominen, debeis hacer un esfuerzo supremo para reprimirlas y ahogarlas. Desde el momento que lo hagais, sucederá á vuestro entendimiento lo que se observa en el sol en ciertos dias de niebla, que despues de haber estado eclipsado por algunas horas, logra al fin desvanecerla con la fuerza de sus rayos, y entonces brilla con mas esplendor y claridad. Haga Dios que así se verifique. Amen.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA

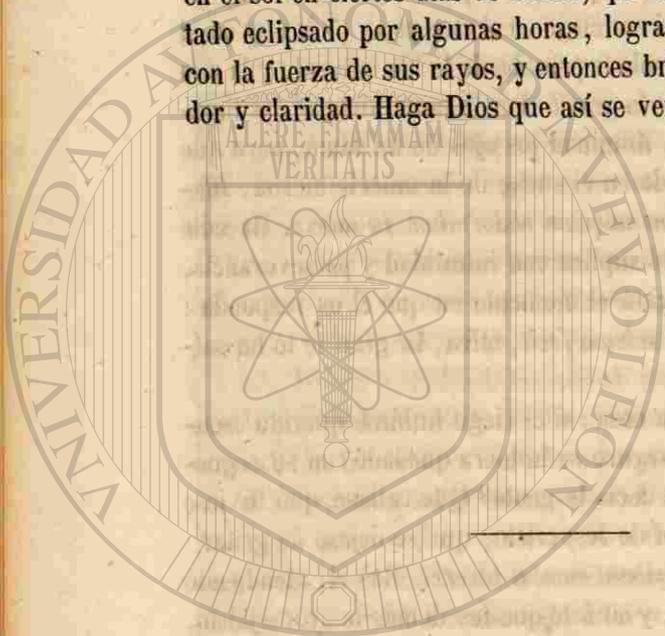
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

### PRIMER DOMINGO DE CUARESMA.

Antes de tratar de lo que es propio de este domingo, creemos del caso dar á los curas algunas advertencias generales sobre todos los domingos de Cuaresma, sin las cuales seria poco menos que imposible desempeñasen como deben los grandes deberes que el cargo parroquial les impone en este tiempo. Son tantas las obligaciones que pesan sobre ellos durante la Cuaresma, tantas las instrucciones de que son deudores á sus feligreses, y tanto el tino y oportunidad con que deben darlas, que el mas ligero descuido puede acarrearles una responsabilidad inmensa delante de Dios. Ellos han de excitar á los pecadores á la penitencia, han de preparar al pueblo para la comunión pascual, han de enseñarle prácticamente el modo de hacer una buena confesion, en fin, han de recordarle todos sus deberes, así generales como especiales, para que sepa cada uno en qué ha delinquido, y se halle en disposicion de exponerlo todo al confesor con la exactitud y claridad que corresponde. ¿Será posible cumplir con todo eso en solo seis domingos que comprende la Cuaresma? Si se hace con plan, sí: si no se guarda método, no. Vamos á indicar el método que nosotros guardaríamos si nos hallásemos investidos del carácter parroquial, que es el mismo que observamos todo el tiempo que pesó sobre nosotros este penoso y delicado ministerio.

Antes que todo, procure el cura, si posible es, no oír las confesiones de sus feligreses, particularmente las que se hacen para

ya que de ellas os proviene todo el mal, y que no es posible curar mientras ellas os dominan, debeis hacer un esfuerzo supremo para reprimirlas y ahogarlas. Desde el momento que lo hagais, sucederá á vuestro entendimiento lo que se observa en el sol en ciertos dias de niebla, que despues de haber estado eclipsado por algunas horas, logra al fin desvanecerla con la fuerza de sus rayos, y entonces brilla con mas esplendor y claridad. Haga Dios que así se verifique. Amen.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

### PRIMER DOMINGO DE CUARESMA.

Antes de tratar de lo que es propio de este domingo, creemos del caso dar á los curas algunas advertencias generales sobre todos los domingos de Cuaresma, sin las cuales seria poco menos que imposible desempeñasen como deben los grandes deberes que el cargo parroquial les impone en este tiempo. Son tantas las obligaciones que pesan sobre ellos durante la Cuaresma, tantas las instrucciones de que son deudores á sus feligreses, y tanto el tino y oportunidad con que deben darlas, que el mas ligero descuido puede acarrearles una responsabilidad inmensa delante de Dios. Ellos han de excitar á los pecadores á la penitencia, han de preparar al pueblo para la comunión pascual, han de enseñarle prácticamente el modo de hacer una buena confesion, en fin, han de recordarle todos sus deberes, así generales como especiales, para que sepa cada uno en qué ha delinquido, y se halle en disposicion de exponerlo todo al confesor con la exactitud y claridad que corresponde. ¿Será posible cumplir con todo eso en solo seis domingos que comprende la Cuaresma? Si se hace con plan, sí: si no se guarda método, no. Vamos á indicar el método que nosotros guardaríamos si nos hallásemos investidos del carácter parroquial, que es el mismo que observamos todo el tiempo que pesó sobre nosotros este penoso y delicado ministerio.

Antes que todo, procure el cura, si posible es, no oír las confesiones de sus feligreses, particularmente las que se hacen para

cumplir con la parroquia, en ninguno de los domingos ó fiestas que caen dentro de la Cuaresma. Es evidente que si en tales días ha de estar mucho en el confesonario, ó le faltará tiempo para entretenerse cual conviene en la instruccion del pueblo, ó cansado tendrá que omitirla. Por lo tanto, vea de inducir á los feligreses á que, dejándole libres los domingos para instruirlos, acudan á la confesion anual en solos dias de trabajo. Una vez desembarazado de las ocupaciones del confesonario, y pudiendo ya disponer de tiempo suficiente para dar las instrucciones propias de la Cuaresma, las dividirá en tres clases, dando á cada una hora distinta.

La primera comprenderá las condiciones necesarias para una buena confesion ; y estas las explicará en la misa matutinal, exponiendo una en cada domingo, para lo que hallará cuanto sea menester en el Catequista orador, tomo 1.º, desde la página 316 hasta la pág. 367. La segunda contendrá las materias morales aptas para apretar á los pecadores, y precisarlos á una sólida y verdadera conversion ; y estas las predicará en el oficio ó misa mayor, echando mano de los sermones que para los domingos de Cuaresma pondremos en el presente Arte pastoral. La última versará sobre el exámen práctico de la conciencia, explicando cada mandamiento por sí, y haciendo ver los diferentes modos con que se viola ; y esto lo hará por la tarde del modo que vamos á decir. Reunido el pueblo en la iglesia, y hecho algun ejercicio devoto, como el Via-crucis, ó el rezo de la Corona de los dolores, subirá al púlpito, y allí con voz clara é inteligible, pero con palabras breves y concisas, explicará los diferentes pecados que se pueden cometer contra cada precepto, no diciéndolo todo en un dia, sino repartiéndolo de modo que, explicando un domingo unos y otro domingo otros, queden todos explanados al llegar al domingo de Pasion. Aseguramos á los curas que si proceden con arreglo á este método,

no tendrán por qué arrepentirse, y que en el confesonario palparán sus buenos efectos.

Vamos ahora á tratar de lo que es propio de este domingo. El evangelio presta materia para diferentes asuntos ; pues se pudiera predicar sobre las tentaciones, deduciendo el sermón de aquellas palabras : *Ductus est Jesus in desertum à Spiritu, ut tentaretur à diabolo ; sobre el ayuno cuaresmal, partiendo del texto : Cùm jejunasset quadraginta diebus et quadraginta noctibus, postea esuriit ; sobre la palabra de Dios, exponiendo aquella respuesta del Salvador : Non in solo pane vivit homo, sed in omni verbo quod procedit de ore Dei ; y últimamente sobre la vanidad de las cosas terrenas, explicando el pasaje : Ostendit ei omnia regna mundi, et gloriam eorum. Pero como en la Cuaresma se han de tratar asuntos que dispongan directamente para la conversion y la penitencia, á todos los asuntos indicados preferimos el siguiente :*

#### **Necesidad de una pronta conversion.**

*Cùm jejunasset quadraginta diebus et quadraginta noctibus, postea esuriit. (Matth. iv, 2).*

Como estamos ya en el primer domingo de Cuaresma, como urge el tiempo de prepararse para la comunión pascual, es necesario, cristianos, se convenzan los pecadores de que ha llegado la hora decisiva de su conversion, y que están constreñidos á no malograr este tiempo de salud que la bondad de Dios todavía les ofrece. ¿Qué es lo que hoy intima la Iglesia á todos los pecadores ? La penitencia de sus pecados. ¿Cuál es el modelo que les pone ante los ojos ? El de Jesucristo penitente en el desierto ¿ Con qué los amenaza, si difieren por mas tiempo el convertirse á Dios ? Con una muerte y conde-

nacion eterna. ¡Ay del pecador que á esos truenos no despierte! ¡Ay del obstinado que, viendo al mismo Hijo de Dios hacer penitencia por sus pecados, no se resuelva á satisfacer cuanto antes á la divina justicia!

Pecadores, vosotros padeceis tan grandes equivocaciones respecto de la misericordia de Dios: pensais que él os perdonará todos vuestros pecados, por muchos que cometais: pensais que él os irá dando siempre nuevos auxilios, por mas que abuseis de ellos: pensais que os concederá tiempo oportuno para convertirlos, por mas que lo desperdiciéis. Oid, ilusos, oid tres desengaños que contrapongo á vuestras tres ilusiones. Dios perdona hasta un cierto número de pecados, y no mas; Dios concede un cierto número de auxilios, y de aquí no pasa; Dios espera por un tiempo determinado, y mas adelante nadie va. ¡Desgraciado el que con estos desengaños á la vista no trate de convertirse pronta y sinceramente á Dios!

Antes de entrar en materia quisiera me resolviérais una duda. ¿Por qué Dios á ciertos pecadores los espera á penitencia por muchos años, y á otros los condena luego que cometen el primer pecado? ¿Por qué unos despues de una vida malvada se salvan por un solo acto de contricion, como Dimas, y otros despues de una vida muy buena se pierden por un solo pecado, como Saul? Ea, ¿qué razones me dais de esto? No hay otra sino que Dios tiene prefijado á cada uno el número de pecados que le quiere perdonar, cual número no es igual para todos.

Mirad al pueblo hebreo, que, despues de haberle sacado el Señor de la esclavitud de Egipto á fuerza de prodigios, va por el desierto ora murmurando de Moisés, ora rebelándose contra Dios, ora dando culto á los ídolos. Sufrió el Señor sus re-

beliones hasta que, estando ya cerca de la tierra de promision, cometió un nuevo atentado, queriendo volverse á Egipto de donde habia salido. Entonces sí que Dios, cansado de tantas rebeliones, llamó á Moisés, y le dijo: ¿Dónde estás, Moisés? Ven acá. ¿Hasta cuándo piensas tú he de sufrir las villanías de ese tu pueblo rebelde, murmurador, y de mal corazon? Sepas que voy á mandarle en hora mala, y á destruirle todo con una peste general: *Usquequò detrahet mihi populus iste?... Feriam eos pestilentia, atque consumam* \*. — ¡Ah, no, Señor! exclamó Moisés: no destruyais á vuestro pueblo; perdonadle esta nueva culpa, así como le habeis perdonado todas las que ha cometido desde la salida de Egipto. — Bien, respondió el Señor, usaré con él de misericordia, conforme me pides; pero en la manera que vas á oír. Todos los que han nacido despues de la salida de Egipto, quedan perdonados; todos empero los que vieron los prodigios que obré en aquel país, morirán irremisiblemente. — ¿Y por qué, Señor, y por qué no quereis perdonar á estos? — Hé aquí el por qué: *Tentaverunt me jam per decem vices*: son ya diez las veces que estos rebeldes se han amotinado contra mi autoridad, y no quiero que lleguen á la undécima. ¿Veis, fieles míos, como Dios tenia contados todos los pecados que queria perdonar á aquel pueblo? ¿Veis como al cometer el décimo, le perdió sin remedio, á pesar de los ruegos de Moisés?

Ven acá, pecador mio; y ya que Dios ha echado tan bien sus cuentas, echemos nosotros tambien las nuestras. Díme: ¿sabes tú cuántos pecados ha resuelto Dios perdonarte? ¿sabes tú cuántos puedes cometer, sin llenar la medida fatal, la cual cumplida Dios no perdona? Tal vez aquel pecado que intentas cometer, y para cuya comision tienes tomadas todas las

\* Num. xiv, 11.

medidas, sea el que traspase el número de los que Dios te quiere perdonar, y el que ponga el sello á tu eterna reprobacion. — ¡Oh! padre, no será así. — Puede, hijo mio, que no sea así; pero ¿si es? ¿si es?... Si es, y pasas á cometerlo, estás perdido por siempre. — Pero la misericordia de Dios es infinita, y de consiguiente sobrepaja no solo los pecados que cometeré, sino tambien los que puedo cometer. — ¿La misericordia de Dios es infinita? Distingo: en sí misma, lo concedo; en sus efectos, lo niego. Quiero decirte que, aunque la misericordia de Dios sea esencialmente infinita, no se sigue de aquí que haya de perdonar infinitas veces. Tambien es infinita su esencia; pero ¿ocupa por esto infinitos lugares? Tambien es infinito su poder; pero ¿ha creado por esto infinitos mundos? No, sino que á todas sus obras ha dado un cierto número, peso y medida, como dice el Sábio: *Omnia in mensura, et numero, et pondere disposuisti*. Ha fijado el número de flores que ha de haber en una primavera, tantas y no mas; cuantas gotas han de caer en un aguacero, tantas y no mas; cuantos granitos de arena han de cubrir las playas, tantos y no mas; cuantos pasos ha de dar una hormiga, tantos y no mas: *Omnia in mensura, et numero, et pondere disposuisti*. Y si Dios ha decretado el número de estas cosas tan chicas y menudas, ¿cómo quieres que haya dejado indefinido el número de pecados que te ha de perdonar?

Así como Dios tiene contadas las veces que quiere perdonar, así tiene tambien fijado el número de las gracias y auxilios que quiere conceder al pecador para que se convierta. Para comprender toda la fuerza de esta verdad, es necesario suponer que el pecador no puede convertirse por sí solo, sino que necesita de la gracia que le prevenga, le mueva y le conduzca á Dios. Nadie puede venir á mí, dice Jesucristo en el Evangelio, á menos que mi Padre celestial me lo traiga con

su gracia: *Nemo potest venire ad me, nisi Pater meus traxerit eum*<sup>1</sup>. Esta es una verdad de fe definida en el concilio de Trento, el cual dice: Si alguno dijese que sin la inspiracion proveniente del Espíritu Santo y sin su auxilio, puede el hombre disponerse como es necesario para conseguir la gracia, sea excomulgado. Ahora bien, estas inspiraciones, estos auxilios del todo indispensables para la conversion ¿á qué número los ha fijado el Señor? ¿Quién puede saberlo, hijos míos? Este número no es igual para todos: para unos es mayor, para otros menor, conforme place á Dios, quien, como dueño que es de sus gracias, las dispensa y distribuye en la medida que bien le parece.

Lo que hay de cierto es que, sea el que fuere el número de auxilios que Dios tenga resuelto conceder á un pecador, si este los deja pasar sin aprovecharse de ellos, no tiene que esperar otros. Faraon fue invitado á convertirse diez veces: cumplido este número, cesaron los avisos, acabáronse los llamamientos, vino la obduracion, y él murió condenado. Félix presidente de Judea fue tambien llamado á la conversion por medio del apóstol san Pablo, las visitas fueron muchas, las instancias duraron dos años: acabado este plazo, cesaron las invitaciones, no hubo mas advertencias, y él murió en la idolatría. Aquel jovencito que fué á preguntar á Jesucristo qué debia hacer para conseguir el cielo, fue invitado una sola vez á seguirle. Si quieres ser perfecto, le dijo el Salvador, vende todo lo que tienes, da el precio á los pobres, y sígueme. Este fue el primero y último aviso. ¡Dichoso él si hubiese sabido aprovecharlo! no nos hubiera dejado inciertos de su salvacion; mas el mismo Evangelio dice que se fué triste, y no insinúa que se presentase otra vez.

<sup>1</sup> Joan. vi, 44.

En vista de esto permite, pecador, que saque un par de ilaciones. Si á veces el primer llamamiento es el último, con mas razon podrá ser el último el quinto, el décimo ó el vigésimo, ¿no es verdad? Y si alguno de estos puede ser el último, con muchísima mas razon podrá serlo el que actualmente Dios te hace por mi boca, que quizás es el centésimo, quizás el milésimo que te dirige, ¿no es así? Pues escucha ahora atentamente lo que voy á decirte : si este es el último llamamiento que Dios te hace, y tú no te conviertes á él, cuéntate condenado. ¿Qué dices á esto? ¿qué respondes?— Respondo que Dios es misericordioso. — ¡Ah! esto es lo que debe hacerte temblar ; porque por lo mismo que Dios es misericordioso, es muy probable que no te llamará mas, si no te conviertes á él desde luego. Oye lo que se lee en los Hechos de los Apóstoles : Iba san Pablo en compañía de Timoteo anunciando el Evangelio por el mundo, cuando hé aquí que reciben una inspiracion del Espíritu Santo, por la cual se les prohíbe predicar en el Asia : *Vetati sunt à Spiritu Sancto loqui verbum Dei in Asia*<sup>1</sup>. ¿Y por qué una tal prohibicion? Porque, como dice san Gregorio<sup>2</sup>, Dios tenia una larga experiencia de la obstinacion de los asiáticos, sabia que, léjos de aprovecharse de la predicacion de san Pablo, la despreciarian ; y por esto, á fin de no verse obligado á castigarlos con mayor severidad, prohibió el predicarles : lo que, bien mirado, fue mas bien un acto de su misericordia, que un tiro de su justicia. Tú cuentas, pecador, que la misericordia de Dios te hará nuevos llamamientos, y yo con mas razon cuento que no te los hará ; porque teniendo Dios una larga experiencia de tu obstinacion, sabe que léjos de aprovecharte de ellos, los despreciarias : y por esto creará hacerte un gran beneficio con no llamarte mas, y dejarte con-

<sup>1</sup> Act. xvi, 6. — <sup>2</sup> Corn. à Lapide in cap. xvi Act. Apost.

denar con menos pecados por no verse obligado á castigarte con mayores tormentos.

Acabemos de desenvolver las grandes verdades que vengo predicando. No solo Dios lleva contados los auxilios que quiere dar al pecador para que se convierta, sino que tambien le tiene señalado el plazo para que verifique su conversion. Todas las cosas tienen su tiempo, dice el Sábio : *Omnia tempus habent*. Si se hacen en tiempo oportuno, sirven, aprovechan y son de utilidad ; pero si se deja pasar la ocasion, quedan nulas, estériles y de ningun valor. Id á sembrar el trigo en el mes de mayo, ¿de qué os servirá? Id á recogerlo en el mes de diciembre, ¿qué fruto sacaréis? La Providencia tiene señalados á los pecadores los dias oportunos para convertirse. A unos tasa treinta años, como á Saul ; á otros cuarenta dias, como á los ninivitas ; á otros uno, como á los de Jerusalem ; pero á nadie ha dicho : Hasta tal tiempo te aguardaré, hasta tal época admitiré tu conversion. Mientras corre el tiempo señalado, las gracias son fuertes, los auxilios eficaces, las inspiraciones frecuentes y vigorosas ; pero acabado el plazo, la gracia queda sin fuerza, los auxilios sin eficacia, las inspiraciones sin vigor. Mientras duran los dias señalados Dios da fuertes aldabadas al corazon del pecador, le insta, le ruega que mire por su salvacion ; pero si este hace el sordo, si no responde en hora oportuna, Dios se retira indignado, del modo que lo hace un amigo á quien se despide con injurias y desprecios.

No quiero decir que el Señor retire del todo sus gracias, que esto seria una herejía, lo que quiero decir es, lo que dice el angélico Doctor, á saber, que despues que el hombre ha abusado hasta un cierto punto de las gracias eficaces, Dios no le dispensa ya sino gracias suficientes. ¿Y sabeis lo que es la gracia suficiente? No diré, como aquel mal teólogo, que Dios me

libre de ella : pero sí diré, que Dios me libre de quedar con ella sola. Es de tal condicion, que con ella puede el hombre convertirse, *dat posse*, que dicen los escolásticos ; pero con ella sola no se convierte, *sed non dat agere* : con ella tiene el hombre lo bastante para que no pueda atribuir á Dios la culpa de su perdicion ; pero no obra con ella cuanto es menester para salvarse : con ella Antioco se obstinó en sus sacrilegios, Jezabel continuó en sus torpezas, y Acab murió en su impiedad. Hé aquí en lo que vienen á parar todos los pecadores que no se convierten á Dios dentro el plazo que él les tiene prefijado.

¡Válganos Dios, me diréis, qué sermón tan espantoso nos ha predicado esta mañana ! ¿Quién sabe si habremos ya cumplido el número de pecados que Dios quiere perdonarnos, si estarán ya agotados los auxilios que él ha decretado concedernos, si estará ya finido el plazo que él tiene prefijado para nuestra conversion ? — A esto, fieles míos, solo puedo responder encogiéndome de hombros, y repitiendo aquello del Sábio : *Nescit homo, utrum amore an odio dignus sit* ; y por esto todos debemos temer. En primer lugar debeis temer vosotros, almas buenas, porque Dios, regularmente hablando, de personas muy favorecidas é iluminadas sufre menos pecados que de aquellas á quienes no ha favorecido tanto : pues, como dice el Angélico <sup>1</sup>, en las almas privilegiadas todo pecado crece por causa de la mayor ingratitud. Por lo tanto temed, justos, que el primer pecado mortal no sea para vosotros el primero y el último, como lo fue en los ángeles malos.

Pero mucho mas debeis temer vosotros, pecadores, porque despues de tantas culpas como habeis cometido, es muy posible esteis muy próximos á ser abandonados de Dios. Si entre vosotros hay alguno que ya de hecho lo sea, es cosa que yo

<sup>1</sup> 1, 2, quæst. 73, art. 10.

no la sé, ni puedo saberla ; solo sé que hay algunas señales por las cuales podrémos conjeturarlo. El que movido del sermón que acabo de predicar, se resuelva á dejar desde luego el pecado, á hacer en esta Cuaresma una buena confesion, y á emprender una vida cristiana, tenga buen ánimo ; porque, no pudiendo formarse una tal resolucion sino en virtud de una gracia muy particular, es evidente que Dios todavía no le ha dejado enteramente, y que aun puede esperar misericordia, el perdón y el cielo. Aquel empero que, habiendo oido las terribles verdades que acabo de publicar, vaya siguiendo en el pecado como si nada hubiese oido, á este tal no se le puede hacer otro favor que pedir á Dios haga una de estas dos cosas : ó que le dé una gracia tan eficaz y poderosa como la que dió á san Pablo y á san Agustin, ó que acorte los dias de su vida para que, imposibilitado de cometer nuevas culpas, su condenacion sea mas llevadera y tolerable. Pero ¡qué ! ¿ será posible haya alguno entre vosotros que no quiera seguir los saludables consejos que le doy ? No quiero pensarlo, no puedo creerlo : antes estoy muy confiado en que buscaréis á Dios mientras aun es tiempo de hallarle, y que una vez hallado, no le dejaréis mas hasta poseerlo de un modo inamisible en el cielo. Amen.

## SEGUNDO DOMINGO DE CUARESMA.

Habiéndonos la Iglesia propuesto en el domingo pasado el evangelio que explica la penitencia de Jesucristo en el desierto, pasa hoy á proponernos el que habla de su gloriosa transfiguración en el monte Tabor. ¿Qué relación hay entre estos dos evangelios, se nos dirá, para proponerlos en dos domingos inmediatos? Si solo se atiende al orden cronológico, ninguna; pero si se considera el objeto que se propone la Iglesia, mucha y muy admirable. El objeto preferente de la Iglesia en la elección de los evangelios cuaresmales es señalar á los pecadores los trámites que han de seguir para llegar á una sólida y verdadera conversión; y no cabe duda que este objeto se consigue admirablemente con el enlace de los dos evangelios arriba indicados. El primer paso que ha de dar un pecador para convertirse á Dios es, convencerse de la necesidad de una pronta conversión; y este paso se lo señala la Iglesia proponiéndole la penitencia de Jesucristo: el segundo es convencerse de que su conversión no ofrece tantas dificultades como le sugiere el demonio, ó le pinta el amor propio; y este paso se lo indica la Iglesia proponiéndole la transfiguración del Salvador. Porque ¿qué se le dice al pecador en el misterio de la transfiguración? Que en tratando de convertirse á Dios, no escuche lo que le dirá el demonio para inspirarle miedo y desconfianza; sino que oiga únicamente á Jesucristo, quien le asegura que en convertirse no hallará tantos obstáculos y dificultades como á él le parece: *Ipsium audite. Para que se vea la naturalidad con que esta verdad se de-*

*duce del texto que acabamos de indicar, vamos á mostrarlo prácticamente.*

### Facilidad de la conversión.

*Hic est Filius meus dilectus, in quo mihi benè complacui: ipsum audite. (Matth. xvii, 5).*

Sabiendo, como lo saben, los pecadores que Dios no perdona sino un cierto número de pecados, que no dispensa sino un número determinado de auxilios, que no espera á la conversión sino por un tiempo limitado, conforme se lo manifestó en el pasado domingo, ¿cuál puede ser la causa de que, no obstante todo esto, muchos, en vez de convertirse pronto á Dios, lo van difiriendo de día en día? Este es un problema que me ha ocupado por mucho tiempo, y cuya solución no sabia encontrar; pero al fin creo haber descubierto el misterio, y dado en el nudo de la dificultad. La causa de que muchos pecadores viven años y años en la culpa, sin hallar jamás una hora cómoda para convertirse á Dios, es porque la conversión se les representa tan erizada de dificultades, obstáculos é inconvenientes, que les parece poco menos que imposible.

Sucede á los infelices lo que aconteció á los hijos de Israel cuando quisieron emprender la conquista de la tierra de promisión. Antes de entrar en ella, enviaron adelante algunos espías que, examinando bien el país, les informasen de si la conquista ofrecía ó no gran dificultad. ¿Y qué les dijeron aquellos enviados al volver de su expedición? Los unos aseguraron que la tierra que venían de reconocer, era una tierra que se tragaba á sus moradores, que estaba toda poblada de monstruos y gigantes, y que los hombres que la habitaban eran de

una estatura tan descomunal, que ellos en su comparacion no parecian sino pequeñas langostas : *Terra quam vidimus, devorat habitatores suos : populus quem aspeximus, proceræ staturæ est. Ibi vidimus monstra quædam de genere giganteo; quibus comparati, quasi locustæ videbamur*<sup>1</sup>. Los otros por el contrario, declararon que la tierra que habian recorrido, ni abrigaba monstruos, ni producía gigantes, ni se comía á sus moradores; antes era una tierra feliz, deliciosa, que manaba por todas partes leche y miel : *Venimus in terram, ad quam misisti nos; quæ revera fluit lacte et melle*<sup>2</sup>.

Tan discordantes como estas son las pinturas que Jesucristo y el demonio hacen á los pecadores de la conversion. El demonio se la pinta tan ardua y difícil, que raya en lo imposible: al contrario, Jesucristo se la representa tan llana y fácil, que para conseguirla basta una sincera voluntad. ¿A cuál de los dos se ha de dar crédito? ¿Se ha de creer al demonio, que es padre de la mentira, ó á Jesucristo que, siendo verdadero Hijo de Dios, nos manda el divino Padre que le prestemos oído? *Ipsium audite*. ¡Ah! pecadores: no creais al demonio que, para conservaros en su poder, os pondera las dificultades de la conversion; sino creed á Jesucristo que os asegura que la conversion no ofrece tantas dificultades como parece á primera vista. Si alguna gran dificultad hubiese en convertirnos, esta dificultad deberia proceder, ó de parte de Dios que os ha de perdonar, ó de parte de vosotros mismos que os habeis de corregir, ó de parte de los medios que para el caso seria menester emplear. Pues bien, gran dificultad por parte de Dios no la hay, pues él nada desea tanto como perdonarnos: de parte de vosotros tampoco la hay, pues una sincera voluntad bastará para corregiros: de parte de los medios no

<sup>1</sup> Num. XIII, 33, 34. — Ibid. 28.

la hay tampoco, pues son sumamente fáciles y practicables. Entremos en el asunto, y lo veréis claro.

Este es el ardid de que usa el demonio para perder las almas: primero procura inducir las á la culpa, inspirándoles una loca confianza; y despues las mantiene enredadas en ella, sugiriéndoles una culpable desesperacion. ¿Por qué, dice al alma cuando la tienta, por qué no has de satisfacer esa passion? Tú sabes que Dios es infinito en misericordia, y que para obtener el perdon de cualquier culpa, basta que la confieses y la llores.—Así habla el impostor, y el alma imprudente, cual otra Eva incauta, le presta oído, le cree, y sobre su palabra se aventura á cometer el primer pecado, de uno pasa á cometer otro, y así progresivamente va aumentando el número de sus iniquidades. Llega despues un dia en que, acosada de los remordimientos, resuelve convertirse á Dios. ¡Inútil resolucion, le dice entonces el demonio, vana intentona! ¿Con qué cara te atreverás ahora á presentarte á tu Dios? Quien, como tú, ha abusado tanto de su misericordia, ¿puede esperar otra cosa que los rigores de su justicia?

Pecadores míos, ¿consentiréis que el demonio os coja en este segundo lazo, así como os cogió en el primero? ¡Oh! no digais, como el desesperado Cain, que vuestras iniquidades son demasiado grandes para que podais esperar el perdon: *Major est iniquitas mea, quam ut veniam merear*<sup>1</sup>. Los que así hablan dan á conocer que no tienen idea alguna de la bondad del Señor á quien servimos. ¿Qué dice al pecador este Dios infinitamente misericordioso? Tú me has abandonado, le dice por Jeremías, tú me has ofendido, prefiriendo servir al mundo y

<sup>1</sup> Gen. IV, 13.

al demonio, antes que cumplir los preceptos suaves de mi ley; pero no importa, quiero olvidarme de que me ofendiste, y solo considero que te soy Padre. Vuelve, hijo, que tu Padre te espera: dame tu corazón, aunque gastado por los vicios: si el mundo se llevó tus primeros amores, no me niegues los últimos, que con ellos me quedaré contento: vuelve, hijo, vuelve, que yo suspiro por el momento de recibirte y estrecharte entre mis brazos: *Tamen revertere ad me, dicit Dominus, et ego suscipiam te* <sup>1</sup>.

Después de una invitación tan paternal, ¿quedaréis todavía dudando si el Señor querrá ó no querrá perdonaros? ¡Ah! si este oráculo divino no ha sido suficiente para alentarnos, poned, os suplico, la vista en la adorable persona de Nuestro Señor Jesucristo, y decidme luego: ¿por qué este amabilísimo Salvador bajó del cielo, y apareció sobre la tierra? Si yo os lo dijese, tal vez tendríais dificultad en creerme: oídlo pues de sus mismos labios. No vine, os dice, á buscar á los justos, sino á los pecadores: *Non veni vocare justos, sed peccatores* <sup>2</sup>. Seguidle atentamente desde el pesebre hasta la cruz, y veréis que todas sus obras confirman esta verdad de tanto consuelo. ¿Qué indica aquella sangre que, siendo todavía niño, derramó con el cuchillo de la circuncisión, aquel adorable nombre *Jesús* que le impuso un Ángel, y aquel éxtasis profético de Simeón en el que le llamó Salvador del mundo? Indica que no vino á buscar á los justos, sino á los pecadores. ¿Qué significan tantas amorosas parábolas como nos propone en el Evangelio: la del buen pastor que, habiendo perdido una oveja, la busca, la llama, la sigue, y no para hasta que logra encontrarla: la del caritativo samaritano que, habiendo encontrado en medio del camino á un infeliz acribillado de he-

<sup>1</sup> Jerem. III, 1. — <sup>2</sup> Matth. IX, 13.

ridas, y abandonado de todo el mundo, le carga amorosamente sobre sus hombros, y no le desampara hasta haber conseguido su total curación: la del padre amoroso que recibe entre sus brazos á un hijo pródigo y disipador? Significan que no vino tanto para buscar á los justos como para buscar á los pecadores: *Non veni vocare justos, sed peccatores*. ¿A qué fin reitera tantas veces el convite á los pecadores, diciéndoles: Venid á mí todos los que gemís bajo el peso de vuestras iniquidades, y yo os aliviaré.—Lo que yo quiero es la misericordia, y no el sacrificio.—Los justos merecen toda mi ternura, pero los pecadores se me llevan todos mis cuidados?—¡Ah! estas expresiones dicen claramente á todos los que quieran entenderlas, que Jesucristo mas vino á buscar á los pecadores que á los justos: *Non veni vocare justos, sed peccatores*.

Mas ¿por qué recorro á los oráculos de la fe, cuando os habla vuestro propio corazón? Yo me remito á lo que cada uno está experimentando, para sacar de aquí una prueba práctica y personal. Tú, pecador mio, aun vives después de tantas iniquidades; y en esto se ve claro que Dios todavía te ama. Tiempo há, sí, mucho tiempo há que su justicia está gritando: ¿Qué hace en el mundo ese árbol infructuoso que, en vez de dar frutos de santidad, solo produce espinas de malas obras? Cortémoslo, y vaya á arder en los infiernos.—¡Oh! no, contesta enternecida la misericordia, no sea cortado aun, démosle mas tiempo para arrepentirse, tal vez en otra estación mejor dará los frutos que ahora niega.—Así habla la misericordia de Dios en favor tuyo, y no contenta con esperarte, ella misma te sale al encuentro tendiéndote sus brazos. Tal vez tú no lo conoces, pero yo te aseguro que esos remordimientos que padeces, esa pesadumbre que experimentas, esa tristeza continua que no puedes, por mas que hagas, sacudir de tí, son avisos, son gritos que la misericordia divina te da, para que

mires por tu alma antes no se acabe el tiempo. ¿Negarás que uno y otro día estás oyendo estos avisos amorosos y estos gritos tiernos? ¿Negarás que hasta ahora tú los has despreciado, tú les has hecho el sordo? ¿Negarás que, en pena de tanta dureza y obstinación, merecias que Dios cortase el frágil hilo de tu vida, y te dejase hundir en el abismo? Pues si no lo hace, si te espera, si te llama, ¿cómo estás todavía vacilando? ¿cómo dudas si querrá perdonarte? Este buen Padre que tan amorosamente te llama, ¿podrá rechazarte cuando te vea humillado á sus piés? Este Pastor compasivo que tanto tiempo há te busca, ¿podrá negarte el perdón cuando compungido te presentes á él?

¡Oh no! dirá tal vez algun pecador, yo no dudo de que Dios quiere perdonarme, porque sé que su bondad no tiene límites, y que su misericordia es infinita. Cuando considero su bondad siento en mi corazón un rayo de esperanza que me alienta; pero cuando después vuelvo la vista á mi fragilidad, desmayo, pierdo el ánimo, y tengo por cosa casi imposible el convertirme. ¡Oh cuántos obstáculos se oponen á mi conversión! ¡El mundo me tiene atado con sus cadenas!... ¿cómo lo haré para romperlas? ¡La costumbre de pecar es en mí tan antigua!... ¿qué haré para desarraigarla? ¡Las pasiones están tan vivas!... ¿qué medio tengo para enfrenarlas?—¿Lo has dicho todo? ¿Tienes algo que añadir? Dilo todo, carísimo, que yo te escucho con atención. ¡Qué! ¿callas? ¿no tienes ya otras dificultades que oponerme? Óyeme atentamente, y verás como disipo tus temores, del mismo modo que el viento disipa el humo.

Dices que no sabes cómo deshacerte del mundo, porque te tiene atado con cadenas que no se pueden romper.—¿No se pueden romper? ¿Cómo lo hacen, pues, tantas almas generosas que lo desprecian, le escupen, y se lo ponen bajo sus piés?

¿No ves cuántas doncellitas viven apartadas de él, sin que jamás hayan honrado con su asistencia sus espectáculos, sus diversiones y sus fiestas? ¿No ves cuántos jóvenes van rompiendo los lazos con que los tenía atados, y á semejanza de la palomita escarmentada, van á buscar un asilo en la soledad? ¿No ves cuántas personas, tanto del uno como del otro sexo, van desengañándose de él cada día, comprendiendo que todos sus bienes son ilusión, humo y vanidad? Y bien, te dice el Padre san Agustín, ¿no puedes hacer tú lo que hacen estos? *Non poteris quod isti et istæ?* Ellos renuncian al mundo con todos sus placeres, ¿y tú no podrás renunciarlo? Ellos viven apartados de sus peligros y ocasiones, ¿y tú no podrás? ¿Es que te figuras que, en llegando á privarte de las satisfacciones que él te proporciona, pasarás una vida triste y apesadumbrada? También les parecía á los hebreos, cuando salieron de Egipto, que privados de los ajos y cebollas de aquel país, iban á morir de hambre en el desierto; y tanto les dolía esta privación, que pidieron á Moisés les volviese á la esclavitud de la que con tantos prodigios les había sacado. Pero tan pronto como entraron en la tierra de promisión, y comenzaron á disfrutar de aquel nuevo paraíso, olvidaron los ajos y cebollas de Egipto, y no se acordaron más de aquel país sino para aborrecerlo y detestarlo. Igualmente, pecador, á tí te parece que el día que llegases á renunciar las vanas satisfacciones del mundo, adios alegría, adios satisfacción y contento; pero ¡ah! una vez hubieses gustado las dulzuras de la virtud y las satisfacciones inefables con que Dios regala á los nuevamente convertidos, pronto pondrías en olvido al mundo con sus vanidades, ni te acordarías ya de él sino para llorar los años que pasaste en su esclavitud. ¿Que no me crees? Pregúntalo á los que se han convertido, y ellos te lo dirán.

No es solo el mundo, me parece te oigo decir, quien se opo-

ne á mi conversion, sino que se atraviesan tambien mis propias pasiones, acostumbradas de mucho tiempo á campar sin sujecion y sin freno. ¿Cómo lo haré para domarlas?—¿Cómo? Del mismo modo que lo hacias en el tiempo de tu inocencia, pues bien te acuerdas de que en la historia de tu vida hay una época dichosa, en que tus pasiones estaban enteramente sujetas al dominio de tu voluntad. ¿Qué hacias entonces? Acudias á Dios, llamabas á tu auxilio á su bendita Madre, frecuentabas los Sacramentos, apartabas las ocasiones, mortificabas los sentidos, eras pronto en sujetar la concupiscencia luego que advertias sus primeros movimientos. ¿Son cosas estas que no puedas practicar ahora? No: para ponerlas en práctica no se requiere mas que una voluntad fuerte y decidida. La costumbre de pecar no es en tí ni mas imperiosa ni mas antigua de lo que era en san Agustin: él mismo confiesa que el vicio le tenia atado como con cadenas de hierro, y que despues de treinta años de desórdenes, la castidad habia llegado á parecerle una cosa imposible. Sin embargo, cuando trató de veras de convertirse á Dios, vió que la cosa no era tan difícil como se habia figurado, y conoció por experiencia propia que, cuando verdaderamente se quiere, las pasiones callan, enmudecen y están sujetas al dominio de la razon.

Disipemos ya la ilusion de muchos pecadores sobre la gran dificultad que les parece hay en practicar los medios convenientes para lograr una conversion verdadera. Casi todo el trabajo se reduce ¿á qué? á hacer una buena confesion. ¡Oh qué empresa tan ardua! me parece les oigo exclamar: ¡oh qué paso tan difícil! ¿Cómo ha de ser posible practicar todo lo que se requiere para esto? ¿Es posible recordar todos los pecados cometidos en una tan larga série de años? ¿Es posible declarar al confesor unas culpas, cuya sola memoria hace subir los colores al rostro? ¿Es posible?...—Callad, callad, que no pue-

de hablar con acierto quien, como vosotros, está todo poseido del temor.

A vosotros os da mucho cuidado el recordar todos los pecados; pero ¿por ventura Dios os obliga á ello? ¿Habeis leído en algun moralista que quien se examina para hacer una confesion de muchos años, tiene obligacion de recordarlos todos uno por uno? ¿Lo habeis oído á algun predicador? No, antes todos os dicen que los pecados que, despues de un diligente exámen, no vienen á la memoria, quedan perdonados indirectamente por la eficacia de la gracia, que es incompatible con ninguno de ellos. Por lo que hace al rubor de confesarlos, cualquiera os dirá que no es mas que una aprehension de niños. Tan léjos está de que el confesor se admire de vuestras flaquezas, y os reprenda amargamente por ellas; que al contrario, vuestra misma miseria le moverá á compasion, y hará que os trate con mas dulzura y amabilidad. Yo juzgo del corazon de los otros por el mio; y os aseguro que el dia que me viene un gran pecadorazo á los piés, siento por él una compasion y ternura, que no experimento por las mismas personas de gran virtud. Me explicaré, haciendo práctico el caso.

Asiéntome al confesonario, y al abrir la ventanilla de un lado, oigo á un hombre que llora y suspira. ¿Qué tienes, hijo mio? ¿Qué es lo que te hace suspirar?—¡Ay! padre, me dice, estoy perdido... soy un gran pecador... si V. no se compadece de mí...—Ánimo, hijo, ánimo, que yo estoy aquí para consolarte. ¿Quieres hacer una confesion?—Padre, no tengo valor para comenzarla, quisiera, pero... ¡estoy perdido!—¡Qué perdido! ¿no vienes con deseos de confesarte bien? Vamos, comienza inmediatamente la confesion, que yo te ayudaré á hacerla. Animado un poco el pobrecito, comienza á desenvolver su conciencia, declarando cosas que hacen estremecer. Llega poco á poco á un cierto pecado, al pecado que le ha-

ce mas impresion, y... Padre, dice, no puedo continuar, no tengo valor para decir lo que ahora sigue. — ¿Cómo no tienes valor? Te mando que me lo digas todo inmediatamente. ¿Piensas decirme algo que no lo haya oido cien veces? Acuérdate que me has llamado padre; y yo voy á tratarte con tal amor, que te acordarás de mí todos los dias de tu vida. — Pero ¿y la penitencia? — Te la impondré tan ligera como lo sufra la justicia; y si tú no puedes cumplirla por tí solo, yo, hijo mio, yo cargaré sobre mí una parte de ella. — Así, cristianos, tráto yo á los pecadores que Dios me envia, y así creo que tratan á los suyos todos los demás confesores.

No sé si me engaño; pero el corazon me dice que hoy he de conseguir la conversion de alguno de vosotros. Porque ¿qué puede ya impedir vuestra conversion? ¿La multitud y enormidad de vuestras culpas? Visto habeis que en Dios teneis un Padre que os espera, os llama, y desea vivamente perdonaros. ¿Podrá impedir la el conocimiento de vuestra flaqueza? Mostrado os he que con el auxilio de la gracia seréis mas fuertes de lo que pensais. ¿Podrá impedir la dificultad que ofrece una confesion de muchos años? Acabo de haceros ver que esa dificultad no es tan grande como os la pinta la imaginacion. Haced la prueba, y despues me lo sabréis decir. Amen.

### TERCER DOMINGO DE CUARESMA.

*Quien lea con un poco de atencion el evangelio de este domingo encontrará en él tres ó cuatro cosas muy notables: la curacion milagrosa de un hombre poseido de un demonio que le impedia hablar; la calumnia que los fariseos levantaron á Jesucristo, atribuyendo aquella curacion al poder de Belcebú, príncipe de los demonios; la descripcion que el mismo Salvador hizo del demonio impuro, y finalmente el estado infelicitísimo á que, segun el mismo, queda reducida una alma que, despues de haber recobrado la gracia, vuelve á caer en nuevas culpas. Aunque, como desde luego se ve, de aquí se pueden sacar varios asuntos, como son el callar los pecados en la confesion, la malicia de la murmuracion, los daños de la impureza, y los peligros de la reincidencia en el pecado; sin embargo, parécenos que lo mas natural, y al mismo tiempo lo mas conforme al espíritu de la Iglesia es, atenderse al primer asunto, es decir, al que trata de los que por vergüenza callan sus pecados en el tribunal de la Penitencia.*

*Este es el grande asunto que los curas deben tratar, particularmente en la Cuaresma, empleando cuantos argumentos les sugiera su celo é ilustracion para desvanecer la aprehension y temor que muchos tienen en declarar sus culpas, y que son causa de un sinnúmero de atentados y sacrilegios. No teman, no, los curas insistir demasiado sobre este punto: cuando les parecerá haber dicho sobre él cuanto hay que decir, tengan por cierto que aun no habrán dicho lo bastante: cuando se figurarán que, á*

ce mas impresion, y... Padre, dice, no puedo continuar, no tengo valor para decir lo que ahora sigue. — ¿Cómo no tienes valor? Te mando que me lo digas todo inmediatamente. ¿Piensas decirme algo que no lo haya oido cien veces? Acuérdate que me has llamado padre; y yo voy á tratarte con tal amor, que te acordarás de mí todos los dias de tu vida. — Pero ¿y la penitencia? — Te la impondré tan ligera como lo sufra la justicia; y si tú no puedes cumplirla por tí solo, yo, hijo mio, yo cargaré sobre mí una parte de ella. — Así, cristianos, tráto yo á los pecadores que Dios me envia, y así creo que tratan á los suyos todos los demás confesores.

No sé si me engaño; pero el corazon me dice que hoy he de conseguir la conversion de alguno de vosotros. Porque ¿qué puede ya impedir vuestra conversion? ¿La multitud y enormidad de vuestras culpas? Visto habeis que en Dios teneis un Padre que os espera, os llama, y desea vivamente perdonaros. ¿Podrá impedir la el conocimiento de vuestra flaqueza? Mostrado os he que con el auxilio de la gracia seréis mas fuertes de lo que pensais. ¿Podrá impedir la dificultad que ofrece una confesion de muchos años? Acabo de haceros ver que esa dificultad no es tan grande como os la pinta la imaginacion. Haced la prueba, y despues me lo sabréis decir. Amen.

### TERCER DOMINGO DE CUARESMA.

*Quien lea con un poco de atencion el evangelio de este domingo encontrará en él tres ó cuatro cosas muy notables: la curacion milagrosa de un hombre poseido de un demonio que le impedia hablar; la calumnia que los fariseos levantaron á Jesucristo, atribuyendo aquella curacion al poder de Belcebú, príncipe de los demonios; la descripcion que el mismo Salvador hizo del demonio impuro, y finalmente el estado infelicitísimo á que, segun el mismo, queda reducida una alma que, despues de haber recobrado la gracia, vuelve á caer en nuevas culpas. Aunque, como desde luego se ve, de aquí se pueden sacar varios asuntos, como son el callar los pecados en la confesion, la malicia de la murmuracion, los daños de la impureza, y los peligros de la reincidencia en el pecado; sin embargo, parécenos que lo mas natural, y al mismo tiempo lo mas conforme al espíritu de la Iglesia es, atenderse al primer asunto, es decir, al que trata de los que por vergüenza callan sus pecados en el tribunal de la Penitencia.*

*Este es el grande asunto que los curas deben tratar, particularmente en la Cuaresma, empleando cuantos argumentos les sugiera su celo é ilustracion para desvanecer la aprehension y temor que muchos tienen en declarar sus culpas, y que son causa de un sinnúmero de atentados y sacrilegios. No teman, no, los curas insistir demasiado sobre este punto: cuando les parecerá haber dicho sobre él cuanto hay que decir, tengan por cierto que aun no habrán dicho lo bastante: cuando se figurarán que, á*

fuerza de inculcar siempre lo mismo, se hacen ya importunos y molestos, el día menos pensado hallarán que, despues de tantas excitaciones, todavía hay quien por vergüenza no ha declarado sus pecados en la confesion. Pero no conviene tratar este asunto con acrimonia : es menester tener en cuenta la miseria humana : las reprensiones, las amenazas, las invectivas no son los medios mas aptos para alentar corazones apocados y abatidos : la razon, la dulzura, la caridad son los mejores expedientes para inspirar aliento á un pecador acobardado, y lograr de él que declare sinceramente sus faltas, á pesar del amor propio, de la timidez natural y de los artificios del demonio. Creemos que el sermon que á continuacion vamos á poner, trata esta materia en los términos mas propios y convenientes.

### Vergüenza de confesar los pecados.

Erat Jesus ejiciens dæmonium, et illud erat mutum. (Luc. xi, 14).

La Iglesia nos recuerda hoy una historia, que no parece tener otro objeto que el de alentar á ciertos pecadores tímidos, que por vergüenza no se atreven á declarar sus pecados en la confesion. La historia es la siguiente: En ocasion que el Salvador venia de convertir una famosa pecadora en casa de un fariseo llamado Simeon, le fue presentado un hombre mudo, y se le suplicó que, compadeciéndose de él, se dignase curarle. Miróle el bondadosísimo Salvador, y conociendo que su mudéz provenia, no de algun defecto físico de la lengua, sino de un horrible demonio que tenia dentro, y no le dejaba hablar, ¿ qué hizo? mandó al demonio que saliese, y apenas hubo salido, hé aquí que el mudo se puso á hablar con la mayor soltura y expedicion : *Cùm ejecisset dæmonium, locutus est mutus.*

¿Qué pensais significa este hombre hecho mudo por arte del demonio? Es la figura mas expresiva de los cristianos que rehusan declarar sus pecados en el sacramento de la Penitencia, á quienes el demonio ata la lengua, infundiéndoles una vergüenza tan ridícula como criminal. ¡Oh y cuántos de estos mudos hay entre los cristianos! ¡cuántos convierten la confesion en un enorme sacrilegio por no saber vencer la vergüenza que el demonio les sugiere! Tal vez muchos de vosotros sois de este número, tal vez hay en este auditorio quien, vencido de la vergüenza, ha ido callando sus pecados en cuantas confesiones ha hecho, y aun piensa callarlos en la que hará en esta Cuaresma. Si realmente hubiese alguno, óigame con atencion, que voy á decirle cosas que tal vez le animarán. La vergüenza de confesar los pecados tiene tres cualidades que la hacen despreciable á los ojos de cualquiera persona sensata : es ridícula en sí misma, es perjudicial al que se deja dominar de ella, y es injuriosa á Dios. Es ridícula en sí misma, porque no tiene ningun motivo ni fundamento razonable : es perjudicial al que se deja dominar de ella, porque le ocasiona grandes males y le priva de inestimables bienes : es injuriosa á Dios, porque induce á desobedecer sus preceptos, á cometer grandes sacrilegios, y á mentir descaradamente al Espíritu Santo. Haga Dios que estas verdades que voy á explanar, os animen á todos á confesaros bien, declarando todos vuestros pecados con toda franqueza, sinceridad y distincion.

Vosotros debeis suponer que cuando yo califico de ridícula la vergüenza que os impide declarar los pecados en la confesion, no lo hago á la ligera, sino teniendo en cuenta todas las razones, todas las causas que de ella me podeis alegar. En efec-

to : yo examino uno á uno todos los motivos que podeis tener para avergonzaros de manifestar sinceramente vuestras culpas al confesor ; tomo en consideracion la flaqueza humana, la timidez natural, el amor propio, y el deseo innato de la propia reputacion : me hago cargo de que hay ciertos pecados cuya manifestacion repugna á la naturaleza pervertida, hiere en lo mas vivo al orgullo humano, y pone en tortura la propension natural que todos tenemos á huir la nota de reo y pecador. ¿ Quereis mas ? Pues en todo esto, lo digo francamente, no encuentro nada, nada absolutamente que pueda llamarse motivo razonable para avergonzarse de confesar los pecados. Para que lo comprendais del mismo modo que yo lo concibo, entremos en detalle.

Decidme, vosotros, á quienes la vergüenza cierra la boca en el tribunal de la Penitencia : ¿ por qué no osais confesar vuestras culpas ? ¿ Es por causa de su enormidad ? Si así fuese, escuchad una reflexion. Tal vez vuestras culpas no son tan enormes como vosotros os imaginais. Sucede á veces que uno por ignorancia se forma una conciencia falsa, y tiene por delito muy grave una cosa que en realidad no es mas que una vana aprehension. A mí me ha sucedido no pocas veces hallar penitentes sencillos que confesaban como grandes crímenes unas cosas que, bien examinadas, no eran mas que puras bagatelas. Pudiera ser tambien que el demonio, á fin de inspiraros miedo y rubor, abultase vuestras culpas, representándooslas mucho mas graves de lo que realmente son, como lo hizo con el desgraciado Cain, á quien ponderó tanto el asesinato de su hermano Abel, que le hizo creer que para él ya no podia haber perdon. *Major est iniquitas mea, quàm ut veniam merear*<sup>1</sup>. En fin acaece frecuentemente que un pecado,

<sup>1</sup> Gen. iv, 13.

de sí muy grave, pierde mucho de su malicia, por razon de las circunstancias que le acompañan. La ignorancia, la irreflexion, una tentacion muy fuerte, la fogosidad de las pasiones son cosas que atenúan bastante la enormidad de una culpa, y rebajan algunos grados de su malicia. ¿ Y no pudiera muy bien ser que en vuestros mayores pecados hubiesen concurrido todas ó algunas de estas circunstancias ?

Mas, supongamos que vuestros pecados sean efectivamente muy enormes, ¿ ignorais que el sacramento de la Penitencia fue principalmente instituido para los grandes pecadores, y que Dios se complace muy particularmente en hacer brillar sobre ellos la grandeza de su misericordia ? ¿ Cuál es entre vosotros el que ha cometido tantas y tan grandes culpas como un san Agustin, un san Pablo, y una María Magdalena ? Aun cuando fuéreis tan culpables, que hubiéreis cometido los pecados de todos los pecadores que hay en la tierra, los de todos los réprobos que padecen en el infierno, y los de todos los demonios juntos, Dios quiere perdonaros, y os perdonará efectivamente desde el momento que los declareis debidamente al confesor.

El rehusar declarar nuestras culpas, diréis vosotros, no es tanto por su enormidad, cuanto por la confusion que se siente al exponerlas al sacerdote. — Esa confusion, carísimos, es muy justa, es muy debida ; pues no hay cosa mas vergonzosa que el pecado. La declaracion de las culpas debe hacerse con una santa confusion : y si vosotros las confesáseis con frescura, con desvergüenza y descaro, como hacen algunos, daríais á conocer que no os hacen ninguna impresion, y que por lo mismo sois indignos de que se os absuelva. Hay una confusion, dice el Espíritu Santo, que es buena, saludable y gloriosa ; y hay otra que es perversa, criminal y detestable : *Est confusio adducens gloriam et gratiam, et est confusio adducens pecca-*

tum<sup>1</sup>. La primera es la que siente todo pecador verdaderamente arrepentido : la segunda es la que impide declarar los pecados al ministro del Señor. De esta nos precave el mismo Espíritu Santo, añadiendo : No te avergüences de confesar tus pecados, y por la salud de tu alma, no tengas por ignominia el declarar al sacerdote la verdad de lo que has hecho : *Non confundaris confiteri peccata tua. Pro anima tua, ne confundaris dicere verum*<sup>2</sup>. Porque, dime, ¿quién es ese sacerdote para causarte tanto rubor y confusion el decirle tus pecados? ¿Es algun Ángel? ¿es algun Santo del cielo? ¿es algun hombre confirmado en gracia? No : es un hombre concebido en la culpa, capaz de cometer las mas grandes iniquidades, reo tal vez de delitos mayores que los tuyos.

Esto no obstante, me diréis, él en vista de nuestros grandes pecados, puede tratarnos con dureza, y desecharnos con severidad. — Os equivocais, no puede hacer tal, á menos que tenga enteramente olvidada su obligacion, y esté del todo despojado de la caridad y mansedumbre que deben caracterizar á todo ministro de Jesucristo. Él debe recibirnos como Jesucristo recibia á los pecadores y á las pecadoras, á quienes jamás sonrojó ni hizo bajar la cara, por mas feos y abominables que hubiesen sido sus delitos. Vosotros al principio de la confesion le llamais *padre* ; y él debe tener para con vosotros entrañas de tal, tratándoos con toda dulzura y amabilidad, á fin de engendraros por este medio en Jesucristo. ¡Ay del confesor que se atreviese á desecharos con maneras ásperas y bruscas! Seria responsable á Dios del daño que haria á vuestra alma, y cargos tremendos se le harian por ello en el dia de la cuenta. De mí os aseguro que, si supiese haber alguna vez atropellado en el confesonario á algun pecador, el

<sup>1</sup> Eccli. iv, 25. — <sup>2</sup> Ibid. 24, 31.

remordimiento no me dejaria vivir, y esperaria con horror la hora de comparecer al tribunal de Dios.

Con todo, replicaréis vosotros, aunque el confesor no tome con nosotros una actitud destemplada, puede diferirnos la absolucion, y privarnos entre tanto de comulgar. — Si así conviene para vuestro bien, ¿qué inconveniente hay en que lo haga? ¿No es mejor quedarse algunos dias sin absolucion, que cargarse la conciencia con un horrendo sacrilegio? Yo no sé qué manía teneis algunos en querer que siempre se os absuelva sobre la marcha. Si un médico, á quien fuéseis á consultar sobre una gravísima enfermedad, os dijese : Para curar vuestra enfermedad puedo daros dos medicinas, una desde luego, y otra despues de algunos dias de dieta y preparacion, advirtiendole que la primera es muy arriesgada, y probablemente os hará mas daño que provecho ; pero la segunda es del todo cierta, é indudablemente os dará la salud : ¿cuál de las dos medicinas elegiríais? ¿no es claro que la segunda? Pues si el confesor os dice, que para recobrar la salud del alma es mucho mejor diferir por algunos dias la absolucion que recibirla luego, ¿por qué no habeis de sujetaros á su parecer? Dejad el cuidado de vuestra alma á este médico espiritual, que él sabe lo que os conviene ; y si os abandonais enteramente en sus manos, yo os aseguro que pronto os hallaréis en estado de ser absueltos, y admitidos á la sagrada mesa.

Así lo creo, habrá quien piense, pero será á condicion de aceptar una buena penitencia. — Si el confesor os impusiera una buena penitencia, no tendríais sino molivos para quedarle muy agradecidos, porque cuanto mas fuerte os la impondria, mas cumplida seria la satisfaccion que de presente daríais á Dios, y menos os quedaria por satisfacer en el purgatorio. Pero ¿creeis que el confesor ha de mostrarse inhumano en la imposicion de la penitencia? A no ser que tengais por

inhumanidad el que se os impongan algunas partes de Rosario, algunos actos de mortificación, alguna frecuencia de Sacramentos, etc., podeis estar seguros que no. Él sabrá acomodar la penitencia á vuestra edad, estado y posicion; y primero cargará una parte de ella sobre sí, primero os la dejará por hacer en la otra vida, que no os la impondrá superior á vuestras fuerzas. En esta parte podeis descansar; porque ordinariamente los confesores mas propendemos á la suavidad y blandura, que al rigor y á la severidad, sabiendo aquello que dice san Juan Crisóstomo: Mas vale tener que dar cuenta á Dios por haber sido muy misericordiosos, que por haber sido demasiado severos: *Melius est propter misericordiam Deo rationem reddere, quàm propter severitatem*<sup>1</sup>. Y en efecto, si alguna vez nos molesta el escrúpulo sobre la pena impuesta á algun pecador, no es por haber sido con él demasiado rigurosos, sino por haber sido sobrado benignos é indulgentes.

Por lo dicho hasta aquí podeis conocer cuán infundado es ese temor que os impide declarar ciertos pecados en la confesion: por lo que voy á decir comprenderéis cuán perjudicial es á vuestras almas. Suponed que uno de vosotros viene callando desde mucho tiempo cierto pecado mortal por temor ó vergüenza, ¿cuáles han sido las consecuencias de este silencio vergonzoso? Me estremezco al pensarlo. La primera y mas inmediata ha sido, quedar privado por todo este tiempo del perdon de sus pecados, no solo de aquel que calló, sino tambien de los que manifestó al confesor. La razon es óbvia, porque, no pudiendo él conseguir el perdon de un pecado mortal sin conseguir el de todos, por ser la gracia incompatible con ninguno de ellos, resulta que, ya que él no queda per-

<sup>1</sup> Chrys. Hom. 43 in Matth.

donado de aquel pecado que mantiene oculto, tampoco lo queda de aquellos que manifiesta, y pone por materia de sus confesiones. Así como un enfermo que tiene un depósito de materias indigestas, en tanto que no las arroja de sí ó con un vomitorio ó con una purga, no logra la salud, por mas médicos que consulte, y por mas medicinas que tome, porque ellas hacen inútiles todos los recursos del arte; del mismo modo este infeliz, por mas confesiones que haga, por mas absoluciones que reciba, no consigue el perdon de ninguna culpa en tanto que no saca fuera aquella que por vergüenza tiene escondida en su corazon, porque ella vuelve inútiles cuantas confesiones hace, é infructuosas cuantas absoluciones recibe.

Pero ¿qué digo infructuosas? Perjudiciales debo decir, pues todas sus confesiones no son otra cosa que otros tantos sacrilegios, otras tantas profanaciones del Sacramento, otros tantos abusos de la sangre de Jesucristo. Él creeria hacer un gran pecado si dejase de confesar á lo menos por la Cuaresma, y no advierte el infeliz que, confesándose mal, no solo comete un pecado, sino muchos; no solo peca contra la obediencia debida á la Iglesia, sino contra el honor y el respeto que es debido á Dios: resultando de aquí, que mucho mas le valiera no confesarse, que confesarse del modo que lo hace; y que mas culpable es confesándose, que no lo sería si del todo dejase de confesar.

Él no deja de conocerlo, y de aquí esa inquietud en que vive, esa agitacion que experimenta, esos remordimientos que padece en tanto que no confiesa aquel pecado que es su eterna pesadilla. Así como el enfermo de quien os he hablado, mientras no echa fuera las materias indigestas que tiene en el estómago, siente un malestar continuo, unas ansiedades perennes que no le permiten sosiego ni descanso; así este miserable no vive, no reposa, ni sosiega mientras no saca

fuera aquel pecado que hasta ahora no ha osado confesar. ¿Y cómo quereis que viva y sosiegue, teniendo continuamente á la vista la imágen espantosa de un mónstruo tan abominable? Un hombre que llevase una horrible culebra escondida en el seno, ¿podria dormir? Uno que supiese tiene un formidable dragon domiciliado en las entrañas, ¿podria descansar? Pues este es el caso del que por vergüenza calla un pecado: lleva una horrible serpiente oculta en el alma, tiene un formidable dragon domiciliado en el corazon.

Lo peor que hay en esto es, que el miserable corre riesgo inminente de que nunca eche de sí tales mónstruos, y al último muere impenitente. ¿Os horrorizais? La prueba es sensible. A medida que él adelantará en edad, aumentará tambien su vergüenza, crecerá su rubor, se multiplicarán sus pecados y sacrilegios. Ahora es uno el pecado que no se atreve á confesar, despues serán muchos: al presente son algunas las confesiones y comuniones sacrílegas que ha hecho, con el tiempo serán innumerables. ¿Se resolverá á lo menos á repararlo todo en aquella última confesion que hará antes de morir? Esto podria esperarse, si entonces el demonio se estuviese dormido; pero ¡ah! que no será así: el demonio redoblará entonces sus ataques, le representará mas vivamente la malicia y fealdad de sus culpas, le inspirará una vergüenza casi invencible para confesarlas: él callará, él morirá, él bajará con sus pecados á los infiernos. ¡Cuántos ejemplos nos refieren las historias de personas que, habiendo callado sus pecados en las confesiones que hicieron estando en salud, los callaron tambien en la que hicieron en la hora de la muerte, y murieron condenadas! Este es el fin desastroso á que suele conducir esa maldita vergüenza de confesar ciertas culpas; desastre que nada tiene de extraño, si se atiende á la grande injuria que dicha vergüenza irroga á Dios.

Para que veais cómo mira Dios la resistencia que se hace á confesar el propio pecado, me valdré de dos hechos memorables que nos refiere la Escritura santa. Pecaron nuestros primeros padres comiendo el fruto del árbol prohibido, y no obstante que aquella culpa estuvo revestida de muchas circunstancias que la hicieron subir al grado mas alto de malicia y perversidad, Dios se la perdonó misericordiosamente, sin darles otro castigo que el sufrir las mismas molestias que hubieran tenido que tolerar, si no hubieran sido criados en la justicia original. Pecó despues su hijo Cain dando muerte á su hermano Abel, y no obstante que cometió aquel fratricidio cegado por la pasion de la envidia, Dios no se lo perdonó, antes pronunció contra él una maldicion eterna. ¿Por qué, pregunto yo ahora, Dios perdonó á Adan y á Eva su inobediencia, y no quiso perdonar á Cain el fratricidio? Tomad la Escritura, y allá lo veréis. Adan y Eva confesaron humildemente su culpa, diciendo al Señor cuando los reprendia: *Comedi*<sup>1</sup>, verdaderamente, Señor, somos culpables, hemos comido el fruto prohibido, no hay por que negarlo. ¿Y Cain que hizo? Cuando Dios le echó en cara la muerte de Abel, negó descaradamente el hecho, diciendo: *Nescio*<sup>2</sup>, no sé de qué me hablais, soy inocente del delito que se me imputa, no soy yo el guardian de mi hermano para que haya de dar cuenta de él. — Con esta negativa de Cain se creyó Dios mas altamente injuriado que con el mismo homicidio que acababa de cometer: esta resistencia que el infeliz hizo á confesar su culpa, encendió su colera y le obligó á proferir contra él aquellas terribles palabras: *Maledictus eris*<sup>3</sup>, seas eternamente maldito.

Cuidado, cristianos, en no haceros participantes de la eterna maldicion que cayó sobre Cain. A Dios le irritan mucho

<sup>1</sup> Gen. III, 12. — <sup>2</sup> Ibid. IV, 9. — <sup>3</sup> Ibid. 11.

vuestras culpas, pero le irrita todavía mas esa obstinacion que algunos mostrais en no querer confesarlas. Si las confesais, por muchas, por enormes que sean, él es bastante fiel y justo para perdonáros las todas, como asegura san Juan : *Si confiteamur peccata nostra, fidelis est et justus, ut remittat nobis peccata nostra*<sup>1</sup>; pero si no las confesais, él es tambien bastante justo y fiel para cumplir la palabra que tiene dada de no perdonáros las eternamente : *Quorum retinueritis, retenta sunt*<sup>2</sup>. Animaos, pues, á confesarlas, venciendo esa vergüenza que, como acabo de manifestaros, es infundada en sus motivos, injuriosa á Dios, y perjudicial á vuestras almas. Así espero lo haréis en esta Cuaresma, de modo que el dia que os presentaréis á confesar podais decir á Dios con toda verdad : ¡Ah, Señor! aunque al manifestar mis pecados siento cubrirse el rostro de rubor y confusion, Vos veis que hago una confesion ingénua, franca y sincera : *Operuit confusio faciem meam. Tu scis confusionem meam*<sup>3</sup>. Amen.

<sup>1</sup> I Joan. I, 9. — <sup>2</sup> Joan. xx, 23. — <sup>3</sup> Psalm. lxxviii, 8, 20.

#### CUARTO DOMINGO DE CUARESMA.

Con solo correr la vista sobre el evangelio de este dia se ve, que de él pudieran sacarse tres sermones muy excelentes, y que tendrian la gran circunstancia de la oportunidad. El uno seria sobre el cumplimiento pascual, y se deduciria del texto que dice : *Erat autem proximum Pascha dies festus Judæorum*. El otro versaria sobre la comunión sacrilega, y se inferiria de aquellas palabras : *Acceptit ergo Jesus panes, et distribuit discumbentibus*. El último recaeria sobre la huida de las ocasiones, y se le daria por tema : *Abiit Jesus trans mare Galilææ... et sequebatur eum multitudo magna*. Como hemos dicho, todos estos sermones son muy oportunos para predicarse en este dia, mas siendo forzoso limitarse á uno solo, damos la preferencia al último. Hélo aquí :

#### Fuga de las ocasiones.

Abiit Jesus trans mare Galilææ...  
et sequebatur eum multitudo magna. (Joan. vi, 1).

La Iglesia, que no tiene otro anhelo en este tiempo de Cuaresma que el de mostrar á los pecadores todos los pasos que han de dar para llegar á una verdadera conversion, despues de haberles propuesto en el domingo pasado el triste espectáculo de un hombre hecho mudo por el demonio, figura de los que callan sus pecados en la confesion, les pone hoy á la vis-

vuestras culpas, pero le irrita todavía mas esa obstinacion que algunos mostrais en no querer confesarlas. Si las confesais, por muchas, por enormes que sean, él es bastante fiel y justo para perdonáros las todas, como asegura san Juan : *Si confiteamur peccata nostra, fidelis est et justus, ut remittat nobis peccata nostra*<sup>1</sup>; pero si no las confesais, él es tambien bastante justo y fiel para cumplir la palabra que tiene dada de no perdonáros las eternamente : *Quorum retinueritis, retenta sunt*<sup>2</sup>. Animaos, pues, á confesarlas, venciendo esa vergüenza que, como acabo de manifestaros, es infundada en sus motivos, injuriosa á Dios, y perjudicial á vuestras almas. Así espero lo haréis en esta Cuaresma, de modo que el dia que os presentaréis á confesar podais decir á Dios con toda verdad : ¡Ah, Señor! aunque al manifestar mis pecados siento cubrirse el rostro de rubor y confusion, Vos veis que hago una confesion ingénua, franca y sincera : *Operuit confusio faciem meam. Tu scis confusionem meam*<sup>3</sup>. Amen.

<sup>1</sup> I Joan. i, 9. — <sup>2</sup> Joan. xx, 23. — <sup>3</sup> Psalm. lxxviii, 8, 20.

#### CUARTO DOMINGO DE CUARESMA.

Con solo correr la vista sobre el evangelio de este dia se ve, que de él pudieran sacarse tres sermones muy excelentes, y que tendrian la gran circunstancia de la oportunidad. El uno seria sobre el cumplimiento pascual, y se deduciria del texto que dice : *Erat autem proximum Pascha dies festus Judæorum*. El otro versaria sobre la comunión sacrilega, y se inferiria de aquellas palabras : *Accipit ergo Jesus panes, et distribuit discumbentibus*. El último recaeria sobre la huida de las ocasiones, y se le daria por tema : *Abiit Jesus trans mare Galilææ... et sequebatur eum multitudo magna*. Como hemos dicho, todos estos sermones son muy oportunos para predicarse en este dia, mas siendo forzoso limitarse á uno solo, damos la preferencia al último. Hélo aquí :

#### Fuga de las ocasiones.

Abiit Jesus trans mare Galilææ...  
et sequebatur eum multitudo magna. (Joan. vi, 1).

La Iglesia, que no tiene otro anhelo en este tiempo de Cuaresma que el de mostrar á los pecadores todos los pasos que han de dar para llegar á una verdadera conversion, despues de haberles propuesto en el domingo pasado el triste espectáculo de un hombre hecho mudo por el demonio, figura de los que callan sus pecados en la confesion, les pone hoy á la vis-

ta el edificante ejemplo de una turba que, enamorada de la predicacion de Jesucristo, y atraida de los milagros que le veia obrar sobre los enfermos, le siguió al otro lado del mar de Galilea, país desierto é inhabitado, huyendo, digámoslo así, del trato y comunicacion del mundo : *Abiit Jesus trans mare Galilee, et sequebatur eum multitudo magna.*

¿Por qué Jesucristo condujo las turbas al despoblado? Para enseñarnos que es sumamente peligroso tener trato y comunicacion con el mundo, y que no se puede llegar á una conversion verdadera, sino huyendo cuanto sea posible de las ocasiones y peligros que en él tanto abundan. ¿Comprendeis, pecadores, esta doctrina toda celestial? No, que si la comprendiéseis, no le hariais esa oposicion tenaz que le haceis. Todos los días os estamos diciendo que, sin quitar las ocasiones del pecado, es imposible convertirse sinceramente á Dios; que viviendo en ellas, no es dable conservar la gracia y la virtud, que el huirlas es una obligacion rigorosa, cuyo olvido os hace indignos de la absolucion. ¿Y qué haceis vosotros? Os sublevais contra esta doctrina, tratando de vanos escrúpulos nuestros avisos, calificando de celo indiscreto nuestras exhortaciones, diciendo que exageramos las cosas, y que en las ocasiones no hay tanto peligro como se quiere suponer.

Sé las razones que alegais para probar vuestro aserto, pero sé tambien que están fundadas en suposiciones falsas. Vosotros suponeis tres cosas á cual mas absurda : 1.<sup>o</sup> suponeis que la ocasion no tiene bastante fuerza para haceros pecar : 2.<sup>o</sup> suponeis que á vosotros os sobran las fuerzas para resistir : 3.<sup>o</sup> suponeis que Dios, asistiéndoos con su gracia, no os dejará caer. Escuchadme con docilidad, que confio haceros ver toda la insubsistencia y falsedad de estos principios.

Si máxima hay en el mundo que sea condenada por la fe,

reprobada por la razon y desmentida por la experiencia, es la de los que dicen que la ocasion, considerada en sí misma, no tiene bastante fuerza para precipitar en la culpa. ¿Quién no sabe que ella ha sido el escollo fatal donde han tristemente naufragado tantos hombres santos, que habian resistido al ímpetu de las tentaciones mas fuertes? Nunca se está mas en disposicion de pecar que cuando se está en la ocasion : entonces los sentidos tocan el objeto, y le tocan muy de cerca : entonces la presencia del objeto irrita y pone en movimiento la pasion : entonces para llegar á la ejecucion solo falta un paso. Y cuando solo falta un paso, ¿es posible detenerse, sobre todo empujando la inclinacion natural?

Aquí está el engaño de los que piensan poder tomar de las ocasiones una satisfaccion inocente, sin consentir de modo alguno en el mal. Voy á la comedia, dice uno, no por mal, sino para admirar la agudeza de la invencion, la novedad de los actores, la melodía del canto. Leo aquel libro, dice otro, no por mal, sino para recrearme en la nobleza de los pensamientos, en la elocuencia del estilo, en la belleza de las frases. Trato con aquella persona, dice otro, no por mal, sino solo para disfrutar de su conversacion amena y simpática. ¡Ah, hijos míos! tampoco el pez busca el anzuelo, ni la fiera el lazo que le arma el cazador, sino el cebo que se les pone en aquellos instrumentos; mas ¿dejan por esto de quedar prendidos, y de encontrar la muerte? No os supongo tan perdidos, que crea busqueis el pecado en la ocasion, antes estoy bien persuadido que todos separaríais lo uno de lo otro, si fuesen cosas realmente separables. Pero ¿qué importa que no busqueis el pecado en la ocasion, si de hecho buscáis la ocasion que os precipita en el pecado? Porque uno diga que no quiere quemarse, ¿dejará por esto de hacerlo, si se arroja al fuego?

Pero puede hacer una cosa, diréis, puede ponerse junto al fuego, y mantenerse á cierta distancia, no arrimarse demasiado á él, y luego que siente demasiado calor, retirarse.—¿Y cómo lo haréis esto, puestos en la ocasion?—Nos pondrémos en ella, pero nos prefijarémos ciertos límites, nos mantendrémos á cierta distancia; y si la pasion comienza á exaltarse, al punto nos retirarémos.—No puede negarse, hijos míos, que esa salida es ingeniosa, pero yo os digo francamente que, puestos en la ocasion, no os mantendréis dentro los límites que os habeis prefijado, sino que saltaréis la barrera, y pereceréis. Y para convenceros de esto, idos con el pensamiento al paraíso terrenal, y observad á aquella mujer que acaba de salir de las manos del divino Hacedor. Se está paseando á hora de siesta por aquel delicioso jardin, recreándose con el olor que exhalan las flores, con el sonido agradable que hacen las aguas, y con el canto alegre con que las aves saludan el nacimiento de la naturaleza. Distraida y absorbida en la contemplacion de las maravillas que la rodean, llega sin advertirlo al pié de aquel árbol cuyo fruto le está prohibido comer. Llegada allá, levanta los ojos, descubre por entre el follaje algunas manzanas hermosas á la vista y agradables al paladar, y como fascinada por su belleza, se pone á mirarlas muy despacio: *Vidit mulier quod bonum esset lignum ad vescendum, et pulchrum oculis*<sup>1</sup>. Lárgate, mujer, grita san Bernardo, no te detengas, ¿qué haces ahí contemplando lo que te está prohibido tocar? *Quid spectare libet, quod manducare non licet?*—¡Ah, censor escrupuloso! responde Eva: ¿y qué no ves lo que hago? Miro, pero de aquí no paso: contemplo el fruto, pero no lo toco: *Oculos tendo, non manum*. Mirar un fruto tan bello como este ¿por ventura no

<sup>1</sup> Gen. III, 6.

puede hacerlo cualquiera que tenga ojos en la cara? Dios no me ha dicho que no lo mirara, sino que no lo comiera: *Non est interdictum ne videam, sed ne comedam*.—¿Veis, hijos míos, como Eva tambien se ha prefijado límites? ¿Veis como quiere mantenerse á cierta distancia del pecado? ¿Veis como propone no ir mas allá de lo lícito? Pero ¿qué sucede? que la hermosura del fruto le despierta la gula, le irrita el deseo de gustarla; y ella, como si hubiera perdido el tino, la coge, la come, y se traga la muerte. Pero ¿y los límites?... ¿y los propósitos?... ¡Qué propósitos, ni qué límites! estas son bellas palabras, que pronto quedan desmentidas por los hechos.

Ya está visto, dirá algun libertino, este es un sermón que va á llenarnos á todos la cabeza de escrúpulos. Porque, si el peligro que hay en las ocasiones es tan cierto como se nos dice, y estar en medio de ellas es cosa indispensable á quien, como nosotros, vive en el mundo, será necesario, ó que todos nos hagamos ermitaños, ó que renunciemos para siempre el paraíso.—Ninguna de estas dos cosas es verdad: ni hay necesidad de que os hagais ermitaños, ni de que renunciéis el cielo; sino solo de que seais mas cuerdos y prudentes. Verdad es que en el mundo abundan las ocasiones; pero ¿cuántas pudiérais evitar, si procediéseis con mas cautela y circunspeccion? ¿Qué necesidad hay, por ejemplo, de entrar en esa casa donde sabeis que habeis de luchar con una fuerte tentacion, la cual mas de una vez os ha puesto ya en peligro inminente de perder la gracia? ¿Qué necesidad hay de mezclarse con esa gente que se dice de buen humor, y que en buen romance debe llamarse gente libertina, relajada, perdida, capaz de pervertir el corazón mas bien formado? ¿Qué necesidad hay de leer esos libros reprobados por el moral, y condenados por la Iglesia; libros escritos de intento para descatolizar á la juventud, arruinar la sociedad, y acabar, si

posible fuera, con la Religión de Jesucristo? ¿Qué necesidad hay de entrar en esos teatros, en esas salas de baile, en esas reuniones de uno y otro sexo, donde los sentidos tocan objetos que hacen estremecer la pureza? Todas estas ocasiones, y otras mil que omito por brevedad, ¿no pudiérais evitarlas, aunque vivais en el mundo? ¿Qué decís á esto?

Decimos, respondeis, que V. exagera las cosas, y abulta un tanto el peligro de esas que llama ocasiones del mundo. ¿Y sabe por qué? Porque no las ha visto. Los que no las han presenciado forman de ellas una idea horrible, y las tienen por tentaciones insuperables; mas nosotros que estamos avezados á ellas, las presenciarnos sin que nos hagan ninguna mala impresión. — Antes que os responda, habeis de permitirme os diga quién ha sido el autor de esa vuestra objecion, que si os fuese conocido, tal vez no la hubiérais adoptado. Sabed, pues, que su autor fue Pelagio, heresiarca insigne del siglo V, quien con la mayor desvergüenza escribía á san Jerónimo estas insultantes palabras: Vosotros que vivís encerrados en celdas, y no tratáis con mujeres, sois fuertemente molestados por los impulsos de la carne; y yo que estoy continuamente rodeado de un ejército de ellas, no siento ningun movimiento de la concupiscencia: *Ego etsi fœminarum vallor agnãibus, nullam habeo concupiscentiam.* — ¿Y qué respondía san Jerónimo al autor de este cúmulo de desvergüenzas? Lo mismo que yo contesto á los que, sin saberlo, nos reproducen el argumento de aquel heresiarca. ¿Tú, pues, le decia, vives en medio de las ocasiones mas peligrosas, y no sientes ninguna mala impresión? Estoy dispuesto á creerte siempre que me pruebes una de dos cosas, ó que no eres hijo de Adan, ó que no heredaste su culpa.

Es fuerte cosa que no se quiera conocer el peligro que hay en las ocasiones, cuando vemos que los Santos, que tenían

las pasiones mas domadas y el entendimiento mas ilustrado, las huían tanto, que por no encontrarlas iban á sepultarse en los desiertos. Yo quedo atónito siempre que leo una respuesta que san Jerónimo dió al hereje Vigilancio. Escribía este al Santo, preguntándole: ¿por qué en vez de vivir en las ciudades como la gente culta, preferia habitar en el desierto como las fieras? ¿Qué es, le decia, lo que te mueve á tomar este partido? ¿De qué temes? — ¿Sabes de qué temo? le respondía el Santo, temo de esas ocasiones entre las cuales tú vives: temo la hermosura y el atractivo de las jóvenes italianas: temo las diversiones peligrosas de Roma: en una palabra, temo el encuentro de alguna ocasion. — Pero ¿no ves, instaba Vigilancio, que esto es huir como el soldado cobarde, que rehusa entrar en el combate? — Paciencia, contestaba san Jerónimo, paciencia: debo confesarte que soy débil, que no tengo fuerzas para luchar con enemigos tan valientes; y así prefiero huir y no ser vencido, á ser vencido por no huir. ¿Qué decís á esto, cristianos? San Jerónimo no se siente con fuerzas bastantes para resistir á un encuentro casual, y no buscado, ¿y vosotros frecuentaréis aquella casa sin dar entrada á reos pensamientos, os entretendréis con aquella persona sin traspasar los límites de una cristiana amistad, leeréis aquel libro sin encenderos en deseos impuros? Para que lo crea, es menester me probeis una de dos cosas, ó que no descendéis de Adan, ó que no ha pasado á vosotros su culpa.

Pero, padre, diréis, ¿que no sabe V. que á donde no llegan las fuerzas de la criatura, llega el poder de la gracia? — Hemos llegado, fieles, al paso estrecho en que os esperaba. Os concedo desde luego que la gracia del Señor puede sostenernos en los mayores peligros, como sostuvo á José solicitado de su señora, á Judit amada del brutal Holofernes, á Susana instada de dos jueces impuros; pero ¿os parece cosa ra-

cional que uno se prometa esta gracia del Señor, cuando, contra su expresa voluntad, se pone temerariamente en peligro de ofenderle? ¿Dónde habeis leído que Dios asista con su gracia al temerario que por gusto se pone en la ocasion? Yo no lo he leído ni en la Escritura sagrada, ni en la historia eclesiástica. He leído que Dios preservó á Judit de la lascivia de Holofernes, á Susana de la intemperancia de dos jueces, á un sinnúmero de inocentes vírgenes de la incontinencia de los tiranos; pero es cierto que ninguna de estas heroínas se habia puesto en la ocasion por capricho. A cuantos se han expuesto á ella por gusto y propia voluntad, los he visto abandonados de Dios, y caidos miserablemente en el pecado. Sanson se puso á tratar muy cordialmente con Dálila, ¿qué sucedió? que perdió las fuerzas prodigiosas de que Dios le habia dotado, y vino á ser el escarnio de sus enemigos. Dina se expuso por curiosidad al trato familiar del hijo del rey de Siquem, ¿qué resultó? un pecado que á la una le costó el honor, y al otro la vida. David se entretuvo en mirar muy despacio á la hermosa Betsabé, ¿qué se siguió de aquí? un adulterio que escandalizó á todos sus vasallos. ¿Veis como Dios abandona á los temerarios, que por humor y capricho se ponen á jugar con el peligro?

La razon de esto es, porque, como notan los teólogos, nunca Dios hace milagros para conseguir una cosa que se puede lograr por medios comunes y naturales. Podia él con un milagro curar á Tobías de su ceguera; pero no quiso hacerlo, porque para ello bastaba la virtud natural del hígado de un pez. Podia con un prodigio levantar la piedra que cubria á Lázaro difunto; pero no quiso hacerlo, porque para ello eran buenos los brazos de los circunstantes. Podia salvar á san Pablo del naufragio, transportándole milagrosamente á la playa; pero no quiso hacerlo, porque esta era cosa que podia

hacerla el mismo Apóstol con su industria. Pues, si vosotros podeis por vosotros mismos retiraros de aquella casa, dejar aquel compañero, no comparecer en aquella reunion, cortar las relaciones con aquella persona, ¿por qué pretendéis que Dios haga un milagro para manteneros puros en medio de aquellos incentivos en que voluntariamente os poneis?

¿Sabeis cuando Dios os asistirá con su gracia? Cuando os pongais en la ocasion, ó por obligacion de vuestro oficio, ó por causa de obediencia, ó por motivo de caridad. *Angelis suis mandavit de te, ut custodiant te in omnibus viis tuis.* Dios, os dice David, ha mandado á sus Ángeles que os guarden en todos vuestros caminos. No les ha mandado que os guarden en los precipicios, notad bien esto, sino en los caminos, *in viis*: y en aquellos caminos solamente que, como he dicho, debéis andar ó por razon de vuestro oficio, ó por obediencia, ó por caridad: *in viis tuis.* Si vosotros nunca os apartais de estos caminos, si huís todas las ocasiones en que no teneis necesidad de ponerlos, entonces sí que, si alguna vez involuntariamente os encontrais en algun peligro, Dios acudirá á vuestro socorro, como acudió al de José, al de Susana y al de Judit. Amen.

## DOMINGO DE PASION.

Aunque el cura desde la entrada á la Cuaresma haya recordado á sus feligreses el precepto eclesiástico de la confesion y comunion anual, conforme se lo advertimos en su correspondiente lugar, no estará por demás que, en obsequio de los negligentes y morosos, refresque en este domingo la memoria del dicho precepto, aunque no sea sino en forma de aviso ó advertencia. Para que en pocas palabras pueda decirles cuanto sobre el particular les importa saber, citeles textualmente el decreto del concilio de Letran, el cual está concebido en estos términos: « Todos los fieles de uno y otro sexo, habiendo llegado á la edad de discrecion, confiesen fielmente sus pecados al propio párroco, á lo menos una vez al año; y reciban con reverencia, á lo menos por la Pascua, el sacramento de la Eucaristía, á no ser que, siguiendo el consejo del confesor, por alguna causa razonable juzgasen conveniente abstenerse de él por algun tiempo: y á los que no cumplieren con este precepto priveseles de la entrada á la iglesia durante su vida, y después de su muerte séales negada la sepultura eclesiástica. »

No obstante que el Concilio declara que todo fiel debe confesarse con su propio párroco, el cura haga entender á sus feligreses que, con el fin de impedir sacrilegios, los deja enteramente libres para dirigirse al confesor que mas les agrade, con tal que sea aprobado por el Ordinario: y para que lo tengan mas á la mano, él llamará á algunos confesores forasteros, los mas que pueda, y los mejores que le sea posible hallar.

Después de esto, como la semana de Pasion suele ser la semana de Cuaresma en que mas gente acude á la confesion y comunion, y los que en ella acuden no son por lo general los mas pios y fervorosos, á fin de evitar los sacrilegios que son de temer, hágales hoy una viva pintura de la comunion indigna. Esta pintura es de todo punto necesaria, pues las comuniones sacrilegas son muy comunes en la Cuaresma; y por mas que el cura se esfuerce en hacer conocer su gravedad, siempre suelen quedar algunos Judas que reciben indignamente el cuerpo de Jesucristo. El cura seria muy culpable, si por mirar con negligencia ó descuido este punto, fuese causa de una sola comunion sacrilega. Cabalmente el evangelio de hoy da materia para formar sobre esto un bellissimo discurso, el cual nosotros arreglamos así:

### La comunion sacrilega.

Tulerunt ergo lapides, ut jacerent in eum. (Joan. VIII, 50).

El evangelio que se acaba de leer contiene la historia de una conversacion que el Salvador tuvo en el templo con los judíos, algunos meses antes de morir. Como él sabia el plan que ellos habian formado de darle muerte, quiso mostrarles que, si lo ejecutaban, serian culpables de un atentado inaudito, por cuanto él les habia predicado la pura verdad, y su conducta era intachable. ¿Quién de vosotros, les decia, podrá echarme en cara el mas leve pecado? *Quis ex vobis arguet me de peccato?* Por lo que hace á mi doctrina, nadie es capaz de probar que sea falsa: y no siéndolo, ¿por qué no la seguís?

Vosotros vais á quedar llenos de horror, cuando oigais la respuesta que los judíos dieron á estas preguntas tan modestas é inofensivas. La respuesta que le dieron fue, llenarle de in-

jurias, tratarle de samaritano, es decir, de apóstata, llamarle energúmeno, esto es, poseído del demonio, y ¿lo creeréis? coger piedras para tirárselas: *Tulerunt lapides, ut jacerent in eum.* Por manera que, para librarse de su furor, Jesucristo creyó conveniente hacerse invisible, y salir del templo: *Abscondit se, et exiit de templo.*

Vosotros sin duda os horrorizais de esta conducta infame de los judíos respecto de Jesucristo, mas horrorizaos del modo todavía mas horrible con que muchos cristianos se conducen con él. ¡Ay! Este buen Salvador está realmente en nuestros templos, no solo para instruirnos, como á los judíos, sino para alimentarnos con su propio cuerpo, y darnos á beber su propia sangre; y no obstante ¡cosa horrenda! muchos cristianos, mas crueles que aquellos sanguinarios discípulos de la Sinagoga, le ultrajan en este Sacramento de amor, le tratan del modo mas indigno, recibéndole con una conciencia criminal, y en una alma llena de pecados. ¡Acción monstruosa! ¡sacrilegio horrible! ¿quién me dará palabras para condenaros del modo que merecis? Yo no sabria cómo expresar la horrorosa idea que tengo de la comunión indigna, sino diciendo, que ella es el sacrilegio mas enorme por su naturaleza, el delito mas odioso por sus circunstancias, y el pecado mas funesto por sus consecuencias. Proposición horrorosa, cuya exactitud voy á probaros en todas sus partes.

La comunión sacrilega es por su naturaleza el mas enorme de todos los crímenes, porque es crimen de lesa Majestad divina, y lo es en el grado mas alto que serlo puede. Con decir esto, queda dicho todo, sin que nada se pueda añadir: y si yo añado todavía algunas palabras, no será para decir cosas nuevas, sino para hacer mas clara mi espantosa proposición.

En lo humano se dice crimen de lesa majestad, no todo delito que se comete contra el príncipe, sino solo aquel que se comete directamente contra su persona. Quien roba, quien asesina, quien viola las leyes, comete, sí, grandes crímenes, y dignos de ser castigados severamente, pero no son crímenes de lesa majestad, porque solo ofenden al príncipe indirectamente, y no le tocan, digámoslo así, sino de rechazo. Pero quien insulta á sus ministros, quien perturba sus Estados, quien revoluciona á sus súbditos comete crimen de lesa majestad, porque esto es atacar directamente á su sagrada persona, y ofenderle, si puedo expresarme así, en línea recta. Mas, como ya conoceréis, estos crímenes de lesa majestad no son todos igualmente enormes, ni de consiguiente igualmente dignos de castigo. Despreciar á los ministros del rey, es crimen de lesa majestad, pero en el grado mas bajo: perturbar sus Estados, lo es tambien, pero ya en un grado mas alto: revolucionar á sus súbditos, lo es igualmente, pero de un orden superior: en fin, poner las manos en su misma persona, es el mayor crimen de lesa majestad que pueda concebirse, y para cuyo castigo apenas hay género de muerte que baste.

Del mismo modo, cristianos, hay diferentes grados de crímenes de lesa Majestad divina, todos muy dignos de castigo, pero los unos mas que los otros. Ofender á los ministros de Jesucristo, ó en su honor, ó en su reputación, ó en sus personas, es crimen de lesa Majestad divina, que merece un castigo severo, porque estos son desacatos que resaltan sobre Jesucristo mismo. Portarse con desvergüenza ante la majestad de Jesucristo expuesto en los altares, es crimen de lesa Majestad divina, digno de un castigo mayor, porque la injuria ya le toca mas directamente. Profanar los demás Sacramentos, como el Orden, el Matrimonio, etc., recibidos con mala disposición, es crimen de lesa Majestad divina, digno de un

castigo todavía mas ejemplar, porque el ultraje hiere mas inmediatamente á Jesucristo. Pero sobre todos estos hay uno que es el soberano, el mas atroz, el mas horrible, y es, ¿lo diré? es ultrajar, poner las manos sobre la persona adorable de Jesucristo, como lo hace quien recibe su sagrado cuerpo indignamente. ¡Ah qué injuria! ¡ah qué atentado!

Cuando vosotros oís las injurias que los judíos hicieron á Jesucristo al tiempo de su Pasion, por duro que tengais el corazón, no podeis menos de verter algunas lágrimas de compasion y ternura, mas debéis estar ciertos, sin dudarle un punto, que las injurias que él recibió en su muerte, fueron mucho menores que las que recibe en una comunión indigna; que las penas que toleró en su sagrada Pasion, no le fueron tan sensibles como las que le causan los que le reciben en pecado; y que todos los ultrajes del Calvario no igualaron en amargura á los que los malos cristianos le hacen en el altar. ¿Quereis os haga ver la gran diferencia que hay entre las injurias que sufrió de los judíos, y las que recibe de los cristianos sacrílegos? Será fácil, haciendo comparación entre unos y otros.

Los judíos no conocían quién era Jesucristo cuando le crucificaron; que si lo hubiesen conocido, jamás le hubieran puesto en cruz, como asegura san Pablo: *Si cognovissent, numquam Dominum gloriæ crucifixissent*<sup>1</sup>; mas vosotros, cristianos sacrílegos, vosotros, cuando le recibís en pecado, sabeis quién es, le conoceis bien, y no ignorais que volveis á poner en cruz al mismo Hijo de Dios. Cuando los judíos le maltrataron, él todavía no se hallaba en su estado de gloria y majestad, estaba en cierta manera disfrazado, y no parecia sino un hombre comun y vulgar: *In similitudinem hominum factus, et habitu inventus est homo*<sup>2</sup>; mas vosotros, comulgando indigna-

<sup>1</sup> I Cor. II, 8. — <sup>2</sup> Philip. II, 7.

mente, le maltratais cuando es ya inmortal y glorioso, y venís á hundirle el puñal en el pecho precisamente en el acto de estar él sentado en su trono de majestad y de gloria. En fin, los judíos eran sus enemigos declarados, y en este concepto se comprende fácilmente que le procurasen toda suerte de injurias y tormentos: mas vosotros decís ser sus buenos amigos, y haceis de ello una profesion pública viniendo á uniros con él por la participacion de su cuerpo. ¡Qué sensible debe de serle esta injuria!

Bien lo declara él mismo con aquellas tiernas y amorosas quejas que hace por boca de su Profeta. Si los turcos, dice, que no creen en mí, viniesen á injuriarme en este Sacramento, lo tomaria con paciencia: si los judíos, que son mis mas acérrimos enemigos, me cargasen de oprobios y maldiciones, lo sufriria callando: si los herejes, que me hacen guerra abierta, vomitasen contra mí todo género de blasfemias, no lo sentiria tanto: *Si inimicus meus maledixisset mihi, sustinuissem utique*<sup>1</sup>; pero tú que eres cristiano, tú que haces profesion de observar mi ley, y de guardar mis preceptos; tú que quieres se crea que eres mi amigo, mi hermano y mi discípulo; tú á quien he hecho tantos favores, y dispensado tantos beneficios; tú á quien he dado parte en mi confianza, á quien he hecho el honor de recibirte en mi mesa, á quien he alimentado con mi propia carne y sangre; ¿tú llenarme de ultrajes? ¿tú cubrirme de oprobios? ¿tú renovarme los tormentos? Asegúrote que esta injuria me es extremadamente sensible, y que me cuesta mucho trabajo soportarla.

Mas por muy sensible que le sea en sí misma, hay todavía algunas circunstancias que se la hacen mucho mas pesada, y que hacen subir las comuniones sacrílegas al grado mas

<sup>1</sup> Psalm. LIV, 13.

alto de malicia y perversidad. ¿Y cuáles son estas circunstancias? Son la traicion, la ingratitud y la crueldad con que el sacrílego consuma el mas enorme de los atentados.

El gran pecado de Judas ¿cuál fue? Fue, me diréis, entregar á Jesucristo á sus enemigos. Es verdad; mas no parece fuese esto lo que mas sintió el bondadosísimo Salvador. Lo que mas affligió su tierno corazon, lo que mas traspasó su bendita alma, fue el ver que le entregaba por medio de una traicion. Esta fue la única cosa de que se le quejó en el acto de ser prendido en el huerto de los Olivos. No le dijo: ¿por qué me entregas? sino: ¿así me entregas á lo traidor, sirviéndote de un falso beso de paz y amistad? *Osculo Filium hominis tradis* <sup>1</sup>? Como si hubiese querido decirle: Si querias entregarme á mis enemigos, otros medios tenias para hacerlo, ¿para qué fingirte mi amigo? ¿para qué emplear un beso? Un beso ¿es medio decente para entregar á un hombre á los asesinos? *Osculo Filium hominis tradis*?

¡Ah! cristianos, ¡con cuánta mas razon pudiera Jesucristo hacer esta reconvenccion al que indignamente comulga! ¡Ah desleal! pudiera decirle, ¡ah pérfido! ¿no has hallado otro medio de ofenderme, que viniendo aquí á venderme traidoramente, y con capa de buen amigo? Si ganas tienes de injuriarme, no te faltan otros medios para hacerlo á tu gusto. ¿Para qué emplear la hipocresía y el fingimiento? ¿para qué presentarte con los ojos bajos, con la manos juntas ante el pecho, con el rostro modesto y devoto, cual si fueses uno de mis mas sinceros amigos? ¿Este es el medio que empleas para entregarme á los demonios: *Osculo Filium hominis tradis*? ¡Ah! esto es hacer como Cain, que con palabras tiernas de hermano sacó al campo al inocente Abel para derramar su sangre: es hacer co-

<sup>1</sup> Luc. xxii, 48.

mo Absalon, que convidó á su hermano Amnon á su mesa para asesinarle alevosamente: es hacer como Joab, que dió un abrazo á Amasa para hundirle la espada en el corazon.

Ingratitud. Jesucristo decia á los judíos: muchas obras buenas os he hecho, ¿por cuál de ellas me perseguís? *Multa opera bona ostendi vobis, propter quod me lapidatis* <sup>1</sup>? ¿Es por haber dado vista á los ciegos, palabra á los mudos, salud á los enfermos, vida á los muertos? Si estos son agravios, teneis sobrada razon en vengaros, pues realmente os he hecho muchos. Pero ¿es delito amaros tiernamente, y llenaros de beneficios?

Este, y aun mas penetrante, es el lenguaje de Jesucristo para con los que indignamente le reciben. Yo, les dice, estoy en este Sacramento dándoos continuas pruebas de mi acendrado amor, ¿por cuál de ellas me ultrajais? Aquí estoy humillado, empequeñecido, anonadado, y sin ninguno de aquellos resplandores que me circundan en la gloria: aquí estoy haciéndoos compañía en este destierro, observando vuestras necesidades, recibiendo vuestras súplicas, enjugando vuestras lágrimas, remediando vuestros males, derramando continuamente sobre vosotros mil gracias y bendiciones: aquí estoy para ser vuestra medicina, vuestro alimento y vuestra vida. ¿Son estos motivos para injuriarme? Si lo son, teneis sobrada razon en hacerlo, pues efectivamente son muchos y grandes. Pero ¿es delito amaros, y amaros tan tiernamente?

Crueldad. Jesucristo habia dicho al tiempo de espirar sobre la cruz, que ya estaban acabadas para él las afrentas, las amarguras y los dolores: *Consummatum est* <sup>2</sup>. Mas ¡ay! que la crueldad del pecador sacrílego le prepara un nuevo Calvario en su corazon, le renueva las angustias de su dolorosa muer-

<sup>1</sup> Joan. x, 32. — <sup>2</sup> Ibid. xix, 30.

te, y parece que la cruz, en vez de ser el fin, no fue mas que el principio de sus penas y tormentos. Quien come indignamente el pan sagrado, dice san Pablo, quien bebe en pecado el cáliz de salud, este crucifica otra vez en sí mismo el Hijo de Dios, y se hace reo de su cuerpo y sangre: *Reus erit corporis et sanguinis Domini*<sup>1</sup>. ¡Ay qué crueldad! Decidme, infelices judíos: ¿hubiérais crucificado á Jesucristo, si hubiérais sabido que era Hijo de Dios?... Pues los cristianos lo saben, y no obstante lo hacen.

Este pecado es muy horrendo, pero os aseguro que horrendos son tambien los males con que Dios lo castiga. Males temporales, males espirituales, males eternos. ¿Puede decirse mas? Si me preguntais, de dónde salen tantos males públicos que asolan los pueblos y las familias, tantas revoluciones, tantas guerras, tantas enfermedades, tanta esterilidad, tanta pobreza, tanta miseria; os responderé con Isaías, que salen del templo, que son la paga que Dios os da por vuestros grandes sacrilegios: *Vox de templo, vox Domini reddentis retributionem inimicis suis*<sup>2</sup>. Si me preguntais, dónde se forman esos rayos que de improviso separan por siempre al hijo del padre, al marido de la mujer, al hermano del hermano, os diré: mirad esa sagrada mesa, y lo sabréis: en ella se forman esos terribles golpes, del templo salen: *Vox de templo, vox Domini reddentis retributionem inimicis suis*. Si deseais saber de dónde proviene que las familias no medran, que los negocios no prosperan, que los recursos faltan, que los campos no fructifican, que las necesidades aumentan, que todo el mundo suspira, os diré: dad una mirada á ese altar, y pronto hallaréis la razon: las comuniones sacrílegas son las que atraen sobre vosotros esos azotes y esos males: *Vox de templo, vox Domini reddentis*

<sup>1</sup> I Cor. XI, 27. — <sup>2</sup> Isai. LXVI, 6.

*retributionem inimicis suis*. ¿Que no lo creéis? Tampoco Jerusalem quiso creer las desgracias que le pronosticó el Hijo de Dios, como castigo de la muerte que iba á darle; sin embargo el pronóstico se cumplió, y su cumplimiento excita todavía nuestro horror y espanto.

Castigos espirituales. No me detendré en pintaros el horror de aquella ceguedad de entendimiento que producen en el hombre las comuniones sacrílegas, ceguedad que hace que apenas se distinga el bien del mal, el vicio de la virtud, y el camino recto del sendero extraviado. Tampoco me detendré en ponderaros aquella dureza de corazon que la Eucaristía causa en quien indignamente la recibe, dureza semejante á la de Faraon, á quien ni los consejos sirvieron, ni las amenazas ablandaron, ni los castigos hicieron entrar en sí. Otro castigo quiero descubrir, y es la inquietud, el horror, la desesperación que se apodera del sacrílego en la hora de su muerte. ¡Ay! en aquella hora fatal no hay cosa que mas le atormente, que la memoria de las comuniones sacrílegas que ha hecho. David tenia muchas cosas que le inquietaban el espíritu, y le turbaban el corazon, y por esto decia: *Anxietus est super me spiritus meus, in me turbatum est cor meum*<sup>1</sup>; pero lo que mas le agitaba, lo que mas horror le hacia, era la voz de la sangre de Urías que injustamente habia derramado. Esto era lo que le hacia clamar continuamente: *Libera me de sanguinibus, Deus*: ¡ah! Dios mio, libradme de esa sangre inocente, cuya voz muda pide venganza contra mí: defendedme de ese acusador terrible que continuamente me cita á vuestro tribunal: *Libera me de sanguinibus*.

¡Ah! infeliz sacrílego, que con tus comuniones impías derramas la sangre de Jesucristo, no dudes que esta sangre se te

<sup>1</sup> Psalm. CXLII, 4.

presentará á la hora de tu muerte, te acusará del mal uso que has hecho de ella, y pedirá venganza al cielo por tus profanaciones criminales. Esta vista te será insoportable, pero á pesar tuyo tendrás que soportarla : esta sangre llevará á tus oídos una voz lúgubre que te estremecerá, pero por mas que quieras no podrás acallarla : este acusador producirá contra tí horrendos cargos, pero tú no podrás responder á uno de ellos. ¡Oh Dios, qué acusador! ¡Oh cielos, qué enemigo!

Castigos eternos. La comunión indigna es el pecado que mas infaliblemente condena. No soy yo quien lo dice, es el apóstol san Pablo. Quien come indignamente el pan consagrado, dice, y bebe en pecado el cáliz de salud, este infeliz se traga su juicio y su condenación : *Qui manducat et bibit indignè, judicium sibi manducat et bibit* <sup>1</sup>. ¿Oísteis jamás una proposición tan espantosa? No es sobre papel donde se escribe la sentencia de este desgraciado, no es sobre bronce donde se graba el decreto de su condenación : ¡ah! él mismo lo lleva impreso en el alma; él mismo, comiéndolo, lo ha convertido en su propia sustancia. ¿Cómo borrarlo? ¿cómo hacerlo revocar? Es muy difícil : y si en esta vida hubiese algun pecado irremisible, yo no dudaría sostener que este sería el de la comunión indigna.

¡Ah! cristianos, si alguno de vosotros se reconoce culpable de este gran delito, que lo llore, que lo confiese, que pida humildemente perdón á Dios. Sin duda que Dios no le ha conservado hasta ahora, sino para que tenga tiempo de reparar todos sus sacrilegios. Repárelos con una confesión humilde, con un dolor sincero, con un propósito eficaz de no volver jamás á cometer un delito, que es el mas enorme en sí mismo, el mas feo por sus circunstancias, el mas temible por sus castigos. Amen.

<sup>1</sup> I Cor. xi, 29.

## DOMINGO DE RAMOS.

Al llegar á este domingo, se llega á la última semana de Cuaresma, llamada por san Juan Crisóstomo semana grande, por san Bernardo semana penosa, y por el comun de los cristianos semana santa. Y con mucha razón se la llama así, porque efectivamente en ella todo es santo, todo respira grandeza, todo recuerda las penas que el Salvador toleró por los hombres, y excita deseos de tomar en ellas alguna parte.

Son tantas y tan interesantes las cosas que hay por decir sobre esta semana misteriosa, que si el cura no multiplica hoy sus instrucciones, dejará á los feligreses ignorantes de muchas cosas cuyo conocimiento les sería sumamente provechoso. En primer lugar ha de explicarles el misterio de la entrada triunfante del Salvador á Jerusalem, misterio que es el objeto de la solemnidad de este día, y que, bien explicado, despierta en el alma sentimientos muy santos y piadosos. Despues ha de darles algunas lecciones sobre la semana santa, haciéndoles una breve reseña de los grandes misterios que en ella se celebran, y enseñándoles el modo práctico de presenciarlos con fruto. Por último ha de decirles algunas palabras sobre la Pasión de Jesucristo, exhortándoles eficazmente á tomar parte en ella, por medio de una seria consideración, y de la imitación práctica de sus ejemplos.

Como cualquiera comprenderá, estos puntos no pueden ser tratados con mucha extensión, ya por no fatigar la atención de los fieles, ya por no permitirlo las demás ocupaciones de este

presentará á la hora de tu muerte, te acusará del mal uso que has hecho de ella, y pedirá venganza al cielo por tus profanaciones criminales. Esta vista te será insoportable, pero á pesar tuyo tendrás que soportarla : esta sangre llevará á tus oídos una voz lúgubre que te estremecerá, pero por mas que quieras no podrás acallarla : este acusador producirá contra tí horrendos cargos, pero tú no podrás responder á uno de ellos. ¡Oh Dios, qué acusador! ¡Oh cielos, qué enemigo!

Castigos eternos. La comunión indigna es el pecado que mas infaliblemente condena. No soy yo quien lo dice, es el apóstol san Pablo. Quien come indignamente el pan consagrado, dice, y bebe en pecado el cáliz de salud, este infeliz se traga su juicio y su condenación : *Qui manducat et bibit indignè, judicium sibi manducat et bibit* . ¿Oísteis jamás una proposición tan espantosa? No es sobre papel donde se escribe la sentencia de este desgraciado, no es sobre bronce donde se graba el decreto de su condenación : ¡ah! él mismo lo lleva impreso en el alma; él mismo, comiéndolo, lo ha convertido en su propia sustancia. ¿Cómo borrarlo? ¿cómo hacerlo revocar? Es muy difícil : y si en esta vida hubiese algun pecado irremisible, yo no dudaría sostener que este sería el de la comunión indigna.

¡Ah! cristianos, si alguno de vosotros se reconoce culpable de este gran delito, que lo llore, que lo confiese, que pida humildemente perdón á Dios. Sin duda que Dios no le ha conservado hasta ahora, sino para que tenga tiempo de reparar todos sus sacrilegios. Repárelos con una confesión humilde, con un dolor sincero, con un propósito eficaz de no volver jamás á cometer un delito, que es el mas enorme en sí mismo, el mas feo por sus circunstancias, el mas temible por sus castigos. Amen.

<sup>1</sup> I Cor. xi, 29.

## DOMINGO DE RAMOS.

*Al llegar á este domingo, se llega á la última semana de Cuaresma, llamada por san Juan Crisóstomo semana grande, por san Bernardo semana penosa, y por el comun de los cristianos semana santa. Y con mucha razón se la llama así, porque efectivamente en ella todo es santo, todo respira grandeza, todo recuerda las penas que el Salvador toleró por los hombres, y excita deseos de tomar en ellas alguna parte.*

*Son tantas y tan interesantes las cosas que hay por decir sobre esta semana misteriosa, que si el cura no multiplica hoy sus instrucciones, dejará á los feligreses ignorantes de muchas cosas cuyo conocimiento les sería sumamente provechoso. En primer lugar ha de explicarles el misterio de la entrada triunfante del Salvador á Jerusalem, misterio que es el objeto de la solemnidad de este día, y que, bien explicado, despierta en el alma sentimientos muy santos y piadosos. Despues ha de darles algunas lecciones sobre la semana santa, haciéndoles una breve reseña de los grandes misterios que en ella se celebran, y enseñándoles el modo práctico de presenciarlos con fruto. Por último ha de decirles algunas palabras sobre la Pasión de Jesucristo, exhortándoles eficazmente á tomar parte en ella, por medio de una seria consideración, y de la imitación práctica de sus ejemplos.*

*Como cualquiera comprenderá, estos puntos no pueden ser tratados con mucha extensión, ya por no fatigar la atención de los fieles, ya por no permitirlo las demás ocupaciones de este*

dia ; y así han de reducirse á los términos mas breves y precisos que posible sea, segun vamos á hacerlo en los siguientes modelos :

### Homilia sobre la entrada de Jesucristo á Jerusalem.

Cùm appropinquasset Jesus Jerusalem, etc. (*Matth. XXI*).

Aunque la ceremonia de la bendición de las palmas ha sido un poco larga, no puedo dispensarme, ó fieles, de haceros algunas reflexiones sobre el gran misterio de la entrada triunfante del Salvador á Jerusalem, misterio vivamente representado por los ramos benditos que esos inocentes niños llevan en la mano, por la procesion solemne que se acaba de hacer, y por el cántico de gloria que al entrar á la iglesia se ha entonado en honor de Jesucristo : *Gloria, laus, et honor tibi sit Christe*. ¡Ah, fieles, qué de pensamientos, qué de reflexiones despierta este misterio en quien tiene el corazón un poco cristiano! Oid su historia, tal como la refiere san Mateo; y escuchad con atención las reflexiones morales que de paso iré haciendo.

Como Jesucristo era el verdadero Cordero de Dios que debía ser sacrificado por la salvacion del mundo, quiso practicar en sí mismo todo lo que la ley de Moisés ordenaba se practicase con el cordero pascual, que era su imágen y su figura. Dicha ley disponia que el cordero destinado á ser inmolado por la Pascua, fuese separado de los demás corderos el dia diez de marzo, y así se le tuviese separado hasta el dia catorce del mismo mes, en cuya tarde debía sacrificarlo toda la multitud del pueblo de Israel : *Decima die mensis tollat unusquisque agnum... et servabit eum usque ad quartam decimam diem... immolabit*

que eum universa multitudo ad vesperam<sup>1</sup>. Con arreglo á esta disposicion, sabiendo el Salvador que debía morir por la Pascua, cinco dias antes suspendió su predicacion, puso fin á sus correrías evangélicas, y se encaminó á Jerusalem, con el fin de aguardar allá que llegara la hora de su sacrificio. ¡Oh bondad inefable de nuestro dulcísimo Redentor! ¡Oh amor de Jesucristo para con nosotros! Al ver acercársele el dia de redimirnos por medio de una muerte tan acerba como afrentosa, no espera á que los verdugos vayan á buscarle : él mismo se les viene á las manos, y espontáneamente se presenta á Jerusalem para entregarse á la muerte.

Pero ¿cómo se presenta? como un Rey pacífico que va, no á ejercer un dominio temporal, sino á reinar sobre los corazones. Hasta entonces él habia hecho sus viajes á pié; y aunque habia ido muchas veces á Jerusalem, nunca se habia presentado sino en un estado pobre, abyeeto y destituido de toda pompa. Mas esta vez se presenta con cierto aparato de Rey, bien que de un rey manso, pacífico y benigno. Hablando Isaías de esta su entrada triunfal en Jerusalem, habia dicho : Ó Jerusalem, el dia que entre por tus puertas tu Rey salvador, no entrará con fausto mundano, vestido de púrpura, sentado en carroza, rodeado de guardias, obsequiado de cortesanos, ni aclamado con trompetas, como los reyes de este mundo; sino que entrará humilde, pacífico, y montado sobre una jumenta, seguida de su pollino : *Dicite Sion : Ecce Rex tuus venit tibi mansuetus, sedens super asinam, et pullum, filium subjugalis*<sup>2</sup>. Su carroza será una humilde jumenta, su púrpura los vestidos pobres de sus discípulos, sus guardias una tropa de niños inocentes, y sus cortesanos un pueblo sencillo y piadoso : mostrando hasta en este dia de su mayor gloria el espíritu de sen-

<sup>1</sup> Exod. XII, 3. — <sup>2</sup> Isai. LXII, 11.

cillez, humildad y mansedumbre que ha venido á enseñarnos.

Representaos, cristianos, á este Rey pacífico, sentado sobre una asna, atravesando las calles y plazas de Jerusalem, lleno de una majestad y dulzura admirables. Los Evangelistas nos hacen notar que á la noticia de su llegada toda la ciudad se puso en movimiento y agitacion: *Commota est universa civitas*<sup>1</sup>: muchos de los que habian venido á Jerusalem para celebrar la Pascua, habiendo entendido que llegaba Jesús de Nazaret, fueron á recibirle fuera de las murallas, y le prestaron todos los honores de que fueron capaces. Unos extendian sus vestidos sobre el camino por donde debia pasar; otros cortaban ramas de los árboles, y las colocaban en los puntos principales de su tránsito: estos iban delante de él publicando sus milagros, aquellos le seguian cantando sus alabanzas, todos hacian resonar el aire con mil vítores y aclamaciones: *Turbæ autem quæ præcedebant, et quæ sequebantur, clamabant. ¿Y qué gritaban? Hosanna Filio David: benedictus qui venit in nomine Domini*: Bien venido sea el Hijo de David, bendito sea el Dios de Israel que viene á salvarnos.—Sobre todo los niños, ¡ah! los niños en particular esforzaban sus tiernas voces, y gritaban: Bendito sea nuestro Rey y Mesías, bendito sea en la tierra y en el cielo, por los hombres y por los Ángeles: *Hosanna in excelsis*.

Pero ¿qué es lo que observo? ¿qué triste espectáculo se presenta á mis ojos en medio de tantos objetos de alegría? Al acercarse Jesucristo á la ciudad, levanta los ojos, los fija en ella, y se pone á llorar, como asegura san Lucas: *Ut appropinquavit, videns civitatem, flevit super eam*<sup>2</sup>. ¿Y por qué, mi dulce Jesús, por qué os entregáis á la tristeza en un tiempo que todo os convida á la alegría y al gozo? ¡Ah, cristianos! él ve el fondo

<sup>1</sup> Matth. xxi, 10. — <sup>2</sup> Luc. xix, 41.

de los corazones, él conoce la multitud de pecadores que hay en Jerusalem, él sabe que dentro pocos dias los habitantes de esta ciudad pedirán su muerte, y muchos de los que ahora gritan: *Hosanna al Hijo de David*, en breve gritarán: *Crucifigale, crucifigale*.

Ved ahí, fieles, por qué llora, ved ahí el motivo de sus lágrimas. Pero ¡ah! que es muy probable que tambien lloró sobre tantos cristianos que imitan á los judíos en el modo de recibirle. Entre aquellos infelices habia muchos, tan ignorantes de todo lo que pertenecia á él, que ni tan solo sabian quién era; en términos que, viendo el magnífico espectáculo que ofrecia su entrada á Jerusalem, hubieron de preguntar: ¿Quién es este, cuya presencia tanto conmueve al público? *Quis est iste?* Otros hubo que le recibieron con muestras exteriores de veneracion, y aparentaron reconocerle por el Mesías verdadero; pero sus corazones estaban llenos de falsedad y malicia, y maquinaban en secreto cómo podrian darle muerte. Otros, en fin, le reconocieron por Salvador con la mayor sinceridad y buena fe, pero llevados despues de su inconstancia, ó pervertidos por las sugeriones de los escribas y fariseos, le abandonaron vilmente, y se juntaron con la turba de alborotadores que fué á pedir á Pilatos que mandara ponerle en cruz. Por todos estos, que componian la mayoría inmensa de la poblacion, lloró el buen Salvador, y llorando dijo aquellas tan sentidas palabras: ¡Ah Jerusalem! ¡ingrata Jerusalem! si tú conocieses hoy los grandes castigos que te esperan, y no tardarían en venirse, en pena de tu ingratitud... ¡oh si los conocieses, como los conozco yo! Sin duda llorarias como yo lloro, y tus lágrimas serian irremediables: *Si cognovisses et tu... quæ nunc abscondita sunt ab oculis tuis*<sup>1</sup>.

<sup>1</sup> Luc. xix, 42.

Sensible es decirlo, pero forzoso es confesarlo : entre los cristianos hay muchos, cuya ingratitud para con Jesucristo no es menor que la de los judíos, y cuyo castigo, de consiguiente, no será menos ejemplar y severo. Unos son tan indiferentes para todo lo que atañe á él, que, como muchos judíos, apenas saben quién es. Otros le honran con el exterior, y se juntan con los que hoy le aclaman por Dios verdadero ; pero interiormente son enemigos suyos, por cuanto sus almas son esclavas del pecado. Otros, en fin, le honran hoy con una conciencia pura, pero le volverán pronto las espaldas, y le crucificarán de nuevo con su recaída en la culpa. ¿Y qué hemos de decirles á todos estos infelices? Lo que el Salvador dijo á la ingrata Jerusalem en el día solemne de su entrada : ¡Oh si supiérais los castigos que os están reservados en pena de vuestra infidelidad y obstinacion! ¡oh si lo supiérais! Este buen Salvador viene hoy á visitar vuestras almas cual rey manso, pacífico y benigno : nada desea tanto como llevaros la bendicion, la paz y la felicidad : su único deseo es reinar amorosamente en vuestros corazones, y establecer en medio de ella el imperio del amor. ¿No queréis hoy recibirle como amigo? Pues otro día tendréis que recibirle como juez, y juez lleno de indignacion. El cielo os ilumine. Amen.

#### Modo de santificar la semana santa.

Fratres : Hoc sentite in vobis, quod et in Christo Jesu. (*Philip. II, 5*).

Hemos llegado, fieles, á la última semana de Cuaresma, comunmente dicha semana santa. ¿Sabeis por qué se la llama así? No solo por razon de los misterios santísimos que en toda ella se nos representan, sino tambien por la obligacion que hay de pasarla mas santamente que ninguna otra semana

del año. Apenas habrá cristiano que no lo comprenda así : y por esto se nota que todos, cual mas, cual menos, procuran en estos dias dar alguna muestra de particular devocion : los justos reaniman su fervor, los pecadores practican algunas obras de penitencia, y hasta los mismos libertinos, que en el resto del año viven sin religion, no pueden dejar de manifestar en estos dias que la fe no está enteramente apagada en sus corazones. Deseoso yo de fomentar en vosotros estos buenos sentimientos, vengo á deciros en brevísimas palabras cómo debéis conducirlos para santificar esta semana, siguiendo aquel documento del Apóstol : *Hoc sentite in vobis, quod et in Christo Jesu.*

Por poco de atencion que hagais á lo que la Iglesia practica en esta semana, veréis que todo anuncia su grandeza, todo descubre su santidad, todo nos predica, y muy altamente, que ahora mas que nunca debemos hacer brillar nuestra fe y religion, y manifestar con obras el amor que tenemos á un Dios que tanto ha sufrido por nosotros. ¿Qué significa, os preguntaré con san Bernardo, esa admirable combinacion de ceremonias á cual mas tierna, de rezos á cual mas fúebre, de oficios á cual mas patético y devoto? *Quid sibi vult mirabilis ista conjunctio?* El *Passio* que leemos en la misa de hoy, y volveremos á leer tres otras veces hasta el viernes, la traslacion de su divina Majestad al monumento que tendrá lugar despues del oficio del jueves, los Maitines de tinieblas que se cantarán el mismo jueves por la tarde, la adoracion de la cruz que á piés descalzos se verificará el viernes por la mañana, el silencio de las campanas, el despojo de los altares, el apagamiento de las lámparas, la melancolía del canto, la tristeza de los ornamentos, lo fúebre de las procesiones, etc., todo

esto, ¿qué significa? *Quid sibi vult?* ¡Ah! cristianos, os diré con el mismo san Bernardo, significa que celebramos el triste aniversario de la muerte de un Dios; significa que hacemos memoria de todas las penas, angustias y tormentos que Jesús padeció por nosotros; significa que en estos dias debemos conducirnos con mas piedad y religion de lo acostumbrado, para que se vea que tomamos alguna parte en las inmensas penas que el Salvador sufrió por amor nuestro: *Ut Christo patienti quodammodo compati videamur.*

Todo lo que debéis hacer para conducirnos con la piedad y religion que reclaman los grandes misterios de esta semana, consiste en tres ó cuatro cosas principales: en observar con mas exactitud la ley de la abstinencia y del ayuno, en dar á la oracion un poco mas de tiempo de lo acostumbrado, en acordaros con mas frecuencia de los misterios de nuestra redencion, y en asistir con la puntualidad que os sea posible á los oficios del jueves y viernes.

Vosotros debéis primeramente practicar la abstinencia y el ayuno con mas exactitud. No ignorais que la abstinencia de la Cuaresma fue instituida para honrar la memoria del ayuno que el Salvador practicó por espacio de cuarenta dias en el desierto. Mas, así como este divino Salvador jamás sufrió tanto por nosotros como durante los dias de su dolorosa pasion, cuya memoria celebramos en esta semana; nada hay tampoco mas justo que hacer en ella, en honor suyo, mas penitencia que en cualquier otro tiempo. ¡Ah, fieles! ¿cuántas personas encerradas en los claustros, ó bien retiradas en sus casas, ejercen en estos dias con sus cuerpos una santa crueldad? Yo quisiera poder conducirnos al interior de los conventos y monasterios, y haceros ver lo que allá practican muchos de sus moradores. Veríais que unos ayunan á pan y agua, que otros afligen sus carnes con cilicios y disciplinas, que otros pasan

gran parte de las noches arrodillados ante los altares, etc. No os digo esto porque pretenda que vosotros hagais otro tanto, sino para haceros ver cómo se portan las almas que de veras aman á Dios, é induciros á imitarlas en algo.

Lo segundo que habeis de practicar en estos dias es, dar á la oracion un poco mas de tiempo de lo acostumbrado. Ha habido siglos de la Iglesia en que toda esta semana era feriado, á fin de que los cristianos pudiesen entregarse mas libremente al ejercicio de la oracion. Al presente la Iglesia os permite el trabajo, pero no deja de convidaros con la multiplicacion de sus funciones y ceremonias á que, suspendiendo una parte de ese trabajo mismo, la acompañeis en la oracion casi continua que en estos dias ofrece á Dios. Sobre todo el jueves y viernes, durante las horas que Jesús sacramentado estará en el monumento, ¡ah! venid á hacerle compañía por el mayor tiempo que podais, venid á unir vuestras oraciones con la que él hizo en las angustias del huerto, y en todo el tiempo que duró su bendita Pasion. No consintais pueda él deciros lo que dijo á sus discípulos, viéndolos dormidos, mientras él oraba: *Sic non potuistis una hora vigilare mecum?* ¿ni una hora teneis para venir á orar en mi compañía?

A mas de la abstinencia y oracion, os encargo la asiduidad en asistir á los divinos oficios. Ya os he dicho que en los primeros siglos de la Iglesia, durante toda esta semana, se suspendian las ocupaciones serviles, los tribunales estaban cerrados, los mercaderes dejaban sus negocios, los sábios suspendian sus estudios, en todo el mundo cristiano no se pensaba en otra cosa que en honrar los misterios de nuestra redencion, por medio de una asistencia puntual á las funciones religiosas. Ya que no vengais á todas las que se harán en estos dias, procurad á lo menos asistir á las del jueves y viernes. El jueves es el gran dia de la institucion de la Eucaristía: y aunque la

Iglesia esté toda ocupada en la pasión de su divino Esposo, y renueve la memoria de esta institución con una fiesta solemnísimas el jueves después de la Trinidad, quiere no obstante que testifiquemos nuestro reconocimiento á Dios en el mismo día que nos ha concedido este inefable beneficio. ¿Puede haber un deseo mas justo? El viernes no se celebra misa en toda la Iglesia, porque en tal día se ofreció el gran sacrificio de la cruz; pero se renueva la memoria de este sacrificio, consumiendo el sacerdote la hostia consagrada el día anterior, y expuesta á la veneración pública en el monumento. ¿Puede haber cosa mas debida que asistir á la ceremonia en que tan vivamente se expresa la grandeza de aquel sacrificio?

¡Ah! fieles, ¡qué de bendiciones, qué de gracias celestiales recibiréis en estos días, si sois fieles en practicar los ejercicios que acabo de recomendaros! En esta semana Jesucristo hace llover sus gracias, y aplica los méritos de su Pasión con mas abundancia que en ningun otro tiempo del año. Pero ¿á quiénes los aplica? A los que se hacen dignos de ellos por su exactitud y cuidado en santificar estos días. Haga el cielo que todos seáis de este número. Amen.

#### **Modo de meditar con fruto la Pasión del Redentor.**

Fratres: Hoc sentite in vobis, quod et in Christo Jesu. (Philip. II, 5).

Deseosa la Iglesia de que las consideraciones que en estos días harémos sobre la Pasión del Salvador, nos sean útiles y provechosas, nos enseña hoy el modo de conseguirlo, recordándonos en la Epístola aquellas palabras que san Pablo escribió á los filipenses: «Hermanos, imitad los ejemplos que os ha dado vuestro Redentor, quien, siendo Dios por natu-

«raleza, se ha anonadado á sí mismo, tomando la forma de esclavo, haciéndose hombre semejante á nosotros, y humillándose por obediencia á sufrir muerte, y muerte de cruz.» Con estas palabras os advierte la Iglesia que, para sacar fruto de la Pasión de Jesucristo, no basta considerarla especulativamente, y como quien dice por puro entretenimiento, sino que es menester pasar á la práctica, y poner en obra las virtudes admirables que en ella os enseña el Salvador: *Hoc sentite in vobis, quod et in Christo Jesu.*

No es mi objeto, ni tampoco el de la Iglesia, proponeros hoy la imitación de todas las virtudes de que el Salvador os da ejemplo en su bendita Pasión, sino solamente de las que mas resplandecen en ella, y están, digámoslo así, encima de todas las otras, cuales son, segun el mismo Apóstol, la humildad, la obediencia y la caridad: *Humiliavit semetipsum, factus obediens usque ad mortem.* Con tal que de vuestras consideraciones saqueis la imitación práctica de estas tres virtudes, podrá decirse que meditásteis con gran fruto la Pasión del Redentor. Cuatro palabras sobre cada una, y no mas.

Tan pronto como os pongais á considerar los misterios de la Pasión, se os presentará á la vista un hombre cargado de oprobios, afeado con salivas, desgarrado con azotes, coronado de espinas, atravesado con clavos, y clavado en una cruz. ¡Buen Dios! exclamaréis atónitos, ¿quién es este que está reducido á tales extremos de vilipendio y abyección? ¿Es algun asesino? ¿es algun facineroso? No, os dirá san Pablo, es el mismo Hijo de Dios, es la gloria y el esplendor del Padre, y Dios igualmente que él: *Qui cum in forma Dei esset, non rapinam arbitratus est esse se æqualem Deo.* Pero un Dios que por nuestro amor ha querido anonadarse, *Semetipsum exina-*

*nivit* : un Dios que, para librarnos del pecado, ha querido tomar la forma de esclavo, *Formam servi accipiens* : un Dios que, para enseñarnos la humildad, se ha humillado á sí mismo hasta el punto de querer ser vendido al precio que se vende un esclavo, de querer ser azotado al estilo que se azota á los esclavos, de querer ser condenado á un género de muerte que solo se da á los infames : *Humiliavit semetipsum... usque ad mortem, mortem autem crucis*. ¡Oh Dios, qué humildad!

Mas ¿por qué el Salvador se humilla tanto? Por obediencia, responde san Pablo, porque así lo ha dispuesto su Padre celestial en sus eternos decretos : *Factus obediens*. Él podía no morir, él podía redimir al hombre por otros medios menos costosos, él podía ahorrarse los azotes, las espinas, los clavos, la hiel, la cruz y la muerte, como él mismo nos asegura : *Nemo tollit animam meam à me ; sed ego pono eam*<sup>1</sup>. Con solo verter una lágrima en el día de su nacimiento, con solo dirigir una súplica á su divino Padre, con solo manifestarle un simple deseo de que perdonara al hombre, el hombre hubiera sido perdonado, sin tener él que sujetarse á tantas penas y amarguras para redimirle. Pero no : su divino Padre habia dispuesto que el hombre fuese rescatado, no por una redención enteramente gratuita, no por algunas lágrimas y suspiros de su unigénito Hijo, sino por su muerte, y muerte de cruz. ¿Qué hizo el Salvador en vista de este decreto? Se sujetó á él, aunque tan duro, diciendo á su Padre celestial aquellas palabras que en persona suya dijo el real Profeta : Ya que no os agrada ninguna otra hostia ni sacrificio, ya que no aceptais otro holocausto por el pecado que el de mi vida : *Sacrificium et oblationem noluit, holocaustum et pro peccato non postulasti* ; aquí estoy pronto á hacerlo, pues no tengo otro deseo

<sup>1</sup> Joan. x, 18.

que cumplir vuestra voluntad, cueste lo que costare : *Ecce venio... ut faciam voluntatem tuam*<sup>1</sup>. ¿He de ser azotado y coronado de espinas? Gustoso lo seré. ¿He de estar colgado de tres clavos en una cruz? Contento lo estaré. ¿He de agonizar tres horas, y morir entre crueles tormentos? Satisfecho moriré. Basta saber que es voluntad vuestra para sujetarme á todo : *Ecce venio... ut faciam voluntatem tuam*. ¿Puede concebirse una obediencia mas perfecta?

¿Y qué fue lo que le animó á sujetarse á un decreto tan severo? El amor, responde san Pablo, el amor excesivo que nos tenia : *Propter nimiam charitatem suam qua dilexit nos*<sup>2</sup>. Y no solo el amor que tenia á todos los hombres en general, sino el que tenia á cada uno en particular, le indujo á padecer todo lo que padeció; por manera que con la misma buena voluntad hubiera muerto por uno solo que murió por todos, y la sangre que derramó por todos la hubiera derramado gustosamente por uno solo. No solo esto, sino que en cada una de sus penas nos tuvo presentes á todos, y las ofreció á su divino Padre por cada uno de nosotros en particular. ¡Ah, dulce Jesús mio, mi dulcísimo Jesús! ¿es posible esto? Con que, cuando Vos sudábais gotas de sangre en el huerto entre mortales angustias ¿las ofrecíais á Dios por mis pecados?... Y cuando estábais atado en la coluna, bajo una lluvia de azotes ¿os acordásteis de mí, y por mí los padecísteis?... Y cuando estábais clavado en la cruz, y ofrecísteis al cielo el sacrificio de vuestra vida ¿me tuvísteis presente?... Y cuando dijísteis á vuestro Padre celestial : *Padre mio, perdonadlos*, ¿era yo uno de los que en aquel instante os llamaban la atención?... Bendito seais, dulce Redentor mio, bendito seais, que si yo vertiese

<sup>1</sup> Psalm. xxxix, 7, 8, 9. — <sup>2</sup> Ephes. ii, 4.

mil veces la sangre por Vos, no os pagaria la menor parte de un tal beneficio.

Puesto que no somos capaces de tanto, ¿qué deberémos hacer, al menos, cristianos míos, para mostrarle nuestro agradecimiento, y sacar fruto de la consideracion de su Pasion dolorosa? Por lo que os tengo ya dicho, es fácil conocerlo. ¿Jesús fue humilde? Seámoslo nosotros tambien. ¿Jesús fue obediente? Seámoslo igualmente nosotros. ¿Jesús padeció por nuestro amor? Amémosle nosotros con todo el corazon. Si su ejemplo no basta á hacernos humildes, obedientes y caritativos, reflexionemos lo que el Apóstol nos dice en la Epístola de hoy, á saber, que Jesucristo por su humildad, obediencia y caridad mereció ser exaltado, y recibió un nombre que es venerado en el cielo, en la tierra y en los infiernos: *Propter quod et Deus exaltavit illum, et donavit illi nomen, quod est super omne nomen*<sup>1</sup>. Este es el premio que Dios da á la humildad, á la obediencia y á la caridad; premio en el que tendrémos parte, si á imitacion de Jesucristo practicamos fielmente estas virtudes. Amen.

<sup>1</sup> Philip. II, 9.

## DOMINGO DE PASCUA.

*Despues de haber instruido al pueblo, durante el tiempo de Adviento, sobre el gran misterio de la Encarnacion; despues de haberle enterado, desde Navidad hasta la Septuagésima, de los misterios de la infancia y juventud de Jesucristo, como y tambien de su vida oculta y de su Bautismo; despues, en fin, de haberle preparado, desde la Septuagésima hasta la Resurreccion, para cumplir el precepto pascual, poniéndole á la vista la vida penitente del Salvador, es deber del cura exponerle el gran misterio de la Resurreccion de Jesucristo, sus diferentes apariciones, y su vida gloriosa é inmortal, dándole con ocasion de esto instrucciones saludables que confirmen su fe, animen su esperanza, y perfeccionen su caridad. Sobre todo debe aplicarse á precaverle contra la recaida en el pecado, solidarle en la gracia de la comunión pascual, y hacerle llevar una vida del todo nueva, á ejemplo de Jesús resucitado. Para saber qué orden ha de dar á sus instrucciones, vaya estudiando atentamente los evangelios dominicales que se leen desde Resurreccion hasta Pentecostes, que ellos mismos se lo dirán.*

*Por lo que hace al presente día, se puede instruir al pueblo de tres modos diferentes, cada uno de los cuales será de grande utilidad: 1.º explicándole el inefable misterio de la Resurreccion; 2.º hablándole de la resurreccion mística del alma, y de las condiciones que ha de tener para que sea conforme con la resurreccion corporal de Jesucristo; 3.º tratando de la resurreccion venidera de nuestros cuerpos, como consecuencia nece-*

mil veces la sangre por Vos, no os pagaria la menor parte de un tal beneficio.

Puesto que no somos capaces de tanto, ¿qué deberémos hacer, al menos, cristianos míos, para mostrarle nuestro agradecimiento, y sacar fruto de la consideracion de su Pasion dolorosa? Por lo que os tengo ya dicho, es fácil conocerlo. ¿Jesús fue humilde? Seámoslo nosotros tambien. ¿Jesús fue obediente? Seámoslo igualmente nosotros. ¿Jesús padeció por nuestro amor? Amémosle nosotros con todo el corazon. Si su ejemplo no basta á hacernos humildes, obedientes y caritativos, reflexionemos lo que el Apóstol nos dice en la Epístola de hoy, á saber, que Jesucristo por su humildad, obediencia y caridad mereció ser exaltado, y recibió un nombre que es venerado en el cielo, en la tierra y en los infiernos: *Propter quod et Deus exaltavit illum, et donavit illi nomen, quod est super omne nomen*<sup>1</sup>. Este es el premio que Dios da á la humildad, á la obediencia y á la caridad; premio en el que tendrémos parte, si á imitacion de Jesucristo practicamos fielmente estas virtudes. Amen.

<sup>1</sup> Philip. II, 9.

## DOMINGO DE PASCUA.

*Despues de haber instruido al pueblo, durante el tiempo de Adviento, sobre el gran misterio de la Encarnacion; despues de haberle enterado, desde Navidad hasta la Septuagésima, de los misterios de la infancia y juventud de Jesucristo, como y tambien de su vida oculta y de su Bautismo; despues, en fin, de haberle preparado, desde la Septuagésima hasta la Resurreccion, para cumplir el precepto pascual, poniéndole á la vista la vida penitente del Salvador, es deber del cura exponerle el gran misterio de la Resurreccion de Jesucristo, sus diferentes apariciones, y su vida gloriosa é inmortal, dándole con ocasion de esto instrucciones saludables que confirmen su fe, animen su esperanza, y perfeccionen su caridad. Sobre todo debe aplicarse á precaverle contra la recaida en el pecado, solidarle en la gracia de la comunión pascual, y hacerle llevar una vida del todo nueva, á ejemplo de Jesús resucitado. Para saber qué orden ha de dar á sus instrucciones, vaya estudiando atentamente los evangelios dominicales que se leen desde Resurreccion hasta Pentecostes, que ellos mismos se lo dirán.*

*Por lo que hace al presente día, se puede instruir al pueblo de tres modos diferentes, cada uno de los cuales será de grande utilidad: 1.º explicándole el inefable misterio de la Resurreccion; 2.º hablándole de la resurreccion mística del alma, y de las condiciones que ha de tener para que sea conforme con la resurreccion corporal de Jesucristo; 3.º tratando de la resurreccion venidera de nuestros cuerpos, como consecuencia nece-*

saría de la de nuestro Salvador. Como estos tres puntos son de grandísimo interés, los pondremos íntegros, dejando á la libertad de los curas elegir el que mas les acomode, ó bien predicarlos en diferentes años.

### La resurreccion del Salvador evidentemente demostrada.

Surrexit. (Marc. xvi, 6).

Hoy, cristianos, se cumple á la letra aquel grande oráculo que el real Profeta pronunció en el segundo de sus salmos, cuando dijo: «Coligáronse los reyes de la tierra, y los príncipes se levantaron como un solo hombre contra Dios y su Ungido... pero el que habita en los cielos se burlará de ellos, «y pondrá de manifiesto toda su insensatez y miseria.» Sí, cristianos, los príncipes de la Sinagoga se conjuraron contra el Señor, y dieron muerte á su unigénito Hijo; pero ¿en qué ha venido á parar su conjuración insensata? El que habita en lo mas alto de los cielos se ha burlado de sus esfuerzos impotentes, haciéndolos servir para mayor gloria de Jesucristo. La muerte, sí, la muerte ignominiosa y cruel que le han dado, solo ha servido para hacer su triunfo mas glorioso y completo. Mientras que en sus tumbas se lee aquel ignominioso epitafio que dice: *Hic jacet*, «aquí yace podrido;» en el sepulcro de Jesucristo se lee aquel glorioso epígrafe: *Surrexit*, «ya ha resucitado.» Sí, ha resucitado el Salvador, ha resucitado el que la impía Sinagoga creía haber sepultado en un olvido eterno. ¡Ah! publíquese su resurrección por todo el mundo, y publíquese para gloria del Señor, para befa de sus enemigos, y para consuelo de cuantos le aman y le sirven.

Pero ¿qué es lo que observo? Mientras nuestros corazones se entregan á la alegría, que un suceso tan feliz naturalmente

inspira; veo que la impiedad, temerosa de las consecuencias que de él se derivan, hace los mayores esfuerzos para impugnarlo. Hace lo que su interés reclama, porque bien sabe ella que si Jesucristo ha verdaderamente resucitado, su causa está perdida, y la Religión ha conseguido un triunfo tan glorioso como completo; así como, por el contrario, si la resurrección de Jesucristo fuese una mentira, vana sería nuestra fe, vana nuestra esperanza, y vana también nuestra Religión, como confiesa san Pablo: *Si autem Christus non surrexit, inanis est ergo prædicatio nostra, inanis est et fides vestra*<sup>1</sup>. Afortunadamente la resurrección del Salvador es un hecho tan claro y patente, que no hay sofismas que basten á oscurecerlo, cuanto menos á desmentirlo. Yo, cristianos, vengo hoy á proponeros las razones que patentizan la verdad de esta resurrección, no tanto para fortalecer vuestra fe, que ya supongo muy robusta, cuanto para haceros ver la nulidad de los sofismas con que los impíos la atacan.

Por muy antiguo y remoto que sea un hecho, si lo aseguran escritores dignos de fe, contemporáneos, incapaces de engañar igualmente que de ser engañados, debe tenerse por tan cierto como si hubiese pasado ante nuestros propios ojos. Este es un principio que no niegan los mismos incrédulos, por cuanto el negarlo sería destruir los fundamentos en que se apoya la verdad de todas las historias. Ahora bien, cristianos, ¿quiénes son los que nos aseguran el hecho de la resurrección de Jesucristo? Son sus mismos discípulos, escritores contemporáneos del suceso, testigos oculares del hecho, hombres dignos de todo crédito. Para no creerlos sería menester suponer una

<sup>1</sup> I Cor. xv, 14.

de tres cosas, ó que trataron de engañarnos, vendiéndonos por verdadero un hecho que sabían era falso; ó que pudieron engañarnos, burlando la suspicacia de sus mismos enemigos interesados en descubrir la impostura, caso de haberla; ó que pudieron engañarse ellos mismos, creyendo inocentemente que era vivo el que en realidad estaba muerto. Pero ninguna de estas cosas se puede suponer, como probaré con toda evidencia.

Primeramente no se puede suponer que los discípulos de Jesucristo quisiesen engañarnos, escribiendo en el Evangelio lo que ellos mismos no creían. ¡Qué! Hombres tan cándidos é ingenuos ¿podían idear una tal superchería? Hombres tan tímidos y apocados ¿eran capaces de combinar, publicar y sostener una tal impostura? ¿Y para qué lo hubieran hecho? ¿con qué fin? ¿con qué utilidad? Nadie es embustero, si no tiene interés en serlo: nadie se pone á engañar, si no espera algun provecho de su engaño. ¿Y qué provecho podían esperar los discípulos de Jesucristo de publicar su resurreccion, caso de no ser verdadera? ¿Quién habia de premiarles la mentira? ¿Jesucristo?... Pero ¿cómo, si le suponemos muerto?

Se dirá tal vez que, como tenían tanto amor á Jesucristo, quisieron salvar su honor, fingiendo haberse cumplido lo que él dijo antes de morir: *Post tres dias resurgam*; al cabo de tres dias resucitaré. Pero adviértase que el amor que tenían á su Maestro no era tal, que pudiese empeñarlos en procurar su honor por medio de la impostura. El abandono en que le dejaron al tiempo de su Pasion prueba claramente que no le amaban tanto como todo eso. Y aun cuando le hubiesen amado mucho, ¿podían amarle hasta el punto de querer ser perseguidos, encarcelados, y muertos cruelmente, solo por el gusto de salvar su honor por medio de una mentira? Sabemos haber habido tontos que se dejaron matar para sostener una cosa falsa que en su concepto era verdadera; pero tontos que se ha-

yan dejado matar por la manía de persuadir á los otros lo que ellos mismos no creían, ¡oh! tontos de esta especie nunca los ha habido, ni los habrá. Es menester decir, pues, ó que los Evangelistas fueron los hombres mas insensatos que jamás se hayan visto en el mundo, cosa que desmienten sus escritos; ó que no trataron de estafar al mundo cuando escribieron la historia de la resurreccion de Jesucristo.

Y aun suponiendo que hubiesen tratado de hacerlo, ¿pudieran ellos salir con la suya? Era imposible. Porque ¿cómo burlar la vigilancia de los escribas y fariseos que, interesados en acabar hasta con la memoria de Jesucristo, acechaban todos los pasos de sus discípulos, y prevenian todos los casos de los que pudiera deducirse que realmente habia resucitado? Todo el mundo sabe que apenas su sagrado cadáver fue puesto en el sepulcro, los implacables autores de su muerte, temiendo que sus discípulos fuesen á robarle, y luego comenzasen á divulgar entre el pueblo que habia resucitado, se presentaron á Pilatos, diciéndole: «Ahora recordamos que aquel seductor «dijo cuando aun vivia: Despues de tres dias resucitaré. En-«via, pues, un piquete de tropa á custodiar el sepulcro hasta «el tercer dia, á fin de que sus secuaces no vayan á robarle «de noche, y hagan despues creer á la plebe que ha resuci-«tado<sup>1</sup>.» Todo se hizo como ellos deseaban: una guardia de soldados romanos fué á situarse al rededor del sepulcro, se tomaron todas las avenidas, se ocuparon militarmente todos los puestos, y, para mayor precaucion y seguridad, se selló la enorme piedra que tapaba el sepulcro con el sello público ó municipal: *Abeunt illi, munierunt sepulchrum, signantes lapidem, cum custodibus*<sup>2</sup>.

Pues bien: para que los Apóstoles hubieran podido dar al-

<sup>1</sup> Matth. xxvii, 63. — <sup>2</sup> Ibid. 66.

gun viso de verdad á la impostura de la resurreccion, antes que todo era indispensable que se posesionasen del cadáver de Jesucristo; porque mientras se le viese en el sepulcro ¿cómo habian de persuadir á nadie que habia resucitado? ¿Y era posible apoderarse del dicho cadáver? ¿Cómo habian de hacerlo, si el sepulcro que lo contenia estaba rodeado de centinelas, que á nadie permitian acercarse á él? Se dirá que los centinelas se durmieron, y entre tanto vinieron los discípulos á robar el cuerpo de su Maestro. Esta fue la salida que hallaron los escribas y fariseos para ocultar al pueblo la verdad de la resurreccion, dando mucho dinero á algunos soldados para que dijese, que habiéndose ellos dormido, vinieron los Apóstoles, y se llevaron el cadáver del Salvador: *Pecuniam copiosam dederunt militibus, dicentes: Dicite quia discipuli ejus nocte venerunt, et furati sunt eum, vobis dormientibus*<sup>1</sup>. Pero ¡oh efugio mas propio de niños que de hombres que picaban de sábios! Si los centinelas dormian, ¿cómo pudieron ver la pretendida sustraccion del cuerpo? Y si no la vieron, ¿cómo podian asegurarla? Y despues ¿es creible que se durmiese todo un cuerpo de guardia? ¿Tan olvidadas estaban las reglas militares en el ejército romano?... Aun suponiendo que realmente se hubiesen dormido, ¿cómo suponer en hombres tan cobardes como los discípulos tanto atrevimiento, que osasen penetrar en un cuerpo de guardia para hacer un robo, y robar precisamente aquello que mas vigilaban los soldados? Y aun dado que hubiesen tenido valor para empresa tan atrevida y arriesgada, ¿tan profundamente dormirian los soldados, que ni al pasar por medio de ellos los discípulos, ni al romper el sello, ni al quitar la enorme piedra del sepulcro, ni al llevarse el cuerpo, hubiese uno, uno siquiera, que despertase, y gritase; *alto!*

<sup>1</sup> Matth. xxviii, 13.

*¿quién vive?* Suposiciones son estas que chocan con el sentido comun. De consiguiente, aun cuando los Apóstoles hubiesen sido tan fatuos, que hubiesen querido fingir la resurreccion de Jesucristo, no hubieran tenido medio de hacerlo.

Ni se puede decir que fuesen engañados ellos mismos. Lo que nos refieren en el Evangelio de la resurreccion del Salvador, lo vieron con sus mismos ojos, lo oyeron con sus propios oidos, lo palparon con sus mismas manos, como nos asegura uno de ellos: *Quod audivimus, quod vidimus oculis nostris, et manus nostræ contrectaverunt de verbo vite... testamur et annuntiamus vobis*<sup>1</sup>. ¿Y qué mas se necesita para estar cierto de un hecho cualquiera, que verlo, oirlo y palparlo? Si el que ve, oye y palpa una cosa, puede engañarse acerca de su realidad, es menester decir que todo lo que percibimos con los sentidos tal vez no es mas que una ilusion, un delirio y un sueño; disparate que solo podria decirlo un loco. Porque si ahora viniese uno á persuadiros que todo lo que actualmente percibís, tal vez no es mas que un engaño de vuestros sentidos; que este templo que veis, no es un templo, sino una cosa que os lo parece; que esta voz mia que oís, no es una voz real, sino una voz aparente, ¿no le tendríais por un hombre privado de juicio? ¿no le juzgaríais digno de estar en una casa de dementes? Pues este es el caso de los que dicen, que los Apóstoles tal vez se engañaron en el hecho de la resurreccion; porque es como si dijese, que ellos creyeron ver, oír y tocar lo que nunca vieron, oyeron ni tocaron; que cuando en el cenáculo creian hablar, comer y tratar con Jesucristo resucitado, solo hablaron, comieron y trataron con un fantasma; que cuando se dice que Jesucristo apareció á quinientos discípulos reunidos, no fue una aparicion verda-

<sup>1</sup> I Joan. i, 1.

dera, sino un sueño que todos juntos tuvieron en plena vigilia, en el que todos soñaron la misma cosa, á todos les pareció ver el mismo objeto, bajo la misma forma, y con circunstancias enteramente idénticas. Y para decir esto ¿no es menester haber perdido el seso? Concluyamos, pues, que los Apóstoles ni han querido, ni han podido engañarnos acerca de la resurreccion de Jesucristo; y de consiguiente que, aun prescindiendo de la fe, la resurreccion del Salvador es el hecho histórico mas evidentemente demostrado.

¿Por qué, pues, preguntaréis, los incrédulos se empeñan tanto en negarlo?—Es porque no les gustan las consecuencias que de él se infieren. Si Jesucristo ha resucitado, luego es Dios verdadero, ya que resucitarse á sí mismo es cosa que solo Dios puede hacerla; y de consiguiente es verdadera su Religion, verdadero su Evangelio, verdadera la doctrina que enseña que nosotros resucitarémos tambien, que habrá un cielo para los buenos, un infierno para los pícaros, una eternidad para todos. Héos aquí por qué se empeñan tanto en negar un hecho tan cierto y evidente. Como de esto depende todo, como en esto estriba todo, ó negar esto, ó conceder todo lo demás.

Mas ¿de qué sirve negarlo? Quieran ó no quieran, la resurreccion de Jesucristo es un hecho verdadero, cierto é incontestable. ¡Ah! este que para los impíos es un hecho aterrador, para nosotros debe ser un suceso de gran consuelo. Porque si Jesucristo ha resucitado, luego nosotros resucitarémos tambien, luego nuestros cuerpos no dormirán perpétuamente en la tumba, luego vendrá un dia en que oirémos la voz del Hijo de Dios que nos llamará á la inmortalidad; y si le hemos servido en esta vida, nos hará eternamente dichosos en el cielo. Amen.

### Resurreccion espiritual del pecador.

Surrexit, non est hic. (Marc. xvi, 6).

Al ver dos dias atrás el cuerpo adorable del Redentor en brazos de la muerte, atravesadas las manos y piés con horribles clavos, y abierto el corazon con una aguda lanza: al verle todo ensangrentado, todo cubierto de heridas, frio, yerto é inmoble: al verle encerrado en un sepulcro, envuelto en una sábana, cubierto con una enorme losa, y rodeado de tropa apostada para custodiarlo, ¿quién no hubiera creído que iba á ser alimento de los gusanos, pasto de la corrupcion, y befa de sus implacables enemigos? Pues no ha de ser así, cristianos, no ha de ser así. Jesús, á quien dos dias hace llorábamos difunto; Jesús, á quien vimos espirar en un leño entre tormentos inauditos; Jesús, á quien contemplábamos sin vida ni accion en un sepulcro, ya no está en él, ya ha resucitado, ya ha adquirido una vida toda nueva y gloriosa. ¡Oh, qué vergüenza para los judíos! ¡oh, qué rabia para el infierno! ¡oh, qué consuelo para nosotros!

Tristeza, que tanto nos oprimiste en estos dias pasados; lágrimas, que tan abundantemente corrísteis de nuestros ojos, afuera, afuera, que no vendrías bien en un dia de tanto gozo. Llore el judío, cuya malicia ha quedado burlada: llore la muerte, cuyo imperio ha ya fenecido: llore el infierno, cuyas potestades están ya desarmadas: sí, lloren, que mientras ellos llorarán, mi alma, rebosando contento, cantará con la Iglesia: *Surrexit Christus spes mea*: ha resucitado Jesús, mi amor, mi alegría, y toda mi esperanza.

Mi alegría, cristianos, seria hoy del todo completa, si pudiese persuadirme tres cosas: 1.º que así como Jesucristo ha

resucitado verdaderamente en cuanto al cuerpo, todos habeis resucitado verdaderamente en cuanto al alma : 2.º que así como Jesucristo ya no volverá á morir, tampoco vosotros volveréis á pecar : 3.º que así como Jesucristo ha tomado una vida toda gloriosa, vosotros tomaréis una vida toda cristiana. Pero ¿podré yo persuadirme esto? Yo sé que apenas hay cristiano que en tiempo de Cuaresma no resucite de un modo ú otro de la culpa, puesto que son pocos los que no acuden á la confesion ; pero sé tambien que hay resurrecciones falsas, resurrecciones pasajeras, y resurrecciones imperfectas ; y que muchos pecadores, que parecen resucitar á la gracia, solo resucitan, ó de un modo falso, ó pasajero, ó imperfecto. Dejarme decir algo sobre cada uno de estos tres géneros de resurreccion, y luego podréis deducir á cuál de ellos pertenece la vuestra.

Para ayudaros á formar una idea exacta del modo con que muchos pecadores resucitan de la culpa en tiempo de Cuaresma, me valdré de un hecho memorable que nos refiere la Escritura santa en el primer libro de los Reyes. Deseoso el rey Saul de saber si le convenia aceptar una batalla que le presentaba el ejército filisteo, consultó á Dios sobre lo que debia hacer ; mas, no habiéndose el Señor dignado contestarle, á causa de sus grandes delitos, concibió la sacrílega idea de averiguarlo por medio de una insigne bruja que vivia en Endor. Presentóse á ella disfrazado en altas horas de la noche, y le dijo : me conviene consultar una cosa con el difunto profeta Samuel, y así quiero que, valiéndote del arte de nigromancia que profesas, me lo hagas resucitar : *Samuelem mihi suscita* <sup>1</sup>. Accedió la mujer, y no bien hubo hecho las primeras

<sup>1</sup> I Reg. xxviii, 11.

gestiones de su arte diabólico, cuando, permitiéndolo Dios, se levantó de la tierra una figura humana que representaba al venerable Samuel con su barba blanca, frente arrugada, cabeza calva, y cubierto con una larga capa ; cual figura, despues de haber reprendido ásperamente al impío Rey por haber turbado su reposo, volvió á meterse debajo la tierra, y desapareció. ¿Creeis, cristianos, que aquella figura fuese la verdadera persona de Samuel, resucitada por la evocacion de la bruja? Nada menos : no fue mas que una apariencia, una sombra, un fantasma.

Aquí teneis una imágen que expresa al vivo el modo con que un considerable número de pecadores ha resucitado del pecado en esta Cuaresma. Aquel jóven, apretado por el precepto de la Iglesia, se resolvió á hacer su confesion. Al considerar lo que dijo y lo que hizo la mañana que fué á confesarse, cualquiera hubiera dicho que habia verdaderamente resucitado de sus culpas, y que de la muerte del pecado habia pasado á la vida de la gracia. Pero ¿lo creeis vosotros así? Os engañais. Fue resurreccion aparente, resurreccion de Samuel, sombras, espectros, fantasmas, y nada mas. El infeliz fué á confesarse sin casi haber hecho ningun exámen, sin haber concebido ningun dolor de sus culpas, sin propósito alguno de dejar sus vicios. Aquella doncellita fué tambien á confesarse, bien que mas por cumplimiento que por devocion, mas por temor de sus padres que por deseo de convertirse á Dios. Al verla tan recogida, tan modesta, tan devota en el acto de confesar y comulgar, cualquiera hubiera pensado que aquella criatura habia realmente resucitado del pecado, y que de la esclavitud del demonio habia pasado á la dichosa libertad de los hijos de Dios. Pero ¿lo pensais vosotros así? Os equivocais. Fue resurreccion falsa, resurreccion de Samuel, sombras, engaños, mentiras, y nada mas. La desgraciada calló

los pecados de mas bulto, disimuló sus tratos y enredos, y solo dijo al confesor aquellas culpas que tal vez no habia necesidad de decir. Aquel hombre fué igualmente á confesarse. ¡Oh qué devoto! ¡oh qué compungido! ¡oh qué fervoroso! Al mirarle, el mas malicioso hubiera creído que la cosa iba de veras, que esta vez no era como otras, que su conversion era verdadera, y verdaderísima su resurreccion. Pero ¿lo juzgais vosotros así? Os alucináis. Fue resurreccion aparente, resurreccion de Samuel, ceremonias, hipocresías, falsedades, y nada mas. El miserable no tenia propósito verdadero ni de dejar las ocasiones en que vive enredado, ni de restituir los bienes ajenos que posee, ni de reconciliarse con el enemigo á quien profesa un rencor inveterado. ¡Oh, cuántas resurrecciones hay de este género!

Estas resurrecciones son tan evidentemente falsas, que nadie puede hacerse respecto de ellas la menor ilusion. Otras hay que, siéndolo tambien, no lo parecen, y acerca de las cuales es la cosa mas fácil equivocarse. Tales han sido las de aquellos pecadores que, habiendo hecho al parecer una buena confesion, ó el mismo dia, ó pocos dias despues, volvieron al pecado. ¿Qué hemos de presumir de tales confesiones? Por regla general hemos de presumir que fueron malas, porque el dolor que se mostró en ellas no fue sincero y real; que si lo hubiese sido, ¿seria posible que tan pronto hubiesen vuelto á cometer la culpa? Con un ejemplo de la Escritura os será fácil conocerlo.

Pocos meses despues que Finees hubo contraído matrimonio con una jóven tierna y amable, tuvo que separarse de ella para salir con el ejército de Israel, que iba á pelear contra los filisteos. Pocos dias habia que los dos esposos se habian despedido tiernamente, cuando se presentó á la tierna consorte un mensajero dándole la triste nueva de que, habiéndose

trabado en aquel mismo dia una sangrienta batalla entre los dos ejércitos, la jornada habia sido desastrosa para Israel, y que entre las muchas desgracias que tenia que contarle, una era que su estimado Finees habia quedado tendido en el campo, muerto á manos de un filisteo. No bien hubo el mensajero acabado de pronunciar las palabras : *Finees ha muerto*, cuando la infeliz consorte cayó en tierra sin sentidos, y faltó poco para que quedase muerta á la violencia de tan fiero golpe<sup>1</sup>. Suponed ahora, cristianos, que, apenas vuelta de su desmayo, se le hubiese presentado el filisteo que habia muerto á su querido Finees, y habiéndole manifestado deseos de casarse con ella, ella hubiese accedido al punto, dando alegre la mano de esposa al que habia sido el asesino de su marido. ¿Qué pensaríais del dolor que manifestó por su muerte? ¿No diríais que fue un dolor fingido, un dolor aparentado para cubrir la mas negra infidelidad? Pues bien : esos pecadores de quienes hablo, mostraron en el dia de su confesion un grandísimo horror al pecado, aseguraron al confesor que, habiendo sido el pecado el bárbaro asesino que quitó la vida á Dios, el mas dulce y amable de los esposos, ellos le detestaban con todo el odio que merecia. Pero ¿qué? á vuelta de muy pocos dias se les presentó el mismo pecado á quien llamaban asesino de su sumo Bien, y cambiando de repente el odio en amor, le acogieron, le abrazaron, y le dijeron : Tú eres mi esposo. ¿Podemos creer que cuando el dia antes mostraban por él tanto sentimiento y horror, su horror y sentimiento fuese sincero y formal? Si hay entre vosotros quien sea capaz de persuadirse esto, levántese y dígalo, que nosotros atónitos lo oiremos. Pues no, vosotros teneis bastante

<sup>1</sup> I Reg. iv, 19, 20.  
17\*



ilustracion para conocer que aquel dolor fue aparente, y de consiguiente, que fue falsa su resurreccion.

Otros hay que resucitan en realidad, es decir, recobran la vida de la gracia por medio de la penitencia; pero su resurreccion es pasajera, pues no dura por mucho tiempo. De esta especie de resurreccion tenemos un famoso ejemplo en el Evangelio. Tan pronto como Jesucristo espiró sobre la cruz, se vieron en el mundo muchos portentos que indicaron claro, que el que acababa de morir era verdadero Dios. Pero el mas asombroso fue, que algunos muertos salieron de sus sepulcros, entraron en Jerusalem, y se aparecieron á varios de sus parientes y conocidos<sup>1</sup>. Pregunto ahora: ¿aquella resurreccion fue verdadera? No cabe duda. ¿Fue perpétua? Segun san Agustin, santo Tomás y otros doctores ilustres, no lo fue, sino que los resucitados volvieron á morir al cabo de algun tiempo<sup>2</sup>.

Ved aquí una figura de la resurreccion espiritual de muchos pecadores. En llegando á la mitad de la Cuaresma, se preparan para acercarse á los Sacramentos: hacen su exámen, forman su dolor, quitan las ocasiones, y practican cuanto es menester para recibir con fruto la santa absolucion. A favor de estas diligencias, los sepulcros se abren, los muertos resucitan, y los que yacian en las tinieblas de la culpa aparecen unas criaturas del todo nuevas á la vista del mundo. ¡Feliz mudanza! ¡dichosa resurreccion! ¿cuánto tiempo duraréis? ¡Ay! apenas habrán transcurrido algunas semanas volverán á morir, y su segunda muerte será mas fatal que la primera. ¡Oh santa Iglesia! tú rebotas de júbilo viendo la resurreccion de estos hijos tuyos, que poco há llorabas difuntos; pero aguarda, aguarda, que no pasará mucho tiempo sin que hayas de

<sup>1</sup> Matth. xxvii, 53. — <sup>2</sup> D. Thom. 3 part. quæst. 53, art. 3.

renovar sobre ellos tu antiguo llanto, viéndolos nuevamente muertos por la culpa.

En fin hay otros cristianos que resucitan de un modo real y duradero, pero imperfecto, es decir, que en su conversion no se notan las hermosas cualidades que acompañaron la resurreccion de Jesucristo. Jesucristo no se contentó con solo resucitar, sino que dejó en el sepulcro todas las flaquezas y debilidades que por nuestro amor habia tomado, restituyó á su cuerpo la hermosura que habia perdido en su dolorosa passion, é hizo que su resurreccion gloriosa fuese pública y notoria á todo el mundo. ¿Qué enseña esto? Que para que una conversion sea perfecta son necesarias tres cosas: primera, dejar todas las dolencias, heridas, llagas y contusiones que el pecado hizo en el alma: segunda, restituir al alma aquella pureza, aquella inocencia, aquellas virtudes que la culpa habia borrado en ella: tercera, aparecer convertido á la vista del prójimo, particularmente á la de aquellos á quienes se tuvo la desgracia de escandalizar, ó fueron sabedores de la mala conducta precedente.

¿Y es esto lo que hacen muchos cristianos al convertirse? ¡Cuántos despues de su conversion muestran todavía las señales de sus culpas pasadas, quiero decir, conservan muchos resabios de los malos hábitos que contrajeron en el tiempo de su mal vivir, al modo que muchos de los que han ido á la guerra, conservan toda la vida las cicatrices de las heridas que recibieron en los combates! ¡Cuántos despues de su conversion quedan indevotos, negligentes, frios en el servicio de Dios, sin medrar en la virtud, sin dar un paso adelante en la perfeccion, sin adquirir un grado de fervor, al modo que muchos de los que han convalecido de una grave enfermedad, quedan por siempre flacos, débiles y enfermizos! ¡Cuántos despues de su conversion tienen gran cuidado de ocultarla al

público, reputando por cosa afrentosa el que se diga que se han convertido, al modo que algunos judíos, teniendo por afrenta tratar públicamente con Jesucristo, iban á encontrarle de noche por no ser vistos ni conocidos!

Héos aquí, fieles, el modo con que muchos pecadores resucitan de la culpa en este santo tiempo : unos solo resucitan en apariencia, esto es, parecen vivos, y están muertos : otros solo resucitan de paso, esto es, viven algunos dias, y despues vuelven á morir : otros solo resucitan á medias, esto es, recobran la gracia, pero quedan débiles en la virtud. No sea así vuestra resurreccion, cristianos míos. Si todavía no habeis verdaderamente resucitado, haced una nueva confesion que supla la insuficiencia de la que habeis hecho : si habeis resucitado en realidad, perseverad en la gracia que habeis recibido : si ya teneis la gracia, haced que vaya creciendo siempre, dando cada dia nuevos frutos de virtud y santidad. De este modo, despues de haber hecho una resurreccion enteramente conforme á la de Jesucristo, resucitaréis gloriosamente en la eternidad bienaventurada. Amen.

#### El por qué de la resurreccion de la carne.

Surrexit. (Marc. xvi, 6).

¿Quién lo diría, cristianos, que entre los *alleluias* de un dia tan alegre y festivo como el de hoy, se hiciese un entierro y un funeral? ¿Un entierro? me diréis, ¿un funeral? ¿y de quién?—De la muerte, que murió el viernes pasado á las tres de la tarde, hora precisa en que espiró sobre la cruz el Autor de la vida : *Mors mortua tunc est in ligno, quando mortua vita fuit*. En aquella hora memorable la vida y la muerte entraron en un desafío pasmoso : *Mors et vita duello conflixerunt*.

*re mirando* : el combate fue tan sangriento y reñido, que una y otra quedaron tendidas sobre el campo ; pero con esta diferencia, que el Autor de la vida ha vuelto hoy á vivir, y la muerte ha quedado muerta por siempre : *Dux vitæ mortuus regnat vivus... mors mortua est*.

Yo os veo alónitos, cristianos, y me parece vais á preguntarme : ¿cómo puede decirse que la muerte haya muerto, cuando todos los dias está haciendo víctimas entre nosotros? —Verdad es que todos morimos, pero ¿acaso morimos por siempre? No, dice san Pablo, porque el que hoy ha resucitado á Jesucristo de entre los muertos, nos resucitará tambien á nosotros otro dia : *Qui suscitavit Jesum, et nos cum Jesu suscitabit*<sup>1</sup>. No hasta que nuestra alma viva eternamente con Dios en el cielo, es menester que nuestros cuerpos vivan tambien eternamente con el alma, disfrutando de su misma dicha, y participando de su misma felicidad : *Oportet corruptibile hoc induere incorruptionem, et mortale hoc induere immortalitatem*<sup>2</sup>. Si nuestros cuerpos no hubiesen de participar de la bienaventuranza del alma en el paraíso, ¿quién tendria ánimo para mortificarlo ahora, y sujetarlo á las grandes privaciones y penalidades que le impone nuestra Religion? ¿Cómo el alma pudiera estar plenamente satisfecha en el cielo, no haciendo participante de su felicidad á quien tanto la ha ayudado á merecerla? ¿Dónde estaria la justicia de Dios, si no llamase á disfrutar de la corona á quien tanta parte ha tomado en los combates, y tanta gloria ha adquirido en el triunfo? Por estas tres razones, que ahora no hago mas que tocar, pero que luego explanaré con toda la extension necesaria, se comprende cuán justo, y cuán debido es que venga un dia en que nuestra carne resucite, y viva eternamente con Dios. Escu-

<sup>1</sup> II Cor. iv, 14. — <sup>2</sup> I Cor. xv, 53.

chadme atentamente, que hoy confio haceros oír cosas que os animarán á ser buenos, y os harán suaves todos los sacrificios que la Religion exige de vuestros cuerpos.

No vacilo en afirmar, que si no hubiese la esperanza segura de que nuestros cuerpos resucitarán, y junto con el alma subirán al cielo á disfrutar de los premios á que se hayan hecho acreedores en este mundo, apenas habria quien tuviese valor para sujetarlo á las leyes duras que nos impone nuestra Religion. Vosotros sabeis que, al paso que todas las demás religiones son sumamente complacientes con el cuerpo, concediéndole todo género de satisfacciones y placeres, la nuestra es para con él tan áspera y severa, que parece solo ha venido al mundo para mortificarlo.

No es mi ánimo recorrer aquí todas las leyes penosas que nuestra santa Religion impone á la carne, porque para esto necesitaria mas tiempo del que puedo disponer; pero no puedo dispensarme de citar algunas. ¿Qué ley tan penosa á la carne no es aquella que, so pena de condenacion, y condenacion eterna, nos prohíbe toda accion, todo deseo, todo pensamiento que huela á impureza? *Neque fornicarii, neque molles... regnum Dei possidebunt*<sup>1</sup>. ¿Qué ley tan mortificante no es aquella que nos manda amar á los que nos aborrecen, hacer bien á quien nos hace mal, bendecir á los que nos persiguen? *Diligite inimicos vestros, benefacite his qui oderunt vos, et orate pro persequentibus vos*<sup>2</sup>. ¿Qué ley tan gravosa no es aquella que nos intima arrancarnos el ojo, cortarnos la mano, siempre que nos sean ocasion de ofender á Dios? *Si oculus tuus... si dextra manus tua scandalizat te, erue, projice abs te*<sup>3</sup>. ¿Qué

<sup>1</sup> I Cor. vi, 10. — <sup>2</sup> Matth. v, 44. — <sup>3</sup> Ibid. 29, 30.

ley tan áspera no es aquella que nos obliga á ofrecer la mejilla izquierda á quien nos hiere en la derecha, y á ceder la capa á quien nos disputa la túnica? *Si quis te percusserit in dexteram maxillam, præbe illi et alteram... et ei qui vult tunicam tuam tollere, dimitte ei et pallium*<sup>1</sup>. ¿Qué ley tan insoporable no es aquella que nos precisa á aborrecer al padre, á la madre, etc., siempre que su amor sea un obstáculo para servir á Jesucristo? *Si quis... non odit patrem, et matrem, ... non potest meus esse discipulus*<sup>2</sup>. ¿Qué ley, en fin, tan severa no es aquella que nos estrecha á sufrir el destierro, la pérdida de los bienes, y hasta la misma muerte, primero que negar un solo artículo de nuestra fe? *Nolite timere eos qui occidunt corpus*<sup>3</sup>.

Y bien, cristianos, ¿quién tendria valor para sujetar su cuerpo á leyes tan duras y repugnantes, si no supiese que este mismo cuerpo recibirá en el cielo el galardón de sus sacrificios? Vírgenes inocentísimas que, encerradas dentro los claustros, y entregadas á la cruz y á la abnegacion, haceis de vuestros cuerpos vivas hostias de la castidad, ¿tendriais valor para hacer lo que haceis, si no supiéseis que esos cuerpos, ahora afligidos y crucificados, resucitarán un dia, y brillarán entre los mas puros Serafines? Mártires invictos, que por no desmentir vuestra fe abandonásteis vuestros cuerpos á las cadenas, á las espadas y á las cruces, ¿hubiérais tenido ánimo para sufrir tales tormentos, si no hubiéseis alimentado la dulce esperanza de que un dia recobraríais los miembros destrozados, y resplandeceríais como soles en el cielo? Confesores ilustres, que maceráis vuestra carne con abstinencias, vigiliias y privaciones, ¿la trataríais así, si no esperáseis que algun dia se levantará del polvo de la tumba, y

<sup>1</sup> Matth. v, 39, 40. — <sup>2</sup> Luc. xiv, 26. — <sup>3</sup> Matth. x, 28.

será glorificada en el paraíso? ¿Qué es, decidlo, lo que os inspira esa santa crueldad contra vuestra carne, la cual tratáis como si fuera de bronce?

¡Ah cristianos! si no es la esperanza de la resurreccion, yo no sé qué otra cosa pueda ser. Y esta misma esperanza ¿no os animará á vosotros á privaros con gusto de aquellas satisfacciones corporales que os prohíbe el Evangelio? Si nuestra Religion os dijese que debíais renunciarlas por siempre, podría esto pareceros una cosa dura é insoportable, pero la Religion no os dice tal cosa. No os dice, ó mundanos, que os priveis por siempre del placer que hallais en escuchar esas músicas que resuenan en vuestros teatros: lo que os dice es, que os priveis de él por algun tiempo, hasta que, resucitados, podais disfrutarlo en el cielo, y de un modo mas puro y permanente. No os dice, ó glotones, que os priveis eternamente del gusto que percibís en las viandas sabrosas: lo que os dice es, que aguardéis un poco, hasta que podais recrearos con el gusto de aquellas viandas infinitamente mas exquisitas que se sirven en el convite del empíreo. No os dice, ó jóvenes, que renunciéis por siempre la satisfaccion que hallais en la vista y en el trato de una hermosura frágil y postiza: lo que os dice es, que por ahora no es tiempo de esto, que ya vendrá dia en que en el paraíso veréis y trataréis otras hermosuras incomparablemente mas embelesadoras. Por manera, que la Religion os promete aquellos mismos gustos corporales que vosotros tanto deseais, con esta sola diferencia, que vosotros los deseais súcios y groseros, y ella quiere que los goceis puros y espirituales: vosotros los deseais superficiales y defectuosos, y ella quiere hacéroslos disfrutar llenos y perfectos: vosotros los deseais por cuatro dias, y ella quiere dároslos por toda la eternidad. Si con esta esperanza ella no logra que os sujeteis de buena voluntad á las leyes peno-

sas que os impone, francamente lo digo, no atino otro título mas poderoso por el cual pueda lograrlo.

Ni tampoco comprendo cómo nuestra alma pudiera estar plénamente contenta en el cielo, si no tuviese al cuerpo en su compañía, y no le hiciese participante de aquella felicidad, que él le ha ayudado tanto á conseguir. ¿Qué puede hacer el alma sin la ayuda del cuerpo? Ni una sola operacion, por mínima que sea. Si quiere formar un pensamiento, es menester que el cuerpo le suministre las especies: si quiere expresar una idea, es necesario que el cuerpo le preste las palabras: si quiere manifestar su dolor, es indispensable que el cuerpo contribuya con sus lágrimas y suspiros. En vano para ella brillaran tantas estrellas en el firmamento, si el cuerpo se negase á miraras: en vano serian para ella todas las maravillas que hay en el mundo, si los sentidos se resistiesen á percibir las.

Figuraos, de consiguiente, qué amor no cobra el alma á un cuerpo del cual se ve tan bien servida, y sin cuyo concurso no puede decir una palabra, dar un paso, ni formar un pensamiento. ¡Ah! es tal el amor que le profesa, que nada teme tanto como su mal, ni nada desea mas que su bien. ¿Cómo quereis, pues, que ella no desee vivamente tenerlo por compañero en el cielo, á fin de compartir con él el premio que todos juntos merecieron?

Mirad un buen general: ¿acaso se contenta con reportar él solo el premio de la victoria? No, sino que procura sean premiados tambien los soldados que de cualquier modo le han ayudado á conseguirla: y así veréis que reparte premios á todos, no solo á los capitanes que han ido al frente de las compañías, no solo á los granaderos que han entrado los primeros en el combate, no solo á los gastadores que han formado puentes

y establecido las baterías, sino tambien á los que, ó por cansancio, ó por enfermedad, no han podido tomar una parte directa en la accion, y han quedado en el campamento á custodiar las municiones. Pues si un buen general quiere que reciba premio el soldado que solo ha contribuido indirectamente á conseguir la victoria, ¿puede el alma bienaventurada dejar de desear que participe del premio aquel cuerpo que peleó con ella en casi todos los combates que sostuvo en este mundo, y fue quien recibió en la refriega los principales golpes y heridas? ¡Ah! ella sabe bien que el cuerpo fue quien principalmente sintió la fatiga de la oracion, la molestia de la vigilia, la penalidad del ayuno y la aspereza de la disciplina: ella sabe bien que quien padeció en los combates de la impureza no fue ella, sino el cuerpo; que quien sintió la privacion de los placeres del mundo no fue ella, sino el cuerpo; que quien sufrió el hambre, la sed y las enfermedades no fue ella, sino el cuerpo. Y despues de esto, ¿quereis que ella desee para sí sola toda la gloria, y que el cuerpo quede sin recompensa? Si así fuese, muy pocos serian los que quisiesen sacrificar la propia comodidad, sabiendo que este sacrificio solo habia de redundar en provecho del alma.

Mas diré: parece que la misma justicia de Dios no quedaria del todo airosa con nosotros, si despues de haber ella exigido tantos sacrificios á nuestro cuerpo, no le diese su premio correspondiente en el cielo. Perdonadme, Dios mio, este modo de hablar, que no tiene otro objeto que el de hacer mas ostensible y recomendable vuestra justicia á unas frágiles criaturas, que mas se mueven por los objetos sensibles, que por los espirituales y abstractos. Suponed, cristianos, que Dios no nos hubiese preparado otra felicidad en el cielo, que aquella de que hablaba san Pablo cuando decia: «que ni el ojo vió, ni el en-

«tendimiento comprendió, ni el corazon humano era capaz de «desear<sup>1</sup>»:» suponed que toda la dicha del paraíso consistiese en ver á Dios, en conocer sus atributos, en admirar sus infinitas perfecciones, sin tener cosa alguna que interesase á nuestros sentidos corporales, ¿qué nos responderíais cuando nosotros os predicásemos sobre esta felicidad toda abstracta y espiritual? Temo nos diríais lo que dijeron los hebreos en vista del maná: *Anima nostra nauseat super cibo isto levissimo*<sup>2</sup>: ¡oh qué bienaventuranza tan insípida es la que nos proponeis! ¡oh qué bienes tan desabridos! ¿Y por esos bienes, solo perceptibles al entendimiento, quereis que renunciemos tantos otros, que son palpables y lisonjeros á los sentidos?—Que nos hablaríais así, lo infiero de lo mismo que noto en vosotros siempre que se os predica del cielo. Mientras solo se os habla de lo que pertenece á la gloria del alma, el uno bosteza, el otro duerme, el otro está á punto de dormirse; pero tan pronto como se trata de lo que toca á la dicha del cuerpo, y se os explican las cosas hermosas que allá verán vuestros ojos, los olores inefables que recrearán vuestro olfato, las músicas armoniosas que herirán vuestros oidos, ¡ah! todos al punto des-  
pertais, todos os poneis tan atentos, que parece no teneis bastante oido para escuchar. ¡Tal es nuestra condicion y miseria! ¡Tal es la inclinacion que tenemos á los bienes sensibles y corporales!

En vista de esto ¿qué ha debido hacer la Justicia divina siempre propensa á tolerar los defectos humanos? Acomodarse á una tal inclinacion, preparándonos en el cielo bienes corporales y sensibles, y disponiendo que nuestros cuerpos resucitados vayan algun dia á disfrutarlos. Ya que no os tendríais por felices, parece nos ha dicho Dios, si en el cielo no pudié-

<sup>1</sup> I Cor. II, 9. — <sup>2</sup> Num. XXI, 5.

seis disfrutar de gustos semejantes á los que disfrutais en ese mundo, sabed que os los tengo preparados en abundancia. No será sola vuestra alma la que será feliz contemplando mi esencia; será tambien feliz el cuerpo, cuyos sentidos recrearé con inefables dulzuras. Cada sentido tendrá su placer propio y especial: los ojos verán hermosuras admirables, los oídos percibirán cánticos melodiosísimos, el olfato sentirá olores los mas exquisitos, el gusto experimentará sabores los mas delicados, el tacto será recreado con placeres tan puros como arrebatadores.

¿Qué mas se os puede decir, cristianos, para animaros á servir fielmente á Dios? La Religion, es verdad, os impone leyes duras á la carne; pero esta misma Religion os asegura que la carne resucitada subirá tambien al cielo á recibir la paga de sus sacrificios. El alma, es cierto, exige del cuerpo que la ayude en la obra de su santificacion; pero esta misma alma no estará plenamente satisfecha, mientras no tenga al cuerpo por compañero de su eterna felicidad. Dios, no cabe duda, pide nuestros servicios corporales mientras vivamos en este mundo; pero este mismo Dios nos hace saber que no faltará al cuerpo su premio y su recompensa. ¡Ah, Dios mio! si así ha de ser, pedid de nuestro cuerpo cuanto querais. Sufra este cuerpo miserable cuanto Vos tengais á bien ordenar, sufra el hambre, sufra la sed, sufra la muerte. ¡Dichoso él, que despues de haber sido aniquilado, á manera del grano de trigo echado en la tierra, resucitará un día, é irá á disfrutar de las inefables dulzuras del paraíso! Amen.

### PRIMER DOMINGO DESPUES DE PASCUA.

*Nada especial ocurre advertir sobre este domingo: solo hay que recordar á los curas que, debiendo suponer que sus feligreses han ya cumplido el precepto pascual, y de consiguiente que están en gracia de Dios, todo su cuidado ha de ser hacerles comprender toda la dicha de su nuevo estado, y exhortarlos á perseverar constantemente en él. El evangelio del día no puede ser mas á propósito para esto: y si el cura lo medita bien, verá que la Iglesia no ha podido tener otro intento al designarlo, que darle ocasion de predicar sobre estos dos interesantísimos puntos: la paz de la buena conciencia, y la perseverancia en la gracia recibida. Aunque, como acabamos de decir, estos dos asuntos son de sumo interés, parécenos sin embargo que el segundo está destinado á producir mas fruto: y por esto el primero solo lo propondremos en bosquejo, y el segundo lo daremos íntegro y acabado.*

*Para predicar sobre la paz de la conciencia, se toma el texto: Pax vobis, y sobre él se discurre así: «Hoy, que es el día octavo de la gran solemnidad de la Pascua, la Iglesia nos pone á la vista dos apariciones de Jesucristo á sus discípulos, una que se verificó el mismo día de su resurreccion, y otra que tuvo lugar ocho días despues. En una y otra la primera palabra que el Salvador dirigió á sus Apóstoles fue esta: La paz sea con vosotros: Pax vobis. Igual saludo debo dar hoy á todos mis feligreses reunidos en este templo, y por cierto que no lo doy por puro cumplimiento ó ceremonia, sino con toda la efu-*

seis disfrutar de gustos semejantes á los que disfrutais en ese mundo, sabed que os los tengo preparados en abundancia. No será sola vuestra alma la que será feliz contemplando mi esencia; será tambien feliz el cuerpo, cuyos sentidos recrearé con inefables dulzuras. Cada sentido tendrá su placer propio y especial: los ojos verán hermosuras admirables, los oídos percibirán cánticos melodiosísimos, el olfato sentirá olores los mas exquisitos, el gusto experimentará sabores los mas delicados, el tacto será recreado con placeres tan puros como arrebatadores.

¿Qué mas se os puede decir, cristianos, para animaros á servir fielmente á Dios? La Religion, es verdad, os impone leyes duras á la carne; pero esta misma Religion os asegura que la carne resucitada subirá tambien al cielo á recibir la paga de sus sacrificios. El alma, es cierto, exige del cuerpo que la ayude en la obra de su santificacion; pero esta misma alma no estará plenamente satisfecha, mientras no tenga al cuerpo por compañero de su eterna felicidad. Dios, no cabe duda, pide nuestros servicios corporales mientras vivamos en este mundo; pero este mismo Dios nos hace saber que no faltará al cuerpo su premio y su recompensa. ¡Ah, Dios mio! si así ha de ser, pedid de nuestro cuerpo cuanto querais. Sufra este cuerpo miserable cuanto Vos tengais á bien ordenar, sufra el hambre, sufra la sed, sufra la muerte. ¡Dichoso él, que despues de haber sido aniquilado, á manera del grano de trigo echado en la tierra, resucitará un día, é irá á disfrutar de las inefables dulzuras del paraíso! Amen.

### PRIMER DOMINGO DESPUES DE PASCUA.

*Nada especial ocurre advertir sobre este domingo: solo hay que recordar á los curas que, debiendo suponer que sus feligreses han ya cumplido el precepto pascual, y de consiguiente que están en gracia de Dios, todo su cuidado ha de ser hacerles comprender toda la dicha de su nuevo estado, y exhortarlos á perseverar constantemente en él. El evangelio del día no puede ser mas á propósito para esto: y si el cura lo medita bien, verá que la Iglesia no ha podido tener otro intento al designarlo, que darle ocasion de predicar sobre estos dos interesantísimos puntos: la paz de la buena conciencia, y la perseverancia en la gracia recibida. Aunque, como acabamos de decir, estos dos asuntos son de sumo interés, parécenos sin embargo que el segundo está destinado á producir mas fruto: y por esto el primero solo lo propondremos en bosquejo, y el segundo lo daremos íntegro y acabado.*

*Para predicar sobre la paz de la conciencia, se toma el texto: Pax vobis, y sobre él se discurre así: «Hoy, que es el día octavo de la gran solemnidad de la Pascua, la Iglesia nos pone á la vista dos apariciones de Jesucristo á sus discípulos, una que se verificó el mismo día de su resurreccion, y otra que tuvo lugar ocho dias despues. En una y otra la primera palabra que el Salvador dirigió á sus Apóstoles fue esta: La paz sea con vosotros: Pax vobis. Igual saludo debo dar hoy á todos mis feligreses reunidos en este templo, y por cierto que no lo doy por puro cumplimiento ó ceremonia, sino con toda la efu-*

«sion de mi alma, y con el mas vivo deseo de que se cumpla.  
«Si, cristianos, yo deseo que la paz sea con vosotros, Pax vo-  
«bis : no aquella paz falsa que da el mundo, ni aquella paz  
«engañososa que procede de una conciencia mal formada, ni aque-  
«lla paz fatal que es efecto y castigo del pecado ; sino aquella  
«paz sólida que procede de una conciencia pura, aquella paz  
«verdadera que es efecto de la gracia, aquella paz santa que  
«es fruto del Espíritu Santo que habita en el alma. Porque ha-  
«beis de saber que hay dos especies de tranquilidad interior, una  
«verdadera, y otra falsa : una que es el mayor bien que en este  
«mundo podemos poseer, y otra que es el peor mal que en este  
«mundo nos puede venir. Hablaré de la una y de la otra, mos-  
«trándoos los medios de alcanzar la primera, y descubriéndoos  
«las causas que suelen producir la segunda : y en esto consis-  
«tirá todo el asunto de hoy.»

Para desenvolver la primera idea se dirá, que los medios seguros de alcanzar la tranquilidad interior son, ser sóbrio en los deseos, justo con el prójimo, y pio para con Dios, segun aquella máxima de san Pablo : *Sobriè, justè, et piè vivamus in hoc sæculo*<sup>1</sup>. La sobriedad de deseos hace estar en paz consigo mismo, la justicia con el prójimo hace estar en paz con los otros, la piedad para con Dios hace estar en paz con él.

La sobriedad de deseos consiste en tener pocos, y estos justos, razonables y fáciles de satisfacer ; porque si se alimentan muchos deseos, y estos son de cosas inútiles, indebidas y de difícil adquisicion, es claro que el interior ha de estar inquieto y agitado. La causa de todas nuestras inquietudes interiores son nuestros deseos inmoderados, una ambicion insaciable, una codicia que nunca dice basta, una envidia que nunca nos deja estar contentos con lo que poseemos, y siempre nos hace desear

<sup>1</sup> Tit. II, 12.

todo cuanto vemos en el prójimo. La culpa, pues, no está en las cosas : está en nuestros deseos que no queremos moderar. Uno, por ejemplo, vive inquieto porque es pobre ; mas su pobreza, bien examinada, no nace sino de la destemplanza de sus deseos. ¿Cuántos se tendrían por felices, si llegasen á poseer la mitad de lo que él posee? Desee menos, y será mas rico : no quiera salir de su esfera, y verá que todavia le sobra. Otro vive intranquilo porque se ve despreciado ; pero si tuviese menos orgullo, si no concibiese de sí una idea superior á sus méritos, si no pretendiese ser mas honrado de lo que le toca, el tal desprecio no perturbaria un ápice su tranquilidad. No pretenda ser mas de lo que es, y estará muy tranquilo en su posicion. Otro vive agitado porque ve á otros mas honrados que él, tal vez sin merecerlo tanto ; pero si considerase que los honores del mundo son inconstantes, interesados, y las mas veces perniciosos, estaria tan distante de ambicionarlos, que se tendria por dichoso de no recibirlos.— Váyase extendiendo este concepto con nuevas aplicaciones, recalcando siempre en que nada puede perturbar la tranquilidad de un hombre que no quiere mas de lo que tiene, ni desea sino aquello que fácilmente puede conseguir, que es lo que hemos dicho ser sóbrio en los deseos : *Sobriè*.

Cuando se dice que la justicia con el prójimo es fuente de verdadera paz y tranquilidad, no se habla precisamente de aquella justicia general que excluye toda violacion del derecho ajeno en cosas considerables, como son el hurto, la calumnia, etc. ; háblase de una justicia especial, que podríamos llamar justicia de miramiento, respeto y honor, la cual hace que sea atento y obsequioso con el prójimo, segun pide el estado y posicion de cada uno. ¿Se quiere estar en paz con todo el mundo? Dese á cada uno lo que merece : no se exija de nadie mas de lo que debe : límitese cada cual á sus negocios : no se mezcle en los

ajenos, si no le precisa á ello el deber ó la caridad : no censu-  
re las conductas que no tiene derecho á juzgar : soporte los de-  
fectos que no puede corregir : haga todos los favores que le sea  
posible hacer. Sobre todo no sea demasiado celoso de los dere-  
chos propios, trabando cuestiones por cosas de poco interés ;  
porque querer vivir en paz con los otros, y no querer sacrifi-  
car nada, y estar siempre firme en las propias pretensiones, en  
los propios derechos, en los propios puntillos, es querer un im-  
posible. Las mas de las cuestiones, riñas y enemistades ¿de qué  
proviene? De no guardarse los unos con los otros esta justicia  
de miramiento y atencion que hemos dicho : Justè.

La piedad para con Dios es el gran medio de estar en paz  
con él, y lograr la verdadera tranquilidad del corazon. Quien  
sabe que tiene á Dios por enemigo, no puede estar tranquilo,  
por mas que afecte estarlo. David no pudo hallar sosiego miem-  
tras supo que Saul era enemigo suyo, ¿y podrá hallarlo un hom-  
bre que sabe que tiene por enemigo á todo un Dios? ¿Cómo qui-  
tarse de encima la idea insoportable de su justicia indignada?  
¿cómo ahuyentar la imágen pavorosa de la muerte? ¿cómo no  
ver á cada momento la sombra horrible de la eternidad? Bien  
sabria David lo que se decia cuando escribió aquellas memora-  
bles palabras : La inquietud y la amargura están como de asien-  
to en el corazon de los pecadores, y los infelices ni llegan á sa-  
ber lo que es paz y tranquilidad : Contritio et infelicitas in viis  
eorum, et viam pacis non cognoverunt<sup>1</sup>. Por el contrario ¿de  
qué tranquilidad y alegría no goza un hombre que tiene una pre-  
suncion fundada de que está bien con Dios? Es tal, que nada  
de este mundo es capaz de quitársela.—Amplifiquese esta idea  
con lo que refiere la historia, enseña la fe, y muestra la mis-  
ma experiencia.

<sup>1</sup> Psalm. XIII, 6.

Pasando á las causas que suelen producir una tranquilidad  
falsa, se dirá que son la ignorancia de las verdades eternas,  
la familiaridad con el pecado, y el abandono de Dios.

Muchos pecadores viven tranquilos ¿por qué? Porque son de  
aquellos que, rechazando todos los conocimientos que podrian  
saludablemente inquietarlos, dicen á Dios : Apartaos de nos-  
otros, que no queremos saber nada de vuestros preceptos : Re-  
cede à nobis, scientiam viarum tuarum nolumus<sup>1</sup>. Vuestra  
ciencia es una ciencia importuna que echaria hiel en todos nues-  
tros placeres ; y así preferimos ser ignorantes, antes que per-  
der la paz de que disfrutamos.—¿Pensais que si aquel comer-  
ciante estudiase bien la naturaleza de los contratos que hace,  
viviria tan tranquilo como vive? ¿Pensais que si aquel padre  
de familia supiese mejor su obligacion, gozaria de la calma que  
goza? ¿Pensais que si aquel jóven estuviese mas instruido en  
la doctrina cristiana, descansaria sobre sus confesiones como  
descansa? Nada de esto : lo que les hace estar en paz es la ig-  
norancia en que viven.

Otros pecadores, que no son ignorantes, viven tambien en  
paz, ¿sabeis por qué? Porque han llegado á familiarizarse tan-  
to con el pecado, que ya no les hace impresion. Las primeras  
veces que se comete la culpa, asusta, alarma, siembra el ter-  
ror en el corazon ; pero á fuerza de repetirla va haciéndose me-  
nos pavorosa, y se llega á dormir tranquila y dulcemente en sus  
brazos. ¿Cuánto le costó á aquella mujer cometer el primer pe-  
cado impuro ! ¿Cuántas luchas no sostuvo antes de cometerlo !  
¿Qué inquietud, qué agitacion, qué horror no sintió despues de  
haberlo cometido ! El rubor natural, el temor de Dios, la de-  
licadeza propia del sexo, todo se le oponia, todo se le atrave-  
saba para que no saltase la barrera. Sin embargo la saltó, tras

<sup>1</sup> Job, XXI, 14.

de un pecado vino otro, y ahora ha llegado al punto de vivir muy contenta en la deshonestidad, prescindiendo de todo remordimiento, de todo honor, y de toda vergüenza.—Váyanse aduciendo otros ejemplos por el mismo estilo.

### **Peligros del que no persevera en el bien.**

Dixit eis: Pax vobis. (Joan. xx, 19).

Suponiendo, como la caridad me obliga á suponer, que todos habeis recobrado por la penitencia aquella santa paz que habiais perdido por el pecado, os dirigiré hoy, dia octavo despues de Pascua, las mismas palabras con que el Salvador saludó á sus discípulos al aparecérselos en el cenáculo ocho dias despues de su resurreccion: *Pax vobis*, la paz sea con vosotros. Sí, esa paz dichosa, que es el mayor bien que podeis poseer en este mundo; esa paz envidiable, que ha sido fruto de la buena confesion que hicisteis en la Cuaresma; esa paz santa, que consiste en la posesion de la gracia y amor de Dios, ¡ah! esta paz sea con vosotros: no por una semana, no por un mes, no por un año, sino por todo el tiempo que durare vuestra vida. ¡Que Dios os conserve siempre esa dichosa paz! ¡que vuestro Ángel aparte cuidadosamente todo cuanto pudiera hacéroslo perder! ¡que el demonio nunca halle medio de robároslo! *Pax vobis*.

No os admireis, cristianos, de que yo me muestre tan deseoso de la conservacion de esta paz: es porque temo, y creo temerlo con sobrado fundamento, que algunos la perderéis pronto, dejando el buen tenor de vida que acabais de emprender, y volviendo á vuestras costumbres ordinarias. Este temor no nace en mí de ningun bajo concepto que me haya formado de vosotros: nace de la mucha experiencia que tengo

de la flaqueza humana, y de las astucias que sé emplea el demonio para descaminar á los nuevamente convertidos. ¿Qué astucias no emplea para echarlos de nuevo por el camino del mal? A unos les sugiere que su vida puede ser muy larga, y que seria cosa muy dura tener que sujetarse por tanto tiempo á las privaciones que lleva consigo el nuevo modo de vivir que han tomado: á otros les pondera las dificultades que hay en el nuevo camino que han emprendido, y les da á entender que estas dificultades no desaparecerán jamás: á otros, en fin, les exagera la paciencia de Dios, persuadiéndoles que, aunque le ofendan por otra nueva temporada, no dejará de perdonarlos, cuando arrepentidos vuelvan á él. Dios me dé su gracia para disipar estos tres engaños, y haceros ver todo el peligro que hay en no perseverar en la gracia recibida.

El primer engaño que el demonio suele proponer á los nuevamente convertidos, es persuadirles ser cosa muy recia y dura sujetarse por toda la vida, que puede ser muy larga, á las privaciones y sacrificios que lleva consigo el modo de vivir que han comenzado. ¿Qué haces tú? dice á cada uno de ellos: ¿por tantos años que aun puedes vivir, quieres llevar una vida tan pesada como la que emprendiste? ¿Tú, pues, pasarás tantos años sin gozar un placer sensual, sin soltar una palabra licenciosa, sin condescender en lo mas mínimo con tus pasiones? ¿Quién tiene valor para tanto? ¿quién puede resistirlo?

Guardaos, cristianos, de prestar oídos á estas palabras melosas, porque bajo la miel está el veneno, y con la piel de oveja se encubre el lobo. Yo convengo en que vuestra vida puede ser larga, y lo será indudablemente si Dios os la concede tal como yo os la deseo; pero ¿qué va á ser de vosotros, si esta vida que contais larga, fuese breve, como puede muy bien serlo, y vosotros entre tanto, por no perseverar por algun tiempo

mas, perdeis la corona que solo está prometida á los perseverantes? Esa vida que puede ser muy larga ¿no puede ser tambien brevísima? La muerte que á vosotros os parece muy distante ¿no podria suceder que estuviese ya llamando á la puerta de vuestra casa? ¿Y qué va á ser de vosotros, repito, si en el entre tanto que viviréis apartados de Dios, la muerte llega de improviso?

No sé si alguna vez habeis parado la atencion en lo que sucedió á los israelitas allá al pié del monte Sínai, mientras esperaban á Moisés, que estaba en la cumbre tratando con Dios. Habíanle esperado por mucho tiempo, manteniéndose fieles á sus órdenes, y sin dar el menor indicio de inobediencia ó rebelion. Mas, viendo que su vuelta se retardaba mas de lo que ellos se habian imaginado, comenzaron á fastidiarse de la vida ajustada que llevaban, y cambiaron la modestia en disolucion, la piedad en libertinaje, y la religion en idolatría. ¡Desgraciados! no bien se hubieron dado al desórden, cuando volvió Moisés; y hallándolos *in fragranti*, armó la tribu de Leví, é hizo de ellos una horrorosa matanza.

Pregunto ahora: ¿cuánto tiempo habian pasado los israelitas sin traspasar las órdenes de Moisés? A lo menos habian pasado treinta y cinco dias: por manera que si ellos se hubiesen mantenido fieles cinco dias mas, no habrian experimentado un castigo tan tremendo. ¡Qué desgracia, haber pasado tanto tiempo en la fidelidad y sumision, y luego perecer por no haber tenido paciencia para continuar en ella por el breve espacio de cinco dias! Una desgracia semejante, y peor todavía, es posible os venga á vosotros, si fastidiándoos de la vida cristiana que habeis emprendido, y persuadiéndoos que esta vida puede durar mucho, faltais á la fidelidad que prometisteis á Dios, y volveis á vuestros desórdenes acostumbrados. ¡Ay! tal vez esa vida que contais muy larga, no du-

rá un mes, una semana, un dia: tal vez al dia siguiente que habréis mudado de resolucion, comparecerá la muerte, y os sorprenderá en vuestro mal estado. ¿Y entonces? ¡ah! entonces habrémos de escribir sobre vuestra tumba aquellas tristes palabras del Eclesiástico: ¡Ay de estos, que por no haber tenido paciencia para servir un dia mas á Dios, se han condenado eternamente! *Væ his, qui perdiderunt sustinentiam!*

Mas, concediéndoos que vuestra vida hubiese de durar largos años, ¿seria esto un motivo racional para volver atrás en la nueva carrera que habeis comenzado? Ya sé que el demonio, envidioso de vuestra dicha, procura la abandoneis, y que para conseguirlo abulta las dificultades que de presente hallais en la práctica de la virtud, y aun trata de persuadiros que estas dificultades subsistirán siempre, y que nunca disminuirán: pero, ¿tendréis vosotros el candor de creer sus palabras? Yo os digo, yo os aseguro que todas las dificultades que se hallan en el camino del cielo, no son sino al principio; que si hay un poco de paciencia, si se tiene un poco de constancia, pronto desaparecen con el auxilio de la gracia, así como al levantarse el sol se disipa y desvanece la niebla. Yo comprendo que ahora os cuesta un poco privaros de aquellos gustos que poco há permitíais á vuestros sentidos, que la separacion de aquella persona os entristece, que la privacion de aquel recreo os apesadumbra, que el retiro os es penoso, la oracion molesta, la penitencia insoportable; pero ¿sabeis por qué os sucede así? Porque sois novicios en la virtud, porque no estais hechos á las armas, porque la gracia todavía es muy tierna en vosotros. Tened un poco de firmeza, aguantad por algun tiempo, dejad que la gracia vaya creciendo y tomando fuerzas, que yo os aseguro que despues será otra cosa: lo que

ahora hallais duro, penoso é insoportable, pronto se os hará tan ligero, tan fácil y tan suave, que vosotros mismos no os conoceréis.

Para haceros ver prácticamente cómo van desapareciendo las dificultades que en un principio se encuentran en el camino del cielo, me valdré de una vision que tuvo un Santo de la Orden dominicana, y cuya relacion estoy cierto que os agradará. Mostróle Dios el camino del cielo bajo la forma de un monte muy alto, á cuya cumbre se llegaba por tres subidas graduales. La subida mas baja era muy rápida, sumamente escabrosa, y toda cubierta de maleza y espinas; y por ella iba subiendo poco á poco una hermosísima vírgen con una enorme cruz á cuestras. Como el camino era tan espinoso, la pobrecita tenia los piés todos rasguñados y cubiertos de sangre: como la cruz pesaba tanto, su frente estaba bañada de sudor por el cansancio y la fatiga: como la subida era tan rápida, á cada paso que daba exhalaba un suspiro. Tenia que pararse á menudo para tomar un poco de aliento y recobrar sus agotadas fuerzas, y aun á veces sucedia que, vencida del balance de la gran cruz, venia á tierra, y desandaba resbalando parte del camino que habia hecho. En tales apuros su ánimo desfallecia, su corazon desmayaba, y casi llegaba á punto de abandonar la cruz, y desistir de su empresa; pero luego venia á alentarla una voz del cielo que le decia: Anímate, que esto acabará pronto. En la segunda subida vió á otra vírgen mucho mas hermosa, la cual tambien llevaba su cruz, pero mucho mas pequeña que la de la primera. El terreno que pisaba no era ya áspero y quebrado, sino muy suave y practicable: tampoco estaba cubierto de maleza y espinas, sino sembrado de rosas y claveles. Por lo que la inocente vírgen iba subiendo cuesta arriba muy ligera y airosa, sin encontrar obstáculos que entorpeciesen su marcha; antes hallando á cada paso ob-

jetos que la recreaban, y le daban brios para ir adelante. En fin sobre la cumbre de la tercera subida vió á otra vírgen, que de hermosa le pareció un paraninfo de la gloria. De su cuello colgaba una crucecita que le daba sobre el corazon: tenia la vírgen como clavados en ella sus ojos, sin cansarse jamás de mirarla: era tal la aficion con que la miraba, que de sus ojos corrian dos hermosísimas lágrimas que indicaban claro, que en la cruz encontraba aquella dichosa criatura todo su contento y felicidad.

Esta fue la vision, cristianos; el significado es el que vais á oír. La primera vírgen que subia al monte con una enorme cruz á cuestras, trepando por sendas ásperas y difíciles, pisando espinas y malezas, rendida del cansancio y de la fatiga, es figura del alma recientemente convertida, la cual encuentra grandes dificultades en mantenerse fiel á Dios, ya por parte de los hábitos antiguos que la incitan de nuevo al pecado, ya por parte de la carne que forceja para romper el freno en que la tiene, ya por parte de la misma virtud que es para ella una cosa enteramente nueva y desacostumbrada. De lo que resulta que para la pobre todo son cruces, todo espinas, todo barrancos y malezas, y pasa algun tiempo en que no hace mas que suspirar, sufrir y padecer. La segunda vírgen que marchaba alegre por caminos sembrados de flores, llevando una pequeña cruz, representa al alma cuando ya está un poco mas adelantada en el camino del cielo, pues entonces ordinariamente las tentaciones calman, las pasiones están mas sujetas, la carne se muestra mas dócil, la virtud se hace mas practicable; por manera que, así como poco antes todo era trabajo, combates y angustias, despues todo es reposo, todo es paz, todo es satisfaccion. Por último, la vírgen que estaba en lo mas alto del monte, toda absorta en la contemplacion de la crucecita que llevaba sobre el pecho, es símbolo del alma que,

habiendo llegado á un alto grado de virtud, no encuentra ya otro placer en este mundo que amar y servir á Dios.

Por lo que se ve claro, cristianos, que una alma convertida no queda siempre en el mismo estado, sino que pasa por tres grados diferentes : al principio muchos trabajos, despues algunas consolaciones, al último delicias inefables : primero una gran cruz que apenas puede llevar, despues una cruz mediana que no la fatiga, finalmente una crucecita que la regala y la consuela : primero espinas que punzan, despues flores que recrean, al fin consuelos que arrebatan. De consiguiente, no hay que amilanarse, ni abatirse, por las dificultades que ahora encontrais en el servicio de Dios ; porque si teneis un poco de paciencia, estas dificultades desaparecerán pronto. Ahora sois principiantes ; ¿qué mucho palpeis las dificultades del principio? Ahora estais en la primera subida ; ¿qué mucho halleis cruces y espinas? Llegad á la segunda, y veréis como las espinas se vuelven flores, y las cruces se mudan en delicias.

Que, si dejándoos acobardar por las presentes dificultades, volviéseis atrás, y recayéseis de nuevo en la culpa, ¡ah! ¿no sería muy factible que perdiéseis la gracia por siempre, sin volver jamás á recobrarla? Sí, muy factible fuera, y de esto no debe quedaros la menor duda. Porque, si, como vosotros decís, ahora os cuesta tanto trabajo conservar la gracia, ¿cuánto más os ha de costar el recobrarla, despues de haberla perdido? Si ahora apenas teneis fuerzas para sosteneros, ¿cómo habeis de tenerlas despues para levantaros? ¿No es claro que, cayendo de nuevo, quedaríais más débiles de lo que sois ahora? ¿No es evidente que con una nueva caída, los hábitos, ahora un tanto amortiguados, recobrarían nueva fuerza? ¿que las pasiones, ahora un tanto domadas, se harían mas insolentes? Este argumento tiene para mí tanta fuerza, que no vacilo en

pronosticar que, cayendo de nuevo en la culpa, caeríais para no levantaros mas.

¡Y qué! ¿pensais que Dios os perdonaría esta nueva culpa con la facilidad que os ha perdonado las pasadas? Muy ignorantes mostraríais ser, si tal cosa os persuadiéseis. Reflexionad que pecar de nuevo es mofarse de Dios, y saltar vilmente á la palabra que se le dió en el confesonario de no ofenderle mas : reflexionad que volver á la culpa es mostrar á Dios la ingratitud mas insigne que pueda caber en una criatura : reflexionad que recaer en el pecado es dar un escándalo gravísimo al prójimo, es arrepentirse de haberse convertido, es privar al cielo de aquella alegría que experimentó en el dia de la conversion, es sumir á la Iglesia en nuevas angustias y en nuevos llantos, es entristecer á los buenos, es alegrar á los impíos, es hacer risible la Religion, es dar un gran contento al demonio, es ¿lo diré? es decir á Dios : Revoco la promesa que os hice de no ofenderos mas : declaro de ningun valor la palabra que os dí de ser obediente y sumiso : renuncio el perdón que me dísteis de todas mis culpas, y os devuelvo la gracia que me otorgásteis, para que la deis á quien os la agradezca.

Todo esto es recaer en el pecado : y os digo que lo reflexionéis bien, para que, bien penetrados de toda la malicia que encierra la nueva culpa, no seais fáciles en prometeros el perdón de ella. ¿Y cómo podeis prometéroslo, diciendo terminantemente san Pablo, ser cosa poco menos que imposible que vuelva á la penitencia, y de consiguiente que sea perdonado aquel, que despues de haber sido ya perdonado una vez, vuelve á caer en pecado? *Impossibile est enim, eos qui semel sunt illuminati... et prolapsi sunt, rursùm renovari ad pœnitentiam* <sup>1</sup>.

<sup>1</sup> Hebr. vi, 4, 5, 6.

¿Cómo podeis prometéroslo, asegurando el apóstol san Pedro, que seria mejor no haber conocido jamás el camino de la justicia, que retirarse de él, despues de haberlo conocido? *Melius enim erat illis non cognoscere viam justitiæ, quàm post agnitionem, retrorsùm converti ab eo*<sup>1</sup>.

A mas de que ¿creéis que el demonio os dejaria salir de su poder tan fácilmente como ha hecho ahora? Mirad cómo se conduce un carcelero con un preso que, habiendo logrado escapar de la cárcel, es cogido de nuevo. Lo primero que hace es, asegurarse bien de él, para que no repita el hecho: y por esto le encierra en el calabozo mas oscuro que tiene, refuerza las puertas, tapia las ventanas, dobla las guardias: y para quitarle hasta la posibilidad de hacer nuevas tentativas, le disminuye la racion, le carga de cadenas, le tiene bajo la opresion mas dura. Si antes le permitia asomarse á la ventana, ahora ni le deja ver la luz: si antes le concedia salir al aire libre, ahora le hace respirar una atmósfera cargada de putrefaccion: si antes le dejaba dar algunos pasos dentro la misma cárcel, ahora le tiene de modo que no puede mover un dedo.

Así puntualmente lo haria el demonio con vosotros, si por vuestra desgracia cayéseis de nuevo en sus manos. Él os tenia ya en su poder, y sea que él os custodiase con poco cuidado, sea que vosotros hiciéseis un grande esfuerzo, lo cierto es que le habeis escapado. ¿Qué hará él si consigue apoderarse otra vez de vosotros? Tomará todas las precauciones imaginables para que no podais escaparle mas, os pondrá bajo la mas rigurosa vigilancia, os tendrá bajo la mas dura opresion, os cerrará todos los pasos por donde pudiérais huir. Si ahora os habeis convertido por medio de algun sermón, él tendrá buen cuidado de que no oigais otros: si con la lectura de algun libro

<sup>1</sup> II Petr. II, 21.

piadoso, él procurará que no vengan otros á vuestras manos: si por algun llamamiento interior, él os distraerá de modo que nunca percibais bien la voz divina. De consiguiente, lo que os conviene es guardaros mucho de volver á su esclavitud; porque si volveis es probable que en ella os quedaréis por siempre.

Para que abandoneis á Dios, y os echeis de nuevo en la carrera del vicio, él os pinta las cosas todo al revés de lo que son: os pinta la vida muy larga, la virtud muy difícil, el perdón de nuevas culpas muy asequible. Yo no niego que vuestra vida pueda ser larga: lo que digo es, que puede tambien ser muy breve, que la muerte puede estar mucho mas cerca de lo que pensais, y que si os coge enredados en nuevas culpas, lloraréis eternamente vuestra inconstancia. Tampoco niego que la virtud tenga sus dificultades: lo que afirmo es, que estas dificultades ordinariamente solo se sienten al principio, y que si hay un poco de constancia, no tardan en desvanecerse. Menos niego aun que, si caeis en nuevas culpas, podais obtener de ellas el perdón: lo que aseguro es, que os será mucho mas difícil, y que tal vez no lo conseguireis. ¡Quiera Dios que estos avisos os hagan cautos, os animen á perseverar en el bien, y os ayuden á conseguir la corona que solo está prometida á los perseverantes! Amen.

## SEGUNDO DOMINGO DESPUES

DE PASCUA.

A primera vista se pensaria que la Iglesia, en la eleccion del evangelio de este domingo, no tuvo presente el fin que se propuso en todos los evangelios del tiempo pascual, cual es, segun otras veces hemos dicho, conservar en sus hijos la gracia que recibieron en la Cuaresma por medio del sacramento de la Penitencia, por cuanto hace leer un evangelio que parece no tiene conexion alguna con dicho objeto. Sin embargo, si se considera con un poco de detencion, se echa de ver que pocos evangelios serian mas conducentes á la consecucion de este fin que el que hoy se lee, y que en su eleccion la Iglesia no pudo mostrarse ni mas prudente ni mas sábia. ¿Qué cosa mas conducente á la conservacion de la gracia, que inspirar á los fieles un tierno amor hácia la persona sagrada de Jesucristo? Pues esto se consigue con el evangelio de hoy, en el que, bajo el título de buen Pastor, el mismo Jesucristo nos descubre su carácter amabilísimo, y nos muestra el derecho incontestable que tiene á los sentimientos mas tiernos de nuestro corazon. ¿Cuál cosa mas á propósito para evitar la reincidencia en la culpa, que hacer ver su enormidad y malicia, poniendo á la vista la suma bondad de Dios á quien ella directamente ataca? Pues este objeto se logra tambien con el presente evangelio, en el que brilla de un modo especial la infinita bondad de Dios, quien se digna darse á sí mismo el tiernísimo título de Pastor de nuestras almas. Para que se vea la exactitud de estas apreciaciones, daremos una prueba

práctica de ella, poniendo en seguida los dos asuntos que acabamos de indicar.

### Carácter amabilísimo de Jesucristo.

Ego sum Pastor bonus. (Joan. x, 11).

La Iglesia, que despues de vuestra conversion nada teme tanto como el veros nuevamente caidos en la culpa, y nada desea con mas ardor que el veros inseparablemente unidos con Jesucristo, ha creido que no podia adoptar otro medio mejor para evitar lo uno y conseguir lo otro, que inspiraros un tiernísimo amor hácia la sagrada persona de Jesucristo mismo: porque es evidente que, si el amor de Jesucristo logra echar hondas raíces en vuestros corazones, nada habrá en este mundo que sea capaz de separaros de él, como de sí decia el apóstol san Pablo<sup>1</sup>. Para inspiraros este amor os descubre hoy su carácter amabilísimo, ó, por mejor decirlo, os refiere las palabras con que el mismo Salvador pone de manifiesto la suma amabilidad de su carácter, diciéndonos que él es el buen Pastor de nuestras almas: *Ego sum Pastor bonus.*

¡Oh, si yo pudiera descubriros todo el fondo de amabilidad que encierra este título! ¡Oh, si me fuese dado haceros comprender todas las prendas embelesadoras que adornan á este amabilísimo Pastor! Mas, ya que esto no me sea posible, me esforzaré en predicarlas á mi modo, hablándoos de él bajo las tres principales relaciones que tiene con nosotros. Él es nuestro amigo, nuestro legislador, y nuestro salvador, y en todos tres conceptos se nos muestra amabilísimo: amabilísimo como amigo, dándonos un trato el mas dulce y bondadoso: amabilísimo como legislador, imponiéndonos una ley la mas dulce

<sup>1</sup> Rom. viii, 35.

y suave : amabilísimo como salvador, haciéndonos beneficios los mas grandes é inestimables. Si estas tres verdades que voy á exponer, no logran que cobreis un entrañable amor á la sagrada persona de Jesucristo, no sé otras que puedan conseguirlo.

Para daros una idea del carácter amabilísimo de Jesucristo, me bastaria recorrer ligeramente las muestras de bondad que dió á los hombres mientras vivió con ellos en este mundo, los milagros que hizo á favor de los desgraciados, la caridad con que trataba á los pobres, la paciencia con que instruía á los ignorantes, la mansedumbre con que corregia á los díscolos, la dulzura con que hablaba á los enemigos, el cariño con que catequizaba á los niños, el trato cortés, benigno y amigable que daba á todos. ¡Ah! era de un corazon tan tierno y caritativo, que no sabia presenciar una necesidad sin que al punto tratase de remediarla : no podia ver llorar á una persona sin que al instante procurase enjugar sus lágrimas. Mirad como, viendo la afliccion de Magdalena y Marta por la muerte de su hermanito Lázaro, al punto se encamina al lugar donde está enterrado, le hace levantar de la tumba, y se lo devuelve resucitado y vivo<sup>1</sup>. Mirad como, encontrando por el camino á una pobre viuda que acompañaba al sepulcro al hijo único que tenia, al momento hace parar el féretro, alarga la mano al jóven, y lo entrega sano á la desconsolada madre<sup>2</sup>. Mirad como por doquiera que pasa va dando vista á los ciegos, oido á los sordos, palabra á los mudos, haciendo bien á todo el mundo, y dejando en todas partes las señales de su beneficencia, como se dice en los Hechos de los Apóstoles : *Pertransiit benefaciendo, et sanando omnes*<sup>3</sup>.

<sup>1</sup> Joan. xi, 43. — <sup>2</sup> Luc. vii, 16. — <sup>3</sup> Act. x, 38.

Pero lo que sobre todo quiero mireis es la dulzura, la amabilidad, el cariño con que trata á los pecadores. ¡Oh! es para con ellos tan fino y amante, que no sabe decirles sino palabras de consuelo y de perdon. A ninguno sonroja, por mas culpable que sea : á ninguno hace bajar la cara, aunque sea reo de los mas feos delitos. De su bendita boca no salen otras palabras que estas : Hijo, tus pecados te son perdonados, anda en paz : *Remittuntur tibi peccata tua : vade in pace*. Entra un cierto dia en el templo, y un pecador levanta la voz, y le dice : Jesús, compadeceos de mí. ¿Y qué le contesta el buen Salvador? Ya estás perdonado, le dice, anda en paz : *Vade in pace*. Pasa otro dia por extramuros de Jerusalem, y ve á una mujer adúltera que está próxima á morir apedreada. ¿Y qué le dice? La pena que vas á sufrir, le dice, manifiesta bien la gravedad del delito que has cometido ; pero ya quedas perdonada del todo, véte tranquila á tu casa : *Vade in pace*. Come otro dia en casa de un noble fariseo, y en medio del convite va á arrojarse á sus piés la pecadora mas descocada que habia en Jerusalem. ¿Y qué le dice? Tus pecados, le dice, aunque muchos y muy graves, quedan perdonados todos ; vuélvete en paz : *Vade in pace*.

No quiero aducir mas hechos : baste decir en general, que los fariseos, viendo la gran propension que tenia á tratar amigablemente con los pecadores y publicanos, se escandalizaron de él, y preguntaron á sus discípulos : ¿Cómo es que vuestro Maestro habla, trata y come con los publicanos y pecadores? *Quare cum publicanis et peccatoribus manducat Magister vester*<sup>1</sup>? A esta bondad del corazon añadid, cristianos, aquella hermosura del rostro que, segun el real Profeta, era la más embelesadora que jamás se hubiese visto entre los hombres :

<sup>1</sup> Matth. ix, 11.

*Speciosus forma præ filiis hominum*<sup>1</sup>: á esta hermosura del rostro añadid aquella dulzura de palabras, que hacia que los pueblos se desterrasen para oírle predicar: á esta dulzura de palabra añadid aquel trato amable y embelesador, que obligaba á las turbas á seguirle hasta en los mas recónditos desiertos; y decidme luego si puede haber una persona mas amable que Jesucristo, si puede haber quien tenga mas títulos que él para ser amado de nosotros.

¿Y qué diré del modo atento con que nos propone la observancia de sus leyes? Él es nuestro Dios y nuestro Redentor, y en ambos conceptos pudiera hablarnos en tono muy alto, mandándonos la observancia de su ley en términos los mas duros y severos. Pero ¿lo hace así? No, antes usa de fórmulas tan modestas, que mas parece un súbdito que pide favores, que un soberano que dicta leyes. Mirad cómo comienza el código de su legislación: *Qui vult venire post me*: quien quiera venir conmigo, venga: quien quiera seguirme, sígame: quien quiera ser discípulo mio, séalo: *Qui vult*. Yo á todos llamo, á todos admito, á todos abrazo, pero no violento á nadie; porque, como todos los que me sigan habrán de llevar su cruz, quiero que la abracen de buen grado, y por su propia eleccion.

Habla en seguida á sus Apóstoles, y les dice: Id, mis caros discípulos, id á anunciar mi ley por todo el mundo: excitad á todos los hombres á entrar en mi servicio: *Prædicate Evangelium omni creaturæ*. Decidles que yo soy su Dios, su Redentor y su Padre; que tengo la plenitud de poder en el cielo y en la tierra, y que á mí están sujetas todas las cosas, así visibles como invisibles. *Data est mihi omnis potestas in cælo et in terra*. Advertidles que no debe espantarles la cruz que he dicho habrán de llevar, porque la encontrarán mas ligera de

<sup>1</sup> Psalm. XLIV, 3.

lo que piensan; que no teman doblarse al yugo de mi ley, porque es un yugo dulce, suave y muy llevadero: *Jugum enim meum suave est, et onus meum leve*. Aseguradles, que si entran á servirme, no tendrán por que quejarse de mí; pues en esta vida les daré el ciento por uno, y en la otra recibirán la vida eterna: *Centuplum accipient, et vitam æternam possidebunt*.—¿Cabén, cristianos, expresiones mas atentas y amables? ¿Es este el tono que emplean los legisladores humanos?

Y al fin ¿qué ley es esa que nos impone? ¡Ah! es una ley sencilla que comprende muy pocos preceptos, es una ley santa que santifica á los que la guardan, es una ley útil que solo nos manda lo que puede hacernos felices, y solo nos prohíbe lo que pudiera hacernos daño.

Sé, y no trato de ocultarlo, que esta ley contiene algunos puntos un tanto difíciles de cumplir; pero sé tambien que nuestro amabilísimo Legislador ha procurado suavizarlos con su ejemplo y con su gracia. Jesucristo ha hecho con nosotros lo que hizo Moisés con los hijos de Israel, cuando se vieron en la perentoria necesidad de pasar el mar Rojo. Viendo que nadie se atrevia á entrar en aquel profundo abismo que la mano de Dios habia abierto en medio de las olas, ¿qué hizo el intrépido caudillo? Entró él el primero, anduvo solo una parte del camino, y volviéndose luego á la muchedumbre, que atónita le estaba contemplando desde la playa, gritó: ¡Eh! el que no me siga, es un cobarde. No bien hubo pronunciado estas mágicas palabras, cuando todo el pueblo, deponiendo todo miedo y vacilacion, entró animoso por entre las olas, siguiendo el ejemplo de su valeroso conductor.

Lo propio ha hecho Jesucristo con nosotros. Conociendo que habíamos de hallar dificultad en cumplir algunos puntos de su ley, ¿qué ha hecho? Los ha practicado primero, llevando antes que nosotros el yugo que nos impone. ¿Nos manda llevar

la cruz? Él nos va adelante. ¿Nos obliga á mortificar la carne? Él la mortifica primero. ¿Nos prescribe la pobreza? Él la practica en toda su perfeccion. ¿Nos precisa á perdonar al enemigo? Él ruega por los que le crucifican. ¿Puede haber un legislador mas benigno? ¿Seria posible imaginar un carácter mas amable?

Pero lo que mas que ninguna otra cosa patentiza su condicion amabilísima, son los bienes inestimables que como Salvador nos ha hecho. Examinemos todos los bienes que poseemos, tanto en el órden natural como en el de la gracia, y no encontraremos uno solo que no nos haya venido por medio de Nuestro Señor Jesucristo, como asegura san Pablo: *Omnia per ipsum*<sup>1</sup>. De sus benditas manos nos vienen la benignidad de las estaciones, la fertilidad de los campos, la oportunidad de las lluvias, la salud, la paz, y la vida: *Omnia per ipsum*. A él debemos los misterios adorables de nuestra Religion, las Escrituras que nos instruyen, los Sacramentos que nos santifican, la predicacion que nos corrige, la gracia, las virtudes, y mil otros bienes que nosotros mismos no conocemos: *Omnia per ipsum*. Si el Padre celestial nos mira con ojos benignos, es por amor de él: si nos perdona los pecados, es en obsequio suyo: si nos libra del infierno, es por atencion á sus méritos: si nos admite en el cielo, es por respeto á su santísimo nombre. Notad la expresion que acabo de pronunciar, porque tiene mucho peso en nuestro asunto.

Dios tiene varios nombres, y todos muy santos y adorables. Llámase *Adonai*, esto es, santo: *Jehová*, esto es, eterno: *Tetragrammaton*, esto es, ser de los seres: llámase Dios de Abraham, de Isaac y de Jacob: Dios fuerte, Dios de los ejércitos, Dios de las batallas. Pero en ninguno de estos nombres nos es

<sup>1</sup> Coloss. 1, 16.

dado salvarnos, sino solo en el nombre de Nuestro Señor Jesucristo, como nos advierte san Pedro: *Nec enim aliud nomen est sub celo datum hominibus, in quo oporteat nos salvos fieri*<sup>1</sup>. Bien lo experimentaron, y muy á pesar suyo, los Santos de la antigua ley. Como ya sabeis, el cielo estaba cerrado desde el pecado de Adan, y los Ángeles tenían órden de no abrirlo á nadie, que no llevase por consigna el nombre adorable de Jesucristo. Iban, pues, los santos Patriarcas, despues de su muerte, á llamar á sus puertas, suplicando á los que estaban dentro, les franqueasen la entrada. ¿Qué nombre llevais por consigna? Decian estos.—Dios de Abraham, Dios de Isaac, Dios de Jacob.—Atrás, contestaban los centinelas, que no reconocemos esa consigna. Iban tambien los santos Profetas, haciendo la misma súplica. Santo y seña, decian los de dentro.—*Adonai, Eloim, Jehová*.—Atrás, que no es esa la consigna que tenemos. Iban igualmente los santos reyes, príncipes y conductores de ejércitos, pidiendo la misma gracia. Dad el nombre, decian los Ángeles.—*Mirabilis, Deus fortis, Deus exercituum*.—Atrás, que por esos nombres no se abre la puerta á nadie.

Llega en fin la plenitud de los tiempos: Jesucristo, vencedor de la muerte y del pecado, sube al cielo, llevando en pos de sí un sinnúmero de almas justas redimidas con su sangre. ¿En nombre de quien se solicita la entrada? preguntan los Ángeles.—*In nomine Jesu*, en nombre de Jesús.—¡Oh! contestan, *In nomine Jesu omne genuflectatur*, al nombre de Jesús póstrense los cielos, ábranse sus puertas de par en par, y recíbase en triunfo á los que solicitan entrar en virtud de tan bendito nombre: *Benedictus qui venit in nomine Domini*. Este es el nombre adorable que por tanto tiempo hemos esperado, esta

<sup>1</sup> Act. iv, 12.

la consigna á la que nadie hasta ahora habia sabido contestar, esta la llave, la única llave que pudo abrir el paraíso.— ¡Oh nombre sacrosanto! ¡Oh amabilísimo Jesús! Vos habeis introducido al cielo á los que habian perdido toda esperanza de entrar en él : Vos habeis abierto aquellas puertas que no pudieron abrir ni la religion de los Profetas, ni la piedad de los Patriarcas, ni la santidad de tantos justos como la Sinagoga cuenta en el catálogo de sus héroes.

En vista de esto, séame permitido levantar la voz, y gritar con el apóstol san Pablo : *Si quis non amat Dominum nostrum Jesum Christum, sit anathema*<sup>1</sup> : el ingrato, el insensible, el bárbaro que, despues de tantos favores, no ama á Nuestro Señor Jesucristo, sea eternamente excomulgado : ello es justo, él lo tiene bien merecido. ¿Y el que le ofende?... ¡Ah! este mereceria que para él Dios criase un infierno expreso, con llamas mil veces mas voraces, con verdugos mil veces mas crueles, con tormentos mil veces mas atroces. ¿Ofender á Jesús?... ¿á un amigo tan bueno?... ¿á un legislador tan benigno?... ¿á un salvador tan amable?... ¡Oh! semejante delito no se encuentra en el proceso de ninguno de los demonios. ¿Habrá entre nosotros quien tenga el corazon mas perverso que los demonios mismos? ¡Oh no! mis caros fieles : seamos justos, seamos reconocidos, seamos hombres. Jesucristo es nuestro buen amigo ; amémosle, pues, con todo el corazon : es nuestro benigno legislador ; obedezcámosle, pues, con toda fidelidad : es nuestro salvador amabilísimo ; sirvámosle, pues, con todo el afecto. Así lograremos que algun dia sea nuestro glorificador en el cielo. Amen.

<sup>1</sup> I Cor. xvi, 22.

### Malicia del pecado.

Ego sum Pastor bonus. (Joan. x, 11).

¡Cuánta sabiduría y prudencia descubre la Iglesia en la eleccion del evangelio del presente dia! Para impedir que sus hijos recien convertidos vuelvan al pecado, adopta un medio que solo su perspicacia hubiera sabido alinar, cual es, ponerles á la vista toda la deformidad y malicia de este horrible monstruo, con relacion á la suma bondad de Dios, á quien directamente ofende y ataca. No les habla ya ni de los daños que el pecado causa en el alma, ni de los males con que Dios le amenaza, ni de los tormentos eternos con que lo castiga ; porque si bien es verdad que estas reflexiones sirven mucho para demostrar su malicia, no la ponen tan de manifiesto como el considerar que es una injuria, un ataque dirigido contra un Dios infinitamente bueno, el cual, para descubrirnos su bondad, no ha tenido reparo en tomar el título de buen Pastor de nuestras almas : *Ego sum Pastor bonus*.

En efecto, cristianos : lo que el pecado tiene de peor, lo que le hace mas abominable, y lo que, digámoslo así, constituye su malicia esencial, es que él ataca directamente á Dios, y le ultraja en sus atributos mas adorables. Le ataca en su soberanía, siendo una manifiesta rebelion contra sus leyes : le ataca en su inmensidad, siendo un desacato enorme hecho en su misma presencia : le ataca en su bondad, siendo una injuria que se le hace por lo mismo que él es bueno. Miradlo con atencion bajo estos tres puntos de vista, y no podréis menos que detestarlo como él merece, y tomar las precauciones mas exquisitas para no cometerlo mas.

La primera cualidad del pecado consiste en ser un ataque

directo contra la soberanía de Dios, y una manifiesta rebelion contra sus leyes y preceptos. De este ataque y rebelion podeis concebir alguna idea, recordando la respuesta insolente y atrevida que el impío Faraon dió á Moisés, cuando este fué á intimarle una órden que Dios le habia comunicado. Presentósele en cierto dia el caudillo de Israel, y con toda la dignidad de un enviado de Dios le dijo: Ó Rey, de parte de Dios vengo á decirte, que permitas á los hebreos que viven en tus Estados salir al desierto, y ofrecerle allá un sacrificio: *Hæc dicit Dominus: dimitte populum meum, ut sacrificet mihi in deserto*<sup>1</sup>. Vosotros vais á quedar horrorizados cuando oigais la contestacion desvergonzada que el inícuo Rey dió á esta intimacion. ¿Y quién es ese Dios, dijo con un descaro inaudito, que quiere imponerme leyes? ¿Cuál Dios es ese, que trata de mandarme, como si él fuese mi Señor, y yo fuese su dependiente? Que vaya á dar órdenes á sus súbditos, que por lo que á mí toca, no reconozco en él ni competencia ni autoridad para mandarme: *Quis est Dominus, ut audiam vocem ejus? Nescio Dominum.*

Vosotros tal vez pensaréis que este espíritu de rebelion fue propio de aquel fiero monarca de Egipto; pero yo os advierto, que es comun y general á todo hombre que peca. Dios, no ya por ministerio de algun hombre, sino por sí mismo, nos habla, y nos dice: *Ego sum Dominus Deus tuus*: yo soy vuestro Dios y Señor, que, habiéndoos formado de la nada, y dado todo cuanto poseeis, tengo sobre vosotros un derecho incontestable, que nadie me puede disputar. En reconocimiento de mi soberanía, hé aquí la ley que os impongo, y de cuya observancia os hago responsables. No tendréis otros dioses fuera de mí, y á mí solo rendiréis culto y homenaje: á mí todas las adoraciones de vuestro espíritu, á mí todos los obsequios de

<sup>1</sup> Exod. v, 2.

vuestro cuerpo, y á mí todos los afectos de vuestro corazon. Guardaos, no solo de blasfemar, pero hasta de pronunciar en vano mi santo y adorable nombre. Santificaréis mis fiestas: honraréis á vuestros padres y superiores: os mantendréis limpios de odios, hurtos y obscenidades. Tendréis á raya vuestros deseos y apetitos, no siéndoos ya permitido ni apetecer la mujer ajena, ni envidiar los bienes de vuestro prójimo. Esta es en compendio la ley que os impongo: á vuestro cargo queda el cumplirla y observarla.

Así se explica Dios, cristianos, aquel Dios que tiene nuestra suerte en su mano, que puede mandarnos cuanto le dé la gana, sin que nadie tenga derecho á pedirle la razon de lo que manda. Pero ¿qué le responde el hombre cuando peca? ¡Ah! con un descaro sin igual le contesta, y le dice: ¿Y quién sois Vos, para que vengais á ponerme trabas? *Quis est Dominus, ut audiam vocem ejus?* ¿Quién sois, para venir á coartar mi libertad? ¿Qué leyes, qué vínculos, ni qué preceptos!... Ni en Vos reconozco autoridad para imponérmelos, ni en mí obligacion de cumplirlos: *Nescio Dominum.* ¿Vos queréis que no pronuncie en vano vuestro nombre? Pues yo lo blasfemaré siempre que se me antoje. ¿Vos tratais de obligarme á la santificacion de las fiestas? Pues yo me serviré de ellas para ofenderos mas. ¿Vos me mandais amar á mi enemigo? Pues yo me vengaré de él donde quiera que le encuentre. ¿Vos queréis que sea casto? Pues yo concederé á mi carne cuantas abominaciones me pida: *Nescio, nescio Dominum.* — Esto no lo dice el pecador con la boca, es verdad; pero lo dice con las obras, que es un modo de hablar todavía mas explícito, y que Dios comprende mucho mejor que el que se hace con los labios. ¿Cabe rebelion mas patente contra su soberanía?

Pues no para todo aquí: el pecador lleva su audacia hasta el punto de levantar su mano contra Dios, luchar á brazo par-

tido con él, y hacer cuanto puede para arruinarle y destruirle. Si esta horrible proposicion os choca, sabed que no es mia, sino de la Escritura santa : *Tendit adversus Deum manum suam, et contra Omnipotentem roboratus est* <sup>1</sup>.

Ó Lucifer, ó ángel rebelde y cabecilla de los demonios, tú dijiste que querias levantar tu trono, y hacerte semejante al Altísimo : *Exaltabo solium meum, et similis ero Altissimo* <sup>2</sup>; y esta expresion arrogante te convirtió del más hermoso de los Serafines en el más feo y atormentado de todos los espíritus infernales. Pero ¡ah! que tu expresion fue muy atenta y comedida en comparacion de la que profiere el pecador. Tú te contentabas con ser semejante á Dios : el pecador aspira á más, pues aspira á derribarle de su trono, y acabar con su existencia, y si de hecho no acaba con él, no es porque él no haga cuanto bastaria para destruirle, es porque Dios es invulnerable, y felizmente está fuera de sus tiros. Conozco, cristianos, que esta proposicion os sorprende, pero me será muy fácil probar su exactitud : escuchad. Si Dios fuese capaz de dolor, ¿no es verdad que lo tendria, al verse ofendido y despreciado de una criatura suya? Es evidente, así como un padre siente una gran pena viéndose insultado de su hijo. Este dolor en Dios ¿no es verdad que seria un dolor infinito? No cabe duda que lo seria, ya porque es de infinita malicia la injuria que se le hace, ya porque cosas limitadas no tienen cabida en él. Y un dolor infinito—escuchad bien lo que voy á preguntar—un dolor infinito ¿no es verdad que seria bastante para acabarle la vida, y que se la acabaria realmente? Es cosa tan clara, que se comprende por sí misma. ¡Oh Dios! ¡oh Dios! ¿qué más se puede decir de la malicia del pecado?

Y sin embargo no para todo aquí : el pecado no solo ataca

<sup>1</sup> Job, xv, 25. — <sup>2</sup> Isai. xiv, 13, 14.

la soberanía de Dios, siendo una rebelion declarada contra su ley ; sino que tambien dirige el golpe contra su inmensidad, siendo un desacato horrible hecho en su presencia. Si se le ofendiese en lugar donde él no lo presenciara, la injuria seria menos atroz ; y ya que no fuese del todo perdonable, seria disimulable en parte, por cuanto supondria que á lo menos se tiene algun respeto y miramiento á su infinita Majestad. Pero ofenderle ante sus mismos ojos, pero ultrajarle en su presencia misma, ¡ah! esta es una circunstancia que eleva la culpa al grado más alto de perversidad, por cuanto supone que se hace de él el desprecio más formal y completo.

Los sediciosos que quieren mover revolucion en un Estado, ordinariamente no levantan la bandera de rebelion á la vista del rey, ni van á atacarle en su mismo palacio, sino que salen á una provincia distante de la capital, buscan algun rincón del reino, no tanto porque allá se consideran más seguros, cuanto porque creen que la sola presencia del soberano seria bastante para ahogar todo motin y sedicion. Que si la sola presencia de un príncipe de la tierra infunde tal respeto á los rebeldes, que basta por sí sola para contenerlos en el órden y en el deber, ¿qué respeto no debiera infundir en un cristiano la presencia de todo un Dios, cuando es cuestion de ofenderle? Yo leo en la historia de Roma, que habiendo sido enviado un soldado para asesinar á Mario, insigne general romano, volvió sin ejecutar el bárbaro designio, diciendo, que puesto á la presencia de aquel hombre grande, le habia faltado de repente el valor, y el puñal se le habia caído de la mano. Yo leo en la Escritura sagrada, que habiendo David encontrado un cierto dia á Saul, su capital enemigo, dormido, no se atrevió á ponerle la mano encima, antes se retiró en silencio, retrocediendo respetuoso ante su real presencia. ¡Ah, Dios mio! el pecador no guarda con Vos un tal miramiento y

consideracion. Él sabe que Vos estais presente en todo lugar ; él cree que todas sus acciones están desnudas ante vuestros ojos ; él confiesa que no hay lugar tan secreto, rincon tan apartado, que no esté santificado con la presencia de vuestra santa y adorable Majestad : y no obstante ¡qué horror! se atreve á las acciones mas infames, obligándoos á ser testigo de las injurias que os hace, y, si me atrevo á decirlo, precisándoos á tener la antorcha para que queden mas en claro los insultos que os dirige. ¿Cabe insolencia igual? ¿Cabe afrenta mayor?...

Parece que no, cristianos : sin embargo oid un atentado todavía mas grande. El pecador no solo combate la soberanía y presencia de Dios, sino que ataca fieramente su infinita bondad, ultrajándole por lo mismo que es infinitamente bueno. No os escandalice esta detestable proposicion, porque es harto cierta y verdadera. ¿Por qué no atacais á un hombre mas poderoso que vosotros, aun cuando tengais motivos de queja contra él? decídmelo : ¿por qué no le atacais? Porque comprendeis que no os saldria á buena cuenta, porque conoceis que él sabria vengarse. Y luego, no habiendo recibido de Dios sino gracias y favores, le ofendeis con la mayor freseura : ¿por qué esto? ¿por qué? Porque le considerais tan bueno, que le creeis incapaz de tomar venganza : porque os ha perdonado tantas veces, que pensais poder ofenderle impunemente y sin riesgo alguno. ¡Ah! que si supiéseis que luego de haber cometido esa impureza, ese robo, etc., él habia de condenaros irremisiblemente, á buen seguro que os pensaríais mas en cometerlo. Dios es bueno, decís, de consiguiente ofendámosle, que en ello no corremos ningun peligro. —Teneis razon, Dios es bueno, y es necesaria toda su bondad para sufrir ese lenguaje insolente y brutal : Dios es bueno, y si no lo fuese tanto, cierto es que seria menos ofendido : Dios es bueno, y casi se-

ría de desear que su bondad no fuese tan grande, puesto que ella es ocasion de que se le ofenda con mas descaro. ¡Cosa horrible! La bondad, que es útil á cualquiera que la tenga, solo á Dios resulta dañosa y perjudicial. Si vosotros teneis un buen criado, le tratais con toda consideracion : ¿por qué? Porque es bueno. Si poseeis un buen caballo, le cuidais con el mayor esmero : ¿por qué? Porque es bueno. ¡Ah Dios mio! solo de Vos no se hace ningun caso por ser bueno : solo á Vos se ofende sin pudor, porque vuestra suma bondad no os deja volver sino bien por mal.

Pero advertid, pecadores, que este Dios tan bueno fue quien precipitó de lo más alto del cielo á lo mas profundo del infierno la tercera parte de los Ángeles, solo por un pecado de pensamiento concebido en un instante : advertid que este Dios tan bueno fue quien echó á Adan del paraíso terrestre, no mas que por haber comido una manzana contra su prohibicion : advertid que este Dios tan bueno es quien verá arder por toda una eternidad un número casi infinito de almas, sin compadecerse jamás de ellas, y sin pensar jamás en librarlas. ¡Ah! cuando decís que Dios es bueno, decís una gran verdad ; pero no la decís entera. Debiérais añadir que tambien es justo ; la medida de su bondad es la medida de su justicia, y que él con nadie se mostrará mas terrible y severo, que con aquellos con quienes se habrá mostrado mas bueno y benigno. No atribuyais á Dios una bondad baja, sin discernimiento y sin luz, que no haga ninguna diferencia entre inocentes y culpables : esto seria formarse un ídolo, y no representarse á Dios tal cual es, y tal cual debe ser.

Si vosotros reflexionais un poco sobre lo que acabo de decir de la malicia del pecado, si considerais que él es una rebellion contra la soberanía de Dios, un ultraje á su presencia, y un ataque á su bondad, ¿podréis dejar de exclamar con Je-

remías: ¡Ay de nosotros! que hemos tenido la desgracia de ofender á Dios? *Væ nobis, quia peccavimus*<sup>1</sup>. No, cristianos; antes con el mismo Profeta convidaréis á vuestros ojos á derramar lágrimas abundantes, y á no cesar jamás de hacer llanto sobre una desgracia tan lamentable: *Deduc quasi torrentem lacrymas... neque taceat pupilla oculi tui*<sup>2</sup>. El mal es tan grande, que aun cuando derramáseis tantas lágrimas como gotas de lluvia han caído desde el principio del mundo, no lo lloraríais tanto como él merece ser llorado. ¿Qué mal mayor, que haberse rebelado contra Dios, haberle hecho injurias que le hubieran quitado la vida si él fuese mortal, haberle ultrajado en su misma presencia, y haberle ofendido por ser bueno? El que no lllore amargamente este mal, el que lo repita despues de haberlo llorado, ¿qué diremos de él? Que es un mónstruo semejante á los que habitan en el infierno. No permita Dios que tal cosa pueda decirse de ninguno de vosotros. Amen.

<sup>1</sup> Thren. v, 16. — <sup>2</sup> Ibid. ii, 18.

### TERCER DOMINGO DESPUES

DE PASCUA.

*El evangelio de este dia está tomado del capítulo XVI del evangelio de san Juan, en el cual se refiere letra por letra el admirable sermón que el Salvador predicó á sus discípulos reunidos en el cenáculo, la noche antes de su pasión. La Iglesia ha considerado este capítulo tan instructivo, y tan propio para el tiempo pascual, que de él ha sacado el evangelio de tres domingos consecutivos, el de hoy, el del domingo próximo y el del domingo siguiente. Para el de hoy ha tomado la parte del capítulo que está comprendida desde el versículo 17 hasta el 22: para el del domingo próximo desde el versículo 5 hasta el 14; y para el del domingo siguiente desde el 23 hasta el 30. No se crea que tal distribución de evangelios se haya hecho al azar, y sin motivo alguno: si se busca la razón que puede haber tenido la Iglesia para poner por evangelio del presente domingo la parte media de dicho capítulo, y reservar el principio y el fin para los dos domingos siguientes, sin duda se hallará, y muy conveniente y satisfactoria. Indudablemente lo ha hecho así por motivo del asunto especial que dicha parte media encierra, el cual conviene proponerlo al pueblo algunas semanas despues de Pascua, y primero que se le hable de la Ascension del Salvador, y de la venida del Espíritu Santo, que son el objeto de los evangelios de los dos domingos siguientes. Véase la parte del capítulo que comprende el evangelio de hoy, y desde luego se echará de ver que en ella Jesucristo hizo tres cosas con sus discípulos: 1.º les anun-*

remías: ¡Ay de nosotros! que hemos tenido la desgracia de ofender á Dios? *Væ nobis, quia peccavimus*<sup>1</sup>. No, cristianos; antes con el mismo Profeta convidaréis á vuestros ojos á derramar lágrimas abundantes, y á no cesar jamás de hacer llanto sobre una desgracia tan lamentable: *Deduc quasi torrentem lacrymas... neque taceat pupilla oculi tui*<sup>2</sup>. El mal es tan grande, que aun cuando derramáseis tantas lágrimas como gotas de lluvia han caído desde el principio del mundo, no lo lloraríais tanto como él merece ser llorado. ¿Qué mal mayor, que haberse rebelado contra Dios, haberle hecho injurias que le hubieran quitado la vida si él fuese mortal, haberle ultrajado en su misma presencia, y haberle ofendido por ser bueno? El que no lllore amargamente este mal, el que lo repita despues de haberlo llorado, ¿qué dirémos de él? Que es un mónstruo semejante á los que habitan en el infierno. No permita Dios que tal cosa pueda decirse de ninguno de vosotros. Amen.

<sup>1</sup> Thren. v, 16. — <sup>2</sup> Ibid. ii, 18.

### TERCER DOMINGO DESPUES

DE PASCUA.

*El evangelio de este dia está tomado del capítulo XVI del evangelio de san Juan, en el cual se refiere letra por letra el admirable sermón que el Salvador predicó á sus discípulos reunidos en el cenáculo, la noche antes de su pasión. La Iglesia ha considerado este capítulo tan instructivo, y tan propio para el tiempo pascual, que de él ha sacado el evangelio de tres domingos consecutivos, el de hoy, el del domingo próximo y el del domingo siguiente. Para el de hoy ha tomado la parte del capítulo que está comprendida desde el versículo 17 hasta el 22: para el del domingo próximo desde el versículo 5 hasta el 14; y para el del domingo siguiente desde el 23 hasta el 30. No se crea que tal distribución de evangelios se haya hecho al azar, y sin motivo alguno: si se busca la razón que puede haber tenido la Iglesia para poner por evangelio del presente domingo la parte media de dicho capítulo, y reservar el principio y el fin para los dos domingos siguientes, sin duda se hallará, y muy conveniente y satisfactoria. Indudablemente lo ha hecho así por motivo del asunto especial que dicha parte media encierra, el cual conviene proponerlo al pueblo algunas semanas despues de Pascua, y primero que se le hable de la Ascension del Salvador, y de la venida del Espíritu Santo, que son el objeto de los evangelios de los dos domingos siguientes. Véase la parte del capítulo que comprende el evangelio de hoy, y desde luego se echará de ver que en ella Jesucristo hizo tres cosas con sus discípulos: 1.º les anun-*

*ció que pronto se separaría de ellos, pero que pronto volvería á mostrárseles : Modicum, et jam non videbitis me : iterum modicum, et videbitis me : 2.º les predijo que, durante su breve ausencia, vivirían en grande aflicción y tristeza, al paso que el mundo estaría muy satisfecho y alegre : Amen, amen dico vobis : quia plorabitis, et flebitis vos, mundus autem gaudebit : 3.º los consoló, diciéndoles, que él volvería á verles, y que entonces su tristeza se convertiría en alegría, y alegría que nadie podría quitarles : Iterum autem videbo vos, et gaudebit cor vestrum, et gaudium vestrum nemo tollet à vobis.*

*No es difícil conocer cuál haya sido el objeto de la Iglesia al escoger estas palabras del Salvador para el evangelio del tercer domingo despues de Pascua. Como ella en este tiempo no aspira á otra cosa que á mantener á sus hijos en la gracia recibida, les recuerda las verdades mas propias para conseguirlo, cuales son indudablemente la brevedad de la vida presente, indicada en el Modicum, et jam non videbitis me ; la vanidad de las cosas de esta vida, insinuada en el Plorabitis, et flebitis vos ; y la certeza de la recompensa eterna, tocada en el Gaudium vestrum nemo tollet à vobis. Así que, sobre este evangelio se pueden formar estos tres asuntos, todos dirigidos á un mismo intento : la brevedad de la vida presente, la vanidad del mundo descubierta en la muerte, y la eternidad del premio que se dará á los justos. Como el último de estos asuntos se ha tocado ya en otros sermones de esta Obra, nos limitaremos á los dos primeros.*

#### **Brevedad de la vida presente.**

*Modicum, et jam non videbitis me. (Joan. xvi, 17).*

*El evangelio de hoy es un trozo de sermón que el Salvador predicó á sus amados discípulos en la vigilia de su pasión,*

*despues de haber comido con ellos el cordero pascual, é instituido el adorable sacramento de la Eucaristía. En aquel sermón, que fue el mas tierno y patético que el Salvador pronunció en todo el curso de su vida, dijo, entre otras cosas, las siguientes palabras : « Dentro poco ya no estaré con vosotros, « pero dentro poco volveréis á verme... Durante mi ausencia « no os faltarán motivos de tristeza y de llanto ; mas cuando yo « vuelva, vuestra tristeza se convertirá en alegría que nadie « podrá quitaros, porque durará eternamente. »*

*Puede ser que vosotros, semejantes á los discípulos, no comprendéis el sentido de estas palabras, y como ellos estais diciendo en vuestro interior : ¿ Qué quiere decir con esto, que en breve se irá, y en breve volverá ? Quid est hoc, quod dicit, Modicum ? Nescimus quid loquitur. Si así fuese, ved la explicación que de estas palabras nos ha dado san Agustin, uno de los doctores mas ilustres de la Iglesia. Es, dice el Santo, como si el Salvador hubiese dicho : « Voy á dejaros pronto, « porque se acerca el día de volver á mi Padre celestial, que « me envió al mundo : mi ausencia os causará no poca tristeza ; pero consolaos, que no será muy larga, pues acabado el « breve curso de esta vida, vendré á juzgar á los hombres ; « vosotros me veréis, mi vista os causará una alegría inefable, « y esta alegría será eterna. »*

*¿ Qué debemos concluir, cristianos, de este discurso del Salvador ? Que el tiempo de nuestra vida es breve ; que á mas de ser breve, es incierto ; que sobre ser incierto, es irreparable : y así que por razón de su brevedad debemos vivir despegados de todo lo transitorio, por razón de su incertidud debemos estar siempre preparados para morir, por razón de ser irreparable debemos aprovecharlo para obrar todo el bien po-*

<sup>1</sup> D. Aug. Tract. 101 in Joan.

sible. Ocupémonos de estos pensamientos, los mas dignos de un cristiano, y los mas propios para hacernos emprender un tenor de vida verdaderamente santo y piadoso.

Cuando el tiempo de nuestra vida fuese mucho mas largo de lo que realmente es, cuando nosotros viviésemos tantos años como solian vivir los antiguos patriarcas, cuya vida comunmente era de siete á nueve siglos, al cabo de ellos podríamos decir con David, que nuestros días se desvanecieron como el humo, y desaparecieron cual sombra que pasa rápidamente ante nuestros ojos, sin darnos tiempo para fijarle la mirada : *Defecerunt sicut fumus dies mei... Dies mei sicut umbra declinaverunt*<sup>1</sup>. Sirva de prueba aquella chocante respuesta que el patriarca Jacob dió al Rey de Egipto, al preguntarle este cuántos años tenia. Ó Rey, le dijo, mis años han sido pocos y malos : pocos, porque no cuento mas que ciento y treinta : malos, porque los he pasado todos como peregrino y extranjero en este mundo : *Dies peregrinationis meae centum triginta annorum sunt, parvi et mali*<sup>2</sup>.

¡Ah! si Jacob llamó corta una vida que contaba ciento y treinta años de fecha, ¿qué nombre darémos á la nuestra, que ordinariamente no pasa de los setenta? ¿Qué es vuestra vida? nos pregunta en vista de su brevedad el apóstol Santiago : *Quæ est enim vita vestra*<sup>3</sup>? No os canséis, cristianos, en discurrir la respuesta que se ha de dar á tal pregunta, porque van á contestarla, y mucho mejor de lo que sabriais hacerlo vosotros, el mismo Santiago, el experimentado Job, y el desengañado Salomon. ¿Veis, nos dice el primero, veis ese sutil vapor que se levanta de la tierra, se extiende por el aire, y

<sup>1</sup> Psalm. ci, 4, 12. — <sup>2</sup> Gen. XLVII, 9. — <sup>3</sup> Jac. iv, 14.

al momento se disipa? Pues esto es vuestra vida : *Vapor ad modicum parens, citò exterminabitur*<sup>1</sup>. ¿Veis, nos dice el segundo, esa frágil flor que por la mañana se abre, que el mediodía comienza á marchitarse, y al anochecer ya está seca? Pues esto es vuestra vida : *Quasi flos egreditur, et conteritur*<sup>2</sup>. ¿Veis, nos dice el último, ese correo que va á la posta, esa nave que surca velozmente el mar, ese pajarito que vuela ligero por el aire, sin dejar rastro del camino que ha hecho? Pues esto es vuestra vida : *Tamquam nuntius percurrrens, et tamquam navis... aut tamquam avis, cujus nullum invenitur argumentum itineris*<sup>3</sup>.

Verdad es, cristianos, que á nosotros la vida nos parece muy larga, siendo así que es brevísima; mas ¿sabeis por qué nos parece larga? Porque aun hemos de pasarla : dejad que la hayamos pasado, que entonces comprenderémos cuán corta ha sido. Eso tiene el tiempo de particular, dice san Agustin, que antes de pasar, parece larguísimo; pero cuando ya ha pasado, se ve que ha sido muy breve : *Hoc modicum longum videtur, quoniam adhuc agitur : cum finitum fuerit, tunc sentiemus quàm modicum fuerit*<sup>4</sup>.

Esta es una verdad que, para comprenderla, no se necesita mas que volver la vista atrás. Decidme, cristianos : ¿qué os parece de los años que habeis vivido? ¿Han sido largos ó breves? De mí os aseguro, que los encuentro breves, brevísimos. Paréceme era ayer que iba á la escuela con la cartilla bajo el brazo, y saltaba cual cabritillo con los otros niños de mi edad; y eso que de entonces acá ha transcurrido un buen número de años. Pues no dudeis que lo mismo nos sucederá con los años que nos quedan por vivir. Llegarémos, si llega-

<sup>1</sup> Jac. iv, 13. — <sup>2</sup> Job, xiv, 2. — <sup>3</sup> Sap. v, 10, 11.

<sup>4</sup> Aug. Tract. 101 in Joan.

mos, á los sesenta ó setenta años de edad : y si entonces damos una mirada atrás, veremos que todo este tiempo ha sido breve, muy breve : *Tunc sentiemus quàm modicum fuerit.*

Si entre tanto deseais saberlo por informacion de otros, acercaos á alguno de esos viejos ochentones, y rogadle que os diga francamente, qué le parecen todos los años que lleva de vida ; y veréis como os responde, que le parecen un sueño, una vision, una mentira ; que las cosas de su infancia se le representan como si acabasen de pasar ; que sus ochenta años se los figura como un abrir y cerrar de ojos. Pero quienes todavía sabrán informaros mejor de la velocidad con que pasa la vida, son aquellos infelices condenados de quienes se nos habla en el libro de la Sabiduría. Preguntadles, qué juicio forman del tiempo que estuvieron en este mundo, y de los placeres, honores y riquezas que aquí disfrutaron. ¡Ay! os responderán, todo pasó : pasaron los placeres, pasaron los honores, pasaron las riquezas ; y pasaron con tal rapidez, que nos parece que entre nuestro nacimiento y nuestra muerte no hubo un solo dia de distancia : *Transierunt omnia illa tamquam umbra... et nos nati, continuò desivimus esse*<sup>1</sup>.

Aquí toma la palabra el apóstol san Pablo, y con todo el celo que comunica la mas ardiente caridad, nos dice : Ya veis, hermanos míos, que el tiempo de estar en este mundo es breve : *Tempus breve est* : ya veis que vuestra vida pasa como una sombra que huye : *Præterit figura hujus mundi*. Por lo tanto escuchad atentamente el consejo que os quiero dar : vivid desprendidos de las cosas terrenas : despreciadlas como personas que conocen su inconstancia y vanidad. El que posee riquezas, viva como si no las poseyese : el que tiene mujer, pórtese como si no la tuviera : el que goza de alguna fe-

<sup>1</sup> Sap. v, 8, 9, 13.

licidad, obre como si no la gozase. ¿Para qué aficionarse á unas cosas que duran tan poco? ¿Para qué poner el corazón en un mundo que pasa como una ilusion óptica? *Qui habent uxores, etc., præterit enim figura hujus mundi*<sup>1</sup>. — ¡Dichoso, cristianos, dichoso el que, siguiendo este consejo del Apóstol, vive sin apego á las cosas de la tierra, y mira los placeres como lodo que mancha, las riquezas como humo que se desvanece, y los honores como vanos fantasmas que no tienen fondo ni realidad!

Porque habeis de notar esto, que el tiempo de nuestra vida, no solo es muy breve, sino tambien muy incierto y dudoso. Vosotros, dice el apóstol Santiago, vais formando planes sobre vuestra vida, diciendo : Hoy harémos esto, mañana harémos aquello, otro dia harémos lo otro : *Ecce nunc qui dicitis : hodie aut crastino ibimus in illam civitatem*<sup>2</sup>. ¡Benditos! ¿cuánto mejor seria que, dejando en parte estos proyectos, os preparáseis para el negocio mas importante, que es morir bien y cristianamente? ¿Sabeis acaso lo que mañana será de vosotros? ¿Sabeis si moriréis hoy, ó mañana, ú otro dia? Nada de esto sabeis : *Ignoratis quid erit in crastino*<sup>3</sup>. Si tendeis la vista á vuestro contorno, veréis á cuántos y cuántos arrebatada una muerte imprevista y prematura. Este muere en el mismo acto de nacer, aquel al tocar los primeros dias de la infancia, el otro en el momento de cumplir los años de su pubertad : este muere de un flujo de sangre que le ahoga, aquel de una apoplejía que le priva de sentido, el otro de un accidente que no le da tiempo para decir *Jesús* : este muere al levantarse de la mesa, aquel al salir de un baile, el otro un momento despues de haber apretado la mano de su amiga. De-

<sup>1</sup> I Cor. vii, 29, 30, 31. — <sup>2</sup> Jac. iv, 13. — <sup>3</sup> Ibid.

cidme que no sea así, decidme que no veamos morir todos los días á personas que se prometian largos años de vida. Y viendo caer á mil de un lado, y á diez mil de otro, ¿vosotros os teneis por tan seguros, como si á favor vuestro hubiese un privilegio especial?

¿De dónde procede una tan lamentable ilusion? No vacilo en afirmar, que procede del demonio, quien procura persuadirlo así, á fin de que no penseis en lo que mas os conveniria pensar, que es en disponeros con tiempo para morir cristianamente. No atreviéndose ya el impostor á deciros que no moriréis, como lo dijo á nuestros primeros padres, porque sabe que una tal mentira no seria creída de vosotros, procura á lo menos hacerlos creer que no moriréis luego, á pesar de todos los ejemplos de muertes prematuras que diariamente tenéis á la vista. Son dignos de notarse los ardides de que se vale para que os tengais por invulnerables en medio de tantos golpes como de continuo descarga la muerte. Muere un jóven, por ejemplo, y temiendo el demonio que su muerte os sirva de aviso y escarmiento, ¿qué mucho, os dice, que haya muerto? Era tan vicioso, tan desarreglado, que no podia menos de acabar presto. Pero tú que sabes guardar moderacion, tú que no te entregas á excesos y destemplanzas, no tienes por que temer: *Nequaquam morte morieris*. Muere un viejo... Que un viejo muera, os dice entonces, nada tiene de extraño, antes es cosa muy natural: es claro que no se puede vivir siempre, y que algun dia se ha de morir. Pero tú que eres jóven, tú que tienes una construccion fuerte y robusta, cuenta con largos años de vida: *Nequaquam morte morieris*. Muere un rico... Hé aquí un hombre, os dice, que ha sido víctima de sus conveniencias: es tanto lo que ha regalado su cuerpo, que lo ha debilitado, hecho enfermizo, y hundido antes de hora en la tumba. Pero tú que no tienes medios para cebarlo tanto, tú

que estás precisado á guardar parsimonia y frugalidad, estás bien libre de esto: *Nequaquam morte morieris*.

Con tales, ó semejantes discursos, procura el demonio hacerlos creer que, ya que algun dia hayais de morir, este dia todavía está muy léjos; y que para disponeros para una buena muerte, lo que mas os sobra es el tiempo. Y lo mas sensible es, que vosotros, engañados con tales discursos, en lo que menos pensais es en disponeros para presentaros al tribunal de Dios, como si fuese mentira aquello que dijo Jesucristo: Estad siempre preparados, porque la hora menos pensada se os llamará á dar cuentas: *Estote parati, quia quâ horâ non putatis Filius hominis veniet*<sup>1</sup>. ¡Ah! cristianos, la muerte es un paso tan difícil, que si no os prevenís con tiempo, casi podeis estar seguros de errarlo: es un salto tan arriesgado, que si antes de darlo no lo ensayais muchas veces, no puede seros sino muy fatal. Todos los negocios graves y difíciles piden una preparacion séria, larga y atenta antes que se emprendan, so pena de fracasar por completo. ¿Cuál es el juez que aguarda á revisar la causa el dia antes de fallarla? ¿Cuál el militar que espera aprender el manejo de las armas la víspera antes de entrar en el combate? ¿Cuál el cómico que no ensaya muchas veces en secreto el papel que ha de representar ante el público? Y siendo el morir una cosa mucho mas séria y trascendental, ¿quereis hacerlo sin preparacion alguna? ¿Ó pensais que para prepararos bastarán aquellos pocos momentos que precederán á vuestra última agonía? Os adviérto, que si lo dejais para entonces, ó no lo haréis, ó lo haréis malamente; porque es proverbio vulgar, que las cosas hechas aprisa rarisimas veces salen bien.

Si el error cometido entonces fuese reparable, paciencia:

<sup>1</sup> Luc. XII, 40.

pero no lo es, cristianos míos, no lo es. Una sola vez se muere; y si esta vez no se muere bien, ya no queda apelación ni recurso: el paso decisivo está ya dado, y no es posible volver atrás para repetirlo. ¡Cuán cautos, cuán diligentes debería haceros esta reflexión! Oid un caso que refiere la Escritura santa, y aprended á ser previsores y prudentes. Muerto Solomon, entró á reinar su hijo Roboam, á quien la Escritura califica de tonto, bien que no mostró serlo tanto como todo esto en el hecho que vais á oír. Apenas fue proclamado por rey, las tribus le enviaron comisionados para rogarle que disminuyese un tanto las insostenibles contribuciones con que su padre Salomon las había gravado. Oyó él la solicitud, y sin tomar ninguna resolución, dijo á los comisionados: El asunto es muy grave, y vale la pena de que lo medite un poco: retiraos, y de aquí á tres días volved, que entonces habré ya pensado si vuestra exposición debe ser atendida ó no: *Ite usque ad diem tertium, et revertimini ad me*<sup>1</sup>.

Pregunto ahora: ¿por qué no se resolvió desde luego? ¿por qué quiso tener todos los ánimos suspensos por espacio de tres días? ¿por qué se reservó este tiempo para deliberar? Porque, aunque muy torpe, no lo era tanto, que no conociese que se trataba de un asunto vital para sus Estados; y que cualquiera determinación que tomase, sería irrevocable, y quedaria por ley perpétua en todo el reino: y por esto fue un acto de prudencia el no precipitar la respuesta, y el pedir dilación. Aprended, cristianos, la lección de prudencia que os da este Rey, por otra parte muy imprudente y necio. Si cosa hay en este mundo que, hecha una vez, no pueda deshacerse, esta es el morir, esta es el dar cuenta á Dios, y el pronunciarse la sentencia final. Lo que entonces se haga, hecho se quedará, y lo

<sup>1</sup> III Reg. XII, 5.

quedará por siempre: lo que entonces se resuelva de nosotros, resuelto estará, y por toda una eternidad. Y no obstante, ¡ay de mí! ¿cuál de vosotros tiene la prudencia de tomarse, no diré tres días, pero ni tres horas para discurrir seriamente sobre la muerte, y meditar qué respuesta dará al divino Juez, cuando le pida cuenta de toda su vida? Tal vez me diréis, que ya lo discurriréis entonces.—¿Entonces? No os alucineis: entonces no será tiempo de deliberar, sino de partir, y partir presto. Ahora, ahora es tiempo de tomar una buena resolución; y si no aprovechais ese tiempo, entonces conoceréis, aunque tarde, que la pérdida del tiempo de la vida es una pérdida irreparable. No permita Dios que hayais de aprenderlo á costa de vuestra alma. Amen.

#### La vanidad del mundo descubierta en la muerte.

Modicum, et jam non videbitis me. (Joan. XVI, 17).

Jamás se ha visto desengaño mayor, ni cosa que descubra mejor la vanidad del mundo, que la que experimentó el gran sacerdote Aaron poco antes de morir. Estando ya á punto de entrar en la tierra de promisión, y cuando aquel nuevo paraíso le sonreía con sus encantos y delicias, ¡oh vanidad de las cosas humanas! oye que Moisés le llama aparte, y en nombre de Dios le dice, que se disponga para subir inmediatamente con él y su hijo á la cumbre del monte Hor, donde tiene que comunicarle un secreto. Muy distante el santo anciano de sospechar lo que le iba á suceder, se viste de pontifical, llama á su hijo Eleázaro, y en compañía de Moisés marchan juntos y en silencio al punto designado. Llegados allá, sin casi darle tiempo para descansar, descubre Moisés el secreto fatal, y le dice: Quítate inmediatamente esos ornamentos que vistes, y ponlos á tu hijo que está aquí, por cuanto tú, en vez de en-

trar en la tierra de promision, has de tomar presto el camino de la eternidad<sup>1</sup>. ¡Anuncio terrible! ¡cruel intimacion!

Obediente Aaron á esta órden del cielo, comienza desde luego á desprenderse de todos los ornamentos propios de su alta dignidad: se quita de la cabeza aquella majestuosa tiara que brillaba de oro y pedrería, se arranca del pecho el misterioso racional, deja caer en tierra el magnífico cinturón, se despoja de la blanca y simbólica túnica talar: y reducido á la condicion de hombre privado y comun, ve con sus propios ojos como su hijo entra en el goce de todos sus honores sacerdotales, y como de su caída resulta la ereccion de un nuevo pontífice.

Sí que fue este un lance bien triste, diréis vosotros.—¿Fue un triste lance, cristianos? Pues sabed que todos vosotros os veréis en él antes de mucho. Dejad que pase el breve tiempo de esta vida, que es el *Modicum* de que habla el presente evangelio: dejad que llegue la muerte, que será la que dará cumplimiento al *Jam non videbitis me*: vosotros veréis como ella os despoja de todo cuanto poseéis en este mundo, y como lo pasa todo al dominio de vuestros herederos. Entonces comprenderéis cuán vanos son todos los bienes de esta vida, y cuán necios los cristianos que tienen pegado á ellos el corazón. Para que lo comprendais ahora, que es cuando puede seros útil, vengo á poneros á la vista el despojo universal que hará la muerte de cuanto ahora poseéis, á fin de que, conociendo la vanidad de los bienes transitorios y caducos, busqueis otros mas estables y permanentes.

Raras veces la Escritura santa nombra la muerte, sin que le ponga algun adjetivo que nos recuerde ser ella la que nos

<sup>1</sup> Num. xx, 25, 26.

ha de despojar de todo lo de este mundo. Día de renunciarlo todo, la llama san Pedro: *Dies restitutionis*. Tempestad que todo ha de destruirlo, la nombra Salomon: *Interitus quasi tempestas*. Ladron que todo lo saquea, la apellida san Juan: *Tamquam fur*. ¿Y por qué la llaman así? Para que, reflexionando nosotros que ella nos despojará de todas las cosas terrenas, no pongamos en ellas nuestro afecto y corazón.

No creais empero, cristianos, que la muerte aguarde á despojaros de todas las cosas de esta vida, para cuando os vea en la última enfermedad. ¡Ay! si sabeis mirarlo bien, veréis que ya os ha quitado una gran parte de los objetos que os eran mas caros y preciosos en este mundo. ¿Dónde están aquellos padres que os dieron el ser? ¿dónde aquellas madres que os alimentaron con su leche? ¿dónde aquellos hermanos con quienes jugábais en vuestra infancia? ¡Ah! yo no os renovaría el sentimiento que os causó la pérdida de unas personas tan amadas, si no fuese para recordaros que la muerte hará pronto con vosotros lo que mucho tiempo há hizo con ellos.

Mas ¿qué digo hará? Desde mucho tiempo que ya viene haciendo en vuestra vida daños irreparables. ¿No es verdad, hombre de cálculos, que vuestro espíritu ya no encuentra en los órganos corporales aquella energía y vivacidad que encontraba algun dia, que vuestro entendimiento es mas tardo en concebir, vuestra memoria mas flaca para retener, vuestra voluntad mas perezosa para obrar? ¿No es verdad, mujer vana, que, puesta ante el espejo, ya no hallais en vos aquella hermosura que teníais en la juventud, que á la lisura de la frente han sucedido las arrugas, á la frescura del rostro la palidez, y al cabello rubio la calvez y las canas? ¿No es verdad, cristianos, que fuisteis niños, y ya no lo sois; que fuisteis jóvenes, y ya declináis hácia la vejez; que á vuestros años alegres y floridos han sucedido poco á poco los años tristes y

pesados? Pues bien : estas edades que ya pasaron como viento que silba y huye, y como agua que murmura y corre, ¿no son otros tantos hurtos pequeños y secretos que, sin que vosotros lo advirtiérais, os ha hecho la muerte?

Pero el saqueo general y completo será cuando llegue vuestra hora extrema. Vosotros ahora poseéis muchas cosas que cautivan vuestro afecto y voluntad : el uno tiene padres á quienes ama con ternura, el otro tiene mujer á quien quiere con pasión, el otro tiene hijos á quienes idolatra hasta el delirio : este tiene fincas en el campo, aquel posee casas en la ciudad, el otro guarda sumas considerables en sus cofres. Pues no pasarán muchos años, tal vez no transcurrirán muchos días, sin que la muerte venga á quitároslo todo. Tendidos sobre el lecho de dolor, observaréis... ¡ay qué cosas tan tristes voy á deciros! observaréis que vuestra mujer se acerca á vuestra cabecera, os mira algunos instantes de hito á hito, y luego se sale precipitadamente del aposento, arrojando un profundo suspiro al tiempo de pasar la puerta. ¿Y sabéis qué querrá deciros con esto? Querrá deciros : adios, marido, adios para siempre. Observaréis que vuestros tiernos hijos se colocan juntos al rededor de vuestra cama, os besan uno á uno amorosamente la mano, y hecha esta triste ceremonia, se retiran de vuestra presencia tristes y afligidos. ¿Y sabéis qué querrán deciros con esto? Querrán deciros : adios, padre, esta es la última vez que nos veis. Observaréis que vuestros amigos se sitúan enfrente de vuestro lecho, os contemplan un breve rato silenciosos y pensativos, y luego os dejan sin decir palabra. ¿Y sabéis qué querrán deciros con su silencio? Querrán deciros : adios, amigo, ya no nos veremos mas. Observaréis que otros, menos humanos, registran vuestros cofres, examinan vuestros escritorios, se apoderan de vuestros papeles. ¿Y sabéis qué querrán deciros con esto? Querrán de-

ciros que desde aquella hora quedais privados de todos vuestros derechos, títulos y adquisiciones ; y que de todo lo que poseáis, ya no os queda mas que el derecho á un pequeño ángulo del campo santo. ¡Oh muerte, cuán verdad es que eres el fin de todo lo de este mundo! *Finis universorum.*

Mas no penseis, cristianos, que ella haya de despojaros solamente de los bienes exteriores de que he hablado hasta ahora : esta, si puedo decirlo así, no será mas que la primera edicion de sus estragos y dilapidaciones. Para comprender la que tras de ella vendrá, imaginad, os suplico, cómo queda un hombre, aunque sea el mas noble, luego que la muerte le ha dado el último golpe. ¿Dónde están sus sentidos? Abridle los ojos... no ve : tomadle la mano... no siente : gritadle al oído... no oye : meneadle el cuerpo... es como una masa de barro endurecido. ¡Ah! grabemos sobre sus sentidos el *Finis universorum*, y sigamos. ¿Dónde están sus tesoros? ¿Tesoros habeis dicho? De tanto dinero no le queda un solo real, de tantos vestidos no se le deja mas que una triste mortaja, de tantas fincas solo le restan siete piés de tierra en el cementerio. Harto dichoso será el miserable, si el que ha heredado sus tesoros se digna echar algunas gotas de agua bendita sobre su sepulcro. Escribamos tambien aquí el *Finis universorum*, y vamos adelante. ¿Dónde está su hermosura? En vano la buscáis. Aquí no hay mas que unos ojos eclipsados, una tez denegrida, un cuerpo que corre á la descomposicion. No ha veinte y cuatro horas que exhaló el alma, y es tanto lo que hiede, que es menester abrir ventanas, echar vinagre, quemar incienso, para purificar el aire de los malos olores que despiden ; y si cuanto antes no se le saca de casa, tendrán que desocuparla todos los que la habitan. ¿Qué os parece? ¿podremos tambien poner aquí el *Finis universorum*? Acabemos. ¿Dónde están aquel poder, aquella majestad, aquella nobleza

que le granjeaban el respeto y la admiración de todos? ¡Ay! colocado sobre un triste féretro, marcha al sepulcro sin mas cortejo que el de algunos parientes y amigos, sin mas acompañamiento que el de alguna piadosa hermandad, sin mas obsequio que el de unos cuantos sacerdotes. Verdad es que á su tránsito la gente acude, el vecindario se conmueve, y toda la carrera se llena de curiosos espectadores: pero ¿á qué pensais vienen? ¿Pensais que vienen á rendir homenaje á su nobleza, autoridad y poder? Observad: el uno apenas sabe ocultar la satisfacción que le causa el verle llevar á la tumba, el otro se rie de las lágrimas que ve derramar á su esposa y á sus hijos, el otro le hace la señal de la cruz, y, sin otro obsequio, le vuelve las espaldas. Aquí dicen unos: Dios te perdona las lágrimas que has hecho derramar estando en vida, por lo demás la muerte muy bien te está. Allá dicen otros: Ahora pagas tu altanería y soberbia: en fin has tenido que inclinar tu orgullosa frente. Acá dice este: Héos al que quería dominarlo todo: este hombre pensaba que la muerte también le tendría miedo. Acullá responde aquel: Ha tardado, pero al fin también le ha llegado la hora. ¿De qué le han servido sus títulos y riquezas? Todos juntos no han podido librarle de morir.—Estos son los obsequios que le da el mundo, estos los honores fúnebres que le hace. Sus mejores amigos, mas por cortesía que por afecto, le acompañan hasta el cementerio, es verdad; pero apenas echadas las últimas gotas de agua bendita, apenas dicho el *Requiescant in pace*, vuelven tranquilos á sus casas, como si nada se hubiera hecho. ¿No es verdad, cristianos, que ello va así? Pues escribamos también aquí el *Finis universorum*: fin de todas las grandezas humanas.

Vosotros sin duda vais á pensar que, habiéndoos la muerte despojado de todo lo dicho, nada le quedará ya que hacer,

pero os equivocais. Perdida la familia, perdidos los bienes, perdidos los títulos y honores, todavía os quedará la figura de hombre; y esta será otra cosa que también os arrebatará la insaciable muerte. Apenas han pasado unos quince dias desde que murió aquella señorita galana, que era el alma de las conversaciones, la legisladora de las modas, y el ídolo de la juventud: sí, no habrá mas que unos quince dias que murió; y no obstante, *Ite et videte*, id á verla... ¡Ah! en vista de un espectáculo tan miserable como el que ofrecerá á vuestros ojos, no podréis menos de exclamar, atónitos, como exclamaban los israelitas al ver á la reina Jezabel comida de los perros: *Hæcine est illa Jezabel*? ¿Este cráneo descarnado y sin cabello es aquella misma cabeza que poco há asomaba en los balcones rociada de ámbar, perfumada de almizcle, y coronada de flores? *Hæcine est illa Jezabel*? ¿Estas dos ciegas y profundas cavernas son aquellos mismos ojos que un dia parecían competir con el sol en hermosura y claridad? *Hæcine est illa Jezabel*? ¿Esta masa informe y cubierta de gusanos es aquel lindo rostro, aquel rostro hermoso que cautivaba el corazón de cuantos lo miraban? *Hæcine est illa Jezabel*? ¿En esto ha venido á parar aquella linda moza?... ¡Ah mundo! ¡ah mundo, qué miserable eres! ¡Qué tonto es el que te idolatra!—Y tú, muerte desapiadada, ¿todavía no estás satisfecha? ¿Queda algo en que puedas cebarte?

Sí, cristianos; algo, y mucho, queda. Perdido todo lo vuestro y hasta vosotros mismos, despojados de todo cuanto poseísteis y fuísteis en este mundo, podríais consolaros un tanto, si á lo menos os quedase la esperanza de que viviréis en la memoria de los hombres, si una edad quedase encargada de hacer saber á la otra que vosotros existísteis. Mas ¡ay de mí!

que ni esta vida aparente os dejará la muerte. No habrán transcurrido muchos años, cuando ya no habrá quien se acuerde de vosotros, ni quien pronuncie vuestro nombre. Así como antes que viniéseis al mundo, nadie os esperaba, nadie os conocía, nadie os nombraba; así despues que habréis salido de él, nadie preguntará de vosotros, nadie sabrá que hayais existido, nadie pronunciará para nada vuestro nombre. Vuestra patria continuará, sin vosotros, en ser la misma que era: sin vosotros seguirán igualmente habitadas las casas, concurridos los mercados, solemnizadas las fiestas: y no porque vosotros ya no existís, habrá menos alegría en el mundo, menos fausto, menos tráfico, menos movimiento. Es decir, que despues de haberos despojado la muerte de todo lo que tiene alguna sustancia y realidad, os despojará hasta de lo ideal, hasta de lo aparente, hasta de lo ilusorio.

Siendo ello así, permitidme, cristianos, que yo cite el mundo á vuestro tribunal, y le convenza en presencia vuestra de su falsedad y perfidia. Ven acá, mundo embustero: ven acá, mundo hipócrita y traidor. ¿Puedes tú negar que todos los bienes que prometes sean pura apariencia? ¿Puedes negar que tus riquezas, honores y placeres vengan á acabar con la muerte? ¿Puedes negar que tú mismo no seas mas que un sueño, una sombra, una quimera, que en un instante se disipa? ¿Cómo negarlo, trapacero, si lo estamos tocando con la mano? ¿cómo desmentirlo, pérfido, si lo están viendo nuestros ojos? ¡Ah! no me admiro de tí que trates de engañarnos, porque eres falso por naturaleza: de quienes me admiro es de tus adoradores, que, picando de muy prudentes y entendidos, se dejan engañar de tí. ¿Prudentes he dicho? ¿Entendidos?... Retiro la palabra. ¿Es prudencia, cristianos, ofender á Dios por unos bienes que en breve os arrebatará la muerte? ¿Es prudencia poner el corazon en unas hermosuras que cuanto an-

tes irán á consumirse en una tumba? ¿Es prudencia exponer la suerte eterna del alma por unas cosas que no han de durar mas que cuatro dias? Si es prudencia, será prudencia carnal y diabólica, no prudencia racional y evangélica. El hombre verdaderamente prudente da una mirada atenta y escudriñadora á todos los bienes de este mundo, y viendo que todos han de acabar con la muerte, busca otros en el cielo que duren por toda una eternidad. ¿Podré yo conseguir que todos vosotros mostreis una total prudencia y cordura? Lo deseo, y lo espero. Amen.

## CUARTO DOMINGO DESPUES

DE PASCUA.

*El evangelio de hoy, lo mismo que el del domingo precedente, está tomado del capítulo xvi de san Juan, donde el santo Evangelista refiere las notables palabras que el Salvador dirigió á sus discípulos, cuando en la última cena les anunció, que él estaba próximo á volver al cielo de donde habia venido, y que en llegando allá, les enviaria el Espíritu Santo. El que profunde un poco dichas palabras, notará que envuelven una especie de reprehension ó queja de Jesucristo contra sus discípulos, porque, habiéndoles él dicho que volvía al Padre que le habia enviado al mundo, ninguno de ellos le preguntó á dónde iba, como si esta fuese una cosa que nada les importase. Vado ad eum qui misit me, les dijo, et nemo ex vobis interrogat me: Quò vadis?*

*De este evangelio se pueden sacar dos asuntos morales tan bellos como provechosos: el uno sobre la indiferencia con que muchos cristianos miran la vida venidera, deduciéndolo de aquellas palabras: Nemo ex vobis interrogat me: Quò vadis? El otro sobre la conducta que suele guardar Dios en orden á sus gracias, basándolo sobre aquellas otras palabras: Adhuc multa habeo vobis dicere. Vamos á darlos enteros en la forma que nos parezca mas conveniente.*

## Indiferencia de los cristianos por la vida venidera.

Nemo ex vobis interrogat me:  
Quò vadis? (Joan. xvi, 5).

Como nos vamos acercando á la gran festividad de la Ascension de Jesucristo al cielo, la Iglesia, á fin de que nos dispongamos á celebrarla con fruto, nos recuerda hoy las memorables palabras con que el Salvador la anunció á sus discípulos en la noche que precedió á su bendita pasion. Muchas fueron las palabras edificantes y consoladoras que el buen Salvador dijo á sus amados discípulos en aquella por muchas razones santísima noche; pero las que mas hacen al intento son estas: «En la casa de mi Padre hay muchas habitaciones, y yo voy á preparar una para cada uno de vosotros... Poco tiempo estaré ya en vuestra compañía, pues va á sonar la hora de volver al Padre que me envió al mundo.» *Vado ad eum qui misit me.*

¿Lo creeréis, cristianos? Como si se tratase de cosas de poca importancia, como si el separarse Jesucristo de los hombres, y el ir á prepararles un lugar en el cielo, no importase nada, todos los discípulos se mostraron indiferentes á este anuncio de Jesucristo, y á ninguno de ellos ocurrió preguntarle ni á dónde iba, ni dónde estaba el lugar que iba á prepararles, ni dónde residia aquel Padre que le habia enviado. No debió gustar mucho al Salvador esta indiferencia de sus discípulos, ya que los reprendió amorosamente por ella, diciéndoles: Os acabo de decir que voy á mi Padre, ¿y ninguno de vosotros se digna preguntarme: A dónde vas? *Vado ad eum qui misit me, et nemo ex vobis interrogat me: Quò vadis?*

¡Con cuánta mas razon, cristianos, se os pudiera hacer á

vosotros semejante reconvencion! Vosotros sabéis que Jesucristo ha subido al cielo, que allá os tiene preparado un lugar eminente y dichoso, que despues de esta vida infeliz y ca-duca os aguarda una vida feliz y eterna : y no obstante, ¡ah! y no obstante mirais con tal indiferencia y tédio aquella vida bienaventurada, que muchos la trocaríais por la actual, si Dios os aceptase la propuesta. ¡Ilusos! ¿qué hallais en la vida presente para amarla tanto? Yo no encuentro en ella sino cosas que debieran hacernos desear el salir de ella lo mas pronto que fuese posible. Por una parte la veo toda llena de trabajos y miserias, por otra considero que mientras ella dura estamos en peligro de perdernos, por otra sé que no podemos ver á Dios mientras ella continúe. ¿No son estos motivos suficientes para hacernos suspirar por la hora de pasar de esta vida mortal y miserable á otra vida eterna y dichosa? En mi concepto lo son, y creo lo serán tambien en el vuestro, luego que os hayais penetrado de las reflexiones que voy á hacer.

Nunca he sabido explicarme cómo los hombres, que por instinto natural aspiran á la felicidad, cobran tanto cariño á esta vida, que solo les proporciona aflicciones y amarguras; y miran con tanto horror la otra, que les ofrece gozos y satisfacciones inefables. Que quien disfruta de una posicion cómoda y placentera se resista á dejarla, lo comprendo fácilmente; pero que quien se halla en un estado infeliz y desdichado repugne á trocarlo por otro mejor, es misterio que no entiendo, por mas que lo discurro. Jamás se ha visto situacion mas triste y deplorable que la de los hijos de Israel mientras vivieron en Egipto : sospechosos al rey, perseguidos de los ministros, despreciados del pueblo, eran, puedo decirlo sin exageracion, las criaturas mas desgraciadas de la tierra.

Para ellos no habia justicia, porque si alguna vez la reclamaban, en vez de justicia, solo se les dispensaba insultos y desprecios : no habia compasion, porque, como si fuesen bestias nacidas en el lodo, se les condenaba á las obras públicas, sin otra paga que un pedazo de pan insípido y una lluvia de golpes y baldones : no habia humanidad, porque, como si el nacer fuese en ellos un delito, no bien habian nacido, cuando se los arrojaba á las aguas del Nilo, para que fuesen pasto de los cocodrilos. ¿Es posible concebir una situacion mas abyecta y desgraciada?

Pues bien : suponed ahora que cuando Moisés se presentó á aquel pueblo infeliz, y de parte de Dios le dijo, que el dia de su redencion habia llegado, que se dispusiesen para salir pronto de tanta miseria y opresion, y pasar á una tierra dichosa, donde vivirian en entera libertad; suponed, digo, que ellos, consternados con una tal noticia, le hubiesen respondido : Déjanos, Moisés, déjanos en nuestra esclavitud, que en ella encontramos toda nuestra satisfaccion y contento. ¿Por qué nos hablas de otra tierra mas dichosa que esta? ¿Acaso no nos hallamos bien en este mal trato que nos dan los egipcios? La libertad, la dicha, la bienandanza que nos ofreces, ¿por ventura son preferibles á la opresion y á los trabajos que aquí sufrimos? ¡Ah, Moisés! no nos obligues á pasar á esa tierra bienaventurada que nos has dicho; y ya que quieras precisarnos á ello, á lo menos dífiérello lo mas que sea posible.—Si los hijos de Israel hubiesen dado semejante respuesta al enviado de Dios, ¿qué pensaríais de ellos? ¿No pensaríais que los trabajos habian trastornado su juicio, en términos de no saber ya qué era lo que mas les convenia?

Pues este es vuestro caso, cristianos. Vosotros vivís en una tierra ingrata, que, segun se lo mandó Dios, no os produce ya mas que espinas y abrojos : *Spinis et tribulis germinabit*

*tibi*<sup>1</sup>: vosotros llevais una vida infeliz, en la que, segun la frase de Salomon, todo es vanidad y afliccion de espíritu: *Universa vanitas, et afflictio spiritus*<sup>2</sup>. Ora os molestan las enfermedades, ora os inquietan los cuidados, ora os aquejan las calumnias, ora os combaten las pasiones. Por aquí émulos que os persiguen, por allá desgracias que os arruinan: hoy os asalta un mal, mañana otro mayor, el dia siguiente otro todavía mas grande. ¿Quién no diria que, cansados ya de habitar en esta tierra, solo fecunda en males y contratiempos, esperais con ansia llegue la hora de pasar al cielo, donde todo es dicha, contento y reposo? Y con todo, apenas se os anuncia, ¿qué digo? apenas asoma á lo léjos algun indicio de tener que partir de este mundo, cuando vuestro espíritu se conturba, y se os hiela el corazon; y ya que no podeis evitar la partida, la diferís lo mas que podeis, procurando siempre alguna dilacion y próroga.

¡Ah! cristianos, ¿qué es esto sino incurrir en aquella afrentosa calificacion que Dios hizo de Efraim, cuando por boca de Oseas le llamó paloma engañada, y privada de juicio? *Ephraim quasi columba seducta, non habens cor*<sup>3</sup>. La paloma cobra tal amor y cariño á la torre en que ha formado el nido, que por mas injurias que reciba en ella, nunca se resuelve á abandonarla. Matadle los compañeros, por esto no huye: robadle los hijos, por esto no se aleja: destruidle una y otra vez el nido, por esto no deja de hacer otro nuevo. ¿Cabe amor mas desatinado? Sí que cabe, y es el que muchos teneis á esta vida miserable. Apenas pasa dia que no experimenteis aquí algun contratiempo ó desastre: un dia se os disputa la hacienda, otro se os roba el honor, otro perdeis una persona amada: por manera que la mayor parte de la vida se os va en

<sup>1</sup> Gen. III, 18. — <sup>2</sup> Eccles. I, 14. — <sup>3</sup> Osee, VII, 11.

gemir y suspirar. Y con todo teneis tal apego á este mundo infeliz, que no podeis sufrir se os hable de dejarlo. ¿No es esto ser mas sencillos que la paloma?

Pero aun cuando la vida presente estuviese exenta de estos males, el solo pensar que mientras ella dure estaréis expuestos á ofender á Dios y condenaros, ¿no debería ser motivo suficiente para que deseáseis pasar cuanto antes á otra mas tranquila y segura, exclamando con san Pablo: *Quis me liberabit de corpore mortis hujus*<sup>1</sup>? ¡Qué sabeis vosotros si el vivir mucho será ocasion de que perdais el alma!... Del gran Pompeyo dicen los historiadores, que para ser el hombre mas ilustre de su tiempo no le faltó sino una sola cosa. ¿Sabeis cuál? Haber muerto diez años antes. Por el contrario, la mayor fortuna de Alejandro Magno fue ¿cuál diríais? Morir jóven. Con un poco mas que hubiese vivido, se tiene por cierto que hubiera manchado su hermosa historia, y perdido toda la gloria adquirida con una larga série de hazañas.

¡Oh, cuántos que, si hubiesen muerto algunos años antes, estarian en el cielo, se encuentran en el infierno por haber vivido algun tiempo mas! ¡Dichoso Salomon, si hubiese muerto en la juventud! ¡Dichoso Orígenes, si hubiese terminado su vida mas pronto! ¡Dichoso Tertuliano, si hubiese vivido menos! Probablemente su suerte hubiera sido muy otra de la que ahora es; porque el primero hubiera muerto antes que deshonrara su vejez con la idolatría y la impureza, el segundo antes que perdiera la gran santidad que le adornó todo el tiempo de su juventud, y el tercero antes que de ilustre defensor de la fe se convirtiese en hereje y en apóstata.

Ahora comprendo por qué dice la Escritura, que Dios se apresura á sacar de este mundo á ciertas almas que le son

<sup>1</sup> Rom. VII, 24.

muy agradables, y á quienes ama con particular predileccion: es porque conoce con su clara presciencia que, si las dejase aquí por mas tiempo, perderian la virtud, y se condenarian sin remedio. ¿Qué haríais vosotros, si previései que una fiera tempestad habia de venir á destrozár vuestros campos y jardines? Correríais á segar las flores, aunque no estuviesen en buena sazón; os apresuraríais á recoger los frutos, aunque no estuviesen del todo maduros; porque mas quisiérais poseerlos tales como son, que perderlos enteramente. Pues lo mismo hace Dios con ciertas almas á quienes profesa un especial cariño. Previendo para ellas grandes peligros y tentaciones, se da prisa á llevárselas: porque mas quiere tenerlas seguras en el cielo, aunque no hayan llegado á un grado de virtud eminente, que dejarlas en el mundo, expuestas á que se pervertan y se condenen: *Placita erat Deo anima illius*, dice el Sábio, *propter hoc properavit educere illum de medio iniquitatum*<sup>1</sup>. ¿Negaréis que esto sea para ellos un gran bien? Pues ¿por qué habeis de considerar como un mal el vivir poco, si esto puede ser causa de que os salveis? ¿Por qué habeis de mirar como un bien el vivir mucho, si esto puede ser motivo de que os condeneis?

Ningun militar prudente siente que se firme la paz, porque sabe que, mientras la guerra dura, tiene expuesta la vida: ningun navegante cuerdo tiene pena de llegar al puerto, porque sabe que, mientras dura la navegacion, está expuesto á un naufragio: á ningun viajero discreto le pesa verse restituido á su patria, porque sabe que, mientras dura el viaje, lleva expuestos sus tesoros. Advertid ahora, cristianos, que la vida presente es una guerra sangrienta, una navegacion arriesgada, un viaje peligrosísimo: guerra sangrienta, por-

<sup>1</sup> Sap. iv, 14.

que luchamos con enemigos astutos y valientes: navegacion arriesgada, porque atravesamos un mar lleno de escollos y abismos: viaje peligrosísimo, porque andamos por un camino infestado de asesinos y ladrones. ¿Y no desearemos que llegue el dia en que acaben pronto para nosotros esta guerra, esta navegacion, este viaje?

Aparte de esto, el saber que mientras vivamos en este mundo, no podrémos ver á Dios, ni gozar de las delicias inefables del paraíso, ¿no debe ser motivo para desear llegue presto la hora de salir de él? ¿Qué desatino es el nuestro! Dios nos espera en el cielo para mostrarnos su hermoso rostro, descubrirnos toda su gloria, y hacernos participantes de su misma felicidad; y nosotros, en vez de exclamar con David: *Quando veniam, et apparebo ante faciem Domini*? deseamos que el momento de conseguirlo se retarde lo mas que sea posible. ¿Qué prueba esto? Que tenemos pocos deseos de ver á Dios, y de consiguiente que es muy poco lo que le amamos. Mostrábase Moisés muy deseoso de ver la cara de su Señor, y por esto, teniendo un cierto dia ocasion de hablarle familiarmente, le dijo: Mostradme vuestro rostro: *Ostende mihi faciem tuam*<sup>1</sup>. Está bien, le respondió el Señor, voy á concederte lo que desees; pero con la condicion de que primero has de morir, pues tengo resuelto no dejarme ver de ningun hombre, mientras viva: *Non videbit me homo, et vivet*<sup>2</sup>. Aturdido el buen Moisés con semejante respuesta, calla, retira la solicitud, y no hace nueva instancia. ¿No os parece, cristianos, que con esto manifestó claramente que sus deseos de ver á Dios no eran tan vehementes como él suponía? Dios no le niega el dejarse ver, solo le dice que para ello es menester acepte la muerte, como condicion indispensable. ¿Qué habia de respon-

<sup>1</sup> Exod. xxxiii, 13. — <sup>2</sup> Ibid. 20.

der Moisés, si realmente estaba animado de un gran deseo de verle? Muy bien, Señor, debia decir, si para dejaros ver no pedís otra cosa que el que yo muera, desde luego convengo en ello, y acepto gustoso la condicion. Venga pronto la muerte á cerrarme los ojos, y apresúrese á rasgar el velo que os oculta á mi vista.

Así parece debiera haber contestado Moisés, y así hablaríamos nosotros, si, como seria justo, tuviésemos un vivo deseo de ver á Dios. ¡Qué! Dios mio, diríamos, ¿es la vida el único obstáculo que me impide el venir á veros en el cielo? Pues venga pronto la muerte á cortarla. Que no se entrelenga en desatar uno á uno los frágiles nudos que unen mi espíritu con el cuerpo. ¡Ah! que para esto necesitaria demasiado tiempo. Que los corte, que los rompa todos de una vez; que así la operacion será mas breve y sencilla. ¿Para qué gastar el tiempo en preámbulos? Caiga, caiga de un solo golpe este cuerpo mortal, y vuele mi alma á gozar de vuestra inefable hermosura.

¡Oh! padre, diréis, estos deseos heróicos puede concebirlos un Santo, no nosotros infelices pecadores, á quienes la muerte naturalmente inspira horror.—¿Horror os inspira la muerte? Pues si poneis en práctica los medios que voy á indicar, pronto desaparecerá este horror, si no del todo, en gran parte al menos. El primero es, tener la conciencia limpia. Si la teneis manchada con culpas graves, claro es que la muerte ha de haceros temor, porque la fe os dice que el paso de la muerte será para vosotros el salto formidable de vuestra alma al infierno. Pero si teneis la conciencia pura, ningun miedo debe haceros la muerte, porque la fe os asegura que la muerte será para vosotros el dichoso tránsito del destierro á la patria, de la tierra al cielo, del trabajo al eterno descanso.

El segundo medio para perder el temor á la muerte es, fa-

miliarizarse con ella, pensar en ella á menudo, tomarla por consejera en todos los negocios de la vida. ¿Sabeis qué quiero decir con esto? Que todas las veces que tengais que resolver algun asunto de consecuencia, os detengais un poco en reflexionar si á la hora de la muerte estaréis satisfechos de haberla concluido. Si, mirando la cosa con cuidado y sin pasion, conoceis que entonces no habeis de arrepentiros de haberla hecho, hacedla sin temor; si, al contrario, conoceis que os ha de pesar, guardaos de practicarla. Hijo, nos dice el Espíritu Santo, no hagas cosa importante sin consejo, y así nunca te arrepentirás de haberla hecho: *Fili, sine consilio nihil facias, et post factum non pœnitebis*<sup>1</sup>. Pero ¿cómo podrémos tener siempre á la mano un consultor para tomar consejo? Buscándolo en la muerte. ¡Oh muerte, dice el Eclesiástico, cuán buenos son tus consejos y cuán sábias tus decisiones! No hay quien tenga mejor juicio que tú, ni quien dé consejos mas prudentes, mas justos ni mas santos: *O mors, quàm bonum est iudicium tuum*<sup>2</sup>! Siempre que los sigamos, no hay peligro de que seamos engañados, ni de que hayamos de arrepentirnos de lo hecho. De consiguiente, cristianos, haceos amigos de la muerte, tratando con ella todos vuestros asuntos; que á fuerza de tratarla iréis perdiendo el miedo ridículo que os causa, y aun puede ser que vuestro miedo se convierta en consuelo y satisfaccion.

El último medio es, tener en vida el modo de pensar que ordinariamente se tiene en la muerte. Apenas habrá entre vosotros quien no haya visto morir á alguna persona, quien no haya visto cerrar los ojos ó al padre, ó á la madre, ó al pariente, ó al amigo. Y bien, ¿habeis observado cuáles eran en aquella ocasion sus pensamientos? Eran muy diferentes de los

<sup>1</sup> Eccli. xxxii, 24. — <sup>2</sup> Ibid. xli, 3.

que tenían estando en salud. Quien antes despreciaba á los pobres, entonces les deja limosnas : quien escarnecía á los sacerdotes, entonces los llama : quien huía de los Sacramentos, entonces los pide : quien no podia sufrir discursos espirituales y devotos, entonces los desea. Es decir que en aquella hora hay un cambio completo de ideas : lo que antes alegraba, entonces entristece : lo que antes entristecía, entonces alegra. Y sino, probadlo. A aquella jóven que se halla en los últimos momentos de la vida, id á hablarle de bailes, paseos y amores ; y oiréis que os contesta : ¿ Con qué me vienes ahora ? háblame de María santísima. A aquella señora que está próxima á dar el último suspiro, id á mostrarle un vestido de moda, un espejo de nueva invencion, un anillo venido de París ; y veréis que vuelve la vista al otro lado, y fija la mirada en el Crucifijo. A aquel político que está si entra ó no entra en el tribunal de Dios, id á hablarle de lo que dicen los periódicos, de los empleos que da el Gobierno, de la marcha que llevan los negocios de Europa ; y notaréis que ni tan solo os escucha.

Héos aquí, cristianos, el gran secreto para no temer la muerte : pensar ahora como entonces pensaréis, y hacer lo que entonces quisiérais haber hecho. Si por otra parte reflexionais, que mientras dura esta vida habeis de sufrir mil tribulaciones y amarguras, estais expuestos á pecar y condenaros, no podeis ver á Dios ni poseer el cielo, será imposible no mireis con indiferencia todo lo de esta vida mortal y caduca, y no trabajéis para alcanzar otra mas feliz y duradera. Amen.

#### **Conducta de Dios sobre sus gracias.**

*Adhuc multa habeo vobis dicere : sed non potestis portare modò. (Joan. xvi, 12).*

¡ Qué misterio tan espantoso nos descubre el evangelio de hoy ! Está Jesucristo en el cenáculo con sus discípulos, les di-

ce que va á dejarlos, que pronto volverá á visitarlos, que durante su corta ausencia vendrá sobre ellos el Espíritu Santo, que... Al llegar aquí corta de repente el discurso, y concluye con esta breve y misteriosa expresion : Muchas cosas me quedan aun por deciros ; pero vosotros no estais ahora en disposicion de escucharlas : *Adhuc multa habeo vobis loqui : sed non potestis portare modò.*

Con estas palabras nos da Jesucristo á entender, que Dios no derrama de una vez todas sus gracias sobre nosotros, sino progresivamente, y á medida de la disposicion en que nos hallamos para recibirlas. Primero nos da una gracia, y antes de darnos otra, aguarda á ver qué uso hacemos de la primera. ¿ Usamos bien de ella ? Entonces Dios abre mas la mano, y nos dispensa otra mayor. ¿ Usamos mal ? Entonces Dios nos la quita, y la da á otro que sabe hará de ella un mejor uso.

Misterio terrible, cristianos, que nos enseña, que si perdemos la gracia que hemos recibido, Dios la dará á otro : si despreciamos la corona que Dios quiere darnos, otro vendrá á recogerla : si desmerecemos la silla que Dios nos tiene preparada en el cielo, otro vendrá á ocuparla. Esta es la conducta que Dios suele observar sobre sus gracias : conducta severa, pero santa, pero justa, pero muy digna de Dios. Estadme atentos, que vengo á tratar uno de los puntos mas esenciales y delicados de la moral cristiana.

Hay, dice la Iglesia, un número fijo de predestinados, que solo Dios conoce : este número es invariable, y no admite aumento ni disminucion : de modo que es imposible se salve ni uno mas ni uno menos de los que Dios ha determinado salvar : *Deus, cui soli cognitus est numerus electorum, in superna felicitate locandus.* De aquí se sigue, cristianos, que cuando al-

guno por su infidelidad pierde la gracia que habia recibido, y consiguientemente la gloria á que estaba destinado, no falta luego otro que viene á ocupar su puesto. Pocas verdades hallaréis mas claramente inculcadas en la Escritura santa, que la que acabo de establecer.

«Habiendo un gran rey, dice Jesucristo por san Mateo, dispuesto un magnífico banquete para solemnizar las bodas de su primogénito, convidó á muchos. No obstante que la invitación fue hecha en los términos mas atentos y cordiales, los convidados rehusaron comparecer, alegando cada cual el pretexto que mas le plugo. Indignado el rey en vista de tal ingratitude, los castigó como merecian, y en seguida llamó á sus criados, y les dijo: El banquete está preparado, mas los que habia convidado primero se han resistido á venir. Salid, pues, por las plazas y calles, y á cuantos encontraréis al paso, forzadlos á asistir al banquete: *Compellite intrare*. Pero, señor, respondieron los criados, ¿y si los que encontraremos fuesen ciegos?... ¿si fuesen cojos?... ¿si fuesen pobres?... ¿tambien hemos de forzarlos á asistir? — Sean lo que quieran, respondió el rey; pues en fin es necesario que mi casa se llene, y que de cuantas sillas hay colocadas en mi mesa no quede una sola sin haber quien la ocupe<sup>1</sup>.»

Cristianos, el Evangelista que refiere esta parábola del Salvador, dice en términos expresos que ella declara lo que pasa en el banquete que Dios tiene dispuesto en el reino de los cielos: *Simile factum est regnum celorum homini regi, qui fecit nuptias filio suo*. Dios convida á muchos á aquel banquete celestial, siendo los cristianos á quienes llama primero, y á quienes da la preferencia. Pero ¿qué hacen muchos de estos? Léjos de corresponder agradecidos al llamamiento, se excusan de

<sup>1</sup> Matth. xxii, 2-11.

comparecer, alegando cada cual el pretexto que mas le place. Que han de pensar en la familia; que los embarazan los negocios del mundo; que viviendo en el siglo, no pueden dejar de vivir como se vive en el siglo, y mil otras excusas, que pudiéramos reducir á una sola, y verdadera, á saber, que no quieren asistir: *Illi autem nolebant venire*. ¿Qué hace Dios viendo tamaña ingratitude? Dice á sus siervos, que son los confesores, predicadores y cuantos nos hablan de su parte: Esos cristianos no quieren ocupar las sillas que les tenia preparadas en mi reino; buscadme otros que vengan á ocupar su lugar, pues es necesario que, ó de unos ó de otros, el cielo se llene, que el número de elegidos no me falte, que de cuantas sillas tengo prevenidas en mi mesa ni una sola quede vacía.

Esto fue, cristianos, lo que obligó á santo Tomás á escribir, que Dios nunca permite que unos caigan, sin que luego disponga que otros se levanten: *Deus numquam permittit alios cadere, quin alios erigat*<sup>1</sup>: y quizá será tambien por esta razon, que cuando la Escritura santa nos refiere la caida de uno, á renglon seguido nos advierte la eleccion de otro. Así vemos que al fratricida Cain sucede el justo Set, al intolerante Esaú el paciente Jacob, al vil Canaan el esforzado Josué, al ingrato Saul el agradecido David, al traidor Judas el fidelísimo Matías. Mas, para que veais esta verdad de un modo mas palpable, os referiré en breves palabras el suceso lamentable que refiere san Basilio. Cuarenta eran, dice el Santo, los esforzados campeones de Jesucristo, que en presencia de Agrícola presidente de Sebaste dieron pruebas de su invencible fe. Ya habian sufrido todos cuantos tormentos supo inventar la ingeniosa malicia del tirano, ya estaban próximos á recibir la palma del martirio, ya habian bajado del cielo y dejádose ver

<sup>1</sup> D. Thom. 1 part. quæst. 23, art. 6.

en el aire cuarenta Ángeles con igual número de coronas, para distribuir las entre aquellos héroes ; cuando, ¡oh juicios de Dios! uno de ellos, no sabiendo resistir la última prueba que quiso hacer el tirano, que fue meterlos en un estanque helado, vacila, desfallece y abjura cobardemente la fe. ¿Qué haremos ahora de la corona que estaba destinada á este infeliz? ¿Tendrá el Ángel que volverla al cielo? No, cristianos, no faltará quien la cina. Tan pronto como este miserable cae, se convierte uno de los soldados que estaban allá de guardia, el cual confesando públicamente la fe de Jesucristo, recoge la corona que el otro dejó escapar.

¿Qué os parece de este caso? ¿No es verdad que fue bien lamentable? Pues no dudeis que el caso se reproduce diariamente entre nosotros, aunque no lo advertamos; porque nunca sucede que uno pierda la gracia, sin que inmediatamente se convierta otro, y venga á ocupar su destino. Verdad tremenda, que debe obligar á los justos á vivir con mucha cautela, para que otro no arrebatase su corona, segun aquel aviso del Espíritu Santo: Guarda bien lo que tienes, para que otro no te lo tome: *Tene quod habes, ut nemo accipiat coronam tuam*<sup>1</sup>.

Si me preguntais por qué de la caída de uno resulta la conversion de otro, os diré que es porque, siendo la gracia una cosa tan preciosa, no es justo quede sin efecto. Si Dios y la naturaleza nunca producen cosa alguna supérflua, como enseña la física, ¿cómo quereis quede sin fruto la gracia, que es una de las mas nobles producciones de Dios? Pero nosotros vemos, me diréis, que hay pecadores que la rehusan, y justos que la pierden. — ¿Y pensais que por esto estas gracias quedan perdidas? Mucho os equivocais. Si un pecador rehusa la gracia que Dios le ofrece, no faltará otro que la recibirá

<sup>1</sup> Apoc. iii, 11.

con agradecimiento: si ese justo pierde la gracia que poseia, no faltará quien la halle, y haga de ella mejor uso. No dudarle: la gracia nunca vuelve vacía al cielo, siempre produce el efecto para el cual fue enviada: si no lo produce en Juan, lo produce en Pedro, si no en Teresa, en María. Vosotros podeis cerrar los ojos á la luz del sol, pero no podeis impedir que otros abran á ella los suyos: podeis oponer á los rayos del sol un velo, una ventana, un muro; mas no está en vuestra mano hacer que estos rayos no vayan á tocar á otras personas. Al contrario, los rayos que no dejaréis entrar en vuestro aposento, tomarán otra direccion, reflejarán por los lados, é irán á caer sobre otros objetos con mas claridad y calor. Esto es lo que hace la gracia. ¿La rechazais de un lado? ella va de otro. ¿Le oponéis un corazon duro? ella toma otra direccion, y va á reflejar sobre otra alma con mas calor y claridad.

Esta conducta de Dios podrá parecer irregular á algunos, pero es muy conforme á su sabiduría, á su justicia, y á su misericordia. ¿No es acto de una sabiduría infinita el saber sacar bien del mal, la conversion de unos de la prevaricacion de otros, la salvacion de Pedro de la condenacion de Juan? San Pablo descubre en esto un rasgo de sabiduría tan admirable, que exclama como atónito: ¡Oh riqueza de la sabiduría de Dios! ¿Qué incomprensibles son tus juicios! *O altitudo divitiarum sapientiæ et scientiæ Dei! Quàm incomprehensibilia sunt judicia ejus*<sup>1</sup>! San Pablo llama incomprensibles los juicios de Dios, porque en efecto sobrepujan la capacidad de nuestra inteligencia. ¿Quién hubiera jamás imaginado que la perdicion de los judíos fuese el medio por el cual Dios queria salvar á los gentiles, y que una gran parte de nosotros se hubiera perdido, si una gran parte de ellos se hubiese salvado?

<sup>1</sup> Rom. xi, 33.

¡Ah! que sacar la salud de unos de la ruina de otros, es cosa que solo sabe hacerla Dios.

Su justicia y su misericordia brillan tambien de un modo admirable en esta manera de proceder. Observad, dice san Pablo hablando de este asunto, de qué modo tan admirable se combinan aquí la severidad y la misericordia de Dios: *Vide ergo bonitatem et severitatem Dei*<sup>1</sup>. Obra la severidad, quitando el talento al que no ha querido aprovecharlo; obra la misericordia, pasando el talento á manos del que se sabe hará de él mejor uso. Y así, tanto en el quitar la gracia á uno, como en el darla á otro, Dios se muestra igualmente justo que bueno, igualmente severo que misericordioso.

De aquí se sigue, cristianos míos, que la misericordia de Dios no perderá nada, aun cuando vosotros os condeneis, porque otros se salvarán en lugar vuestro. ¡Ay de mí! Para continuar en vuestros pecados sin temor, soleis decir frecuentemente: Dios es misericordioso, y no consentirá en que yo me condene. — ¡Ay! ¿ignorais que porque todos os condeneis, Dios por esto no será un ápice menos misericordioso de lo que es? No será misericordioso respecto de vosotros, os lo concedo; pero lo será respecto de otros, que tomarán vuestra plaza. Y así, perdiéndolo vosotros todo, la misericordia divina no perderá nada; porque lo que parecerá perder en vosotros, lo ganará en otros que no se hubieran salvado, si vosotros no os hubiéseis perdido.

En vista de esto, no puedo menos de repetiros aquel importante aviso del Espíritu Santo: Conserva bien la gracia que tienes, no sea que á quien te arrebató la corona: *Tene quod habes, ut nemo accipiat coronam tuam*. Cualquiera que sea el grado de virtud que creais poseer, cuidado en no entrar en

<sup>1</sup> Rom. xi, 22.

vanas complacencias de vosotros mismos, cuidado en no despreciar á los demás, pues ni vosotros estais confirmados en la gracia, ni ellos están obstinados en la culpa: ni sabeis lo que será de vosotros, ni qué han de venir á ser ellos. Puede ser que tú, ó mujer ahora piadosa, seas algun dia repudiada de Dios, como Vasti lo fue de Asuero; y que esa mujer mundana á quien desprecias, sea, como Ester, sustituida en lugar tuyo. Puede ser que tú, hombre ahora muy cristiano, serás un dia desechado como Saul; y ese jóven libertino, á quien apenas te dignas mirar, será exaltado como David, y encumbrado sobre los príncipes del pueblo de Dios. ¿Qué sabeis vosotros?... Pues lo que os conviene es, manteneros humildes, vivir con santo temor, no despreciar á nadie, por gran pecador que sea, y corresponder con fidelidad á las gracias que habeis recibido.

Por lo que hace á vosotros, pecadores, no teneis por qué desconfiar; porque, aunque actualmente esteis privados de la gracia, no es imposible que la adquirais algun dia; y aunque al presente no tengais derecho alguno al cielo, tal vez lo tendréis con el decurso del tiempo. ¿No veis cuántos justos prevarican todos los dias? ¿no veis tambien cuántos inocentes pierden sus coronas? Pues ellos perecen para utilidad vuestra, si sabeis aprovecharos de su caída. Estad dispuestos para merecer la primera corona que quede vacante, que sin duda no tardará en vacar alguna; y si Dios os ve preparados para recibirla, de seguro os la dará. Aplicaos desde hoy al gran negocio de vuestra salvacion, que aunque sea ya un poco tarde, en fin todavia es tiempo, con tal que no lo retardeis mas. Si lo haceis así, yo os aseguro que de tantas coronas como Dios tiene preparadas en el cielo, no dejará de haber alguna para vosotros. Amen.

## DOMINGO QUINTO DESPUES

DE PASCUA.

El evangelio de hoy es la parte final del capítulo XVI de san Juan. La Iglesia reserva esta parte para el domingo presente, porque, siendo una viva y serviente excitacion al santo ejercicio de la oracion, es muy á propósito para disponer al pueblo á celebrar digna y cristianamente los tres dias de Rogaciones, que precisamente caen en esta semana. El cura, pues, que quiera secundar la piadosa intencion de la Iglesia, ha de esmerarse hoy en instruir á sus feligreses sobre el punto esencialísimo de la oracion, dándoles una noticia clara y exacta de su naturaleza, necesidad, eficacia, objeto y condiciones que deben acompañarla. Para todo le prestará materia el evangelio del dia, pues es abundantísimo en este género de conceptos.

Cuando se trate de explicar la naturaleza, necesidad y eficacia de la oracion, se tomará por tema el texto: Amen, amen dico vobis: si quid petieritis Patrem in nomine meo, dabit vobis; y se formará el exordio del modo siguiente: «Estando Jesucristo á punto de separarse de los hombres, y sabiendo las muchas necesidades espirituales y corporales á que habian de estar sujetos mientras viviesen en este valle de lágrimas, quiso darles un remedio universal y seguro para todas ellas, cual fue acudir en nombre suyo á la infinita bondad y clemencia de su Padre celestial, seguros de que, rogándole en su nombre, alcanzarían de él todo cuanto hubiesen menester: Yo os aseguro, les dijo, yo os empeño mi palabra que cualquiera cosa que

«pidais á mi Padre en nombre mio, os la concederá: Amen, amen dico vobis: si quid petieritis Patrem in nomine meo, dabit vobis. Estas palabras de Jesucristo no contienen una simple promesa, sino una promesa confirmada con juramento; pues la expresion: Amen, amen dico era una de las fórmulas mas comunes de jurar de que solian usar los hebreos, á cuyos usos legítimos se conformó siempre el Salvador. De lo que resulta que el medio mas eficaz y seguro para ocurrir á todas las necesidades, así del alma como del cuerpo, es la oracion. Mucho conviene, cristianos, que formeis un concepto justo y exacto de este santo ejercicio, porque de esto depende todo vuestro bien. Por esto vengo hoy á explicaros tres cosas: la naturaleza de la oracion, su necesidad y su eficacia.»—Dicho esto, se tomará por entero el cuerpo de la plática que está puesta en el Catequista orador, tomo 2.º, pág. 266.

Cuando se quiera predicar sobre el objeto y condiciones que deben acompañar la oracion, se tomarán el mismo tema y exordio que dejamos apuntado arriba; y en llegando á la proposicion, en vez de la anterior, se asentará que la oracion, para que sea eficaz, ha de ir acompañada de tres circunstancias indispensables: ha de ser recta en su objeto, decente en el modo, humilde y perseverante en la pretension. Sentado este asunto se echará mano de la plática que se halla en el mismo Catequista orador, tomo 2.º, pág. 275.

No ocurriendo otra cosa que decir sobre la oracion, pues las apuntadas comprenden los puntos mas generales y necesarios, omitimos el poner aquí otro asunto. ®

**DOMINGO SEXTO DESPUES**  
**DE PASCUA.**

Como el domingo siguiente se celebra la gran festividad de Pentecostes, ó venida del Espíritu Santo, la Iglesia, á fin de que sus hijos se preparen para celebrarla dignamente, comienza hoy á llamar su atencion sobre ella, haciendo leer un trozo del capítulo xv del evangelio de san Juan, donde se refieren las palabras con que el Salvador la anunció á los Apóstoles la noche antes de su pasión. Muchos son los asuntos que pudieran sacarse de este evangelio; pero nosotros nos limitaremos á señalar dos, que juzgamos de bastante efecto, y son el alma en estado de gracia, ó sea, el alma enriquecida con la gracia y dones del Espíritu Santo; y la ignorancia de los propios deberes, ó sea, el alma privada de las luces del Espíritu divino. Para predicar sobre el primero, no hay que hacer mas sino tomar por entero la plática que está puesta en el Catequista orador, tomo 1.º, pág. 175, dándole por tema las palabras del evangelio de hoy: *Cùm venerit Paraclitus... ille testimonium perhibebit de me.* Para el segundo véase el discurso siguiente:

**Ignorancia de los propios deberes.**

*Cùm venerit Paraclitus, quem ego mittam vobis à Patre, Spiritum veritatis... ille testimonium perhibebit de me. (Joan. xv, 26).*

Como de hoy á ocho dias celebraremos la gran festividad de la venida del Espíritu Santo, á fin de que no os coja des-

prevenidos, antes esteis preparados de antemano para recibir las gracias y bendiciones que suelen acompañarla, comienza hoy la Iglesia á llamar sobre ella vuestra atencion, recordándoos aquellas palabras que el Salvador dijo á sus discípulos: Cuando venga el Espíritu Santo, que es espíritu de verdad, él dará testimonio de mí: *Cùm venerit, etc.* El primer efecto que el Espíritu Santo produce en las almas que tienen la dicha de recibirle, es disipar la ignorancia de su entendimiento, y enseñarlas toda verdad, especialmente aquellas que tienen relacion con el cumplimiento de los propios deberes. Lo que acabo de decir debería llenar de susto á algunos de los que me oyen, pues, no faltando en este auditorio varios que ignoran las cosas de su propia obligacion, es claro que están privados de la presencia del Espíritu Santo, y de consiguiente que se hallan en camino de perderse eternamente.

¿Cuántos hay, en efecto, que faltan en mil cosas sustanciales, porque ignoran lo que deberian saber como hombres, como cristianos, y como individuos de tal ó tal profesion? ¿Diréis que por lo mismo que las ignoran, quedan excusados delante de Dios? Guardaos, cristianos, de sentar esta perniciosa máxima, que arruinaría por sus cimientos todo el moral. La ignorancia de muchos está tan léjos de excusarlos de culpa, que, al contrario, ella es ya por sí misma un pecado, es causa de muchos pecados, y lo que es peor, de pecados casi incorregibles. Oid cómo demuestro estas tres deplorables verdades.

Seria un error tan grosero como pernicioso el pensar que solo se peca cuando á sabiendas y con pleno conocimiento se viola la ley de Dios. ¡Ah! cristianos, á Dios no solo se le ofende por malicia, sino tambien por ignorancia; y el hombre se grava muchas veces la conciencia, no solo pensando no obrar

mal, sino creyendo obrar bien. Tomemos la Escritura santa en la mano, y en cien lugares de ella veremos establecida esta verdad. Veremos que David pide perdon á Dios de los pecados que por ignorancia cometió en la juventud: *Ignorantias meas ne memineris*<sup>1</sup>; que san Pablo se lamenta del gran delito que cometió persiguiendo la Iglesia, no obstante que obró por ignorancia, y creyéndose animado del mejor celo: *Ignorans feci in incredulitate mea*<sup>2</sup>; que Jesucristo predijo á sus discípulos, que vendria tiempo en que sus perseguidores estarian tan léjos de padecer remordimientos asesinandolos, que por el contrario pensarian hacer á Dios un obsequio muy grato: *Venit hora, ut omnis qui interficit vos, arbitretur obsequium se prestare Deo*<sup>3</sup>. Pero el texto mas decisivo, y juntamente el mas espantoso, es el que se lee en el libro de los Proverbios. Hay un camino, dice allá el Espíritu Santo, ó sea, un cierto tenor de vida que al hombre le parece recto é inocente; y no obstante... ¡ah! y no obstante conduce á la eterna perdicion: *Est via que videtur homini justa: novissima autem ejus deducunt ad mortem*<sup>4</sup>. ¿Quereis pruebas mas claras de que se puede pecar, y á veces se peca, sin tener claro conocimiento del mal que se hace?

Pero ¿qué ley es esa, dirá alguno, que yo, no advirtiendo el mal que hago, sea culpable? Si no conozco el mal, ¿cómo se podrá decir que lo quiero? Y si no lo quiero, ¿cómo he de ser culpable?—Respuesta: hay dos suertes de ignorancia; la una culpable, la otra inocente. Es culpable, cuando se puede y debe quitar; pero, ó por negligencia ó por malicia, no se quita: es inocente, cuando habiendo hecho las debidas diligencias para quitarla, no se la puede superar. Es cierto que

<sup>1</sup> Psalm. XXIV, 7. — <sup>2</sup> I Tim. I, 13. — <sup>3</sup> Joan. XVI, 2.

<sup>4</sup> Prov. XIV, 12.

las faltas cometidas por esta ignorancia no hacen al hombre reo delante de Dios, porque de ningun modo son voluntarias; pero las que se cometen por ignorancia culpable son culpas formales y dignas de castigo, porque son voluntarias en su causa, como explica santo Tomás<sup>1</sup>.

Ahora bien: ¿dudais vosotros de que la ignorancia en que viven muchos cristianos sea de este segundo género? Yo no, y sino dad una mirada por todos los estados, ¿qué veis? Padres que dejan á sus hijos sin educacion, porque no saben cómo ni qué les han de enseñar; comerciantes que cometen toda suerte de usuras y fraudes, porque han adoptado las máximas mas erróneas en materia de contratos; médicos, procuradores, abogados que causan daños irreparables á sus clientes, porque carecen de la debida instruccion; amos que dejan sin correccion á sus dependientes, porque ignoran el arte de gobernar bien una familia; hombres y mujeres que profanan los Sacramentos, porque no saben las disposiciones con que los han de recibir. ¿Habrémós de decir que todos estos tienen una ignorancia involuntaria é invencible? ¡Qué invencible ni qué involuntaria!... responde santo Tomás: todo cristiano debe saber, á mas de las leyes comunes á todo hombre, las obligaciones propias de su profesion: y si es negligente en aprenderlas, su ignorancia no admite excusa; y aunque él no lo piense así, va por el camino de la perdicion.

Despacio, padre, diréis, despacio: ¿cómo podrán saber tantas cosas como enseñan los teólogos sobre los deberes de cada uno personas que, ocupadas continuamente en los negocios del mundo, no tienen tiempo para aprenderlas?—A esto contesto lo que un Santo respondió á un jóven estudiante, que le decia le faltaba tiempo para aprender los principios de

<sup>1</sup> In cap. I ad Rom.

la religion cristiana, porque se lo absorbian todo los libros del aula. Vano efugio, le decia el Santo, que tu misma conducta condena. Con que, tienes tiempo para estudiar á Platon, leer á Demóstenes, y ojear á Tulio, á Ovidio y á Virgilio, ¿y no lo tienes para estudiar las leyes de buen cristiano? *Vacat ut sis philosophus, non vacat ut sis christianus?* Vosotros, os diré á mi vez, hallais tiempo para los negocios, juegos, paseos y divertimientos, ¿y no lo hallais para estudiar algunas páginas del Catecismo? *Vacat ut sis philosophus, non vacat ut sis christianus?* Vosotros, jóvenes, teneis tiempo para leer periódicos, hablar de noticias, y aprender ciertos sistemas de política anticristiana, ¿y no lo teneis para venir á la iglesia á oír la divina palabra, y con ella la explicacion de vuestras obligaciones? *Vacat ut sis philosophus, non vacat ut sis christianus?* Vosotras, mujeres, hallais tiempo para leer novelas, para aprender hasta la última letra el gran ceremonial del mundo, para averiguar todo cuanto pasa en el vecindario, ¿y no lo teneis para instruiros en lo que os importa saber como cristianas? *Vacat ut sis philosophus, non vacat ut sis christianus?* El pretexto que alegais de ocupaciones continuas para excusar la ignorancia de las cosas de la Religion, es un pretexto insubsistente que no hará que ella deje de ser culpable, y que no sea causa de muchos pecados, y de pecados incorregibles.

La principal desgracia de quien camina en las tinieblas no consiste en tropezar á cada paso, sino en tomar un falso guia que, conduciéndole por veredas tortuosas, le va apartando del camino seguro; y persuadiéndole que marcha por una senda libre de todo peligro, le hace caer en un precipicio. Del mismo modo el mal supremo de quien anda entre las sombras de la ignorancia, no está en caer en mil inexcusables culpas, sino en seguir á un cierto guia engañoso que, desviándole

siempre mas y mas del camino recto, le hace del todo incorregible, y le conduce á una perdicion, tanto mas cierta cuanto menos temida. Si me preguntais quién es este falso guia á quien el ignorante se entrega confiadamente, os diré que es la costumbre general, ó la práctica que comunmente hay en el mundo sobre tantas cosas, que por haberse hecho comunes, no dejan de ser pecados. Esta costumbre general tiene una fuerza maravillosa, no solo para apartar á los cristianos del buen camino, sino para quitarles todo horror al mal, y hacerles reputar como cosas lícitas los excesos mas enormes; porque, como dice un teólogo, los necios tienen por lícito todo aquello que ha llegado á hacerse público. *Cæpit esse licitum, quod publicum est.*

Así se practica comunmente: así lo hacen muchos: esta es la costumbre general.—Hé aquí el gran argumento de los ignorantes, el cual no son capaces de destruir ni todos los predicadores, ni toda la teología, ni el mismo Evangelio. Diga, por ejemplo, tanto como quiera san Cipriano, que el teatro es la cosa mas reprobable, no solo por lo que se representa en él, sino por el peligro que llevan el canto, los bailes, la música, los intermedios, y hasta los mismos palcos. En diciendo que así se practica comunmente, se creará haberlo dicho todo, y se continuará sin escrúpulo en frecuentar esta escuela de perdicion: *Cæpit esse licitum, quod publicum est.* Declamen continuamente los predicadores contra esos tratos y amistades entre personas de diferente sexo, y muestren con argumentos los mas convincentes que son ocasiones próximas de pecado, síntomas de una castidad moribunda, lazos con que el demonio arrastra innumerables almas al infierno. Se responderá que esta es la costumbre general de nuestros dias, y esto será suficiente para proseguir sin remordimiento en un tal desorden: *Cæpit esse licitum, quod publicum est.* Grite la

teología contra ciertos modos de adquirir, probando que, ó no hay usura en el mundo, ó ellos están todos manchados de este delito. Se contestará que así lo hacen muchos, y con esto se creará haber dado una solución satisfactoria á la dificultad : *Cæpit esse licitum, quod publicum est.*

Mas ¿por qué detenerme en puntos particulares? Observemos la conducta de muchos que pasan la vida en una ociosidad vergonzosa, en una cadena continua de juegos, diversiones y placeres, sin hacer distincion de fiestas, Cuaresma ni solemnidades; y comparando su vida, enteramente animal, con el Evangelio que nos manda mortificar la carne y sus concupiscencias, huir el mundo y sus peligros, trabajar con temor y temblor en el negocio difícilísimo de nuestra salvacion; pongámosles á la vista esta contradicción monstruosa, haciéndoles ver que, ó el Evangelio miente, ó el camino que llevan los conduce al infierno. ¿Sabeis qué responden? Que casi todas las personas de rango viven así, sin que por esto piensen condenarse. Pero ¿no sabeis, les decimos, que el ejemplo de la multitud es un guía falaz, y que por esto Dios nos prohíbe seguirlo? *Non sequeris turbam ad faciendum malum*<sup>1</sup>. ¿No sabeis que cuanto mas una costumbre es general, tanto mas sospechosa es, habiéndonos dicho Jesucristo, que son muchos los que van por el camino de la perdición? *Spatiosa via est, quæ ducit ad perditionem, et multi sunt qui intrant per eam*<sup>2</sup>. Todo esto es verdad, responde san Agustín, todo es muy cierto; pero para el hombre ignorante y carnal mas peso tiene el que una cosa sea autorizada por la costumbre, que todo cuanto pueden decir en contrario la razón, la autoridad y la fe : *In homine carnali tota ratio intelligendi est consuetudo*<sup>3</sup>.

<sup>1</sup> Exod. xxiii, 2. — <sup>2</sup> Matth. vii, 9. — <sup>3</sup> S. Aug. Lib. Conf. cap. 16.

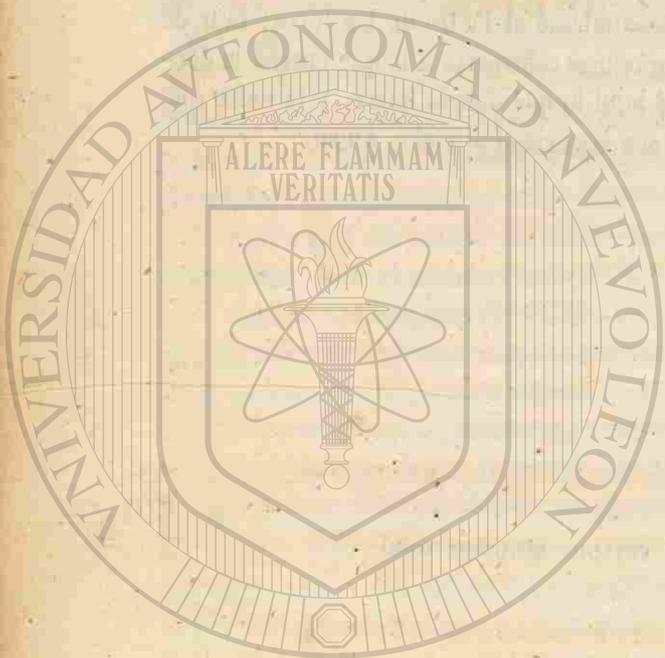
¿Veis como la ignorancia es causa de muchos pecados que apenas admiten corrección?

En vista de esto ¿qué debéis hacer? Emplear desde luego todos los medios necesarios para quitar vuestra ignorancia, ó hacer que sea inculpable. Leer libros piadosos, asistir al catecismo, pedir entendimiento al Padre de las luces, huir de los que propalan máximas contrarias á lo que enseña la doctrina cristiana : hé aquí lo que debéis hacer, y lo único que puede conducirnos con seguridad al cielo. Amen.

FIN DEL SEGUNDO TOMO.

**ÍNDICE**

DEL SEGUNDO TOMO.



	Pág.
OBSERVACIONES PRELIMINARES. . . . .	5
<b>Primer domingo de Adviento.</b>	
1.º Advertencias sobre el evangelio de este día. . . . .	8
2.º Sermon sobre el evangelio: <i>Grande escena del juicio final.</i> . . . .	9
<b>Segundo domingo de Adviento.</b>	
1.º Advertencias sobre el evangelio de este día. . . . .	20
2.º Asunto: <i>Preparacion para la venida del Hijo de Dios.</i> . . . .	23
<b>Tercer domingo de Adviento.</b>	
1.º Advertencias sobre el evangelio. . . . .	31
2.º Asunto: <i>El abuso de la fe y sus castigos.</i> . . . .	35
<b>Cuarto domingo de Adviento.</b>	
1.º Advertencias sobre el evangelio. . . . .	44
2.º Asunto: <i>El alma dormida en el pecado.</i> . . . .	45

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

**Domingo despues de Navidad.**

	Pág.
1.º Advertencias sobre el evangelio. . . . .	55
2.º Asunto: <i>Educacion.</i> . . . . .	57

**Primer domingo despues de la Epifanía.**

1.º Advertencias sobre el evangelio. . . . .	66
2.º Asunto: <i>Efectos de la mala educacion.</i> . . . . .	67

**Segundo domingo despues de la Epifanía.**

1.º Advertencias sobre el evangelio. . . . .	76
2.º Asunto: <i>Causas de los matrimonios desacertados.</i> . . . . .	78

**Tercer domingo despues de la Epifanía.**

1.º Advertencias sobre el evangelio. . . . .	86
2.º Asunto: <i>La lepra espiritual.</i> . . . . .	89

**Cuarto domingo despues de la Epifanía.**

1.º Advertencias sobre el evangelio. . . . .	98
2.º Asunto: <i>Temor por la salvacion.</i> . . . . .	99

**Quinto domingo despues de la Epifanía.**

1.º Advertencias sobre el evangelio. . . . .	108
2.º Asunto: <i>Los buenos mezclados con los malos.</i> . . . . .	109

**Sexto domingo despues de la Epifanía.**

1.º Advertencias sobre el evangelio de este dia. . . . .	118
2.º Asunto: <i>La salvacion puede depender de poca cosa.</i> . . . . .	120

**Domingo de Septuagésima.**

1.º Advertencias sobre el evangelio de este dia. . . . .	128
2.º Asunto: <i>Corto número de los que se salvan.</i> . . . . .	130

**Domingo de Sexagésima.**

	Pág.
1.º Advertencias sobre el evangelio de este dia. . . . .	140
2.º Asunto: <i>La palabra de Dios predicada.</i> . . . . .	141

**Domingo de Quincuagésima.**

1.º Advertencias sobre el evangelio de este dia. . . . .	154
2.º Asunto: <i>Desórdenes del carnaval.</i> . . . . .	154
3.º Otro asunto: <i>Anuncio de la Cuaresma.</i> . . . . .	161
4.º Otro asunto: <i>La ceguedad espiritual.</i> . . . . .	170

**Primer domingo de Cuaresma.**

1.º Advertencias sobre el evangelio de este dia. . . . .	179
2.º Asunto: <i>Necesidad de una pronta conversion.</i> . . . . .	181

**Segundo domingo de Cuaresma.**

1.º Advertencias sobre el evangelio de este dia. . . . .	190
2.º Asunto: <i>Facilidad de la conversion.</i> . . . . .	191

**Tercer domingo de Cuaresma.**

1.º Advertencias sobre el evangelio de este dia. . . . .	201
2.º Asunto: <i>La vergüenza de confesar los pecados.</i> . . . . .	202

**Cuarto domingo de Cuaresma.**

1.º Advertencias sobre el evangelio de este dia. . . . .	213
2.º Asunto: <i>Fuga de las ocasiones.</i> . . . . .	213

**Domingo de Paslon.**

1.º Advertencias sobre el evangelio de este dia. . . . .	222
2.º Asunto: <i>La comunion sacrilega.</i> . . . . .	223

**Domingo de Ramos.**

1.º Advertencias sobre el evangelio de este dia. . . . .	233
--	-----

	<u>Pág.</u>
2.º Homilia sobre la entrada de Jesucristo á Jerusalem. . . . .	234
3.º Modo de santificar la semana santa. . . . .	238
4.º Modo de meditar con fruto la Pasion del Redentor. . . . .	242

**Domingo de Pascua.**

1.º Advertencias sobre el evangelio de este dia. . . . .	247
2.º Asunto : <i>La resurreccion del Salvador evidentemente demostrada.</i> . . . . .	248
3.º Otro asunto : <i>La resurreccion espiritual del pecador.</i> . . . . .	253
4.º Otro asunto : <i>El por qué de la resurreccion de la carne.</i> . . . . .	262

**Primer domingo despues de Pascua.**

1.º Advertencias sobre el evangelio de este dia. . . . .	271
2.º Asunto : <i>Peligros del que no persevera en el bien.</i> . . . . .	276

**Segundo domingo despues de Pascua.**

1.º Advertencias sobre el evangelio de este dia. . . . .	286
2.º Asunto : <i>Carácter amabilísimo de Jesucristo.</i> . . . . .	287
3.º Otro asunto : <i>Malicia del pecado.</i> . . . . .	295

**Tercer domingo despues de Pascua.**

1.º Advertencias sobre el evangelio de este dia. . . . .	303
2.º Asunto : <i>Brevedad de la vida presente.</i> . . . . .	304
3.º Otro asunto : <i>La vanidad del mundo descubierta en la muerte.</i> . . . . .	313

**Cuarto domingo despues de Pascua.**

1.º Advertencias sobre el evangelio de este dia. . . . .	322
2.º Asunto : <i>Indiferencia de los cristianos por la vida venidera.</i> . . . . .	323
3.º Otro asunto : <i>Conducta de Dios sobre sus gracias.</i> . . . . .	332

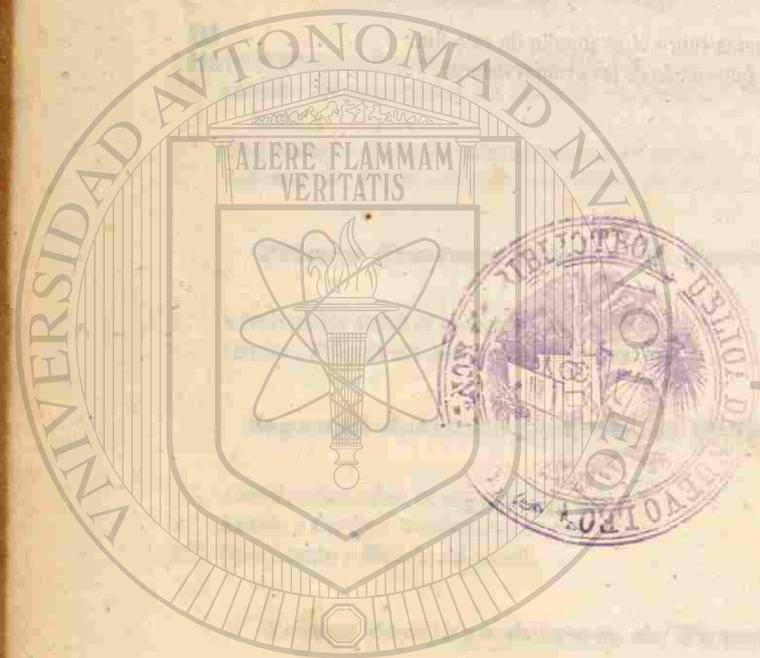
**Domingo quinto despues de Pascua.**

	<u>Pág.</u>
1.º Advertencias sobre el evangelio de este dia. . . . .	340

**Domingo sexto despues de Pascua.**

1.º Advertencias sobre el evangelio de este dia. . . . .	342
2.º Asunto : <i>Ignorancia de los propios deberes.</i> . . . . .	342

FIN DEL ÍNDICE.



UANL

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



